AGONÍA *y* ESPERANZA

FERNANDO GARCÍA PAÑEDA

AGONÍA Y ESPERANZA

Fernando García Pañeda

AGONÍA
y
ESPERANZA

FERNANDO GARCÍA PAÑEDA

© Fernando García Pañeda

© Agonía y esperanza

Abril 2021

ISBN papel: 978-84-685-5719-9

ISBN ePub: 978-84-685-5720-5

Editado por Bubok Publishing S.L.

equipo@bubok.com

Tel: 912904490

C/Vizcaya, 6

28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A word, a look, will be enough…

Una mirada, una palabra será suficiente…

Jane Austen, Persuasion

Índice

Nota del autor

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

Nota del autor

¿Por qué llega uno a cometer la osadía de intertextualizar a Jane Austen en una de sus obras más conmovedoras y perfectas? ¿Por engreimiento? ¿Por ignorancia o necedad? ¿Por todo ello junto?

Ni siquiera se trata, como ocurre en otros casos, de prolongar una de sus obras después de su punto final, de darle una vida entera a alguno de sus personajes secundarios más atractivos o rehacer una de sus obras más emblemáticas, nada menos que Persuasión.

Bueno, la explicación es muy sencilla: porque no es esa la pretensión. Nada más lejos de mi intención que remedar, rehacer, fusilar, ni falsificar la obra de Austen, sino todo lo contrario: respetar, honrar y enaltecer la novela que más le ha emocionado y asombrado de todo el legado de la genio de Chawton House.

¿Y qué necesidad tenía el mundo de ver recontada de otra manera la historia de un amor capaz de atravesar el tiempo manteniéndose intacto (o incluso más fortalecido)? Ninguna. El mundo ninguna necesidad tenía de algo parecido siquiera. Pero mi alma, traspasada de por vida por el fondo y la forma de dicha historia, tenía que enredarse y unirse a ese viaje emocional y sus dos viajeros.

En realidad, empecé a escribir Agonía y esperanza por el mismo motivo y del mismo modo en que empecé a escribir. Para adentrarme en mundos que ya no existen o que tal vez nunca existieron, pero en los que querría haber vivido. Yo soy de los que piensa que nada hay nuevo bajo el sol y todo vuelve a empezar una y otra vez, desde el principio de los tiempos. Todo está escrito o contado desde hace siglos. Por eso lo único que podemos hacer los escribidores del siglo XX y posteriores es contar lo mismo, si bien desde otros puntos de vista o quizá de otras maneras. Pero es imposible escribir nada que no se haya escrito antes.

Ya los clásicos españoles, franceses o ingleses, por ejemplo, lo sabían y obraron en consecuencia. Tomaban prestadas historias escritas o contadas de boca en boca años o siglos atrás y las reescribían insuflándoles su hálito excelso para concederles vida eterna.

Los genios aportan al mundo su genialidad, y los no-genios hacen lo que pueden. Por mi parte, me incluyo en este segundo grupo: hago lo

que puedo, con mayor o menor fortuna. Yo no he tomado una historia común para aportarle mi genialidad, sino más bien al revés: he partido de una historia genial para aportarle un toque personal. Más concretamente, he traído a Anne y Frederick hasta el siglo XXI. Los he adaptado a la forma de vida actual, pero he conservado sus almas: ese eterno inmaterial no se puede alterar a lo largo del tiempo y del espacio. Es por eso leemos con tanta emoción a Jane Austen dos siglos después de su fallecimiento, como la seguirán leyendo nuestros sucesores mientras consigan subsitir sobre la faz de la Tierra.

Impulsado por lo que mis lectoras dijeron de anteriores escritos, me decidí a retomar, con la mayor pulcritud y elegancia posibles, la historia de la merecida segunda oportunidad concedida a dos amores verdaderos: sólidos e incondicionales.

En un mundo inhóspito para con los valores que representan los protagonistas, aspiro a que Agonía y esperanza brille como lo haría un pequeño trocito de oro en medio de una montaña gigantesca de escoria, y que aporte algunas horas de placidez y alguna sonrisa a quien quiera buscar entre sus páginas parte de hearts, manners and spirits del mundo creado por Jane Austen.

I

Empujaba con cierta parsimonia el carrito en el que portaba su equipaje, como si pesara demasiado o fuera demasiado frágil. Pero la causa era otra: había reconocido sus ojos bajo la media melena, suelta, ondulada, de castaño anochecido, que no podía pasar desapercibida; no en la belleza verdadera, cuando se ha conocido; no para él, Frédéric Heywood, un arqueólogo de sí mismo.

La había visto de través, avanzando decidida y sin control con otro de esos carros al tiempo que extraía documentos de su bolso y procuraba no desparramar los varios bultos de su equipaje. Había visto cómo un horizonte abrazado de recuerdos le acometía incontenible en forma de carrito portaequipajes.

—Oh. Mi scusi —se disculpó ella cuando colisionaron los carros.

A él se le escapó una sonrisa tenue.

—No tiene importancia. En absoluto.

Anna: sus ojos tan abiertos, su gris profundo. La misma Anna Wellesley, el semblante menos luminoso, bastante más delgada y más pálida, pero la misma figura de inadvertida elegancia, la mirada franca y directa, la misma Anna de quien se enamoró hacía casi ocho años. Su porte, realzando hasta el vestido más discreto, sus manos gráciles, sus sempiternas perlitas en los lóbulos de sus orejas. Detalles. Los detalles que definen y perduran en la grandeza.

—Frédéric... —las palabras se le resistían—. Qué sorpresa.

Se miraron en silencio, con una calidez contenida, hasta que ella acercó vacilante la mejilla derecha y se dieron dos besos.

—Esta parece ser nuestra manera de encontrarnos, ¿verdad? —intentó él relajar el ánimo.

—Sí. No podría ser de otra manera.

La leve sonrisa iluminando sus palabras le confirmó que seguía siendo la misma Anna: la misma luz en sus ojos, que le abstraía del resto del mundo, de la actividad y el ruido que inundaba el Aeropuerto Marco Polo de Venecia. Un aeropuerto en el que lo nuevo se juntaba, aunque

no se unía, con lo viejo; y lo más sublime se juntaba, pero no se unía, con lo más chabacano. Techos y paredes de vulgar frialdad con reclamos de Ca Rezzonico, de la Peggy Guggenheim o del Museo Correr; siglos mezclados con siglos, XVI con XVIII, XVIII con XXI. Como en la propia Venecia.

Para Frédéric y Anna pasado y presente se unían, sin apenas haber estado juntos.

—¿Me permites que te ayude? Yo llevo muy poca cosa.

En ese momento uno de los bultos de Anna se deslizó hasta caer al suelo, añadiendo rotundidad a la respuesta.

—Sí, por favor, me estoy volviendo loca con la documentación y todo este equipaje al mismo tiempo.

Él traspasó no sin alguna dificultad su maleta y la bolsa del portátil al carro de ella, del que se hizo cargo. Se encaminaron lentamente a la salida.

—Gracias.

—No es nada. No... no te he visto en el avión, ni en el embarque.

—Es que no creo que hayamos venido en el mismo avión —se explicó ella—. Tú vienes directo de Londres, supongo.

—Sí, claro.

—Pero yo vengo de una escala en Múnich.

—Ah, entiendo.

Frédéric intentaba traducir su nuevo cruce de caminos mientras recorrían el trayecto de la terminal hasta el embarcadero; aunque lo dudaba mucho, podría ser que estuvieran destinados a entretejer lo porvenir. Por eso dio pie a ese final principiado.

—Me parece que vienes para una buena temporada. Lo digo por el equipaje.

—Sí. En realidad vengo sin billete de vuelta —confirmó ella.

—Vienes a la casa familiar, supongo.

—Claro.

No encontraba Frédéric más palabras con que dialogar. Sobre todo porque tenía la impresión de que a ella no le apetecía. Quizás hasta le había incomodado la coincidencia.

Al llegar al embarcadero detuvieron su marcha. Él se decidió a un último intento al notarla confusa.

—¿Tienes transporte? ¿Te vienen a buscar?

—Eh... Tomaré un taxi. ¿Y tú?

—Me vienen a recoger en una lancha.

Se dirigieron a los pantalanes, pero la zona de taxis se veía desierta; empezaba la temporada estival y las llegadas se sucedían cada poco tiempo.

Anna se volvió para resolver a modo de despedida:

—Bueno, esperaré. Si no, iré en la línea naranja.

—¿En el vaporetto con todo ese equipaje? Te vas a volver loca.

—No son vaporetti normales, son más cómodos. Pero esperaré antes a ver si llega un taxi.

—Sí, por supuesto.

Frédéric, vacilante, tomó su equipaje con morosidad. Pero no llegó a despedirse.

—Verás, yo voy en esa lancha que está ahí, la última. Si no te parece mal, podríamos acercarte a tu casa.

—No, muchas gracias, no quiero causarte molestias.

—No es molestia, todo lo contrario.

Silencio turbado.

—Anda, ven. Creo que lo agradecerás.

Al final, ella concedió el gesto con humor templado.

Llegaron junto a la Aquariva situada en uno de los últimos amarres. Fred saludó al piloto, un amigo de su cuñado, que le ayudó a estibar los equipajes.

—Buon pomeriggio, Matteo. Come stai?

—Non c'è male, grazie.

Bajo nubes grises de finales de junio la laguna veneciana volvía a mostrarse como un cielo de otoño invertido. Según se adentraban en sus canales aparecía un espacio irreal: infinitamente ilimitado, plagado de brìcole[1] que señalan pero confunden la vista y disuelven todo horizonte entre islas que se acercan y alejan a babor; tierra infirme de diversos espacios.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo Anna inesperadamente.

Él desvía la mirada apenas un instante antes de responder.

—Siete años y ocho meses.

—La cuarta parte de nuestra vida.

Sentían el dulce salitre frío de la laguna, contemplaban la superficie de azogue rizado por la brisa. En silencio de manejable desconcierto.

Hasta que Anna rompió de nuevo su reserva.

—Al menos ha servido para que consigas realizar tu sueño. Todo el mundo habla maravillas de tus libros.

—Bueno...

—Y con razón, sin duda. Tienes un gran talento.

—Gracias.

—Nada de gracias. Es así.

—También he tenido suerte.

—Siempre es necesaria la suerte en cualquier aspecto de la vida. Si se empeña en darte la espalda, poco se puede hacer.

Cuando dejaron San Giorgio Maggiore a babor y se iban acercando a Bacino San Marco retomaron el silencio, aunque ya no era un silencio embarazoso, sino contemplativo, al que ayudaba la lancha con la velocidad reducida.

—Hace mucho tiempo que no vengo —dijo él.

—¿Siete años y ocho meses?

—No, menos. Pero creo que nunca dejará de impresionarme esta panorámica. Igual no es la más bella, pero es siempre fascinante.

Contemplaron la riva abarrotada, la mole del Palacio Ducal, las cúpulas de la basílica, la Piazza, el hormigueo de góndolas en torno a la estación de San Marco, la Punta della Dogana, el imponente pasaje flanqueado de palazzi que se abría al frente y en el que se adentraban con pausa, a ritmo veneciano.

Después de pasar bajo el puente de la Accademia y doblar en el traghetto de San Tomà, Frédéric le dio indicaciones a Matteo mientras señalaba un punto cercano a estribor, al que se acercaron reduciendo aún más la velocidad de la Aquariva. Con la destreza de los pilotos del lugar, atracaron en el embarcadero del Palazzo Memmo Sorzi Wellesley.

—Bueno, has sido muy amable al traerme —agradeció ella al apearse de la lancha, ayudada por él para que pudiera recoger la falda del vestido.

—En absoluto. Ya ves que no ha costado nada.

—Por cierto, ¿dónde te alojas tú?

—Con mi hermana y su marido. Me han invitado a pasar algunos días. Que espero sean semanas —añadió él sonriendo.

—Así que están aquí. No lo sabía.

—Y estarán por mucho tiempo. De hecho, están buscando alguna de estas humildes chabolas para establecerse definitivamente. Un Gauli no puede vivir sin la Venecia a la que pertenecen desde hace no sé cuántos siglos, aunque no tenga palazzo propio. Pero sí una lancha preciosa como ésta.

—Ah, claro. Hay que ser veneciano para entenderlo.

—Fanny ya lo sabía cuando le aceptó como legítimo esposo, y no le importa lo más mínimo. Tampoco a mí me importaría.

—Lo recuerdo. Tenéis que tener algún antepasado que fuera doge o consigliere, o algo similar, porque esta ciudad os tira como si lo llevarais en la sangre.

—No más que a los Wellesley, que sí tienen su palazzo.

Ella, con aire melancólico, se volvió hacia la fachada bizantino-renacentista del palacio.

—Sí. Pero sé por cuanto tiempo —musitó, antes de dar media vuelta y cambiar de asunto—. Bueno, no quiero entretenerte más. Ya has sido demasiado amable. Muchas gracias otra vez.

—Otra vez de nada —contestó él con desgana—. Esperaré a que estés dentro, ¿de acuerdo?

Anna pulsó el timbre del portero automático. Le contestó alguien que, al parecer, no esperaba su llegada, dadas las preguntas reiteradas y la demora en la respuesta. La puerta se abrió, pero nadie acudió a recibirla.

Frédéric miraba hacia ambos lados del canal; quería parecer entretenido con el rutinario ir y venir de todo tipo de embarcaciones. Hasta que, sin mirarla, entró en la lancha y empezó a descargar el equipaje.

—Te ayudaré a subir todo esto —dijo con cautela, evitando su mirada, antes de dirigirse al piloto—: Aspetta un attimo, Matteo, per piacere.

—No, no... —protesta Anna.

Él, sin atenderla, terminó de colocar los bultos junto al portalón de entrada. Después se colgó del hombro un porta-trajes y aferró dos maletas grandes.

—¿Vamos?

Ella tomó como pudo otras dos bolsas y un neceser de viaje y le siguió.

Entraron por un sobrio pasadizo de alto techo y suelo de toba con aire de bodega palatina que él recordaba con precisión. Mientras recorrían la planta baja y subían al primer piso, Frédéric memoraba las estancias rehabilitadas y decoradas con gusto. Anna le pidió depositar todo en un estudio con paredes en rojo óxido y muebles modernos, que esa vez no reconoció, ausentándose unos momentos después para pedirle a la gobernanta que le ayudara a instalarse en su habitación.

—Mi padre y mi hermana han salido —informó al regresar—. Te acompaño abajo.

—No es necesario.

—Por favor.

Al reaparecer en la puerta, el piloto encendió el motor. Retornaron al aire del encuentro: turbación y desmaña.

—Supongo que nos veremos por aquí uno de estos días.

—Sí, claro. Me ha gustado verte de nuevo.

—A mí también.

Dos besos que no eran besos. La lancha se puso en movimiento en mientras ella cerraba el portalón.

Cayó la tarde y la estela de la Aquariva prosiguió un buen trecho hasta San Marcuola, en la ribera de Cannaregio, y atracó junto a un palazzo rehabilitado en forma de conjunto de apartamentos.

Françoise, su hermana, y Guido Gauli, cuñado y mentor literario, le recibieron en el inmenso apartamento donde residían de una forma muy distinta a como Anna había sido acogida en su propia casa. Complacencia y afecto sincero. Tras las efusiones, le condujeron a un dormitorio preparado para él.

Era una habitación cálida, luminosa, primorosamente abigarrada. Admiró un escritorio antiguo situado junto a un moderno ventanal. Palpó los drapeados y la colcha adamascada; apagó la lámpara veneciana del techo y la de cristal muranese en la mesilla de noche para dar paso al contraluz del ventanal que abrió con cuidado. Un espacio propio en el que podría escribir, meditar, dormir, entregarse a la soledad, incluso llorar. O no haría nada de eso, porque a esas alturas sabía que los días no dependen de los proyectos, ni de las probabilidades, sino de planes a los que uno no puede acceder.

Dejó perder la mirada en el lienzo rugoso y apagado del Canal Grande. ¿Se volverían a ver realmente? Era mucho tiempo. ¿Demasiado? No había sido un reencuentro lleno de entusiasmo por parte de ella, precisamente. Ni por su parte. Sólo había intentado ser amable, demostrar que no sentía rencor. (¿Seguro que no lo sentía?) Pero Anna pareció incómoda con todo gesto que le había pretendido ofrecer. Y el contacto de su mano al ayudarla a apearse de la lancha...

—¡Fred! La cena está preparada —oyó exclamar a su hermana.

Mejor palabras cálidas que pensamientos melancólicos.

1. Balizas compuestas por tres o más pilotes de madera unidos en haces que sirven para marcar los canales de navegación en la laguna veneciana.

II

Frédéric Heywood provenía de una familia modesta venida a más en todos los aspectos de la vida, graduado en Westminster School y licenciado en la Facultad de Clásicas de Oxford; un paradigma de upper middle class.

Su padre, Edward, fue en su día un inquieto joven al que la oportunidad de emprender el camino de la prosperidad que iba buscando se le presentó inopinadamente durante unas vacaciones en la costa norte de Francia. Allí conoció a una bonita y vivaracha cocinera de hotel llamada Françoise, de la que se enamoró rápida y perdidamente. No tardaron mucho en casarse, establecerse en una sobria y amplia casa del Kilburn londinense y fundar una empresa de catering. Edward y Françoise formaban un buen equipo, él manejando cuentas y clientes y ella gobernando la cocina. El negocio fue evolucionando: empezó con servicios a domicilio, pasaron a fiestas de cumpleaños infantiles, bodas o inauguraciones de negocios, y más tarde dieron el salto a vernissages y eventos especiales, cada vez más voluminosos e importantes. La empresa creció, amplió plantilla y se hizo un nombre entre las firmas más respetadas del sector. La familia, aunque se habían sumado dos niños y una niña, prosperó de manera continua y firme, aunque no abandonaron el barrio ni las costumbres distintivas de una familia sin pretensiones. La madre se hizo notar en los nombres de pila, la vertiente artística y la educación católica de los hijos; el padre insistió en la alta formación, la sobriedad y entereza en carácter y costumbres, así como en la adquisición de conocimientos a través de los viajes. Como si se tratase de un premio al buen hacer y a la constancia en el esfuerzo, los Heywood transitaban la vida sin traumas ni desgracias que torcieran su trayectoria. Con una fortuna moderada, disfrutaban de una existencia tranquila y armoniosa, sin brillantez pero sin turbulencias.

Y Frédéric era resultado natural de su familia. Era el hijo menor, el más mimado, el más travieso, pero también el más talentoso y aplicado. Si Édouard y Françoise, sus hermanos mayores, siguieron las indicaciones paternas, incluso a la hora de estudiar en la London School of Economics, él heredó el sentido estético materno. Aunque aceptó varios trabajos para valerse por sí mismo, especialmente uno muy apetecible de archivo y documentación en la Guildhall Library, que desempeñaba cuando conoció a Anna y con el que costeaba un apartamento en Hampstead, su aspiración única y máxima era ser

escritor, gobernar con palabras mundos enteros creados a imagen y semejanza de su mundo interior, como un juego de vida y muerte. A ello había consagrado los últimos años, con inconsciencia, valor, con tenacidad. Y con suerte.

Con suerte. Frédéric nunca había querido creer en el azar; ni siquiera transmutado en un plan divino, como prefería llamarlo su madre. «Dios no decide todos nuestros actos, sino que nos da libertad para tomar decisiones», reponía él. Pero después de los años en que se habían sucedido tantos tropiezos como éxitos de forma inopinada e incomprensible, empezaba a creer en la necesaria suerte. Suerte que, por cierto, había venido de la mano de su hermana y su cuñado, quienes le habían invitado por entonces a pasar una temporada en la nueva residencia veneciana en que se iban a establecer.

Por su parte, los Wellesley provenían de una estirpe formada por terratenientes con extensas posesiones en varios condados de las Midlands, pero que con la revolución industrial iniciaron un declive lento y sostenido. El cabeza de familia ostentaba el título de Vizconde Wellesley, dignidad que correspondía por entonces al padre de Anna, The Right Honourable Wilson Wellesley. Durante generaciones, la rama principal de la familia subsistió a base de explotar su mucho don y con el poco din que conseguían cediendo paulatinamente patrimonio, hasta que uno de los pocos miembros instruidos que figuró en la lista del vizcondado decidió entrar en el mundo de las finanzas, prevaliéndose de su carácter emprendedor y su prosapia. Sir Clarence, el sexto vizconde y abuelo de Anna, se estableció en Londres para relacionarse mejor con instituciones nacionales y extranjeras de inversión. Se empeñó hasta las cejas en la creación de su propia empresa de gestión de patrimonios, la cual nació, floreció y exuberó durante el último tercio del siglo; las cifras de esterlinas negociadas pasaron de 6 a 10 dígitos y las siglas WI Ltd. (Wellesley Investment, Ltd.) figuraron con frecuencia en las páginas de Financial Times, Forbes y Fortune como una de las empresas más importantes del mercado financiero, incluyendo a su propietario en una discreta posición de las listas de personas más ricas del planeta.

Aunque había recibido plenos poderes en la empresa familiar, Wilson Wellesley destacaba por la carencia de las dotes emprendedoras e intuitivas que tuvo su padre para los negocios. Antes que discutir proyectos de inversión con el consejo de administración de WI en la City, prefería codearse con aristócratas en Venecia, siendo permanentemente adulado en saraos de diversa índole por sus más grandes méritos: poseer una admirable planta, estar al corriente de las últimas tendencias en moda y ser heredero de una gran fortuna. No se

sabe a ciencia cierta si el gran —o quizá único— acierto de su vida, su boda con Lesa Contarini, se debió a la buena suerte o a una inspiración inopinada. Lesa Contarini fue una mujer alegre, cariñosa y refinada, una esposa muy superior a lo que sir Wilson podía esperar por sus merecimientos, a cuyo tino únicamente debía perdonarse el haberse dejado llevar por las formas y no por el fondo para convertirse en lady Wellesley y ver su plenitud rodeada de vacuidad. Aunque no llegó a tener ocupaciones de importancia o responsabilidad destacables, encontró en sus aficiones artísticas, en sus amigos y en sus hijas motivos suficientes para amar la vida y para no abandonarla con indiferencia cuando le alcanzó una prematura y repentina muerte.

La hija mayor, Lesa, apenas había alcanzado la mayoría de edad cuando falleció su madre; pero Maria, la pequeña, era una niña de doce años recién cumplidos, y Anna con sus quince vivía una adolescencia huraña aunque poco problemática. Dadas las escasas aptitudes e impropias actitudes de sir Wilson como padre responsable y educador de sus hijas, lo normal hubiera sido que éstas se echaran a perder de forma lamentable. Sin embargo, lady Wellesley había conservado una amiga íntima algo mayor en edad, llamada Paola Falier, quien asumió buena parte de los afanes inherentes a una madre. Discreta y bondadosa, Paola Falier trató de hacer valer en la familia, durante los años siguientes a la muerte de Lesa, los valores y principios que ésta hubiera trasmitido a sus hijas. Con la mayor poco podía hacer más que procurarle algunos consejos; y poco pudo hacer con Maria y su espíritu refractario a toda asunción de responsabilidades o deberes incompatibles con su egocentrismo.

La relación de Paola con Anna fue bien distinta. Con una elegancia emocional y un espíritu abierto, la adolescente taciturna fue poco a poco abriéndose al mundo como una joven admirable por dentro y por fuera. La hija mediana era a quien menos se atendía y cuyas palabras apenas pesaban para el resto de la familia; pero si poco significaba Anna en la vida de su padre y sus hermanas, para Paola era la criatura más excelente, más estimada; aunque bien quería a todas las hermanas, Anna era su favorita, porque sólo en ella veía el vivo retrato y el carácter firme y tierno de su madre. De ese modo, con el tiempo dejó de ser la signora Falier para convertirse en su amiga y su referente vital, la persona que modeló su elegancia, influyó en sus estudios y aquilató —no siempre para bien— sus amistades.

Dada su posición económica, la familia Wellesley no había padecido mayores angustias que lidiar anualmente con el cambio de fondo de armario, o que reconocer la dificultad de Lesa —que estaba alcanzando los treinta y cinco años— para encontrar una pareja

sentimental estable, esto es, que compartiera su estatus y encajara con su mediocridad. Pero nada hay que dure para siempre. Fiel a su naturaleza muelle y despreocupada, el vizconde empezó a ceder cada vez más facultades de disposición y decisión a directivos y asesores en la empresa familiar. Estos nuevos dueños en la sombra hicieron crecer los beneficios a ritmo exponencial en pocos años, lo que a sir Wilson le pareció una bendición, quedándose con el cargo meramente nominal de presidente, aunque sin intervenir prácticamente en ninguna de las cuantiosas operaciones de inversión que se llevaban a cabo. Pero la crisis financiera desatada en el otoño de 2008 destaparía grandes fallos en la gestión de patrimonios por parte de WI. Tras la quiebra de varios bancos y compañías hipotecarias, numerosos clientes, cuyas inversiones o patrimonios gestionaban, vieron cómo sus caudales quedaban mermados en gran medida, si no volatilizados por completo. La huída de los clientes con menos pérdidas, las demandas judiciales y los bloqueos de fondos destruyeron en pocos meses una empresa que varios decenios había costado levantar. Tras la quiebra de WI se abrieron causas penales por prácticas fraudulentas atribuidas al presidente y a varios directivos de la empresa; y sólo gracias a los buenos oficios de un reputado bufete de abogados y a las facultades de firma de las que se había desprendido por despreocupación, sir Wilson se vio libre de condena penal por falta de pruebas tangibles, aunque no así de asumir indemnizaciones cuantiosas.

Como consecuencia del escándalo, los innúmeros amigos que antes salían al paso por doquier ya no aparecían; las invitaciones a eventos de toda clase dejaron de llegar; las menciones en la prensa y otros medios cambiaron de tono y modo. Por ese motivo, los Wellesley decidieron abandonar el país e instalarse en su palacio veneciano de forma permanente, lejos del epicentro del affaire. Ahora bien, el patrimonio familiar había quedado arruinado porque todas sus inversiones también pasaban por las manos de la empresa quebrada. Para hacer frente a los gastos de defensa y las indemnizaciones tuvieron que desprenderse de casi todos los inmuebles y objetos de valor por precios de miseria. Sólo mantuvieron la casa solariega de Shropshire, que hubo de alquilarse ya que no les aceptaron hipoteca alguna, y el palazzo donde habían fijado su residencia. Pero el tren de vida que querían seguir manteniendo no se sostenía con los mermados ingresos familiares, así que todavía no habían tocado fondo en el descenso al purgatorio social, como más tarde se vería.

Antes de la catástrofe, Anna había completado sus estudios de Historia del Arte en el Courtauld Institute. Después de pasar por varias becas, y gracias a influencias familiares, había conseguido un trabajo de

redactora en la Royal Academy of Arts Magazine. Entonces entró en una época melancólica y dulce; un tiempo en el que disfrutó de gran libertad, trabajó duro, viajó a más no poder, conoció mucho y se conoció por completo. Pero no pudo colmar un vacío que le dolía de profundis desde que vivió, aunque ella misma dejó morir, el espejismo de un afecto incondicional, demasiado intenso para ser olvidado desde la superficie insubstancial en que vivía.

Tampoco fue larga esa temporada afable. La crisis se llevó por delante su empleo indefinido, que no fijo, en la Magazine; una píldora nada fácil de digerir, porque suponía la pérdida no sólo de un trabajo estimulante y enriquecedor, sino también de su independencia vital, la emancipación de una familia en la que nunca había sido valorada, querida. Y esa pérdida tampoco vino sola. El derrumbe económico de la familia obligó a poner en venta con urgencia el apartamento de Grosvenor Square, que ella disfrutaba casi en exclusiva desde que Maria contrajera matrimonio y su padre y su hermana Lesa abandonaran el país. No faltaron compradores, pero sí tiempo para mudarse a otra vivienda adecuada; tendría que ir también a vivir en el palazzo, con su familia. Lo primero no le importaba en absoluto; lo segundo, sí.

No era el mejor de sus días aquél en que tuvo que entregar las llaves y marcharse definitivamente de una casa donde había crecido, marcharse de su hogar. El mismo día en que tomó un vuelo con escala rumbo a Venecia, en cuyo aeropuerto, siete años y ocho meses después, se encontró de nuevo cara a cara con Frédéric Heywood.

***

Siete años y ocho meses antes, en un lluvioso día de abril, Frédéric y Anna recorrían por separado los kilométricos pasillos de la estación de metro de Earl's Court hasta llegar al andén de la pequeña vía que conduce a Kensington-Olympia. Él llegó con tiempo de sobra, pero ella lo hizo justo antes de que sonara la señal de cierre de los vagones y entró por la puerta más cercana de forma atropellada. Con la inercia de su entrada impetuosa y el arranque del metro se abalanzó sobre Frédéric, quien con dificultad pudo agarrarse para no caer en medio del pasillo. Folios desparramados y torrentes de excusas en una y otra dirección.

Entre algunos papeles que se cayeron de la carpeta de él figuraba su acreditación de asistente a la London Book Fair.

—Ah, ¿tú también vas a la feria? —preguntó Anna de forma retórica, tratando de congraciarse con el agredido.

—Esa es mi intención. Si es que llego con vida, claro.

—Oh, lo siento mucho, de veras. Autor —leyó ella en el anverso de la tarjeta de acreditación—. ¿Eres escritor?

—Lo intento.

—¿Qué clase de respuesta es esa?

—Me falta un editor o un agente que publiquen lo que escribo para que llegue a alguien que lo quiera leer.

—O sea, un escritor pobrete.

La espontaneidad de Anna se alarmó ante el ademán inescrutable de Frédéric. Pero sólo por unos instantes. El tiempo que tardó éste en contestar sonriendo.

—Es una forma de decirlo. Poco benévola, eso sí.

Ella contuvo la risa a duras penas, ocultándose levemente en su melena suelta, momento que él aprovechó para reaccionar.

—Y tú tienes pinta de ir a algún evento VIP, de esos tan selectos.

—Puede que me toque ir a alguno, pero de machaca. Estoy trabajando con una beca en una editorial universitaria y tendré que estar tres días en un stand explicando las bondades de una colección de libros con efectos somníferos fulminantes.

—Es cierto que siempre hay alguien que está peor que uno.

—A veces tengo la impresión de que ese alguien soy yo y ese siempre es el mío.

La megafonía anunció “Kensington”, y el tren se detuvo poco después.

Se hicieron compañía hasta el recinto del Olympia. Después se despidieron, dirigiéndose cada uno a un pabellón distinto, no sin antes presentarse formalmente, aunque en su fuero interno compartieran la desgraciada creencia de que no se volverían a ver en la vida.

Durante los dos días siguientes Frédéric consumió las citas que había podido concertar, sin obtener el menor resultado. Se confirmaron así sus sospechas: aquella ocurrencia de presentarse en la feria a pelo no había servido más que para señalarse como un advenedizo sin papeles atascado en el engranaje de la monstruosa industria literaria. Así que al tercer día se encontró sin más perspectiva que vagabundear entre las zonas accesibles con la carpeta de manuscritos bajo el brazo, a la espera de algún paranormal encuentro con algún editor dotado de poderes extrasensoriales suficientes para detectar las bondades de alguno de sus mamotretos.

Para ser exactos, lo único que consiguió, hacia la mitad de ese tercer día, fue la promesa de amistad eterna por parte de un italiano llamado Guido Gauli que parecía aún más desamparado que él. Le condujo hasta un stand que buscaba infructuosamente, más que nada porque estaba situado en la otra punta del centro de convenciones. Pero no le acompañó por mera piedad o solidaridad entre escritores pobretes. Ese día estaba con Fanny, su hermana, que había venido con la bondadosa y vana intención de apoyarle. Nada más acompañar ambos al italiano hasta la zona que buscaba, Frédéric dejó a su nuevo gran amigo en manos de su hermana, quien aceptó el encargo de buen grado ya que, escritor pobrete o no, el tal Gauli tenía muy buena planta y modales aún mejores. Él, por su parte, tenía otros planes.

En ese mismo pabellón del Olympia había localizado el nombre de la editorial en cuyo stand le dijo Anna que estaría trabajando. Se acercó hasta el lugar en cuestión, encontrándose con una sola persona y el vacío más silencioso a su alrededor. Era ella, con un atuendo formal casual —un blazer oscuro y unos jeans— que sin duda le favorecía. Estaba sentada tras un pequeño mostrador absorta en la lectura de un libro que no pertenecía precisamente a los anunciados en los carteles que la rodeaban. La reconoció a pesar de llevar puestas unas gafas de hipermétrope y el cabello recogido en una coleta. La cautela con que se acercó y se presentó fue respondida, contra su pronóstico, con expresivo agrado.

Compartieron sus desventuras con buen humor y se hicieron compañía durante el resto de la jornada de feria. Sus sentidos estético y del humor encajaron hasta el punto de fugarse —casi literalmente— de aquel pandemónium juntos y alegres. Estaban hambrientos, y no sólo de fortuna y gloria. Ninguno de los dos había tenido ocasión de llevarse nada sustancioso a la boca desde el desayuno, así que cenaron temprano en Hung's de Chinatown, a sugerencia de él. Y después ahogaron los últimos resquicios de malaventura en varios pubs del Soho entre pintas de cerveza, música e ideas compartidas hasta la

medianoche. Para entonces no sólo conectaban sus sentidos más elevados, sino también sus espíritus, que no les impidieron recorrer con parsimonia Brook Street hasta el portal de un edificio de enormes apartamentos dúplex en Grosvenor Square, donde los Wellesley hacían mansión durante los meses no estivales. Esa vez la despedida fue muy distinta a la del día anterior: dos besos y una promesa de verse de nuevo, pronto, sellada con números de teléfono móvil.

La sensación de fracaso que Frédéric había sentido esa mañana desapareció por completo en el trayecto hasta su apartamento recién alquilado en Holly Walk de Hampstead.

Los días siguientes dieron paso a las citas; las citas motivaron el conocimiento mutuo; y el conocimiento mutuo desató un enamoramiento tan natural como profundo. Formaban un conjunto tan elegante, ingenioso y con buen carácter que se diría estaban emplazados por el destino a unir sus almas y mentes de forma irremisible. Así lo intuyeron, dejándose llevar hacia un período de felicidad ensimismada que no habían conocido sino a través de ficciones con forma de celuloide o papel. Compartieron sus corazones tan abiertos el uno al otro, sus preferencias tan conformes y una suprema conexión de sentimientos. Dos jóvenes valientes, decididos, lúcidos, con el mundo dispuesto para ellos para ser devorado sin límites ni reservas. Y sí, se unieron de tal modo que ni un suspiro cabía entre sus abrazos. Ni la más dulce nota podría superar sus silencios, ni la más leve pluma sería capaz de describir la tierna pasión de sus caricias y el amor más sincero se adaptaba a la coreografía de sus besos. Crearon un oasis de vida en el que el desierto sólo era un espejismo.

Las tardes y fines de semana del verano volaron sobre ellos entre las sombras de jardines en Victoria Embankment, al sol verdeado de la extensión del Heath o jugando alrededor de la isleta del lago en el parque St. James. Él jugaba a enlabiarla con su verbo dulcemente agudo. Y a ella le encantaba tomarle el pelo; por eso, cuando le invitó a pasar unos días en un palacio veneciano, Frédéric pensó en otro de los divertimentos que ella disfrutaba a conciencia.

—Que sí, que no es broma —insistía Anna—. Mi abuelo compró y restauró un palacio al borde mismo del Canal Grande. Es una maravilla, es mágico. Me escapo cada vez que puedo sólo por asomarme a los balcones del piano nobile2 o para refugiarme cuando el mundo se pone especialmente difícil.

Y era fehacientemente cierto. Allí fue invitado por la contessa Cappi,

una aristócrata veneciana casada con lord Thorneycroft, a comprobar in situ el lamentable estado de muchos edificios y las actuaciones que habían emprendido, con el fin de recabar una donación por parte del vizconde. En efecto, sir Clarence quedó admirado por la labor a la que se enfrentaba la fundación, pero la propia ciudad le cautivó por completo. Así, además de la generosa donación que realizó a favor de V.i.p., decidió hacerse cargo en exclusiva de la restauración del Palazzo Memmo Sorzi, un palacio renacentista con orígenes bizantinos deliciosamente emplazado en el barrio de San Marcoy con fachada al Canal Grande, que por entonces amenazaba ruina. Para no desesperarse con la burocracia y el tempo veneciano, adquirió la propiedad del inmueble por una cantidad irrisoria —en términos relativos— e invirtió grandes cantidades de dinero y tiempo en restaurarlo con mimo hasta convertirlo en un hogar placentero. El día de su septuagésimo aniversario, que celebró con toda la familia, fijó su residencia en el palacio rebautizado como Palazzo Wellesley. «No, no, en todo caso Palazzo Memmo Sorzi Wellesley», insistía sir Clarence ante sus nuevos vecinos con modestia mitad falsa, mitad verdadera.

No había un ápice de exageración en los epítetos con que Anna había ensalzado el inmueble. Frédéric lo comprobó de primera mano durante las primeras semanas del otoño, época que acostumbraba ya a reservar para sus vacaciones anuales. Le alojaron en una de las habitaciones para invitados de la planta superior, un secundario piano nobile, cuyo lujo multisecular le inspiraba un respeto casi reverencial, a tono con el espíritu de la ciudad.

Pero aquellos días venecianos, que empezaron con una dulzura fascinante, acabaron en el más árido sinsabor. Anna ya había previsto la indiferencia e incluso el sutil desprecio que su padre y su hermana Lesa mostrarían hacia Frédéric.

—Ah, un... ¿bibliotecario has dicho? —dijo su padre con tonillo después de las presentaciones— Curioso. ¿Y sus padres? Son cocineros o...

—Son empresarios. Dirigen una empresa muy importante de catering.

—Sí, claro, claro. Empresarios, dicen. En fin, espero que recuerdes bien tu apellido y tu posición. Eres una Wellesley. Nuestras empresas figuran entre las más importantes de todo el mundo. Pero, además, estamos entre los pares del reino, tenemos un asiento entre los Lores.

—Y, para colmo, papista —terció Lesa—. ¿Seguro que no te ha intentado convertir todavía?

—No. Como tampoco lo intentó mamá, ni la signora Falier —replicó Anna, avergonzada por la arrogancia y la falta de respeto de padre y hermana.

Las amistades paternas tampoco acogerían —como así fue— con agrado al middle class con supuestas pretensiones literarias, porque en modo alguno encajaba con la ligereza de palabras y obras que adornaban la vacuidad de sus días. Pero hasta ahí nada se salía del cauce.

El guion empezó a quebrantarse con la primera visita que hicieron a Paola Falier. Anna pensaba que a la persona a quien más estimaba en su mundo, a quien consideraba su segunda madre, le caería bien Frédéric con su cultura, su saber estar y sus modales de caballero. Sin embargo, y a pesar de reconocer su valía, juzgó que no era la persona más conveniente para mantener el estatus de Anna. Las pretensiones de vivir de la escritura que él confesó sin tapujos, y que a su prohijada no dejaban de entusiasmar, le parecían propias de alguien que tenía la cabeza a pájaros; y con tal horizonte por delante, esa relación acabaría mal con el tiempo.

—Al final acabaréis viviendo de la asignación que pase tu padre. Eso no te gustará, y a él tampoco. Le veo con actitud demasiado independiente, y tener que vivir a expensas de tu familia le amargará el carácter. No estará pendiente de ti. Acabaréis mal. No, no puedo darte mi aprobación. Es más, creo que tendrías que terminar con esta relación lo antes posible, antes de que sea más doloroso para todos.

Anna conocía más y mejor el carácter de Frédéric. Creía que su talento y su tenacidad le llevarían adonde él quisiera llegar. Tardaría más o tardaría menos, pero alcanzaría la meta que se propusiera. Así se lo quiso hacer saber a su querida Paola, pero ésta rebatía cada argumento acudiendo a la forma de vida que estaba acostumbrada a llevar, y llegando a quebrar la fe que había mantenido hasta entonces al pensar en un futuro al lado de Frédéric.

—Eres demasiado joven para comprometerte, para atarte a una sola persona —razonaba Paola—. Demasiado entusiasta como para aficionarte a alguien demasiado entusiasta. Comprendo que hayas quedado deslumbrada por ese chico, que tiene un ingenio parecido al tuyo, atrevido, muy seguro de sí mismo... quizá demasiado. Pero no debe confundirse el deslumbramiento con el amor. ¿Qué ocurrirá cuando su presencia se convierta en habitual y pierda la emoción de estos primeros meses, o del primer año?

Las acerbas reconvenciones de su familia y los argumentos de su consejera socavaron la voluntad de Anna, aunque no en el sentido que todos pretendían. Se hizo fuerte en su interior la sensación de que Frédéric y ella no eran compatibles, pero no por los supuestos deméritos de él, no porque fuera el hombre inadecuado para ella, sino porque empezó a verse a sí misma como la niñata consentida de una familia sin más mérito que una masa de dinero acumulada por su abuelo; una malcriada que en su vida sólo había tenido por delante terreno llano y mullido. Paola tenía razón. ¿Qué ocurriría cuando surgieran problemas serios? ¿Cómo reaccionaría a la hora de enfrentarse a las dificultades que siempre surgen durante una vida en común? ¿Sería un estorbo, una carga que acarrear más que una ayuda? En los primeros días de aquel aciago octubre Anna quedó persuadida: no merecía a Frédéric.

Se escapó de sí misma para dedicarse, inexorable y dolida, a restarle atención, tiempo y cariño. Durante varios días parecía una mujer muy distinta a la que había sido. Llegó incluso a dejarle plantado en una cena profusa de amistades ligeras y figurines engolados a la que ni siquiera se le hubiera ocurrido asistir de no ser por su áspera decisión; fue de una crueldad lacerante para consigo misma. Pero él oponía una paciencia muy difícil de soportar, una paciencia que se diría ilimitada y que ella tenía que haber intuido como parte de sí misma, como parte del amor, como algo que ella misma habría opuesto de haberse invertido sus roles.

No era consciente Anna de que hay cualidades y virtudes que tienen doble filo, según se utilicen. Su carácter firme y resuelto y su entereza se volvieron en su contra en aquellos días, y quizá para el resto de su vida. Le pasaron la factura de romper la paciencia y el temple de Frédéric de una sola vez, de forma inequívoca, pretendiendo no prolongar una agonía venenosa.

Y así se lo hizo una tarde de aire frío y sol otoñado, mientras paseaban por la Zattere ai Saloni, una fondamenta3 donde habían compartido momentos inolvidables en las semanas precedentes. Las palabras de Anna, secas y sin concesiones, abatieron a Frédéric. No en un principio porque, sumido en el desconcierto, no pudo reaccionar. Tampoco en los días posteriores, mientras intentaba disuadirla de que rompiera su relación. Recurrió a todos los argumentos que le daba su inteligencia, apeló a todo lo posible y lo imposible, a la cordura y a lo insensato. En vano. Ella opuso tantas lágrimas como entereza en su decisión.

Fue entonces cuando todos los desplantes y los desdenes que venía

soportando hundieron el ánimo de Frédéric. Los había querido ignorar por deferencia para con Anna, pero se vio obligado a reconocer que ella se había plegado al menosprecio mostrado por su entorno, lo cual le produjo un sentimiento de irritada humillación. Y llevado de esa irritación, en la madrugada de un lunes lluvioso, mientras sonaban las sirenas en la iglesia de Santi Apostoli avisando la llegada de la acqua alta, abandonó Venecia sin despedirse de nadie.

Su apartamento de Holly Walk fue el principal testigo del abatimiento que Frédéric destiló durante mucho tiempo. No quiso hablar con nadie de lo sucedido; ni con sus padres, ni hermanos, ni amigos. Había vivido la alteza de Anna, la alegría de sus ojos sinceros, el roce terso de sus labios, la pureza infantil de su risa, el ingenio de sus palabras, susurradas o a gritos, la cercanía de su corazón. Y había sido expulsado incontinenti de aquel paraíso, sin causa ni argumento. Supuso una prueba muy dura en el camino de su madurez que, si bien la superó, le produjo una fuerte mengua de su brío y jovialidad, le dejó impresa una huella perdurable. Él mismo reconoció ese golpe como una prueba de madurez, aunque pensaba que no la había terminado de superar.

Ninguna otra inclinación cariñosa, que hubiese sido una cura eficaz y suficiente a su edad, fue posible, tanto porque el listón de exigencia había quedado demasiado alto, como por la actitud huraña que, consciente o inconscientemente, adoptó para con una gran parte de sus congéneres —especialmente si eran del otro sexo y se comportaban con más amabilidad de la exigida por la simple buena educación.

Con el tiempo pudo ahogar los efectos de su descalabro emocional gracias a la escritura y a la buena suerte que le acompañaría en sus afanes literarios.

2. Piso noble. Piso principal, que posee las mejores vistas y están más protegidos de la humedad.Se distinguen por sus grandes ventanales, balcones y galerías abiertas sobre los canales. En algunos palacios se duplica este piso, aunque uno de ellos sea el principal.

3.Especie de calle que se despliega a lo largo de un canal o río, más elevada que éste.

III

—Nunca he entendido esa manía que tenéis de madrugar tanto —dijo Frédéric por todo saludo al entrar en el comedor de diario.

Los Gauli, sentados juntos, mirando hacia el ventanal, se giran y sonríen.

—Nos gusta reducir al máximo ese tercio de vida que se pierde estando tumbados e inconscientes —contesta Françoise.

—Buongiorno, Federico —saludó Guido—. ¿Has descansado bien?

—Demasiado bien. Tanto, que estoy muerto de hambre.

—Ayer cenaste demasiado poco. Estabas mal —infirió su hermana.

El matrimonio Gauli estába terminando su desayuno con una taza de café extra, costumbre traída por la parte Heywood. Pero en la mesa auxiliar aún quedaban zumo, tostadas, mermelada y media cafetera. Frédéric se sirvió, pero antes de sentarse y empezar contempló el patio del edificio, donde varias gaviotas parecían descansar en las acacias, produciendo una sensación de precaria quietud que evocaba su estado de ánimo, por lo que dejó la contemplación y se sentó frente a hermana y cuñado.

—Y tampoco estabas muy comunicativo —añadió ella—. ¿Te ocurre algo?

—No, nada en absoluto. Estaba cansado. Tuve una mañana ajetreada antes del viaje, que se me hizo pesado.

Françoise, resuelta como siempre, le animó para que contara sus nuevos proyectos, en qué estaba trabajando, si había alguna amiga que pudiera irrumpir en su endurecido corazón y si esta vez venía para una temporada larga. Y Frédéric, como siempre, no pudo resistirse a tan resuelta dulzura y desató la conversación.

Sentía un afecto enorme y una bienintencionada envidia por esa pareja. Françoise (Fanny para familia y marido) era la hermana mayor, amiga y maestra irreemplazable; cómplice en sus travesuras de la infancia y confidente en sus sueños juveniles. Él, por su parte, siempre le había devuelto con creces su afecto y, con la ayuda del

azar, se convirtió en su talismán, el ángel bienhechor que la favoreció en varias circunstancias transcendentales de su vida; la más importante, el haber unido su destino al de Guido. Aquel acto inconsciente e interesado de abandonar a su suerte a su hermana y a un molesto escritor pobrete en el corazón tenebroso de la Feria de Londres hizo que ambos se conocieran rápidamente y a fondo; tan a fondo que, ocho meses más tarde, contrajeron matrimonio en la veneciana iglesia de San Canzian.

Cuando cruzaron sus vidas en la feria, Frédéric había aterrizado como un paracaidista por cuenta propia en territorio enemigo, con el lógico resultado de salir con los bolsillos vacíos y el corazón a punto de llenarse (compensaciones de la Providencia); pero Guido, a pesar de su aire despistado, tenía una cita en firme con uno de los consejeros de un potente grupo editorial británico, y salió con el borrador de un propicio contrato de edición en el bolsillo y el corazón también a punto de llenarse (desequilibrios de la Providencia). Por regla general, dejarse llevar por unos turbadores ojos negros, una sonrisa confortadora y unas piernas torneadas con primor suelen tener consecuencias devastadoras en la existencia de los hombres de buen corazón, pero el caso de Guido fue la excepción a tal regla. Sentados alrededor de varios cafés, el borrador del contrato de edición acabó en manos de Françoise, quien lo leyó con su mente experta en contratos mercantiles y, aunque no conociera los pormenores del mercado editorial, su sentido común y su intuición la llevaron a tachar una cláusula y enmendar otras dos con una sonrisa conspiradora. Cuando el consejero, aceptando tacha y enmiendas, le dijo que sus asesores legales eran realmente buenos, el superventas en ciernes se vio rendido ya no sólo ante unos ojos, una sonrisa y unas piernas, sino también ante una mente, una conciencia y una elegancia emocional arrolladoras.

Los Gauli formaban un matrimonio armonizado, admirable en afectos y envidiable en su alegría vital, que había consonado como muy pocos los verbos quererse y prosperar. Como les dijo Frédéric cuando celebraron su quinto aniversario: «parecéis una sociedad enamorada en comandita». Y no iba muy descaminado. Contraer matrimonio y abandonar Françoise su trabajo de consultora de marketing para dedicarse a la representación y promoción de Guido, que empezaba a despuntar como escritor-superventas, fue todo uno. Y así continuaron durante los años posteriores: uno escribiendo superventas y otra contratando y controlando derechos, deberes y conveniencias; uno acopiando fama y fortuna y otra administrándolas.

—Por cierto que Guido tiene planes para una colaboración contigo,

¿verdad? Pero ya te lo contará más tarde. Ahora vamos a prepararnos porque tenemos una cita con el agente inmobiliario y con los propietarios de un edificio donde nos gustaría establecernos definitivamente.

—¿Ah, sí? ¿Y este pedazo de apartamento no os sirve para los dos?

—Sí, estamos muy contentos, pero no podremos estar indefinidamente —explicó Françoise—. El contrato acaba a finales de mes y la propietaria nos ha dicho que, como mucho, podría darnos otros tres meses más de prórroga porque al parecer tiene algún compromiso familiar. En todo caso lo de hoy no es más que una formalidad, porque ya está firmado el precontrato y hemos negociado una opción de compra, que era el escollo principal. Si todo va bien, la semana que viene nos mudamos. En el contrato acordamos que el día catorce... —consultó la agenda en el teléfono— ... sí, el lunes podemos entrar ya a vivir.

—¡La semana que viene! ¿Y qué voy a hacer yo?

—Venirte con nosotros. ¿Qué, si no? —contestó Guido— Es un lugar precioso, histórico, donde han vivido escritores, pintores, músicos. Tiene una decoración fastuosa y está muy bien rehabilitado.

—Tenéis respuesta para todo.

—Por supuesto.

—Pero, ¿y la mudanza, el traslado?

—Sólo tenemos que llevarnos la ropa, los libros y alguna cosa más —detalló Françoise—. El alquiler es con el mobiliario incluido, y el de este apartamento también se queda aquí. Si queremos cambiar algo de los dormitorios, la cocina, los baños o alguna habitación secundaria lo iremos haciendo con el tiempo. El resto son antigüedades prácticamente intocables.

—Entiendo. ¿Y qué maravilla de sitio es ese que habéis apalabrado?

—El Memmo Sorzi. O, como le llaman ahora, el Palazzo Wellesley.

La taza de Frédéric, que éste llevaba a los labios, quedó suspendida en el aire. Mientras Fanny seguía hablando, él dejó de escucharla, con la mente confusa.

—¿El Palazzo Wellesley has dicho? —interrumpió de manera

involuntaria a su hermana.

—Sí. Claro, tú lo has conocido, ¿no?

—Ayer mismo estuve allí —se le escapó.

—¿Qué? ¿Cuándo?

Durante la cena no hizo mención del encuentro con Anna ni del breve paso por su residencia, así que lo contó en ese momento. Incluido el frío recibimiento que tuvo aquélla.

—Es una verdadera casualidad, no cabe duda —opinó su cuñado, apurando su última taza y poniéndose en pie.

—Pero los Wellesley no podrán deshacerse así, por las buenas, de semejante palacio —dijo Frédéric.

—Todos sabemos que han pasado por malos momentos en todos los sentidos —continuó Guido—. Pero no ha trascendido el desastre real de su situación. Están en las últimas y no tienen con qué mantener semejante mansión. Necesitan dinero casi desesperadamente, y aunque no han querido deshacerse de su único y preciado bien, con el considerable alquiler que vamos a pagar tendrán para ir tirando. Y al final creo que nos lo venderán con esa... ¿cómo se dice, cariño?

—Opción de compra.

—¿Y dónde van a vivir ellos?

—En el mismo palazzo —explicó Guido.

—¿Cómo es eso?

—En realidad hemos alquilado sólo el primer piso y el piano nobile principal —continuó su amigo—. Ellos se quedarán con el segundo piano nobile y el ático. Ambas partes están perfectamente separadas, incluso con entradas distintas. Nosotros sólo podremos entrar por el canal, y ellos sólo por la calle del Traghetto.

—Bueno, yo me voy a preparar, que hemos quedado a las diez y media —advirtió Françoise.

—Tienes razón. ¿Te vienes con nosotros? —sugirió Guido al levantarse.

Frédéric vaciló antes de contestar.

—No, mejor no. Ya ves que casi no he empezado. Me quedaré holgazaneando un rato.

—Como quieras, pero entonces te toca recoger la mesa —su hermana frunció el ceño al observar su aire y, antes de salir del comedor, se le acercó un momento para decirle en voz baja—: Nunca me has contado lo que pasó con esa chica Wellesley. No quisiste decir nada en su día y lo dejamos correr.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué tiene que ver eso ahora?

—No sé. Me he limitado a ver la cara que has puesto. Tú sabrás —advirtió ella, y tras una breve pausa añadió—: Ya nos lo contarás algún día, cuando quieras.

Una vez a solas, Frédéric no pudo contener el aluvión desatado de su pensamiento. Anna reaparecía en su vida por segunda vez en los dos últimos días. Y en esta segunda ocasión no como una circunstancia pasajera, sino con la perspectiva de vivir bajo un mismo techo; muy extenso, áulico techo, pero el mismo. El encuentro del día anterior le dejó un regusto contradictorio: se comportaron como dos extraños, pero al mismo tiempo parecía que no hubieran pasado casi ocho años desde su separación; o al revés, parecían conocerse a la perfección e incluso saber cada uno lo que pensaba el otro, aunque se comportaran como si hubieran acabado de conocerse. Era una sensación atrayente y eludible al mismo tiempo; en todo caso, turbadora. ¿Hubiera sido mejor haberla ignorado cuando la reconoció en el aeropuerto? ¿No haberla acompañado hasta su casa? ¿Por qué lo hizo? No estaba preparado para esa situación. A fuerza de ampararse en la anestesia del tiempo, había dejado de pensar en Anna como alguien presente en su vida real, como alguien con quien se podía encontrar en cualquier momento; aunque ya no vivía la llama del rencor que al principio le consumió su ánimo casi por completo, la cicatriz de aquella herida aún seguía rociando su alma con saudade.

Intentó cortar por lo sano esa inquietud. Su hermana había dicho que estarían en viviendas separadas, con entradas distintas. Intentaría evitar encuentros embarazosos, no frecuentar los mismos ambientes y redoblar las escapadas a sus parajes secretos. Con un poco de suerte, tardarían en encontrarse, si es que se volvían a encontrar.

***

Al día siguiente Frédéric amaneció con la invitación (léase obligación, estando Françoise de por medio) para asistir a una fiesta en el Arsenale organizada por Save Venice[4] para despedir a un grupo de financieros norteamericanos de los que se esperaba en breve la aportación de jugosas donaciones. Los Gauli poseían invitaciones sobrantes, y les parecía lógico que Frédéric aprovechara una de ellas.

—Debes venir —sugirió su hermana en tono constrictivo mientras terminaba su desayuno.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho de malo?

—Nada. Es porque te lo digo yo.

—Razón de peso —precisó Guido.

—Te vendrá bien codearte con todos esos ricachones y aristócratas de opereta mientras les pones a bajar de un burro —razonó esta vez su hermana—. Y te pueden dar ideas para esas páginas cáusticas que tanto te gusta escribir.

—No ando escaso de ideas, precisamente.

—Además, estás de un soso subido. No sé qué te pasa, pero parece que te arrastras más que pisar fuerte como deberías.

—Fanny tiene razón —apoyó Guido, de pie y dispuesto a marcharse—. La verdad es que te vemos un poco mustio. Un poco de aire nocturno y unas copitas de méthode champenoise te vendrán muy bien, ya verás.

—Bueno, ya os diré —respondió él, evasivamente.

—Sí, desayuna tranquilamente y cuando acabes me dices qué te vas a poner, para que no vayáis Guido y tú como dos hermanitos —ordenó ella.

—¿Pero por qué tanta prisa?

—Tenemos que estar a las seis, y el tiempo pasa —explicó saliendo del comedor.

—¿A las seis? —interrumpió el gesto de su primer sorbo de café— ¿Pero es hoy?

Françoise asomó un momento la cabeza para lamentarse.

—¡Ay, Señor! ¿Por qué nunca me escuchas cuando te hablo?

—¿Que nunca te...? ¡Pero bueno! —y añadió dirigiéndose a su cuñado — ¿Cómo puedes soportarla siendo tan mandona.

Guido se encogió de hombros y salió tras ella susurrando:

—Omnia vincit amor.

Según fue dando cuenta del desayuno y tras un paseo sin rumbo por el barrio, Frédéric se convenció de lo acertado de la propuesta. No le vendría nada mal un poco de frivolidad, tintineo de copas e incluso algún flirteo insustancial con alguna niñata aristócrata de buen ver. Así que, a la hora indicada, se presentó en el embarcadero atildado y listo para unas horas de apetecida dispersión.

Al ritmo de la ciudad, Matteo el piloto atajó por los ríos de Cannaregio y llegaron a la zona norte de los antiguos astilleros venecianos por el canal de Fondamente Nove, encontrándose ante un cocktail organizado a lo largo de uno de los muelles interiores con profusión de mesas, luces y atareados camareros, que empezaba a llegar a su apogeo.

Los Gauli no tardaron en ser asaltados por varios políticos, académicos y aristócratas locales de diversa estofa. Frédéric frunció el ceño e intentó escabullirse hacia algún lugar más solitario y con profusión de copas llenas, pero su hermana le aferró por el brazo y le obligó a socializar.

—Vamos, no seas tan soso y renegón, que estoy segura de que habrá gente de tu agrado. Tú, como si fueras de la familia.

Por toda respuesta Frédéric se aferró a un bellini, al que propinó un lingotazo. Consiguió pasar desapercibido durante algunos minutos, los que tardó Françoise en difundir su identidad entre la concurrencia. A partir de ese momento, un grupo de mujeres, palmariamente mayores que él, se apiñaron a su alrededor.

... «Me encantó su último libro» ... «Es tan poético» ... «El primero me lo devoré en horas, no podía parar de leer» ... «¿Es usted tan romántico como sus personajes?» ... «Su estilo me recuerda mucho a Dortorrinsky» ... «¿Y por qué Nora y Paul no se casan al final?» ... «Yo echo en falta algo más de picante y escenas más atrevidas» ... «Ah, ¿pero ha escrito más?» ... «¿Y por qué no escribe algo más ardiente y apasionado?» «Me gusta su literatura, es muy literaria»

Cuando ya estaban a punto de agarrotársele los músculos risorios de tanto forzarlos, apareció una salvación inopinada.

—¡Válgame el cielo, si es el viejo Fred!

Un hombre de su misma edad se deshizo sin contemplaciones de tres mujeres que le acompañaban y se adelantó con la intención de abrazarse a Frédéric. Éste también eludió la piña de supuestas admiradoras nada más reconocerle.

—¡Giovanni Rylands! Cuánto tiempo. ¡Qué alegría! —saludó con total sinceridad antes de darse un abrazo.

—Sí, demasiado tiempo. ¿Cómo estás? Te iba a preguntar que cómo por aquí, pero me imagino que estarás con Guido y Fanny.

—Sí, de momento estoy con ellos.

—¿Una visita corta o estarás algún tiempo? Dime que no a lo primero y sí a lo segundo.

Frédéric ríe con ganas.

—La verdad es que pensaba estar una temporada.

—¡Bien! No me digas que es para tomar ideas y ambientar algo en la Serenissima, ¿eh?

—No, por cambiar de aires, sin más. Por cierto, la última vez que nos vimos todavía pertenecías al mundo de los vivos.

—¿Cómo?

—Al mundo de los solteros y sin hijos.

—Ah. Porque no viniste a la boda —replica Giovanni en tono burlón, y añade rápidamente—: Ya sé, ya sé que no pudiste, era una broma.

Los Rylands eran una familia de ingleses expatriados desde la época de entreguerras. Aunque con menos caudal que otras familias, fueron prosperando con un negocio de antigüedades hasta alcanzar un estatus alto en la sociedad veneciana desde la segunda generación. Nada más establecerse adquirieron un palacio inhabitable, a pique de caer desmoronado, en el barrio de Santa Croce; con mucha paciencia y mimo lo fueron restaurando y dotándolo de todas las comodidades sin menoscabar su esencia cinquecentista y sin siquiera alterar su nombre original, Palazzo Corner Belloni. Pero, aunque expatriados, todos los

vástagos Rylands eran enviados a cursar sus enseñanzas medias y superiores en escuelas y universidades inglesas. Y tanto Giovanni como sus hermanas Luigina y Erica no fueron una excepción a esta norma familiar.

En concreto, Giovanni fue alumno de Westminster School, y allí conoció a Frédéric. Éste le aventajaba en más de dos años de edad, por lo que no compartieron curso, pero entablaron amistad a través de actividades extraescolares de literatura y entrenamientos de fútbol. Su amistad se prolongó más allá del colegio: compartieron correrías en Oxford, Londres e incluso algún que otro viaje "cultural" por diversas riberas del Mediterráneo. Ambos padecían el vicio de juntar y acumular palabras de ficción, admirándose mutuamente. Frédéric siempre le había considerado superior en talento y capacidad de trabajo, pero la vida siempre tiene caminos imprevistos. Un buen día, al poco de terminar sus estudios universitarios, Giovanni aceptó el encargo de escribir una novela romántica al uso; lo tomó como un divertimento, eso sí, retribuido con una notable cantidad de libras. El moderado éxito que obtuvo llevó a otros dos encargos posteriores, y aunque la intención inicial fuera declinarlos, la sustanciosa propuesta de anticipos por derechos de autor con varios ceros a la derecha le hizo cambiar de opinión. Un matrimonio prontamente seguido por dos hijos gemelos, circunstancias sobrevenidas durante el proceso de escritura, ayudaron a cambiar su talento por la fama y fortuna que obtuvo gracias a las andanzas varias de fogosos highlanders y doncellas enamoradizas.

El éxito de Rylands fue providencial también para su amigo Heywood: aquél utilizó la experiencia y la influencia adquiridas en su editorial para favorecer e impulsar los proyectos de éste, más apreciables literariamente y menos fructíferos económicamente. Y, contrariamente a lo previsible en estos casos, su amistad y mutua admiración salieron fortalecidas; y ello a pesar de la distancia y el tiempo que los había separado, dado que Giovanni regresó a Venecia por su matrimonio y Frédéric permaneció en su refugio de Hampstead.

—Por cierto, qué descuidado soy. Ven —propuso Giovanni, que retomó con delicadeza el brazo que antes le aferraba—. Te presento a mi esposa, Maria. Cariño, este es Frédéric Heywood, de quien tanto te he hablado.

—Ah, por fin le conozco. Es un placer. Desde luego que Gianni me ha hablado mucho y muy bien de su amigo Heywood.

Se estrechan las manos.

—El placer es mío.

—Por cierto, creo que conoce a una de mis hermanas.

Él hace un gesto dubitativo, hasta que ella le aclaró.

—Anna, Anna Wellesley. De hecho, tengo entendido que incluso le invitó a nuestra casa hace un tiempo. Yo estaba todavía en la universidad en aquel momento y no pudimos conocernos.

—Sí... Cierto, la conozco —es todo lo que atinó a decir, antes de crear un silencio que a él le pareció incómodo.

Ya fuera de forma consciente o inconsciente, tuvo que intervenir Giovanni para deshacer su atasco mental.

—Y a mis hermanas ya las conoces de sobra —dijo mientras las señalaba.

—Sí, pero hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Desde que llevaban coletas y uniforme, por lo menos.

—De eso hace dos días —bromeó Giovanni.

—Seguro que ni se acuerda de nuestros nombres —le provocó la mayor.

—Tienes razón, pero sólo a medias, Gina. Me acuerdo de tu nombre, pero no del de tu hermana Erica.

Las dos ríen con ganas y Gina le asaltó con dos besos.

—Y escribes mucho mejor que mi hermano, ¿verdad, Eri?

La aludida asentió. Pero Frédéric no pudo sino discrepar.

—Pues a mí me gustaría tener la mitad de su talento.

Mientras debatían sobre las cualidades de uno y otro se acercaron otras amigas de las Rylands, que fueron oportunamente presentadas. A partir de ese momento Frédéric se vio envuelto en un chisporroteo de risas y exclamaciones en un italiano inalcanzable para sus nociones básicas. En cierto momento Fanny pareció venir al rescate y se sintió aliviado, pero lo único que hizo fue avivar las chispas con un nuevo par de jóvenes entusiasmadas con la proliferación de literatos en la fiesta y otro bellini, que le entregó acompañado de una palmadita en el hombro y un “lo vas a necesitar” antes de regresar con su Guido.

Lo cierto es que con el tercer cóctel empezaron a hacerse más llevaderos los besuqueos, abrazos, perfumes y vestidos de noche que le brindaban a cuál más bien parecidas jóvenes. Y no tan jóvenes. La novedad —de acudir a tan exquisita fiesta— y la falta de costumbre —en recibir tales fiestas—, unidas a la ufanía proporcionada por los quince grados del prosecco, le concedieron una animación que había arrinconado en el desván del olvido y que no cedió tras el anuncio de la cena.

Entraron en la nave de un antiguo almacén del arsenal, reconvertida en espacio-multiusos, donde se habían instalado grandes mesas en toda la planta baja. Los asientos estaban asignados: a los Gauli y los Rylands les correspondía la misma mesa circular, en la que hicieron un hueco a Frédéric, que no tenía invitación formal. Ya estaban a punto de sentarse todos cuando se toparon frente a frente.

—Ah, ¿dónde te habías metido? —se interpuso Giovanni— Fred, te presento a mi cuñada Anna.

Ellos dos quedaron mirándose, atónitos.

—Qué cierto es que los hombres no escuchan. ¿No has oído antes que se conocen desde hace mucho? —le amonestó Maria.

—Sí, nos conocemos… —titubeó Frédéric— Pero llevábamos mucho tiempo sin vernos.

Alargó el primero la mano, pero, turbado, la retiró antes de que ella terminara de estrecharla. Aunque involuntaria, fue una grosería de la que se arrepintió en el acto.

—Che effusione d'affetto! —oyó murmurar a una de las amigas de las Rylands a su espalda.

—Tú aquí, Anna, a mi lado —ordenó Giovanni retirando una silla a su derecha para que se sentara.

¿Dos veces en dos días? Y en el mismo círculo de amigos, compartiendo mesa, a dos comensales de distancia. ¿Era esto parte de un orden absoluto y objetivo, o era que Dios jugaba a los dados? Quizá no jugara a los dados, pero en todo caso parecía tener un gran sentido del humor.

Con el corazón cerrado y el entendimiento confundido, no sabía si quería verla o no. Era una posibilidad que ni siquiera se había planteado durante años y en esos momentos se presentaba como algo

habitual. Todas las veces que pensó en un posible reencuentro —lo que ocurrió sólo en los meses posteriores a la ruptura— se había imaginado desviando la mirada y negándola el saludo; y, llegado el momento, en el aeropuerto, no sólo la saludó con una efusividad torpe e impropia —al menos entre dos ingleses—, sino que la ayudó a cargar con el equipaje y la condujo hasta su casa. No sabía cómo explicar su propia actitud.

Al menos no estarían frente a frente durante una cena larga y prescindible, así que dedicó todos sus sentidos a reír las menudencias simpáticas de Luigina y las agudezas simplonas de Erica con la ayuda de una buena dosis de prosecco. Pero su ánimo rebelde le desvió la mirada más de una vez hacia la izquierda de Giovanni, el tercer asiento a su derecha; y la curvatura de la mesa le permitió observar el aire apagado y la actitud tensa de Anna.

No sabía a qué atenerse. Era especular con lo desconocido. Desconfiar y creer al mismo tiempo. Sabía que no debe juzgarse el presente desde el pasado, ni estaba en condiciones de juzgar el pasado desde el presente. Y decidió dejarse llevar en punto muerto.

Tras la desbandada al final de la cena se vio embarcado en una lancha desconocida y después dando cuenta del último bellini en Torino Notte, acompañado de Luigina Rylands y otra porción de personas cuyo nombre no llegó a retener —ni lo intentó—. Entonces salió del punto muerto y puso la directa para escabullirse y quitar de su rostro la mueca de sonrisa que llevaba puesta. Aunque el cansancio era sólo emocional, agradeció que del campo San Luca hasta la casa de los Gauli no hubiera gran distancia.

4. Organización estadounidense con sede en Nueva York y con una oficina en Venecia, creada en 1971 con la finalidad de preservar el patrimonio artístico de Venecia.

IV

—Ah, estás aquí. Buenos días, Fred. Acabo de hablar con los propietarios y acceden a mantener el alquiler hasta el final de septiembre, pero ni un día más —anunció Guido entrando en el salón y sorteando un buen número de cajas de mudanza para acercarse a su esposa y ayudarla a rellenar una caja con libros y revistas.

A Frédéric le incomodaba la idea de vivir en el palacio Wellesley. Aunque fuera junto con unos nuevos locatarios. Aunque su piano estuviera por completo separado del que ocupaba la familia de Anna. Por eso había sugerido el día anterior la posibilidad de quedarse en el apartamento durante algún tiempo y no trasladarse con ellos a la nueva residencia, «corriendo yo mismo con los gastos, por supuesto». La idea extrañó por igual a hermana y cuñado, y aunque a Guido no le pareció incorrecto, a Françoise le sentó fatal.

—Muchas gracias, Guido —dijo Frédéric, que poco antes había entrado en el salón con una humeante taza de café en la mano, todo su desayuno de aquel día, y se estaba acomodando en un sillón forrado de cretona junto a un ventanal—. ¿Y el precio?

—El mismo. Se han apiadado y lo mantienen.

—Eres el puñetero amo del cotarro.

—No sé por qué tienes que hacer tantos favores a tu cuñado —tercia Françoise sin dejar de guardar libros—. Porque os conozco a ambos, que si no pensaría mal.

—No fustigues más al pobre Fred. ¿Hasta cuándo vas a estar así?

—Es una de las formas Heywood de demostrar cariño. No me digas que todavía no la has probado —dice Frédéric.

—Guido, dile a mi hermano que no vaya de listo y se esté calladito. O mejor, que ayude un poco.

El aludido apuró su taza, se levantó del sillón y se acercó a una pila de libros que empezó a depositar en otra caja.

—De verdad que no entiendo por qué te resulta tan difícil de comprender que prefiera estar solo durante unas semanas y dejaros a

vuestras anchas mientras os instaláis.

—Guido, dile a mi hermano que yo no entiendo por qué quiere dejar de lado a las dos personas que más le quieren y le aprecian, si no las únicas. Y que explique a qué se debe esa decisión tan repentina, cuando había venido dispuesto a quedarse con nosotros.

—Ya está bien, por Dios —intervino Guido—. ¿Os dais cuenta de que me estáis poniendo entre la espada y la pared?

—Eso te pasa por ser un enamorado calzonazos. Es tu señora quien ha armado este jaleo y te usa de correveidile.

Françoise se volvió hacia Frédéric con irritación.

—Ya te tocará el turno, no te preocupes —repuso el cuñado—. Y no veas lo que me voy a reír entonces.

—¿A mí? ¡Qué va! Tengo vocación de soltero profesional.

—Eso no existe.

—Al menos no tengo dotes de seductor latino con las que conquistar a encantadoras inglesitas de buena familia.

—Dile a mi hermano que, o deja de decir bobadas, o sale de casa ahora mismo.

—No, querida. Lo que le digo a tu hermano es que anteayer parecía no carecer de dotes seductoras con un buen grupo de mujeres de diversas nacionalidades. Especialmente con las inglesitas Rylands. Jóvenes y bellas.

—Golpe bajo —protestó Frédéric.

—Pero no puedes negarlo.

—Por eso es un golpe bajo. Reconozco que son atractivas y muy simpáticas. Por cierto, es extraño que no estén rodeadas de novios y pretendientes.

—¿Quién te ha dicho que no lo están? El otro día estaban algo descolocadas —Guido le mira antes de proseguir—. Y además tenían un nuevo objeto de admiración. Pero no cambies de tema.

—No es mala gente, pero les encanta ir de flor en flor. Son bastante insustanciales —opinó Françoise terminando y encintando su caja.

—¿Es eso un obstáculo para disfrutar de su compañía? —se preguntó su marido, quien, ante la mirada de reproche que le espetó ella, añadió rápidamente—: Lo digo por él, claro.

—Será mejor que no me defiendas ni intervengas, o te veo durmiendo debajo de un puente durante unos días —aconsejó Frédéric.

Ella estaba a punto de replicar cuando sonó el teléfono de Frédéric. Al otro lado se escuchó la voz de Luigina, tan animada como si continuara de fiesta.

—Debido a la forma en que se han criado, para las jóvenes Rylands la vida es una especie de fiesta permanente, lo que no dice necesariamente nada malo de su carácter, ni les impide ayudar de vez en cuando en los negocios familiares —explicó Guido—. ¿Y para qué te quieren, por cierto?

El propósito de la llamada era trasladarle una invitación a una cena informal en la casa de unos amigos. Sería algo tranquilo, una reunión de amigos en la terraza de la casa, con vistas a San Marco y San Giorgio. Algo dubitativo, se preguntaba quién más acudiría; estuvo a punto de aceptar ante el argumento de que esos amigos se sentirían muy defraudados si declinaba la invitación, pero al final sólo dejó abierta la posibilidad.

Cuando explicó el objeto de la llamada, Françoise ironizó.

—Creo que desde la fiesta del Arsenale media Venecia tiene el número de mi hermano.

—No se lo di a ellas —protestó Frédéric—. En todo caso a Giovanni, que me lo pidió para estar en contacto. Habrá sido él quien se lo ha pasado.

—Entonces corrijo, más de media Venecia.

Guido rio con el aguijón, pero Frédéric frunció el ceño.

—Fanny, hoy estás insoportable. Creo que estoy de más aquí, así que si me lo permitís me voy a dar una ducha y saldré a dar un paseo, a ver si me despejo un poco con el agua y la brisa.

—Con tal de no ayudar, lo que sea —respondió Françoise.

—¿No vas a comer algo antes? —propuso su cuñado.

—No tengo hambre.

—Bueno, tú sabrás. Saluda a los Rylands de nuestra parte.

—No creo que tenga la ocasión. Hoy me tomaré un descanso de cotilleos y carcajadas insípidas.

—Pobres chicas —suspiró Françoise—. Privadas de su escritor mascota.

Frédéric resopla.

—En fin, me voy. Cuando se le pase el enfado me envías uno de esos ese eme ese —le pide a su cuñado.

—¿Un qué? Mira que eres anticuado ¿Pero no tienes Whatsapp?

—What...?

—Qué vas a tener con ese trasto que llevas. Déjalo, te enviaré un mensaje, sí. Pero ya sabes... —añadió mirando de reojo a su esposa— no sé cuándo.

—¿A que tú también te vas? —no se le escapaba una a Françoise.

Los dos hombres se miraron. Frédéric hizo mutis por el foro.

***

Fue caminando por la Strada Nova hasta el traghetto de Santa Sofía. Desembarcó en la Pescarìa para recorrer los puestos de verduras y de pescado antes de su ya próximo cierre. Los olores, los gritos, los colores, el humor parsimonioso de los venecianos tratando con los vendedores: pequeños placeres en los que Frédéric se recreaba con fruición y perfilaban su sonrisa. Pero no deambuló tanto como hubiera querido, porque no le gustaban los cierres, los cierres de ninguna clase; y menos cuando disfrutaba el momento. Ni siquiera le gustaba cerrar las historias de sus novelas, que siempre dejaba abiertas (eso sí, con una puerta de salida). Y se fue antes de ver desmantelar los puestos.

Procuraba no pensar en nada, buscando el mayor silencio posible, dejándose llevar por las calles y fondamente menos concurridas de

San Polo, como si sopesara cada uno de sus pasos con tempo adagietto. Trataba de recrearse en su propia vida, sintiendo la plenitud de estar vivo y la ilusión de seguir teniendo esos momentos de vida por delante.

Se había adentrado por el barrio de Dorsoduro y, sin darse cuenta, llegó a la Fondamenta delle Zattere, en el tramo de Gesuati, viendo cómo estallaba la luz al salir a la orilla del canal de Giudecca. Había arribado a un lugar en que los pensamientos y los recuerdos que trataba de evitar derribaban cualquier defensa o contención. Pero no retrocedió. Continuó caminando con el mismo ritmo, encajando la presión que los recuerdos en forma de ocurrencias, de libros, de ojos, de conversaciones y de latidos realizaban sobre la cicatriz dejada en su alma por Anna.

Había decidido olvidarla de forma implacable, arrancar esa página de su vida para evitar el dolor. Pero la cicatriz seguía ahí, tirando de su alma, ahogando cualquier estima o atisbo de afecto sobre otras mujeres, comoquiera que no había comparación posible. Anna saqueó una gran parte de su riqueza emocional, del lado luminoso de su sentido vital; y al perderla a ella también perdió ese gran trozo de alma. Por eso se venía preguntando durante esos días si había sido buena idea venir a Venecia con la intención de pasar una temporada.

«Si ella está aquí, ningún lugar mejor para olvidarla. Si se mueve en el mismo círculo que yo, ninguna situación mejor para olvidarla. Será la mejor medicina», resolvió. Pero resolvió sin un íntimo convencimiento, porque no había querido trasladarse junto con su hermana y su cuñado al Palazzo Wellesley. Si bien no fueran ciertas las posibilidades de coincidir, de verse a diario, había preferido quedarse en el apartamento de Correr Pisani. Los remedios, en dosis justas.

Lo mejor sería apurar el momento, dejarse llevar hacia el lado jovial realzado por el buen tiempo y la brisa adriática. Regresar al silencio mental. Vivir... Todos ellos propósitos frustrados, como tantos otros, porque después de dejar de lado la iglesia del Spirito Santo y cruzar el puente de Ca' Balà chocó de frente contra una imagen en la que tropezaron sus resoluciones.

Un embarcadero. Sentada de espaldas a la fondamenta, con las piernas colgando hacia el agua, sobre el brillo estelado del sol de media tarde en el canal. Quieta. Mirando hacia el Bauer en la Giudecca. De espaldas y con el cabello domado en la trenza que tanto le gustaba lucir, siempre reconocible para él.

Era Anna con su figura estilizada, hermosa en su quietud dibujando su perfil elegante a contraluz del agua refulgente del atardecer. Y es que no era difícil imaginársela en ese lugar de sus paseos, confidencias y proyectos que lanzaron al futuro envueltos en un velo tejido con manos enlazadas, besos encadenados o helados compartidos.

El escozor de la cicatriz crecía en todas direcciones, por lo que Frédéric decidió en ese momento no fascinarse de nuevo, no admirar ese pasado anhelo, no hacer caso de la aparición y el presentimiento; dio media vuelta, aunque sin saber qué hacer. Al principio se quedó paralizado, pero después emprendió el camino, alejándose sin rumbo fijo. Fue casi una huida. Trazó sin saberlo una línea de fuga por la Fondamenta Fornace hacia el Canal Grande, mientras rumiaba sin poder digerir su encogimiento, que terminó en la amargura dulce de un spriz repetido.

Quizá si hubiera visto la mirada perdida de Anna, si hubiera sabido que detrás de su mirada estaba él; quizá si hubiera sabido que pensaba también en esos encuentros habidos en los días anteriores, en el porqué de su gentileza en su primer encuentro, en la desconcertante aunque lógica frialdad posterior; quizá si hubiera descubierto una gotita rebelde que se escapó de sus ojos —y ella enjugó con un encrespado gesto de su diestra—, se habría detenido a leer la carga emocional que llevaba esa lágrima y no habría huido de manera tan cobarde.

***

—¡Frédéric! Al final has venido.

La voz de Luigina Rylands, cantarina y entusiasta, se apartó de las conversaciones de su animado grupo nada más verle aparecer por la azotea ajardinada en el edificio de la Colección Peggy Guggenheim y se le acercó para plantarle dos besos.

—Dije que lo haría, ¿no? —respondió él con una sonrisa.

—Sí, es verdad. Pero como tu hermana comentó que no te entusiasman estos jaleos y estabas tardando en venir, pensaba que habrías cambiado de idea.

—Lo que no dijo Fanny es que cuando me comprometo a algo, lo

cumplo.

—No hay muchos así —dijo ella bajando la voz y los ojos chispeantes después de unos segundos de vacilación—. O al menos yo no los he conocido.

—Me temo que así es. Por cierto, estás guapísima con ese vestido, Gina.

—Y tú eres un cielo, Fred. Eres encantador.

Frédéric había sido invitado a la cena de gala organizada por Venetian Heritage en una de las terrazas más exclusivas de la ciudad, si no la que más, a través de los Rylands. Mucha profusión de títulos, de excelentísimos, ilustrísimas e incluso alguna alteza real. Mucho despliegue de brillos y vanaglorias siempre insatisfechas. Conversaciones sobre presentes y ausentes reiteradas en los últimos dos años, desde que la crisis financiera abatió algunos pedestales que parecían inamovibles y dejó otros al descubierto.

Frédéric descubrió sin tardar al vizconde Wellesley entre los presentes. Lanzaba una de sus refinadas ponderaciones a un grupo de iguales, entre el que se encontraba su hija Lesa y al que pronto se añadió Maria con su esposo Giovanni. Así que, algo más agitado de lo que hubiese querido, previó un nuevo encuentro, inesperado en tal ambiente, con Anna. «Por lo menos ahí no la encontraré, se dijo al recibir la invitación», porque en los dos días pasados desde que la vio en la Zattere procuró esquivar los lugares que asumieron como propios mientras estuvieron juntos.

Luigina le pidió acercase a donde se encontraban su hermano y su cuñada.

—Me gusta que seáis amigos —añadió en tono de confidencia.

—Bueno, yo soy amigo suyo, pero no sé si él me tendrá en el mismo concepto después de todas las bromas que me aguanta —replicó él.

—Por lo que he visto de ti hasta ahora, sois muy parecidos en ideas, en carácter... E igual de apuestos.

—Y los dos nos dejamos convencer por mujeres encantadoras para acudir a entretenidas ferias de vanidades.

—De lo cual no sabes cómo me alegro —Luigina le miró con un aire travieso mientras llegaban a la altura del grupo, en el que peroraba sir

Wilson.

—Claro que no. Ya no son lo que eran las fiestas venecianas, por eso únicamente asisto a las que organiza la Heritage. No, ya ni se me ocurre ir a las que organizan mis compatriotas de Venice in Peril, ni por supuesto a las americanadas de Save Venice. Están infestadas de arribistas, nuevos ricos y gente sin el menor gusto por el arte ni mucho menos por Venecia, pero les sirve para darse aires ante los de su clase. Son horribles, amigo mío, insoportables. Creo que nadie se tomará la molestia de enseñarles que el dinero no es un pasaporte para la elegancia, y que sólo les sirve para que les permitan contemplar de lejos la verdadera distinción de espíritu que diferencia a los seres realmente refinados del resto de la especie.

El vizconde echó una ojeada a Luigina y Frédéric en la que se traslucía un juicio sumarísimo con el veredicto de ser clasificados en el grupo de los indignos de estar en esa fiesta, sin que a éstos les importara mucho, él por desprecio y ella por inconsciencia. Sin embargo, mientras la prédica continuaba ante un auditorio satisfecho y aquiescente, los Rylands acogieron con agrado a la pareja; formaron discretamente un aparte y se enzarzaron en una conversación ligera y rápida sobre arribismos y vanidades hasta que se empezó a llamar a la cena.

Imaginaba Frédéric, complacido y sin error, que estaría sentado en la misma mesa que los Rylands; pero tuvo que ocultar su contrariedad al verse también junto a los Wellesley, muy ufanos éstos al verse rodeados por un selecto grupo con la contessa viuda Contarini, un coronel retirado con su esposa y algún otro aristócrata «del Continente», al que los escritores y sus parejas daban la guinda pintoresca.

Como no podía ser de otro modo, sir Wilson llevaba la batuta de lo que se decía, se valoraba y se juzgaba, con acotaciones aprobadoras de sus compañeros de mesa más cercanos. Todo lo sometía a su juicio y dictaba sus sentencias de forma inapelable, desde la literatura universal hasta las tácticas militares

—Yo ya no leo contemporáneos, sólo me limito a releer a los clásicos. Hay tantos... ¿No es verdad, Lesa? ¿No opinas tú lo mismo? No, no me avergüenzo de reconocer que no estoy en absoluto al tanto de los nombres literarios actuales, ni conozco sus obras. Y ciertamente, espero que me perdonen estos dos ilustres escritores que nos acompañan, pero teniendo una biblioteca compuesta casi exclusivamente por las grandes obras de siglos anteriores se hace un

tanto cuesta arriba ponerse a discernir lo bueno y lo malo de entre la pléyade de nuestros tiempos. ¿No están ustedes de acuerdo? Cuanto más miro las mesas de novedades, abigarradas a más no poder y con productos de lo más variopinto, más admiro mi colección de clásicos.

Lo cierto es que después de dejar salir su discurso durante un buen rato del mismo modo, Frédéric observó que ni siquiera había citado a uno de los tan cacareados clásicos. Estuvo a punto de preguntarle por sus favoritos, pero lo dejó correr en el último momento.

Más tarde, el ínclito vizconde pasó a enlazarse en un debate sobre las diferentes tácticas seguidas por los ejércitos aliados en las Guerras del Golfo con el coronel retirado que tenía a su derecha, quien, si había que creerle, había tomado parte en la primera de aquellas guerras como oficial de la 1st Armoured Division. Frédéric desconectó por completo de la cháchara entre Churchill y Montgomery no sólo porque le resultaba profundamente soporífera, sino porque su emisora cambió de frecuencia al escuchar a Maria:

—No, tampoco nosotros la hemos podido convencer. Ha preferido quedarse en casa de Paola.

—Está cada vez más arisca, no sé qué le ocurre. Desde que ha llegado no hace otra cosa que encerrarse con sus eternos bloques de libros o se va por ahí con el iPod —explicó Lesa—. No sale con nadie, y tampoco parece importarle.

—¿Y no os parece preocupante? —terció Gina.

—En el fondo Anna siempre ha sido así —contestó Maria—. Siempre ha ido a su aire, sin contar mucho con los demás.

—Ni poco ni mucho —añadió Lesa—. Es demasiado obstinada para sus cosas y lo demás no le importa nada. Pero si sigue así se acabará consumiendo.

—Sí. Maria y yo le hemos advertido que está demasiado delgada, ¿verdad? —intervino Giovanni— Parece algo tensa, y creo que si descansa y se relaja mejorará su aspecto.

—Está algo demacrada, como si le hubieran caído los años encima —dijo con su habitual tacto la contessa Contarini.

—Claro, porque no se cuida nada —concedió Lesa—. Yo le recomiendo un montón de remedios, de cremas y otras cosas que vienen de maravilla, pero ni caso.

—Se está haciendo invisible.

—Empeñada en ese aire de solterona huraña.

—No sé qué va a ser de ella a este paso.

A Frédéric no le parecía nada bien que se hablara de alguien ausente en términos poco agradables; y, a medida que éstos se iban endureciendo y avanzaba el linchamiento simbólico de Anna, crecía su incomodidad, aunque él no la sintiera como tal. Hasta que no pudo contenerse:

—¿Le habéis preguntado por sus sentimientos? ¿Sabéis si hay algo que le afecte por dentro? —repuso con tono adusto.

—No me negará que está hecha un verdadero trapo —rebatió la Contarini sin entender la pregunta—. Y con lo guapa que era.

—Puede ser. Está algo desmejorada, sí, desde luego. Pero de ahí a darla como un caso perdido, como estáis haciendo, me parece exagerado —argumentó Luigina sólo por apoyar a Frédéric.

«Una necedad cruel, más bien», susurró él. Luigina de inmediato le atrajo con alguna ligereza y con sonrisas que, a fuerza de insistir, diluyeron su impaciencia y esbozaron otras nuevas en el rostro de Frédéric.

—¿Me dejas llamarte Fred, como tu hermana y tus amigos? —le rogó con voz un tanto pizpireta— Sólo si quieres de verdad, no por...

—Sí, claro que puedes. La hermana de un buen amigo es como mi hermana.

—Tu hermana, oh...

Esto lo dijo con una caída de ojos tan agraciada que, al poco, los dos se echaron a reír sin miramientos, para forzado escándalo de algunos compañeros de mesa. Desde ese momento se enredaron en sí mismos para el resto de la velada.

—Creo que nos vamos a divertir mucho tú y yo. Hermano —acertó a decir Luigina en una breve pausa de su hilaridad.

—Algo de eso echo de menos desde hace mucho tiempo.

—Y no me negarás que no está nada mal el plan.

—En modo alguno, si el plan resulta tan agradable y sugestivo como la planificadora.

La risa viviente y radiante de Luigina le hizo sentirse mejor. Le hizo en ese instante tener ganas de vivir con intensidad y de empezar a pisar por sus días del modo firme y seguro que siempre había querido. Pero su mente le advirtió: necesitaba que esa intención fuera constante, no el reflejo de una situación, no el resabio que una cara bonita y expresiva le dejara en sus sentidos. Necesitaba que esa intención se clavara en su alma.

***

El sonido de la cantante de avant-garde jazz que actuaba esa noche no consiguió ahogar las risas que Frédéric arrancaba de Gina una y otra vez. Se habían escapado para oxigenarse después de las lecciones magistrales recibidas en fuego cruzado durante la cena. Pusieron el Canalazzo de por medio y acabaron en Torino Notte, sentados junto a una de las cristaleras que hacen de pared frente al Campo San Luca: bellinis a dos euros y sólo algún turista y un puñado de incondicionales de la noche alrededor.

Por el trayecto fueron despellejando a un buen puñado de especímenes que habían sufrido en las horas previas; luego Gina le puso al tanto de una buena parte del quién-es-quién en los círculos donde se movían en la ciudad. Pero, a partir del segundo Bellini, la situación se invirtió al desatarse la lengua de Frédéric. El intento de uno de los engendros que se pegó a ellos al terminar la cena, quien hubo compartido aulas de bachillerato con Frédéric, le llevó a éste a explayarse sobre las innúmeras travesuras perpetradas durante sus estudios en Westminster. Lógicamente, contó lo que se podía contar, aunque lo suficiente como para seguir desatando la hilaridad de Luigina. Prosiguió con sus apasionantes aventuras de documentalista anónimo por los pasillos de la Guildhall Library. Y acabó, como era de esperar, intentando describir la ofuscadora pulsión de la escritura. De cómo empezó en la cima de su adolescencia, con ínfulas de poeta rabiosamente vanguardista hasta acabar en un prosaísmo cuasireaccionario. También contó algunas anécdotas de los sinsabores, decepciones y humillaciones que tragó hasta conseguir publicar una novela con una «pequeña repercusión» como primer paso hacia su «aceptable éxito» actual.

—Pero no consigo quitarme de la cabeza las dudas que tengo sobre lo que escribo. No termino de conocerme a mí mismo, de ser capaz de valorar de manera objetiva lo que hago.

—¿Pero qué dices? Yo te he leído y te aseguro que tienes un talento increíble. No escribes sólo bonitas historias, hay alma en ellas. Y no soy sólo yo quien lo dice. También mis hermanas y algunas amigas opinan lo mismo y les encantan tus novelas. Y a mucha más gente.

—Bueno, ahí entran otros factores. Hay técnicas de venta, de marketing. He tenido suerte con la editorial en ese sentido. Realmente son expertos en ...

—Cállate, por Dios. Deja de decir tonterías.

—No son tonterías.

—Lo son. Escribes de maravilla, no es marketing. Te diré un secreto, pero sólo si no te vas de la lengua. Me gustas como escritor mucho más incluso que mi hermano. Y a Erica también. Pero no se te ocurra decírselo o te mato.

—Ni se me ocurriría —afirmó, aun sin estar demasiado halagado por el secreto.

La risa franca y joven de Luigina le contagiaba entusiasmo y le incitaba a dejarse deslizar por un desnivel placentero, tan inusitado en su vida. Por eso se vio, casi sin darse cuenta, relatando muchas cosas de su pasado, de su presente e incluso sus proyectos de futuro.

Llevaba demasiado tiempo encerrado, de espaldas a sus sentimientos y esperanzas y, aunque sólo fuera consciente a medias, sentía la necesidad de explicarse, de sincerarse, de vaciarse, de soltar todo ese mundo contenido en su interior; todo ese mundo reflejado en sus novelas, que funcionaban como la válvula de una olla a presión de un alma sobresaturada de emociones. Y al aparecer Luigina en su vida de aquella manera, se le ocurrió que quizá su esencia fuera el complemento de la suya. ¿Quizá fuera ella la persona con quien compartir su alma para seguir adelante, con quien compartir su vida? ¿Podría ser ella la persona que le arrancara de la isla en la que estaba confinado y le arrastrase hasta un mundo apenas soñado? Ella derrochaba energía, impulso vital, alegría, todo cuanto pensaba que su vida necesitaba con más urgencia; él estaba dispuesto a enamorarse, dispuesto a olvidar. Sí, quizá fuera ella, pero el tiempo lo diría.

Cuando el sueño amenazaba ya con velar las risas y cerrar los ojos de

noche de la joven Rylands, se retiraron. Pero su GPS interno todavía era capaz de llevarles a San Samuele y tomar el vapor nocturno hasta la parada de San Stae, en el barrio de Santa Croce. Luigina, aferrada a su brazo, acompasó el eco intenso de sus tacones con el suyo. Los pasos firmes en la noche veneciana resaltaban el silencio apacible para los corazones abiertos.

Llegaron al Palazzo Corner Belloni, residencia habitual de los Rylands, y en la puerta despidieron el día con el abrazo espontáneo que Luigina le arrancó, todavía sin atreverse a sustituirlo por otro acto o palabra que fueran más allá del agradecimiento arrebatado.

V

La animación de la Strada Nova era uno de los pequeños placeres que Frédéric disfrutaba con frecuencia en los mediodías venecianos. Recorría con parsimonia la calle más parecida a la de una ciudad real y solía acabar sentándose en alguna terraza a la altura del traghetto de de Santa Sofía ante un café o un spriz, según la hora. El pulso del barrio de Cannaregio latía en torno al ir y venir de las amas de casa con sus bolsas de compra, oficinistas, adolescentes con aire de estar siempre a punto de vacaciones, jubilados y camareros con sus charlas variables según el día o las noticias del Gazzettino, y con los inevitables turistas de paso hacia las partes del laberinto señaladas en las guías de viaje. Una hora de calma solitaria sin soledad.

Ese ceremonial, del que no solía prescindir ni siquiera tras la misa dominical en la recoleta iglesia de Santa Sofía, se había incorporado en las dos semanas largas transcurridas desde su llegada a la lista de rituales propia de un revolucionario tradicionalista. Y ese domingo no era una excepción. Sentado a la sombra, casi pegado a la pared del cafetín de turno, tamizaba la animación de la calle a través de la vie en orange del Aperol.

La excepción vino de la mano de Giovanni Rylands, que apareció recorriendo con la vista todas las terrazas de la strada. Frédéric estuvo a punto de esconderse tras el periódico y dejarle pasar para divertirse un rato a su costa; de algún modo intuía que le estaba buscando, aunque no imaginaba para qué. Pero en el último momento le pudo un punto de bondad y levantó la mano a modo de saludo, renunciando a su tiempo de tranquilidad solitaria.

—Ah, estás aquí —dijo su amigo a modo de saludo.

—¡Gianni! ¿Qué noticias hay de Rialto?

Su amigo rio la broma y contestó:

—A ver si lo sabes, Shylock: ¿por qué las mujeres siempre lo saben todo y siempre tienen razón?

—Ah, ¿sí? A mí no me preguntes. Tú sabes más de eso, sin duda.

—Pues sí, lo sé. La duda era sólo metódica.

—Anda, siéntate. ¿Te pido otro para ti?

—No, yo... Bueno, venga.

—¿Y a cuento de qué venía la pregunta? —retomó Frédéric el asunto mientras pedía con una seña inequívoca "otro de lo mismo" al camarero.

—Gina me dijo que seguramente te encontraría aquí a esta hora y no ha fallado.

—Ya. Veo que no pierde el hilo y se queda con todo lo que le cuento.

—Pues ojo con lo que le cuentas.

—Lo tendré, pero vamos al grano.

—Verás, ayer coincidimos en la cena con mi familia política al pleno. Por suerte, el bueno del viejo Wilson no estaba en plenitud y acabé sin dolor de cabeza. Pero el caso es que en la sobremesa alguien sacó a relucir el tema de los viajes, del Mediterráneo, de las islas griegas, de Chipre y no sé qué otras historias. Parecía una competición de a ver quién ha visto más, y más veces.

—¿Y dices que acabaste sin dolor de cabeza? No te creo.

—No, porque corté por lo sano. Gramersè —le dijo al camarero cuando le trajo su spriz.

—Oh, oh...

—No, fue algo muy diplomático y una idea genial. Les propuse hacer un viaje conjunto a modo de empate.

—¡Un viaje conjunto!

—Sí, un crucero. Haremos un crucero por el Mediterráneo todos juntos. Será divertido, cada uno podrá dedicarse a lo que le apetezca y al final nos veremos obligados a compartirlo en el curriculum viajero. ¿A que es perfecto?

—No se te ocurrió nada mejor, ¿eh? Estás perdiendo facultades, amigo mío. Los años te empiezan a pasar factura.

—Calla, es genial.

—Pues nada, nada, que te sea leve pasándolo genial.

—No hables en segunda persona, porque estás incluido en el lote.

Frédéric reaccionó primero con estupor mudo, y después con muy escasa elocuencia.

—¿Qué? ¿Yo?

—Sí, tú. Gina propuso que vinieras con nosotros y la idea fue acogida con entusiasmo.

—Pero yo no...

—Eres un gran viajero, todos lo sabemos, y lo pasarás muy bien. Además, ni el viejo sir Wilson ni Lesa vendrán. Son demasiado estirados y están demasiado arruinados como para dignarse a venir. Iremos en familia, pero necesito un apoyo, amigo mío.

—¿En familia?

—Sí, aparte de mis hermanas sólo vendrán Maria y Anna. Y yo como único hombre. Así que cuando Gina propuso que vinieras tú también apoyé la moción sin dudarlo. Y de la misma me encargaron que viniera cuanto antes a darte la noticia.

—Qué honor. ¿Y has dicho que Anna va con vosotros?

—Viene con nosotros —recalcó cada sílaba su amigo—. Sí, al principio se negó en rotundo. Pero a última hora algo le dijeron Maria y Erica que al final, a duras penas y a regañadientes, se animó, aunque no las tengo todas conmigo. Está claro que le vendría muy bien un poco de tranquilidad, de sol y de aire marino, porque está muy desmejorada.

—Sí, supongo que le vendría bien. Aire de mar y escapar del aire Wellesley al menos por unos días.

—Y a ti también, que estás mustio como nunca te he visto. Menos mal que estos días mi hermana te ha devuelto un poco de vida, porque cuando llegaste dabas pena.

Frédéric se limitó a mirarle con un aire impreciso. Y Giovanni continuó:

—Si no te lo dice un buen amigo no te lo va a decir nadie.

—Lo sé, Gianni, y te lo agradezco. A decir verdad, Fanny me ha dicho lo mismo. Así que debe de ser cierto.

—Pues eso es. Nos vendrá muy bien a todos. Maria y yo tenemos que oxigenarnos un poco también. Con tanto niño y trabajo a mansalva, necesitamos un poco de espacio para nosotros mismos. Los dejaremos con sus abuelos y con Gaetana, ya sabes, la gobernanta. Y, hablando de todo un poco, no me parece nada mal esa cercanía entre Gina y tú, porque os puede venir muy bien a los dos.

—No pienses lo que no es. Sólo hemos salido un par de veces por ahí, nada más.

—Yo no pienso nada. Pero el resto del mundo dice que formáis una pareja admirable, por si no lo sabías.

—Pues no, realmente no lo sabía. Y que hablen lo que quieran. A estas alturas me importa muy poco la opinión de ese resto del mundo. ¿Para cuándo tenéis previsto zarpar?

—Queremos —recalcó de nuevo, haciendo una ligera pausa— que sea lo antes posible. Tiene que ser ya mismo, según Gina.

—Esa chica no entiende de paciencia, ¿verdad? Pero a estas alturas no habrá ya nada disponible. Y lo que haya será con precios de robo a mano armada.

—Siempre habrá algo por ahí. Al parecer en las líneas de alto standing hay más posibilidades. Por el precio no te preocupes, tú recaba la información que puedas y lo que hagas bien hecho estará.

—¿Cómo que lo que haga? ¿Yo?

—Sí, hemos delegado en ti la gestión del viaje por unanimidad. Eres el que más sabe de esto, el que mejor lo hará. Y el que más tiempo tiene, todo sea dicho.

—Ah, bonita manera de llamarme vago y espabilarme.

—Vamos, lo harás mejor que nadie. Haznos el favor.

Después de apurar su spriz y mirar de lado durante algunos segundos, Frédéric se rindió:

—No prometo nada por las fechas en las que estamos.

—¡Bien! Sabía que no nos fallarías. E insisto, tienes carta blanca, lo que hagas bien hecho estará.

—No sé por qué me meto en estos jardines.

—Porque eres un tío excelente. ¿Te vienes a almorzar con nosotros?

—No, no, deja que digiera un poco el asunto. Me imagino a tu hermana abalanzándose y apretando de lo lindo, y no sé si tengo fuerzas para todo. Además, ya lo tengo comprometido.

Giovanni dejó escapar la risa jovial y contagiosa de los Rylands, hasta el punto de sonsacarle una sonrisa.

—Así me gusta verte, Fred, ese debería ser tu estado. Y antes lo era. No sé qué demonios te ha pasado en estos años, pero tienes que volver a ser tú.

Demasiadas cosas del pasado se agolparon en la mente de Frédéric con esas palabras, pero decidió espantarlas sin contemplaciones. Se levantó con rapidez de la silla y depositó un billete junto a la cuenta. Giovanni apuró su bebida y también se levantó.

—Tienes razón, Gianni. Tengo que recuperar una buena parte de impulso vital. Lo echo en falta. Bueno, mi hermana y Guido me esperan para almorzar. No puede uno dejar de pasar un buen rato nada menos que en el Memmo Sorzi, ¿no crees?

—Es lo que tiene, emparentar con el Patriziato.

Se fueron riendo los dos de buena gana.

***

Según pasaban los días, Fred se sentía cada vez más incómodo en el inmenso apartamento del Palazzo Correr Pisani; era demasiado grande para sentirse a gusto. Rezumaba aire de eco, de abismo, de pérdida. Por eso decidió buscar otro espacio más acogedor, recoleto, a medida de su sensibilidad.

Esa decisión fue motivo de extrañeza para propios y extraños. Su hermana no entendía por qué se empeñaba en estar solo; como tampoco lo entendían los Rylands, que no dejaron de ofrecerle alternativas, incluso en su propia residencia. Y ese día en que todos coincidieron en la sugestiva terraza del Hotel Monaco disfrutando del sol vespertino a pie del Canal Grande, la ofensiva fue total. Durante un buen rato insistieron en sus argumentos, chocando contra su negativa

primero y contra su silencio después. Estaban acabando con los últimos cartuchos de insistencia, mientras salían hacia la calle Vallaresso, cuando se encontraron con los Wellesley al completo, que venían con Paola Falier y la contessa Contarini.

—Pues sí, venimos de Harry's. Hemos pasado una magnífica tarde con los cócteles y la atención de Arrigo. Es todo un señor —refirió sir Wilson sin que nadie se lo pidiera—. Qué bueno es que todavía haya lugares donde se puede uno distinguir de simples turistas adinerados.

Mientras el vizconde seguía perorando, Maria exhortó a su hermana en voz baja pero audible:

—Anna, ven con nosotros a cenar en la Tavernetta, la de San Maurizio, que sé que te gusta. Queríamos ir a La Feluca, pero Fred se ha negado y mi Gianni siempre le secunda con ese compañerismo mal entendido.

La aludida protestó sin ganas, y su hermana pequeña la tomó del brazo como llevándola a la fuerza.

—Además, vendrá también la signora Falier, ¿verdad? —prosiguió su hermana.

Frédéric se mantenía retraído, escrutando la expresión serena de Anna, que cruzó con él una fugaz mirada brillante al escuchar el nombre del que en su día fue restaurante favorito de ambos.

Los demás Wellesley alegaron tener prisa y se marcharon con la contessa. El resto, disperso en grupitos, se encaminó lentamente hacia su objetivo.

—Anna, nos tienes que ayudar a convencer a Fred para que se venga a vivir con nosotros al Corner Belloni, que tiene espacio más que suficiente —le propuso Erica—. Dice que no quiere seguir en el pisazo de Guido y Fanny y que prefiere mudarse a un apartamento pequeño. ¿Te lo puedes creer? Parece ser que ha echado el ojo a algún tabuco en Cannaregio.

—Si él lo prefiere será por algo —contestó Anna—. Supongo que se siente más a gusto para escribir en un espacio a su medida. Y creo que es su barrio favorito.

Frédéric, que venía por detrás con Luigina, no pudo dejar de escuchar las palabras de Anna, pero no sabía en qué sentido lo decía; quizá se alegraba de no verle en Memmo Sorzi. Pero sí advirtió que era la

única de entre familiares, amigos y conocidos que respetaba su decisión.

—¡Pero si estaría a sus anchas! Y nadie le iba a molestar para escribir —continuó Erica—. Gianni lo hace sin problemas.

—Quizá él...

No pudo seguir escuchando más. Un zarandeo y una admonición de Luigina se lo impidieron.

—¿Sí o no? ¡Fred! Hay que ver, no me escuchas.

—Sí, te escucho —mintió él.

—Está todo preparado, ¿no?

—Sí, todo —afirmó aun sin saber a qué se refería.

—¿Y cuándo zarpamos?

—Mañana o pasado mañana me lo confirman —contestó con alivio al poder retomar el hilo.

—¿Todavía estamos así? Qué lentos sois los hombres. Y eso que Gianni dice que te las pintas solo con papeleos y gestiones.

—He rastreado con ayuda de un agente todos los itinerarios mediterráneos de varias líneas. Y no ha sido fácil. A estas alturas de temporada normalmente sólo queda lo peor.

—¿Y nos van a dar unos camarotes cutres?

—¡No, por Dios! No lo consentiría. Me han asegurado unas plazas de buena calidad.

—Bien, pues mañana mismo te espero entonces para...

—O pasado mañana

—Que sea mañana. ¡Estoy tan impaciente! Va a ser genial, increíble.

Durante la cena Frédéric tuvo que forzar más de una vez la vista, que se desviaba involuntariamente hacia la discreción y su serenidad casi regia de Anna, para compararla con la vehemencia espontánea y continua de Luigina; y le molestaba que aquélla centrara su conversación casi exclusivamente con Paola y en ocasiones también

con Maria. Concentrado como estaba en que no se desviara su vista, no fue capaz de notar que ella, aunque casi siempre de reojo, no perdía ningún detalle de su actitud ni de sus gestos; aunque Paola, que la conocía mejor que nadie, sí lo notó.

En modo alguno podía haber imaginado antes de venir que en tan poco tiempo iban a frecuentar las mismas amistades, a compartir mesa de forma habitual, e incluso a formar compañía de viaje. Lo que más desordenaba su ánimo era el hecho de tratarse con la corrección propia de dos extraños que acaban de conocerse; recordaba la gracia, la efusión natural que surgió entre ambos el día en que realmente se conocieron. Recordaba cuánto ansió despertar la admiración de Anna; las mil un maneras de atraerla a sus redes de cariño, de enredar la mente y el corazón de esa persona tan especial, y eso que no era necesario, porque todo surgía entre ellos de forma instintiva, la misma forma casi salvaje en que empezaron y continuaron a amarse. Y ese amor sin medida se había convertido en amabilidad ofuscada. Ni siquiera había malevolencia, como hubiera sido previsible entre otras personas en las mismas circunstancias; al menos él no la sentía, ni tampoco la percibía en ella. Parecía una atracción obstruida. Era una situación, una sensación que le descolocaba. Y ya que la cena fue larga, tanto como la sobremesa, tuvo ocasión de observar, de reflexionar. Y de no concluir nada.

Al salir, ya muy avanzada la noche, acordaron retirarse a sus casas, no sin reticencias por parte de las hermanas Rylands, siempre dispuestas a suscitar diversión.

—Venga, Fred, por lo menos acompáñanos a casa —se rindió Luigina.

Antes de contestar, él miró de soslayo a Anna.

—Pero... a vosotras os acompaña Gianni.

—Pues claro. Fred acompañará a Paola y Anna —acordó el aludido.

—Por nosotros no se preocupen, nos las apañamos bien solas —cortó Paola Falier con su voz dulce.

—Pero, signora, mire qué hora es. No hay problemas en esta ciudad, pero nunca se sabe, y la compañía de alguien siempre es un seguro —insistió Giovanni.

—Soy veneciana, señor. Como le he dicho, no necesitamos compañía —concluyó Paola aumentando su firmeza.

El silencio y el gesto ausente de Anna eran difíciles de desentrañar para Frédéric, que al final los tomó como señal de asentimiento. No se acordaba de aquel intercambio de ideas que una vez tuviera con ella: «El que calla, otorga», dijo él; «No, el que calla, calla», matizó ella. Así que no participó en las despedidas formales y besuqueos, limitándose a un "buenas noches" a media voz.

—Qué poca efusión, muchacho —le dijo Giovanni en un aparte.

—La misma que ellas han mostrado, ni más, ni menos.

Ante el ademán interrogante y cómplice de su amigo, enarcó las cejas, esbozó una sonrisa y se dirigió al resto del grupo:

—¿Qué os parece si terminamos la jornada con algún bellini y un poco de movimiento?

—¡Sí! ¡Así se habla! —saltó Luigina.

—Entonces, ¿a dónde me vais a llevar?

—Podemos ir a Piccolo Mondo —propuso Erica.

—Buena idea —aprobó su hermana—. ¿Lo conoces, Fred?

—No, pero seguro que será perfecto.

—Conmigo no contéis —dijo Giovanni—. Hay criaturas que estarán saltando en nuestra cama según noten el primer rayo de sol.

—Ya no estamos para trotes nocturnos —se unió Maria—. Eso quedó atrás, en otra vida.

—Por cierto, Fred, ¿no eras tú el que había propuesto retirarnos? —le preguntó algo extrañado su amigo.

—He cambiado de idea. ¿Entonces está realmente bien ese lugar, señoritas?

—Está genial. Y a estas horas es perfecto —explicó Erica.

—¿Por dónde cae?

—En Dorsoduro, cerca de la Accademia —siguió Erica.

—Pero desde aquí llegamos en diez minutos cruzando el puente —aclaró Luigina.

—Entonces no sé a qué esperamos.

—Bueno, tendréis el desayuno preparado para cuando volváis, jaraneros —bromeó Giovanni.

—No sé si nos retiraremos tan pronto —le siguió Frédéric.

Las hermanas rieron alborozadas y se engancharon cada una a uno de sus brazos dispuestas a la diversión y la presunción. Pero él llevaba menguada su sonrisa.

***

Los paseos hasta el palazzo donde residían los Rylands constituían un ejercicio entretenido y relajante para Frédéric, aunque no tuvieran a veces otro propósito que una simple charla con su colega o recibir un poco de aire fresco y jovial por parte de Luigina y Erica. Cruzaba el Canalazzo con el traghetto, atravesaba el barrio de San Polo, llegaba por el puente del Tintor al barrio de Santa Croce y hacía un alto en su favorita plaza de San Giacomo dell'Orio, siempre concurrida por venecianos de todas las edades, antes de plantarse ante la residencia Corner Belloni. Lo estaba convirtiendo en uno más de sus ritos, porque preveía repetirlo en otras muchas ocasiones. Podía ahorrarse la caminata, porque había un embarcadero en la fachada del palazzo que daba al Rio del Megio, donde podía amarrar la lancha de Guido o atracar un taxi, pero prefería patear por sí mismo el dédalo de tierra firme y cambiar sus ojos a través de los claroscuros que el sol de julio trazaba en su interior.

Había almorzado con los Gauli y, después de una pequeña siesta, se decidió por ese paseo, aunque en esa ocasión lo hizo con un propósito concreto.

—¡Mira que eres raro! —le espetó su amigo Giovanni mientras subían al saloncito secundario del piano nobile— Pudiendo venir en la lancha te pegas una caminata de miedo.

—Soy así de raro, ya me conoces.

Luigina entró corriendo en el saloncito seguida por su hermana.

—¡A ver, a ver! —dijo aquélla por todo saludo— Habrás traído los

pasajes, ¿no?

—¿Qué pasajes?

—¡Los del crucero, hombre!

—Ah. ¿Tan rápido? No me ha dado tiempo todavía.

—Pero si dijiste que lo tendrías todo en seguida —protestó Erica.

Luigina detectó un leve brillo travieso en la mirada de Frédéric, que se hallaba plantado en medio del salón con los brazos a la espalda. Se abalanzó sobre él, que giró para hacer frente con su cuerpo y casi abrazándole consiguió arrebatarle una cartera de tela que había mantenido oculta todo el tiempo. En su frente figuraba el logo de la compañía Royal Mediterranean.

—¡Ya lo sabía! ¡Anda, ven! —exclamó alborozada mientras arrastraba a Frédéric hasta un sofá en el que le hizo caer junto a ella, le robó un beso rápido y fuerte en los labios

—¡Gina, por Dios! —exclamó Erica— Contente un poco, por lo menos aquí.

—Mira que eres malo... —continuó sin hacer caso y abrió de golpe el velcro de la cartera— A ver qué tiene esto.

—Cómo te ha podido dar tiempo —dijo admirado Giovanni—. Eres la habilidad personificada.

—¿Habilidad? ¡Pero si se ha tirado una semana mareando la perdiz! —bromeó Luigina.

—Pobre Fred —dijo Erica—. No sé ni cómo nos aguanta.

—¿Quién no nos aguanta? —preguntó Maria— Ah, Fred. ¿Eres tú quien no nos aguanta? No te imaginaba tan selectivo y exigente.

Dijo eso con su rápida verbosidad mientras entraba al saloncito seguida por sus dos hermanas.

Él no reaccionó.

—Sí, no sé cómo nos aguanta con la cantidad de bromas pesadas de Gina y la pachorra de Gianni —razonó Erica.

—Ah, bueno, eso no nos incluye a la rama Wellesley, ¿verdad, Anna?

—prosiguió Maria.

—Mirad, el pobre Fred se ha matado para conseguirnos los pasajes —dijo Luigina empezando a observar el montón de papeles que contenía la carpeta.

—¿Qué compañía es? —se interesó Lesa— Ah, la Royal. No es de las mejores. Hace unos años estuvimos dos veces en el Caribe con Club Med, y aquello sí que fue inolvidable. Pero tú te lo perdiste, Anna, empecinada en matarte por esa revista, que mira cómo te lo agradecieron después.

Durante un par de segundos de tenso silencio Frédéric endureció el semblante al notar el gesto satisfecho de Lesa, pero lo relajó al ver que Anna bajaba la vista. Pero no se pudo contener.

—No, en esta sólo vamos los de clase media. No nos da para más —replicó y prosiguió dirigiéndose a Giovanni—: De todos modos, a estas alturas no había mucho donde elegir. He hecho lo que he podido, pero me los ha conseguido gente de confianza, ya conoces a Guido, y deben de ser bastante aceptables.

—Estoy seguro —afirmó su amigo.

—Por supuesto —ratificó Luigina mirando los papeles pero sin fijarse en nada concreto—. Anda... ¿Kérkyra? ¿Qué es eso?

—Eso será Turquía, por lo menos —dijo Lesa.

—En realidad es Corfú, pero en griego —aclaró Frédéric con calma.

—¿Corfú? ¿De qué me suena? —se preguntó Erica en voz alta.

—Ya sé —saltó Luigina—. Eso es donde vivía Sissi, la emperatriz aquella. ¿No, Fred?

—Sí, bueno...

—Ahora que lo dices, ¿no es Corfú a donde huyó el bueno de Stanfill? —preguntó Giovanni.

—En efecto. Y ese ha sido un buen motivo para elegir el trayecto, además de ser el que contaba con los mejores camarotes —confirmó Frédéric—. Le haremos una visita. Si es que vive todavía, porque hace años que no tengo noticias suyas.

—No te quepa duda que vivirá mucho, y como un pachá —aseguró

Giovanni—. Menudo elemento.

—¿Y quién es ese elemento vividor, si se puede saber? —preguntó Maria.

—Es un colega vuestro, ¿no? Ahora que lo mencionáis, alguna vez te he oído hablar de él, ¿no, Gianni? —apuntó Luigina.

El hermano resumió en algunas palabras la trayectoria de David Stanfill, desde que se coincidieron en Trinity College de Oxford hasta que decidió irse a vivir a la isla griega de Corfú después de perder al amor de su vida y a casi toda su familia, de la que recibió una herencia pobre en cuanto a los afectos y enorme en cuanto a libras esterlinas. También conoció a Frédéric en aquellos días oxonienses, aunque intimó menos con él al estar éste en el Queen's y no compartir con los otros residencia, comedor y horas de estudio (no así un buen puñado de parrandas de variada intensidad y duración). También padecía el vicio de juntar palabras en formas de historias, si bien la escritura de Stanfill había tomado un camino más árido y oscuro en todos los sentidos. Era el niño mimado («enfant terrible et gâté») de la crítica superferolítica del momento, aunque no se acercaba ni de lejos a sus dos amigos en cuanto a número de ventas; de hecho, uno sólo de los títulos de Giovanni casi vendía más que todos los que había publicado David en total. En todo caso, y de forma inusual, la amistad de ese peculiar trío no se había resentido en absoluto.

—David es nuestro Lawrence Durrel personal e intransferible, con su pasión por el levante mediterráneo y esa escritura endemoniadamente buena y compleja —bromeó Giovanni.

—Pero le avisaremos con tiempo, por si acaso —afirmó Frédéric—. No nos vamos a plantar allí después de los años como quien no quiere la cosa.

—De todos modos será una visita rápida, supongo. No creo que nos dejen mucho tiempo en cada puerto.

—Estamos más de un día completo. Si no he mirado mal el trayecto llegamos a primera hora de la mañana y el barco zarpa al día siguiente casi de noche — aclaró Frédéric.

—Así que nosotras proponemos un plan en familia y vosotros planeáis juergas con amigotes, ¿no es así? —dijo Maria medio en serio medio en broma.

—No, podremos ir todos, seguramente. Tiene una casa preciosa en las

afueras de la ciudad de Corfú. Me envió algunas fotos en cuanto se hizo con ella —dijo Giovanni—. Y nos sobrará tiempo, no os preocupéis.

—Uf, iréis vosotros —replicó su esposa—. Seguro que os pasáis horas recordando batallitas y gamberradas que hicisteis en la universidad o cosas que incluso prefiero no saber.

—Yo pienso ir a pasármelo bien y a estar a mis anchas. Para eso es un crucero, ¿no? —sostuvo Erica.

Fueron desgranando el recorrido paso a paso, con documentos y mapas desplegados sobre una mesa centro del salón, intercambiando comentarios más o menos acertados según quién los profería y con qué ánimo.

Lesa, aburrida en algo en lo que no podía ser protagonista o participar con superior criterio, se despidió alegando que tenía que prepararse para una cena de media gala. Y cuando sugirió que Anna la acompañara, los Rylands en pleno se opusieron y le pidieron que se quedara porque querían su opinión como parte del grupo de viajeros. La hermana mayor insistió varias veces, casi obligándola a marcharse, sin que la propia Anna se mostrara conforme. Cuando al final parecía darse por vencida, los demás dejaron de insistir y Lesa tomó a su hermana por el brazo para irse, Frédéric se plantó delante de ambas y en tono suave pero intenso, mirando fijamente a los ojos de la mayor de las Wellesley, opinó sentenciando:

—Creo que ella prefiere quedarse, y debemos respetar su decisión.

Lesa se marchó despidiéndose educada pero fríamente. No obstante, Anna no participó mucho en la discusión general, ya que todo le parecía bien o le daba lo mismo; mantuvo casi todo el tiempo un aire ausente.

—Mujer, anímate —le instó Luigina—. Aunque sólo sea para criticar a conciencia lo que nos ha buscado Fred. A estos plumíferos hay que chincharles lo suyo para que no se suban a la parra, que luego no hay quien les aguante.

—Me parece que lo ha hecho bastante bien para lo poco que debía de quedar disponible en estas fechas —opinó Anna—. El recorrido me parece muy interesante y los camarotes tienen un aspecto estupendo.

—Ay, qué poco juego nos das, mujer.

Se entretuvieron hasta la hora de la cena. Y Giovanni insistió en que nadie se marchara sin cenar, como así fue.

—Hoy me retiraré pronto, y procuraré descansar —dijo Frédéric—. Voy a ver si mañana empiezo a hacer algo de fuste.

—Pero para eso no es necesario retirarse pronto —rebatió Luigina—. Mañana te levantas más tarde y ya está.

—No, necesito trabajar a primera hora. Estoy acostumbrado y no sería capaz de empezar a otras horas.

—¿Sólo puedes trabajar a primera hora? —se extrañó ella.

—No, pero sí lo necesito para concentrarme y coger ritmo.

—Mira que sois maniáticos.

—¿Ves cómo hay otros raritos por el mundo? —se dirigió Giovanni a su hermana.

—Lo hacéis para daros importancia, y que os tratemos como a seres especiales.

—Es que lo somos —remachó él.

Casi todos rieron la boutade. Y Frédéric vio por primera vez desde que se encontraron en el aeropuerto una sonrisa en la boca de Anna. Esa sonrisa le transportó a otro mundo en que la recordaba claramente cómo le favorecía y la distinguía del resto del mundo por su pureza, su luz. Esa sonrisa... No quiso esperar a que acabaran todos en la mesa para despedirse.

—Ya podéis ir haciendo las maletas. No queda ni una semana para la partida —dijo según se levantaba.

—Empezaremos mañana mismo —alegó Luigina—. Ah, Fred, pasado mañana hay fiesta en San Piero de Castelo, y me... nos llevarás, supongo.

—¿Qué fiesta es esa? ¿Más saraos? No puedo, me voy a volver loco —rechazó de plano.

—No, es una fiesta popular muy graciosa —explicó ella—. Es como un festival de pueblo que se realiza en el único campo cubierto de hierba. Es muy pintoresco.

—Ah, eso es otra cosa. ¿Dónde has dicho que es? —preguntó Frédéric.

—En la isla del mismo nombre, en Castello.

—Al final del todo, en la cola del pez —aclaró Giovanni.

—Bien, sin problemas.

Concertaron la hora y lo necesario para el día siguiente, y acto seguido Frédéric enfiló la salida.

—Pero espera, hombre —le recriminó su amigo—. Te llevo y de paso acompañaremos a Anna hasta su casa. Se está haciendo de noche y no es plan de ir sorteando gatos a oscuras por media ciudad. Tengo mi lancha puesta a punto en el embarcadero.

—Por mí no os preocupéis —quiso eximirse ella—. Estoy acostumbrada y conozco bien el camino.

Frédéric recordó de inmediato lo ocurrido días atrás con Paola Falier y se sintió molesto por esa nueva falta de aprecio de su compañía. Llevado por una mezcla de amor propio y despecho decidió súbitamente:

—Dejaremos que nos lleves, Caronte. Y encantados, no lo dudes. Cuando ella quiera.

No dejó Anna que se notara el rubor en su rostro mientras se levantaba al mismo tiempo que su hermana y sus cuñadas y recobraba su bolso y un pequeño chal; ni tampoco la punzada que sintió cuando Luigina se levantó de golpe de la mesa («Esperadme, os acompaño hasta abajo»), se enganchó del brazo de Frédéric y antes de salir al embarcadero le volvió a entregar un beso mucho más largo y sentido; a su pesar, nada de ello se le escapó.

Pero durante el trayecto Anna recobró la sonrisa gracias a las bromas de Giovanni y las réplicas agudas de Frédéric, que tan bien había llegado a conocer. Sus agudezas: varias cucharadas de inteligencia, una pizca de malicia y una buena rociada de corazón. Y también recobró el rubor cuando sintió en su mano fría la mano cálida de Frédéric al ayudarla a desembarcar. Éste la acompañó a lo largo de la —a esas horas— tenebrosa calle del Traghetto, por donde los Wellesley accedían a la parte que les quedaba de su palazzo.

—¿Y tú insistes en venir sola por aquí? —dijo él bromeando al llegar frente a la puerta.

—No me da ningún miedo —contestó ella abriendo las dos cerraduras de seguridad—. No hay ningún problema, y por aquí no se le ocurre venir a nadie.

Él hizo un gesto de admiración, pero no dijo nada; sabía que era cierto.

—Buona notte —se despidió al fin, con media sonrisa afectuosa.

—Buona notte —contestó ella, completándola, y desapareció por el portón, no sin antes volver la vista por un instante.

Al mismo tiempo que ella se dejaba caer apoyándose de espalda por dentro de la puerta cerrada, bajo el peso de sensaciones disonantes, él notó un repentino vacío ante sí que tumbó su ánimo de una forma que su omnipresente razón no podía comprender.

—Vamos, sube —le instó Giovanni—. ¿A qué estás esperando?

Frédéric agradeció a su amigo que también le invitara al silencio que les acompañó hasta el apartamento de Correr Pisani y le permitió darle vueltas a su cabeza. Eso sí, sin llegar a ninguna conclusión, como tenía por costumbre cada vez que su razón cargaba contra su inteligencia emocional.

VI

El campo de San Piero mostraba una animación tan radiante como el día. Aunque no llegaron hasta casi media tarde, numerosos grupos de gente se dispersaban por un mercado improvisado de productos locales, en quioscos y puestos de pescado frito o de dulces, llenaban los juegos para niños o sesteaban tumbados en la campa.

Nada más apearse en un embarcadero cercano, Erica y Luigina acentuaron su lado más alegre y ligero, entusiasmándose con todo, saltando de flor en flor. Y así estuvieron durante horas, riendo, divirtiéndose y causando la envidia admirada de propios y extraños. Intentaron arrastrar a Frédéric a todos los juegos y todas las ocurrencias que les vinieron a la cabeza, pero éste rehusó en más de una ocasión, prefiriendo permanecer con la tranquilidad de Giovanni, con su gratificante y siempre cordial charla, dando algún paseo y contemplando el panorama recostado en una amplia manta y una botella de prosecco a mano. Pero sí consiguieron inopinadamente persuadir a Anna, que llegó más tarde acompañada por Maria y la señora Falier, para acompañarlas en sus correrías.

Por primera vez en mucho tiempo la vio prodigar sus sonrisas y su plácido buen humor, que ni en los últimos días de su relación ni desde su llegada a Venecia había podido disfrutar; no la mueca forzada ni la condescendencia que había desprendido durante todo ese tiempo, sino la sonrisa radiante y la actitud resuelta que era propia en la verdadera Anna. No conocía la causa de tan perceptible cambio, ni tampoco se paró a pensar en ello, pero no pudo dejar de reconocer que le producía una sensación agradable. No había resquemor ni amargura. Llevaba tanto tiempo penando alrededor de esos sentimientos hasta entonces invencibles que, al verlos desmoronarse en unos pocos encuentros cara a cara, le costaba encajarlo en su mapa de emociones.

Empezaba a oscurecer cuando se organizó una especie de bingo gigante que a las Rylands les pareció el culmen del popularismo, y no pararon hasta conseguir que todos participaran en el juego. Se repartieron los números entre todos y se dispersaron en grupos. Luigina, Erica y Anna se fueron a primera fila; Giovanni y Maria se sentaron juntos con sus números como tortolitos recién ennoviados; Frédéric se vio compartiendo la pequeña manta con Paola Falier, en la que había notado un ademán que puso en alerta su mente y no tardó en ser descifrado. Poco después de que empezaran a cantar los

números, le espetó ella con suavidad pero de forma descarnada:

—Dígame, señor, ¿qué pretende realmente? ¿Cuáles son sus intenciones?

—¿Qué...? ¿Cómo dice? —se vio sorprendido él a su pesar.

—Le he visto cómo la mira, se encuentran casualmente, frecuenta las mismas amistades. Así, de repente. En cuestión de días. ¿Acaso quiere recobrar lo que perdió después de tanto tiempo? ¿Por qué?

—Yo no pretendo nada —apenas acertó a decir Frédéric.

—No consentiré que la vuelva a hacer daño. Fue algo imperdonable, y no sé ni cómo se atreve a presentarse delante de ella con tanta desfachatez. Anna es demasiado candorosa todavía, a pesar de todo, y no cree que tenga usted nada escondido. Pero yo no creo las buenas intenciones de nadie, sobre todo cuando ha demostrado lo contrario. ¿O es que ha venido a exhibir su éxito sólo para restregárselo?

—¿Pero qué está diciendo? ¡Yo no he venido a nada de eso! —rechazó torpemente, trabado por la indignación.

—Y para más inri, para que el escarnio sea completo, se pavonea con una de sus cuñadas. No lo negará.

Frédéric se hallaba tan desconcertado que no encontraba réplica. Y ella prosiguió tras una espera tensa.

—Se lo repito: no consentiré que le haga daño de nuevo. Y aunque me vea como una pobre vieja inofensiva, sepa que las apariencias engañan. Anna es mi ahijada, mi niña, y no consentiré que nadie le retuerza la vida, cueste lo que me cueste.

Se miraron a los ojos con adustez en los de ella y desafío inseguro en los de él, que sostuvo la mirada durante un buen rato con creciente y —a su pesar— admirado sinsabor. Hasta que se alzó una algarabía y un movimiento de gente que les hizo apartar la vista. No tardó en aparecer Luigina con la portentosa noticia, entusiasmada al máximo.

—¡Le ha tocado a Anna, le ha tocado a Anna! ¡Ha hecho bingo y muy pronto! ¡Venid, vamos!

Paola y Frédéric se levantaron sin prisa y, guiados por Luigina, fueron sorteando a la gente hasta llegar a las primeras filas. Pronto se encontraron con los demás, que se hallaban en corro. En el centro se

encontraba Anna, que tenía entre sus brazos un enorme muñeco de peluche con forma de león; un muñeco tan grande que apenas podía sujetarlo contra su cuerpo.

—¿Habéis visto? —dijo Erica nada más verla— ¡El premio gordo!

Las jóvenes se soltaron a reír. La propia Anna parecía sonreír, en todo caso forzada por la incomodidad que le ocasionaba el descomunal peluche.

—Homérico —bromeó Frédéric—. Es un premio homérico.

Aunque sin entender la broma, las Rylands y Maria continuaron riendo y bromeando a cuenta del premio. Giovanni miraba a la afortunada entre divertido y conmovido, y cabeceó cuando ésta cruzó con él su mirada, entre agobiada y enérgica.

—¡Qué! Han dicho que el premio es irrenunciable según las bases...

Los dos hombres se miraron y se entendieron con la mirada.

—¿Y qué vas a hacer con ese fardo el resto de la noche? —preguntó Giovanni—. Queríais ver la actuación musical de esos jipis, ¿no?

—¡Que no son jipis! Que son... —intentó corregir Erica.

—Me da igual, lo que sean —interrumpió su hermano—. ¿Pero qué va a hacer esta mujer con esa cosa a cuestas?

Nadie quiso o supo contestar a la pregunta. Se formó un silencio breve pero intenso, hasta que Paola se ofreció.

—No te preocupes. Lo llevaremos entre las dos, querida.

Pero su pequeña estatura contradecía de plano sus intenciones, y la escena era más cómica que otra cosa.

—Bueno, lo que hagáis, que sea rápido, porque esto va a empezar ya —urgió Erica.

—Lo podéis dejar por ahí, donde estábamos, no creo que nadie se lleve eso —opinó Luigina.

—La verdad es que no sé cómo has aceptado ese bulto —le reconvino Maria.

—No se podía negar, eran las bases —contestó Erica—. Hubiera

quedado fatal si lo rechazaba.

Entre Anna y Paola intentaron manejar el muñeco, pero lo hacían torpemente y el espectáculo provocaba la risa de propios y extraños; excepto a Frédéric, en el que sólo se advertía una risa sardónica.

—Permitidme, por favor.

A pesar del tono aparente de ruego, se acercó y tomó entre sus brazos el voluminoso peluche sin miramientos. Y prosiguió:

—No te preocupes, yo me hago cargo. Me quedaré por aquí con Gianni, vigilando para que nadie se lo lleve. Venga, que os perdéis el concierto jipi.

—Qué bueno eres. Eres un sol, Fred —le besó en una mejilla Luigina —. Vamos, que están a punto de empezar.

Las Rylands acudieron hacia las primeras filas. Anna, llevada de un brazo por Maria casi a rastras, miraba hacia atrás, aunque no pudo llegar a cruzar su vista con Frédéric, tapado como estaba por el fabuloso premio. La signora Falier, con aire algo confundido, se decidió a seguir a las otras mujeres; Giovanni, resignado a la espera, se sentó en un pretil junto al canal que separa la isla del resto del barrio de Castello y tiró de su cajetilla de JPS. Frédéric se plantó a su lado, acomodando el peluche en el pretil teniéndolo que sujetar en todo momento. Los dos amigos se dedicaron a observar el ambiente, con aire escéptico más que divertido.

—¿Sabes una cosa, amigo mío? —se arrancó Giovanni exhalando una bocanada— Me alegra muchísimo que te lleves tan bien con Gina. O más que bien. Y Maria también está encantada. Lo cierto es que os hacía tan distintos que nunca hubiera imaginado que pudierais congeniar.

—Es fácil congeniar con Gina. Por su carácter, por su...

—Pues no creas que es tan fácil. Muchos lo han intentado y han salido huyendo. Conste que tiene su aquél, ya la verás. Lo que ocurre es que eres de los poquísimos que le han entrado por el ojo derecho. Y diría que has entrado de lleno. Hacéis muy buena pareja, de las que dan envidia.

Frédéric no sabía qué decir. No se había visto a sí mismo en esa tesitura, ni imaginaba que desde fuera se apreciara de forma evidente la atracción que había surgido entre ambos.

—A ver, no me hago ilusiones —continuó Giovanni—. Todo necesita su tiempo y su destino adecuado, ya lo sabemos a estas alturas de la vida. Pero sería una gran alegría que llegáramos a ser más que amigos, incluso familiares.

—Yo no... Bueno, yo no sé lo que siente ella. De momento sí que es cierto que nos llevamos más que bien, que coincidimos en muchas cosas. Pero no me gustaría causar...

—Lo sé, lo sé, no quiero influir para nada en tu ánimo ni en tu vida. Eres un gran amigo ante todo. Que las cosas fluyan como tengan que fluir, nada más. Sólo quería hacerte esa confesión, hacerte partícipe de esa ilusión, precisamente por considerarme tu amigo. Pero que sea lo que haya de ser.

Aunque el ambiente era relajado y Giovanni le confería toda la tranquilidad y el afecto posibles, Frédéric sentía una especie de impaciencia desconcertante. Sus emociones parecían moverse en direcciones opuestas cada día, o varias veces al día. La invectiva de Paola Falier, la incomodidad de Anna, la deliberada frivolidad de las Rylands, el inopinado estímulo afectuoso de su Giovanni, todo ello le producía sentimientos contrapuestos y que le costaba encajar y asimilar. Sentía una desazón muy brumosa, que le llevaba al silencio y que se acentuaba al sentir que acabaría por aburrir o incluso desavenir a su amigo. Cuando su ánimo entraba en barrena siempre se convertía en una molestia para cualquiera.

Al poco, Giovanni propuso y decidió ir a buscar otra botella de prosecco para hacer más aceptable la espera, y Frédéric aprovechó la ocasión.

—Espera, Gianni... Sería sólo para ti. Tengo que irme —dijo Fred en cuanto su amigo se puso de pie.

—¿Qué? ¿Cómo que tienes que irte?

—Sí, había prometido a Fanny que pasaría por su casa esta noche para cenar y se me ha ido el santo al cielo. Me va a matar.

—Vaya por Dios. Entonces te llevo en un momento.

—No, no, ni se te ocurra. Quédate, que esto está muy animado. Vigila a esa tropa, que no se desbande. Si vienen y no te ven por aquí a saber lo que se les ocurre.

—¿Pero cómo vas a ir con esa cosa por ahí? Vas a ser el hazmerreír.

—Publicidad gratuita. ¿Todavía no has aprendido nada de marketing del bueno?

—No me vengas con esa bobada. ¿Qué es lo que pasa? ¿Me lo quieres decir?

—Nada, de verdad. Y no me entretengas más, que ya voy tarde.

—Siempre has sido un liante. Pero espero que me cuentes algún día lo que pasa por ese corazón. Sabes que tienes un amigo, y si no cuentas con él tú te lo pierdes —se derrotó Giovanni.

—No, no me lo pienso perder. Pero créeme, no es nada.

Se dieron un abrazo (o más bien lo intentaron, a causa del muñeco) y acordaron verse al día siguiente para concretar los preparativos del viaje. Luego Frédéric se marchó cargando con el fardo leonino, callejeando hasta la parada del vaporetto.

Estuvo esperando varios minutos, tratando de no pensar, mirando hacia el verdor de La Certosa o hacia el Lido, concentrándose más de lo debido en estabilizar el premio al tiempo que ofrecía un poco de atracción a los pocos pasajeros que esperaban como él, desviando su mente hacia algo neutro como paso previo a la tranquilidad de su ánimo. Pero la impaciencia seguía latiendo y se le hizo larga la espera. Su espíritu empezó a cambiar en cuanto vio aparecer la embarcación; y más aún cuando oyó su nombre y una voz del pasado.

Anna llegaba por la fondamenta y repitió su llamada antes de cruzar a paso ligero la prolongada pasarela. El mismo tono, la misma voz que le llamaba con entusiasmo en un pasado lejano y fugaz, entre el ruido y el chapoteo que producía el motor del vaporetto.

—¿Por qué te vas tan pronto? —preguntó ella con el resuello algo entrecortado.

—He quedado para cenar con mi hermana y mi cuñado —insistió Frédéric en la mentira.

—Pero no tienes por qué cargar con eso. Es, es...

—No me cuesta nada. Lo dejaré en tu casa, ¿de acuerdo? Bueno, que pierdo el tren —añadió porque el vaporetto había atracado y era ya el último por embarcar—. Nos vemos pronto.

Anna pasó su tarjeta por la canceladora, exclamó «Si attende, per

favore!» y entró en la embarcación justo a tiempo. Se situó junto a él, de pie, y ayudó a sujetarle el peluche, algo no muy fácil en un suelo en continuo y bamboleante movimiento.

—Por Dios, qué vergüenza —dijo en tono que denotaba efusión—. No tenías por qué hacerlo. Por lo menos te ayudaré como pueda.

Esta vez él contestó con una leve sonrisa.

—Te has ido sin despedirte.

Frédéric reconocía esas preguntas sin interrogaciones. Reconocía en ella sus singularidades, detalles privativos que la diferenciaban, que conformaban su esencia. Los percibía con naturalidad, como si no hubieran pasado tantos años de vacío, privado de su ausencia.

—Es que no... Es que se me ha ido la hora sin darme cuenta.

—Oh, lo entiendo, te hemos liado. Pero creo que no les va a gustar a tus amigas.

—A mi amigo ya le he dicho por qué tenía que irme. Y él me excusará del resto de gente. ¿Y tú no estabas con ellas en el concierto de esos jipis?

—La verdad es que no me gustan nada esos jipis, como tú dices. Me había escapado para buscar un refresco cuando me he encontrado con Gianni, y al decirme... me ha dicho que te acababas de ir y el motivo. Me ha dado tanto apuro que cargaras con ese trasto sin comerlo ni beberlo.

—Tampoco es para tanto. Algo aparatoso, la verdad, pero no pesa nada.

—He hecho el mayor de los ridículos. Quién me mandaba meterme en ese... Me han tomado el pelo, ¿verdad?

Frédéric tardó un poco en responder.

—Pues para ser sinceros, sí. Creo que te han visto como a una turista y te han endosado el premio B. Estos venecianos siempre haciendo de las suyas.

—Qué vergüenza.

Sonríen en silencio, sosteniendo la mirada, como era natural entre los dos.

—Gracias. Ni siquiera te he dado las gracias por ayudarme.

—No es nada, por favor.

—Las veces que nos hemos visto no has hecho más que ayudarme.

Para eso no tenía respuesta ni palabra alguna. Le asaltó el recuerdo del día en que la vio en la Zattere, solitaria y sugestiva, pero decidió ignorarla, al que siguió una oleada de vergüenza. Y no pudo evitar el rubor, que intentó ocultar mirando hacia el lado opuesto, interesándose por una vista que no veía. A ella no pasó desapercibido ni el silencio ni el rubor; la oleada de vergüenza llegó a ella en forma de afecto, aumentando el que sentía por él y no se atrevía a llamarlo de otra forma. Pero esa ola se estrelló contra el acantilado del pasado, de lo que hizo y de lo que no hizo, contra él y por él. Un precipicio creado por ella y que nunca podría ya salvar.

—En serio, no ha tenido mérito, han sido cosas demasiado fáciles como para no hacerlas —concluyó él.

Después permanecieron en silencio. Pero no era un silencio tenso, ni siquiera turbado, como el que surgió en su reencuentro y en alguna ocasión posterior. Era algo inusitado para él, tanto como para ella. No tenían recursos emocionales para desenvolverse en sensaciones que no podían prever y ni siquiera imaginar. No habían roto todos los hilos del enorme haz que les hubo conectado en su día, estaba claro; y tendrían que ajustar su conducta a esa nueva situación, si es que iban a estar en contacto de forma habitual, como parecía. Al menos mientras ambos permanecieran en esa ciudad.

Se hizo de noche cerrada y avanzaron por el Canal Grande entre las luces que amparaban el silencio de la ciudad. Y sin darse cuenta llegaron a Sant'Angelo, donde ambos se tenían que apear. Lo hicieron, a pesar de la oposición del gigantesco peluche, y de nuevo entre la guasa de pasaje y tripulación.

Caminaron por callejas mal iluminadas, despacio y en silencio; el silencio del ambiente: allí no llegaba el rumor de la invasión turista, con sus tascas y comederos; y el silencio entre ambos: en otro tiempo posiblemente habrían realizado el trayecto entre chanzas y risas, pero el muro que los separaba sólo permitía ese mutismo incierto. Un silencio apenas agrietado por alguna indicación de Anna, que le fue guiando durante todo el camino. Atravesaron el puente del Pestrin y entraron en la estrechísima calle del Traghetto, en la que Frédéric no pudo evitar que el tercero en discordia se rozara varias veces contra

las fachadas. Algo que no le importó a ninguno de ellos.

Cuando por fin alcanzaron la entrada del palazzo, Anna pulsó el vídeo portero y no tardaron en abrirla.

—Pasa tú primero. Cuidado con el escalón.

Anna sujetaba la puerta, grande y pesada, mientras Frédéric entraba con cuidado y dificultad a un zaguán muy amplio y casi vacío.

—Déjalo por ahí, donde sea. No pienso subir eso a mi habitación ni a ninguna parte. Aquí, mira.

Depositó el peluchón junto un bargueño desvencijado en una esquina. Comprobó que se mantenía estable y salió. Ella fue detrás para despedirle.

—Me has evitado un espectáculo lamentable.

—Bueno, digamos que lo hemos compartido.

Sonrieron levemente.

Ninguno de los dos hizo ademán de separarse, y él se decidió a decir algo, lo primero que se le ocurrió.

—Te veo muy delgada, ¿sabes?

—Ah. Gracias.

—No es un cumplido —según lo dijo se arrepintió de no haberse mordido la lengua y prosiguió tratando de explicarse—. Quiero decir que no... Que te veo diferente.

—Muy desmejorada, lo sé. Todo el mundo me lo dice, y los que se callan lo piensan también.

—Yo no quería...

—Lo sé, no te preocupes.

—¿Pero es por algo?

—No, no me pasa nada, de verdad. Sólo una racha muy agitada, demasiado... movimiento.

—Entiendo. Además, en estos últimos días te he visto mejor que

cuando llegaste.

—Sí.

Indecisión. Turbación.

—Bueno —se resolvió Frédéric—. Nos vemos pronto.

—Claro. Eso espero.

Él dio unos pasos hacia Piscina San Samuele, por donde habían venido.

—¿No ibas a casa de tu hermana?

Frédéric miró hacia ambos lados, algo confuso. Le había sorprendido. Pero huyó hacia delante.

—Sí, pero antes tengo que hacer una cosa... Total, llego tarde de todos modos. Nos vemos —se despidió antes de comenzar a alejarse.

Anna había notado desde el costado de estribor del vaporetto que el piano de los Gauli estaba completamente a oscuras, pero no dijo nada. Sólo le llamó, con dulce intensidad, antes de que se alejara demasiado.

—Frédéric —y, cuando le vio girarse, añadió—: Gracias.

Él contestó con la mano y un gesto amable.

—Gracias por todo —insistió ella con un tono más grave y desapareció por la puerta.

Frédéric prosiguió su camino, lentamente. Al principio no lo hizo con un rumbo definido. No sabía si dirigirse a su apartamento o regresar a San Piero, aunque pronto se decidió por lo primero. Sin paso firme, parecía callejear. «Gracias por todo». Su mente daba vueltas a esas tres palabras. Comprendía el simple «gracias», el agradecimiento de un pequeño favor. Pero ese añadido final, la sutil urgencia que notó en ese «por todo» le descolocaba. ¿Qué era ese todo? ¿Era acaso una despedida definitiva, la despedida expresa que no tuvieron en su día? ¿O era otra cosa? ¿Podría ser un rescoldo? ¿Quizá un sentimiento perseverado, acaso renovado? Nada le parecía una respuesta adecuada.

Notó una vibración en el bolsillo de su chaqueta. Era una llamada de Luigina. Tenía el teléfono en silencio, como casi siempre. No quiso responder, y cuando cesó la llamada vio que era ya la tercera perdida.

Pero no tenía el ánimo para una vorágine nocturna. Decidió no ir a su apartamento, porque le encontrarían fácilmente. Así que fue en busca de Fanny y Guido; sabía dónde encontrarlos: viró el rumbo hacia Antico Martini, adonde habrían acudido después de la función de la contigua Fenice.

Reanudó el paso, más decidido y ligero. Pero no tardaron en asaltarle de nuevo las palabras. «Gracias por todo». El paso se afirmó y aligeró. Pero no así su ánimo y su entendimiento. Sólo llegaba a una conclusión: el reencuentro con Anna había traído confusión a su vida. Y esa confusión, lejos de provocarle molestia o inquietud, le removía por dentro, le activaba el ánimo. Le emocionaba.

***

La descripción de la odisea que atravesaron los Rylands (y, de paso, Anna) para llegar a tiempo a la estación marítima, de donde zarpaba el crucero, habría hecho las delicias de los seguidores de Jerome K. Jerome o de P. G. Wodehouse. Pero dejemos que otras plumas más ligeras describan tan atrabiliaria sucesión de trances y situémonos directamente en el embarque.

Llevaba Frédéric un buen rato esperando, pero no se había impacientado ni molestado porque contaba con el retraso y les había citado con casi una hora de margen, de la que sólo consumieron tres cuartas partes. Realizaron los trámites de embarque y subieron a bordo con el mismo caos y atropello con que llegaron, mientras Frédéric gestionaba el check-in en la recepción del barco.

Después llegó el reparto de camarotes, de lo que también se tenía que encargar.

—Como os dije el otro día, tenemos cuatro camarotes para todos, dos de ellos dobles —anunció antes de repartir los papeles con la información sobre el barco y sus instalaciones.

Luego decidió emparejar a los Rylands: Giovanni con su esposa en uno doble como era lógico, y Erica y Luigina en el otro doble; Anna y él ocuparían los individuales. Y repartió de ese modo las tarjetas de acceso.

—Pero si estamos desperdigados —protestó Erica.

—¿Y qué querías? —replicó su hermana— ¿No escuchaste lo que dijo Fred? Bastante que tenemos lo que tenemos.

—Así es —confirmó Giovanni—. Ahora que veo a tantísima gente por aquí insisto en que no sé ni cómo lo pudiste conseguir, Fred. Eres un crack.

Los camarotes dobles estaban en un puente bien situado, cerca de los dependencias de información y los servicios principales, y los Rylands en pleno los ocuparon. Por su parte, Frédéric se encargó de portar el enorme maletón de Anna hasta el camarote que asignó a ésta. Estaba situado a proa, en un puente especial superior, muy por encima de las cubiertas.

—Aquí es —dijo él ante un cartelito que indicaba 9001—. Abre, por favor.

—¿Pero esto no es muy elevado? No sabía que hubiera camarotes tan arriba —se extrañó Anna—. ¿En qué planta estáis vosotros?

—Están en el puente número seis, tres más abajo.

Anna intentó varias veces abrir la puerta, cambiando la tarjeta de posición. Frédéric confirmó un cierto nerviosismo que había notado previamente en su voz; sonrió, pero no dijo nada.

—Vaya, no atino —se justificó ella sin mirarle.

A la quinta fue la vencida. Se abrió la puerta y, sin transición, Anna pasó del nerviosismo al estupor cuando se vio ante un enorme espacio, con varias estancias y unos ventanales que daban a un pequeño terrado a plena proa del barco. Recorrió con un alborozo contenido cada rincón antes de salir a la terraza. Era imposible contener una sonrisa al contemplar tal arrebato de pasión candorosa; la misma sonrisa que llevaba Frédéric cuando depositó el equipaje junto a la cama king antes de regresar a su camarote.

—Espera —le pidió ella con expresión azorada—. ¿Esto es un camarote individual? Parece una suite. No me lo imaginaba tan enorme, tan... En serio, has elegido un crucero impresionante.

—La verdad es que es de lo poco que pude elegir.

—Verás, es que yo no... Yo no sé si voy a poder...

—Sí, vas a poder disfrutarlo a conciencia. Seguro. Bueno, has visto la

información para orientarte. A las seis zarpamos y en la cubierta principal hacen la fiesta de despedida. Y luego la cena es en el restaurante ese que habéis visto, el grande.

Anna asintió sin palabras y él se marchó cerrando la puerta. Recuperó su maleta en recepción y bajó hasta su camarote en el puente 4, el más pequeño y peor situado de los que tenían asignados. Deshizo sin prisa su equipaje, repartiéndolo en el pequeño armario de que disponía. Luego se tumbó, dando vueltas en su cabeza a un sinfín de sensaciones, de ideas, de hechos, todo mezclado; algo que no le solía ocurrir más que en épocas de agitación vital, esas temporadas en que la vida se aceleraba y tenía que esforzarse en seguirla y atraparla para llenarse y llenar su necesidad de alimento anímico. Y lo sabía, porque se conocía bastante bien. Vueltas y vueltas, pero sin conclusiones; perseguir sin atrapar. Impaciencia a veces opresiva, a veces estimulante; o, como en ese momento, a medias opresiva, a medias estimulante. Sí, la vida se había acelerado súbitamente. De forma tan inopinada como se quedó dormido.

Cuando despertó, notó el ligero movimiento del buque. Se acercó al gran ojo de buey, se acomodó en un alféizar que formaba hacia dentro y vio desfilar lentamente ante sus ojos la Giudecca y más tarde la iglesia de San Giorgio con su campanile; luego la laguna se extendió en todo su horizonte cercano. Dejó perder la vista entre el brillo del sol de media tarde reverberando en las ligeras ondas, y el reflejo de las nubes doradas rompiéndose con las brìcole que marcaban el camino; una visión hipnótica y balsámica que vaciaba su mente de dudas y vértigos. Y allí se mantuvo hasta que el buque bordeó la zona norte del Lido, pasó entre su aeropuerto y la península verde de Punta Sabbioni, y se adentraron en el Adriático abierto.

Se empezaba a cerrar la noche cuando Frédéric recobró la noción de la existencia, y se alarmó al darse cuenta de la hora. No llevaba puesto su reloj de pulsera, y para cuando lo consultó la aguja pequeña había sobrepasado el nueve. Embebido en pensamientos inconexos, en recuerdos vivos y en la quietud de la laguna, ni el hambre ni la realidad había podido llevarle del sueño al mundo que no le pertenecía. Ni fiesta de Arrivederci Venezia, ni cena, ni nada. Había incumplido sus ineludibles citas con su ineludible compañía de viaje... ¿Lo había hecho? Sonrió. ¿Empezaba a reaparecer el Frédéric de antaño, el que podía reírse de su sombra, despreciar todo lo sensato y preocuparse por los detalles de la belleza sensible? ¿Cambiar una cena por un vagar en el fulgor de la laguna al atardecer?

Animado, se preparó, se vistió y subió a la cubierta principal. La fiesta

de Benvenuto a bordo empezaba a coger tono, mientras afluían al recinto preparado al efecto cuerpos semovientes más atraídos por la barra libre que por las arengas de los animadores.

—¡Santo Dios, Fred! ¿Dónde te habías metido? —Luigina le asaltó por detrás, abrazándole— Llevas horas desaparecido, no has venido ni a la salida, ni a la cena ni nada.

—Las chicas ya te hacían pasto de peces y tiburones, o algo peor —bromeó Giovanni—. No han podido ni probar bocado en la cena.

Maria, aunque sonriente, le dio un codazo a su esposo.

—No es para tomárselo a risa —recriminó Luigina—. Estaba muy preocupada, de verdad.

—Lo siento. Me había tumbado a descansar un poco y me he dormido.

—¿Que te has dormido? ¡No me lo puedo creer! ¿Tú? —rió Luigina pensando en otra de sus singulares boutades.

Frédéric se ruborizó ligeramente. Quizá tenía que haber inventado algún otro pretexto, pero no se le había ocurrido más que esa verdad a medias.

—Es cierto. Bochornoso, lo reconozco, pero cierto.

—Le adormeces, Gina, es lo que pasa —continuó Giovanni provocando la hilaridad general.

—¡Madre mía! ¿Qué voy a hacer contigo? —continuó Luigina sin hacer caso de su hermano y pegándose más a Frédéric.

—Como nos hagáis lo mismo en las excursiones de los próximos días os quedáis en tierra, ¿eh? —intervino Erica.

La expresión de extrañeza en el rostro de Frédéric fue captada al vuelo por su amigo.

—Sí, Anna ha hecho algo parecido. Se ha presentado tarde y corriendo para la cena, cuando estábamos en los postres —intervino Erica—. Ha dicho que se le ha ido el santo al cielo mirando desde la proa cómo salíamos. Ahora se está cambiando, porque antes ni le ha dado tiempo siquiera. Dice que tiene una vista espectacular. Oye, ¿todos los camarotes son iguales? Nosotras tenemos una vista normalita, y de costado.

—Está más arriba que nosotros, parece ser —dijo Maria con un mohín quejoso casi imperceptible.

—Por cierto, ¿tú dónde estás, querido? —preguntó Luigina— No sabíamos ni por dónde mirar.

—Estoy algo más abajo que vosotras, en el mismo costado.

—Nos tendrás que decir dónde.

—No seas tan indiscreta, Gina —terció Giovanni—. Vamos a acabar pensando que Fred te empieza a gustar.

Ella, aunque sin perder la sonrisa, se ruborizó y tardó un poco en contestar.

—Maria, te estás ganando el cielo a pulso porque no hay quien le aguante. Venga, que va a empezar la fiesta.

Frédéric, ajeno a las bromas de los hermanos, veía cómo se acercaba Anna, sonriente y con uno de sus sencillos vestidos.

—Bueno, por fin estamos todos —dijo Maria, que también había avistado a su hermana.

Las Rylands comentaban entusiasmadas todo lo que veían, la iluminación, la música, el hervidero creciente de pasajeros dispuestos a far niente sin parar. Todo les incitaba a divertirse a toda costa.

—Hola, Frédéric. Parece ser que te has perdido los festejos —le dijo una Anna en la que admiró una serenidad en su semblante realzada por la noche y la luz difusa de la cubierta.

—Sí, eso parece. Lamentable, ¿verdad?

—Lamentable de todo punto —repitió ella antes de echarse a reír contenidamente—. No has cambiado, no. Y me alegro.

—¿Tú crees? Tampoco tu risa ha cambiado. Y creo que la debes prodigar.

—Espero tener motivos entonces.

Luigina les interrumpió al asalto.

—¿Qué hacéis, muermos? Venga, vamos a mover el esqueleto.

Tomó por la mano a Frédéric y le arrastró hacia la zona de cubierta que hacía las veces de pista de baile, todavía solitaria, con el beneplácito de uno de los animadores, que aprovechó la circunstancia para incitar al resto del pasaje a sumarse al grooving.

La ligereza del ambiente, la suavidad de la noche y el “gin and tonic, cocktail especial de hoy” ayudaron a remontar la indefinible melancolía que había inundado a Frédéric desde la zarpa. De nuevo se vio dispuesto a dejarse llevar por la alegría y el impulso vital que Luigina, ella sí, prodigaba sin medida. Y así fue, hasta quedarse los últimos, sin luces, sin música, sin nadie alrededor, bordeando la necesidad de caer envueltos en sus propias redes en un último paso que dar con el corazón.

Empezaba a alegrarse de haberse embarcado, literalmente, en esa correría inopinada; tenía el presentimiento de que iba a cambiar su vida.

VII

No se conformaba con la vista parcial desde su camarote, así que Frédéric terminó de vestirse para subir a la cubierta desde donde contemplar a babor el fascinante panorama de la costa croata. Infinidad de islotes e islas se desplazaban de forma plácida hacia el norte; quietud verdemar recortada entre azul y azul. Se había perdido el desayuno y su cuerpo necesitaba las dosis habituales de cafeína, así que fue a la cafetería de popa, desde donde podía disfrutar del panorama añadiendo más sentidos al placer de reponer el depósito de cafeína vacío.

El crucero aminoró la velocidad según se acercaban a la península de Split. Los preparativos para el primer desembarco no se hicieron esperar. El hormiguero humano contenido entre los distintos puentes se puso en marcha hacia todas direcciones. Los Rylands y el resto del grupo no fueron la excepción, unas con más impaciencia y entusiasmo que otros. Y sin prisa, casi de los últimos, echaron pie a tierra dispuestos a explorar la ciudad.

Recorrieron agrupados las calles de la antigua Spalato, en medio de auténticas manadas de turistas y de un calor pegajoso, buscando sombras en las calles estrechas y refrescos en los puestos diseminados por toda la ciudad. La debilidad que sentía Giovanni por la historia y la cultura del antiguo imperio Romano, así como su ansia planificadora —tenía todo tipo de información sobre las ciudades que iban a visitar—, le llevaron a ejercer de guía competente. Les condujo por todos los rincones del Mausoleo de Diocleciano y del templo de Júpiter, convertidos en parte en Catedral y baptisterio, e incluso les instó a subir —no sin protestas— al altísimo campanario, desde donde descansaron el espíritu con unas deliciosas vistas de toda la ciudad, encajonada entre el Adriático y dos pequeñas cordilleras.

—Oye, ¿cómo es que no escribes sobre todo esto? —le preguntó Frédéric en lo alto de la torre— Si no Historia, al menos novelas históricas sobre Augusto, Marco Aurelio y todos aquellos pájaros. Seguro que se te daría bien.

—Eso no da de comer a una familia —respondió Giovanni sin demora —. El romanticismo en diversas variantes, sí.

—Puedes hacer la prueba.

—Que la hagan otros por mí, que yo estoy bien donde estoy. Zapatero, a tus zapatos.

Aunque había otras muchas cosas apuntadas en la libreta de viaje de Giovanni, el sector femenino del grupo acabó rebelándose contra el guía y el calor; acabaron en una terraza de la Riva, con sombra, refrescos y un ligero almuerzo. El veneciano cedió pensando en conseguir sus propósitos durante las horas libres que tenían por la tarde, pero fue en vano. En cuanto propuso reanudar la visita a la ciudad, tanto su esposa como sus hermanas decidieron que estaban rendidas, que ya habían tenido suficientes raciones de cultura e historia por ese día y que era el turno de baños de sol y de piscina. Y así fue.

***

A media tarde, Frédéric apareció en la cubierta de piscina con su bañador largo y su camiseta plana. Aunque suponía que era el último en llegar, aún faltaba la rama Wellesley. Giovanni tenía el mismo aspecto que él, pero a diferencia de sus hermanas, que tomaban el sol, adormecidas, estudiaba en una tumbona contigua las guías de viaje que había traído consigo.

—He traído ésta —dijo refiriéndose a una de Corfú—, pero no nos será de utilidad. El viejo Stanfill nos enseñará lo mejor de la isla.

—¿Al final cómo quedaste con él? —preguntó Frédéric.

—Nos vendrá a recibir al puerto, nada menos. Es un gran tipo, no ha cambiado nada. Le insistí en que no queríamos molestarle demasiado, que sólo pretendíamos hacerle una visita, pero insistió él más en hacer las veces de cicerone durante el tiempo que estemos. Le noté algo más alegre y mejor dispuesto de lo que esperaba.

—Es una estupenda noticia. Supongo que se va recuperando poco a poco.

—Me temo que nunca se recuperará del todo, pero al menos se le ve más reanimado. De hecho, ha vuelto a escribir. Y con ganas.

—Entonces arrasará. Más que antes, incluso.

—Tenlo por seguro.

Luigina salió brevemente de su duermevela, reconoció a Frédéric y sonrió volviendo a cerrar los ojos. Se dio la media vuelta, poniéndose boca abajo, y con voz aniñada pidió:

—Fred, ¿me das crema en la espalda? Está pegando fuerte este sol, ¿verdad?

Él se turbó, puesto que ya había apreciado con su buen gusto la esbelta armonía del cuerpo de Luigina luciendo en bikini, que por poco sobrepasaba en belleza a su hermana; pero de ahí a emplear el tacto sobre su piel había una distancia nada fácil de salvar para él, sobre todo en público. Se quedó sin saber qué hacer o responder. Y su amigo fue al quite.

—Vamos, Gina, que eso está muy visto. Yo mismo lo he puesto por lo menos en dos novelas. No seas tan descarada.

—Lo que pasa es que tienes una imaginación demasiado calenturienta —protestó Luigina.

—Eso es lo que pasa — replicó su hermano.

—Pobre Fred. No sé cómo nos aguanta —dijo Erica—. Anda, trae la crema, que te la doy yo, no vaya a ser que montemos un escándalo público.

—Iros todos a la ... —se enfadó Luigina, pero cambió de humor al ver llegar a las Wellesley—. Ah, por fin estáis aquí. Pensábamos que os incomodaba nuestra presencia. Pero no creo que seamos tan feas, ¿no?

—¿A que no os imagináis a quién nos hemos encontrado cuando veníamos? —dijo Maria con entusiasmo manifiesto.

—Podría devanarme los sesos durante años y no sería capaz de adivinarlo —bromeó su marido.

—Sorpréndenos —dijo Luigina.

—Íbamos derechas al ascensor cuando nos hemos topado de bruces con Achille Bondumier. Ya sabéis, el hijo de la contessa Contarini — respondió Maria.

—Ah, qué bien —dijo Erica con desgana, aunque se enredó en un diálogo de sordos con su cuñada.

—Pues la verdad es que es un cielo, educado, gentil y guapísimo.

—Qué maravilla, ¿no?

—¡Y qué coincidencia! Está en el crucero celebrando su cuarenta cumpleaños con un grupo de amigos.

—Demasiado viejo.

—Hacía mucho tiempo que no le veíamos, creo que desde... desde que se fue a los Estados Unidos a estudiar, por lo menos. Según vino le ficharon en Turín y se fue a vivir allí, aunque viene de vez en cuando a visitar a su madre y a conservar sus amistades. Y debe de ser un cerebrito por lo visto.

—¿También? De no creer.

—Sí, al parecer estando todavía en América se hizo amigo de John Elkann. ¿Sabéis quién es? El nieto de l'Avvocato, el eterno presidente de Fiat hasta que murió. Y en cuanto Elkann terminó sus estudios le llamó para trabajar en la sede central de Turín.

—Y, además, jefazo. ¿Qué le falta al buen hombre?

—Pues sí, jefazo de los gordos, porque no sé si sabéis que ahora Elkann es el Presidente de Fiat, y dicen que Achille Bondumier es su brazo derecho.

—¿Y quién lo dice? ¿Cómo sabes tú estas cosas? No te veo yo leyendo la prensa salmón todos los días.

—La propia contessa nos lo dijo.

—Ah, una opinión imparcial, desde luego.

Giovanni terció después del mohín de su esposa.

—¿Pero no se apellida Contarini la condesa en cuestión?

—Ese es el título, pero el apellido de su difunto padre es Bondumier. Contarini es el nombre del título.

—Vaya, vaya. Guapo, rico y aristócrata distinguido —dijo él—. ¿Tú qué opinas, Anna? ¿Crees que debería preocuparme?

—Calla, no digas bobadas —saltó Maria—. No tiene nada que ver lo que diga con todo lo que yo te quiero. Pero si Anna tuviera novio sí

que tendría que preocuparse, porque las miradas que le ha echado no eran de disgusto precisamente.

—¡Maria, por Dios! —saltó la aludida sonrojándose, con los ojos de los demás, y especialmente los de Frédéric, fijos en ella.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no te ha mirado de arriba abajo y sin perder detalle?

—No... —se trabucó Anna— Qué va...

—Interesante —dijo Giovanni—. La verdad es que si tengo que reconocer algún mérito a mi Maria es que tiene un ojo infalible para esas cuestiones.

—Pues a mí me aburren esas cosas. Me voy a la piscina. ¿Vienes conmigo, Fred? Anda, ven —insistió tirándole de la camiseta—. Vamos, que eso no creo que sea pecado —añadió mirando irónicamente a su hermano.

Frédéric no puso demasiada resistencia, le apetecía ese refresco desde hacía un buen rato. Le apetecía dejarse llevar por el lado juguetón de Luigina. Le apetecía pasar página en su vida. Y concedió:

—Sí, vamos. No escandalizaremos a los niños ni a las ancianas. Palabra.

Ella rio de forma traveseada, le tomó de la mano arrastrándole hacia el borde de la piscina y le arrojó al agua sin miramientos. Luego él siguió dejándose hacer ahogadillas y se entregó a persecuciones y todo tipo de travesuras infantiles. Le apetecía ese retorno singular a una inocencia despreocupada, a una sencillez sin artificio ni profundidad excesiva.

El resto del grupo, así como otros pasajeros, les contemplaron con expresiones distintas, desde la benevolencia a la envidia.

—Estos chicos son cada vez más niños —dijo Maria, que estaba en el término medio, antes de proseguir con el tema—: Por cierto, y aquí viene lo bueno, nos ha invitado a cenar.

—¿Quién? —preguntó su marido, ajeno ya a todo lo que no fueran su guías de viaje.

—¿De quién estamos hablando? —respondió Maria con forzada exasperación— Pues de Achille Bondumier. Nos ha invitado a todo el

grupo a cenar con ellos.

—Ah, no, conmigo no contéis —saltó Erica—. Yo he venido a pasármelo bien, no a estar de rendibú con nadie.

—La sangre jacobina de los Rylands —bromeó Giovanni.

—Y qué te apuestas a que tampoco le hará la menor gracia a Luigina —prosiguió Erica—. Y si es así, me parece que Fred tampoco querrá.

—Sois imposibles —protestó Maria—. Nos ha invitado con toda la buena voluntad del mundo, y no tenía por qué. Hace un siglo que no le vemos y se ha alegrado muchísimo. Sería un feo no aceptar.

—Nosotras no le conocemos, así que no tenemos ningún compromiso con él —replicó Erica—. No sé a cuento de qué viene esa invitación.

—Es un detalle que ha tenido, y es una familia que nos aprecia mucho, por eso sería un feo. ¿No te parece, Gianni?

—Yo... no sé qué opinará Fred del asunto, pero si a mis hermanas no les apetece no tienen ninguna obligación de ir.

—Pero tú vendrás conmigo y con Anna, ¿no es así?

—¿También irás tú, Anna? —preguntó Giovanni en lugar de responder.

—Claro que irá —se anticipó de Maria—. Sería tonta si dejara pasar una ocasión como esa.

—Algo tendrá que decir ella, ¿no crees? —objetó su marido.

—A Maria le ha hecho mucha ilusión, y al parecer la familia de ese hombre tiene mucho aprecio a la mía —dijo Anna.

—Ya veo que el entusiasmo es evidente, querida —concluyó con cierto deje Giovanni.

—A veces eres imposible, Anna —se quejó Maria—. Yo no sé qué te pasa, la verdad, pero parece que te da todo igual. Vendrás, claro que vendrás. Y tú no te vas a librar, querido mío. Tendrás que acompañarnos como marido ejemplar y cuñado atento.

—¿Yo? ¿Pero qué he hecho yo?

—Eso, ¿qué ha hecho Gianni? —dijo Frédéric según regresaba del

agua y se hacía con una toalla— Sea lo que sea estará justificado.

—Esta vez no, amigo mío. Estoy condenado sin juicio previo a cenar con los Contarini esos. ¿Quién dijo que no se sufría por amor?

—¿Por amor al arte? —preguntó Luigina según llegaba tras Frédéric.

—No, por amor a una esposa.

—No hilo bien. Explícate —contestó ella, confusa.

Les expusieron los resultados del conciliábulo en torno a la invitación de Bondumier. Luigina, como era previsible, se sumó al rechazo de su hermana y se dirigió a su cuñada:

—¿Y tú también vas, Anna?

—Por supuesto que va, es un buen amigo de la familia, y no me equivoco si digo que un muy interesante admirador.

—Maria, por favor —intentó protestar Anna.

—No me echarías una mano, ¿eh, Fred? —aventuró Giovanni conociendo la respuesta.

—Soy un buen amigo, no un héroe —dijo Frédéric antes de volver la cara hacia la piscina, con un expresión adusta.

—Nos quedamos con Erica, ¿verdad, Fred? —dijo Luigina pegándose a Frédéric y agarrándole de un brazo.

Él asintió callándose y otorgando. Le desagradaba el asunto; volvía a sentir esa sensación de exclusión, casi de rechazo, por parte de los Wellesley y su entorno. Por parte de Anna. Nada había cambiado. A pesar de los reveses recibidos en su patrimonio y en su prestigio, seguían siendo los mismos aristócratas malcriados, esclavos de apariencias y nombres, ajenos a cualquier otro mérito o cualidad humana. Por si no habían sido suficientes los detalles de su familia y de la acólita signora Falier, ahora quedaba bien claro dónde estaba situado cada cual. Cruzó —y hasta sostuvo— una breve mirada con Anna, que mostraba en su semblante una expresión vacilante, alejada de la actitud suficiente de su hermana. Lo cierto es que jamás había visto en ella ese tipo de maneras y apariencias, ni siquiera en los últimos días de su relación, cuando decidió ponerla fin; pero ese ambiente de vanidad embotada seguía envolviéndola, separándola de él de forma implacable.

—Vosotras os lo perdéis —dijo Maria ante la indiferencia de sus cuñadas—. Bueno, vamos a tomar el sol un poco, Anna. Que tienes un color de cera que da pena. Qué cosas, eres la de piel más morena de la familia y sin embargo ahora eres la más pálida con diferencia.

Frédéric la vio desprenderse de la camisola que llevaba en un silencio entre compungido e indiferente; en bikini mostraba un cuerpo demasiado delgado en comparación con las demás, sobre todo con su hermana, que en vientre y caderas se notaba su condición de madre múltiple. Recordó las ocasiones en que fueron a rebozarse en sal y arena del Adriático en Bagni Alberoni, ocasiones en que pudo admirar su tez ligeramente bronceada (lo justo para resultar espectacular a sus ojos) y su figura (proporcionada sin ser llamativa), y la comparación no pudo resultar más evidente: aquellos fueron días de felicidad, complicidad, de belleza plena, mientras que en ese momento parecían dos extraños perdidos entre las ruinas de aquel amor encantado.

—¡Fred! ¿No me oyes? Otra vez en las nubes —le sacó Luigina de sus pensamientos—. ¡Ay, estos artistas!

—No se puede hacer carrera —terció Giovanni.

—Y que lo digas —dijo su hermana—. Venga, vamos a por ese cóctel fresquito que me has prometido.

Frédéric se adecentó y se dejó llevar. Necesitaba algo dulce en la superficie con que contrarrestar el acíbar de su fondo.

***

Durante la cena el grupo se dividió. Maria y Anna aceptaron la invitación de Achille Bondumier, arrastrando la primera a su marido por imposición de la etiqueta como estaba previsto. Frédéric y las hermanas Rylands permanecieron al margen en su mesa habitual, ajenos a toda relación con la aristocracia veneciana. No parecía excesivamente animado, por no decir envarado, el aire en la mesa de los amigos del hijo de la contessa; se apreciaba la formalidad, incluso en la vestimenta, pero no se distinguía la sincera cordialidad ni en ademanes ni en expresiones. Tan sólo Bondumier parecía animado y, sobre todo, realmente interesado por las Wellesley, a quienes tenía sentadas enfrente —y en todo caso mucho menos por Giovanni, a quien tenía a su lado—, algo que, unido a cierta animación de Anna,

no pasó desapercibido para Frédéric.

—Y dicen que están de celebración —ironizó Luigina—. Menuda celebración. Oye, a mí no me hagáis eso cuando me toque, ¿eh? Porque os tiro a todos por la borda.

Aquel aire rígido que contrastaba sobremanera con el de la reducida mesa de las Rylands y su incombustible buen humor; liviano, fácil, pero espontáneo y atractivo. Buena parte de las risas se originaron con los comentarios sobre Bondumier y la corte de cuarentones que le rodeaban.

—Qué lástima. Con lo mono que es y parece que se ha tragado una escoba el pobre —dijo Erica.

—No me digas que te gusta —replicó su hermana.

—Es muy guapo. Al final Maria tenía razón.

—¿A ti te parece guapo, Fred?

—Ah, no sé. No tengo opinión porque yo de eso no entiendo.

Las dos rieron al unísono de manera aparatosa, llamando la atención de otras mesas. Giovanni les lanzó una amonestación sonriente con la mirada. Pero Luigina le devolvió un gesto burlesco y, nada más ausentarse Erica, que en ese momento había recibido una llamada en su móvil, se lanzó a un duelo sugerente con Frédéric.

—Eres la monda, Fred. De eso no entiendo, dice... ¿Y de qué entiendes tú?

—De otras cosas más graciosas e interesantes.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles?

—Todo lo quieres saber.

—Por supuesto que sí.

—Pero hay cosas que sólo pertenecen a la intimidad de cada uno.

—Entonces habrá que acceder a esa intimidad para saber.

—Eso puede ser algo complicado.

—¿Tú crees que lo es?

—Sí, absolutamente. En esto de por aquí dentro soy demasiado complicado —dijo palpándose el pecho—. A veces yo mismo me pierdo.

—Ya veo. Así que va a ser todo un reto.

—No lo dudes. Ni yo mismo he podido con ese reto.

—Es que tenía que llegar yo para desvelarlo.

—Eso está por ver todavía.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

—Sí, esas.

—Bien. Desde ya mismo empezaré a descifrar todas tus claves. Y dame un poco de tiempo para que no quede ninguna, ni la más pequeña, por sacar de esas entrañas. Termina ese café y ven a bailar conmigo, que hoy no te escapas.

—Pero tendrás que conocerme primero un poco más, sin ir demasiado rápido.

—¿Crees que vamos demasiado rápido? No me lo puedo creer.

—Todo sea que encuentres claves que no te gustan.

—Pues a mí me parece que me van a entusiasmar, mira por dónde.

—Serías la primera.

—No me vas a hacer creer eso. No lo puedo creer. ¿No te han...?

Frédéric hizo un gesto de convicción, y Luigina mesuró su tono impetuoso.

—No me lo creo, de verdad que no —repitió ella.

—¿Y por qué no? No me parece que sea algo tan extraordinario.

—¿Cómo que no? Eres una persona fascinante, encantadora, atractiva, eres un genio... No hay nadie así, jamás he conocido a nadie como tú.

—Eso es muy exagerado, Gina. Y muy relativo. Todos somos distintos, y todos tenemos virtudes y dones que en un momento, o para alguien en concreto pueden resultar extraordinarios, pero no por eso lo han de

ser realmente.

—Deja de decir esas cosas. Me pones nerviosa... no sé si hablas realmente en serio o no. Pero no me gusta que te menosprecies o que te hagas de menos.

—Sólo digo que...

—No dices nada. Se acabó este diálogo de besugos. Anda, termina ya ese café y vamos a bailar. Te aseguro que hoy vas a ir a la cama rendido.

—¿No vamos a esperar a tu hermana?

—Mi hermana ya es mayorcita, no necesita que la esperen. Y le habrá llamado alguien con quien tardará bastante en volver a la realidad, seguro. ¿No has visto cómo se ha ido?

No amenazaba en vano Luigina. Después de salir del restaurante y abrirse a la cubierta, le arrastró hasta el improvisado club nocturno. No paró ni hizo parar con todo tipo de ritmos, abrasando al pinchadiscos con peticiones y apenas dejando a Frédéric degustar con un mínimo de tranquilidad los dos spriz que dieron ligereza a sus pies. Cuando regresó Erica se unió a ellos, y un pequeño enjambre de zánganos atraídos por la belleza fresca y alegre de ambas hermanas empezó a arremolinarse y a atraer a su vez a pipiolas ávidas de diversión y flirteo. Giovanni, completamente satisfecho con Maria a su lado, su paquete de JPS y su cóctel a mano, contemplaba las evoluciones y la diversión de sus hermanas y su amigo, charlando alegremente y comentando complacido cualquier detalle que le pareciera demostrar la atracción entre Luigina y Frédéric.

Pero la sorpresa de la noche llegó cuando el caos danzante desapareció —momentáneamente— para dar paso a melodías y cadencias más relajadas que invitaban a bailar en pareja. Luigina tocó en el hombro a Frédéric y con un movimiento de ojos le movió a dirigir la vista a su lado: entre los pocos bailarines que permanecían en la pista apareció Anna, acompañada por Achille Bondumier; éste, sin perder un segundo, la había tomado por la cintura emprendiendo el movimiento al ritmo de la balada y guiando claramente los pasos de su pareja.

—Parece que por fin empieza a salir del pozo —dijo Luigina—. Me parece que traerla con nosotros ha sido un acierto.

Frédéric no contestó. Fijó su mirada en la expresión poco animada de

Anna. El hecho de verla bailar con ese fulano no le produjo la misma complacencia que a ella y al resto de sus amigos, sino una indignación, incómoda por carecer de causa alguna, que le invadió en el mismo momento en que vio al otro tomar a Anna de mano y cintura con una especie de familiaridad improcedente.

—Bueno, la habíamos juzgado mal —prosiguió Luigina—. Si es capaz de cautivar a ese viejales tan mono quiere decir que sigue teniendo su atractivo.

—¿Cautivar?

—Bueno, ya me entiendes, es una forma de hablar. Pero no debe de ser nada fácil llamar la atención de ese tipo, por lo que dicen. Y ahí está ella.

Esas palabras ahondaron su incomodidad. Estuvo a punto de replicar que ella no parecía precisamente satisfecha con semejante conquista, a juzgar por la rigidez de sus movimientos y su semblante. Él sí conocía la forma de bailar de Anna, la forma de moverse que en su día juzgó dotada de forma natural para el baile; pero en esos momentos no veía ninguna naturalidad ni adivinaba disfrute en sus pasos.

Fuera como fuese, viéndola bailar con ese hombre se sentía desazonado. Si él se lo hubiera pedido, aunque era algo que ni se le pasaba por la cabeza, seguramente le habría rechazado; y, sin embargo, ahí estaba con ese petimetre. Sí, un petimetre, por mucho que se las quisiera dar de ejecutivo y aristócrata. Claro, quizá era la tendencia natural de los Wellesley, codearse sólo con los figurantes en el Almanaque de Gotha. Por eso él había sido expulsado incontinenti nada más comprobarse su ascendencia tan deslucida («Ah, sí, el de los cocineros»). Tal vez ese directivo, hijo y heredero de un condado, era una solución para que la familia del vizconde pudiera remontar en la escala social y económica veneciana, e incluso en la de su país de origen. No estaba mal pensado.

La incomodidad cedió el paso a la irritación. Y cuando, en cierto momento, Anna cruzó la mirada con la suya, encontró una expresión resentida que se apartó aprisa de ella al tiempo que se estrechaba más contra su pareja de baile. Luigina, al notar el gesto, no dudó en juntar las sienes, cerrar los ojos y enlazar estrechamente sus brazos alrededor del cuello de Frédéric.

—Fred, ¿por qué me gustas tanto?

—No sé. ¿Quizá tengas mal gusto?

—Tonto.

—O quizá eres sencilla, natural, alegre, y te gustan las cosas sencillas, naturales y alegres.

—Ay, cómo hablas, sinvergüenza. Como se nota que eres escritor. Me encantas, me encanta como hablas y que me digas esas cosas. Pero seguro que eso se lo habrás dicho a otras muchas. Seguro que se lo dices a todas las que consigan juntarse contigo en un baile confidente, en tête-à-tête.

—Cierto, ahí me has pillado. Siempre lo hago. Pero tú eres distinta.

—Distinta. Como todas, ¿no?

—Como todas.

Luigina estalló en uno de esos raptos de júbilo tan exclusivos, tan diferentes de los que Frédéric había conocido.

—Eres divertido y encantador, Fred.

—Ni la mitad que tú.

Los altavoces retornaron de súbito a los sonidos fuertes y los ritmos rápidos, pero ellos tardaron en desenlazarse y no retomaron el baile, sino que optaron por dar un paseo a lo largo de las bordas del buque y acabar asomados por el pasamanos de babor despidiendo en silencio a la costa dálmata, pues ya habían zarpado durante el baile.

Así permanecieron durante un buen rato: quietos, entre susurros y rumor de mar surcado ella aferrada al brazo derecho y con la cabeza apoyada en el hombro de él. Hasta que los del grupo les llamaron repetidamente, pasada la medianoche, para retirarse y hacer caso al sueño que ya se asomaba a los ojos de todos. De todos menos de Luigina, que se soltó del brazo de Frédéric sólo para robarle un beso largo y fuerte en sus labios, salir corriendo y llegar a la altura de su hermana, volver durante un momento su vista risueña y desaparecer camino de su camarote.

El mundo parecía girar a cada minuto, y la vida salía fuera de control, como en los tiempos en que las ilusiones permanecían intactas. Pero no eran las mismas ilusiones, ni la misma velocidad entusiasmada; daba la impresión de que todo era sucedáneo, que nada llegaba a ser auténtico de verdad, como si se tratara del borrador de una novela, porque ni siquiera tenía consistencia de verdad, ni siquiera había un

argumento, una línea vital que se desarrollara con la menor armonía. Era como ir dando tumbos por una ruta desconocida, sin carta de navegación, ni compás ni estrellas en el cielo. Quizá la vida se estaba convirtiendo en una especie de aventura alocada; o quizá se estaba echando a perder definitivamente. La única forma de averiguarlo era seguir avanzando hasta alcanzar conclusiones ciertas. Y, en su caso, tomar decisiones.

VIII

Desembarcaron a las diez de la mañana en el puerto de Corfú. Tal como había acordado con Giovanni en sus últimos correos electrónicos, en lugar de tomar un taxi o el autobús lanzadera para el centro de la ciudad, se dirigieron a la salida de la terminal marítima. Allí estaba esperando David Stanfill, puntual y atento, junto a un Audi Q5 y un Toyota Land Cruiser, éste con signos de estar muy trotado.

Después de los abrazos entre amigos y las presentaciones de las desconocidas se decidió que no había un minuto que perder si querían disfrutar de la isla. David abrió los vehículos y, antes de distribuirlos en grupos, se disculpó refiriéndose al Toyota:

—Siento no haber encontrado otro mejor, pero venís en temporada alta no, altísima, había muy poco donde elegir, y casi todo utilitarios —y añadió mirando a sus amigos—: Pero nos apañaremos bien, ¿verdad? Las llaves están puestas. Conduce tú, Fred, que a Gianni seguro se le ha olvidado apañarse por tierra firme. Pero por la derecha, ¿eh?

Acto seguido invitó a las damas a subir al Q5 de su propiedad, dejando a sus amigos con el Toyota.

—Ten amigos para esto —dijo Giovanni a Frédéric con intención de ser bien oído, aunque nadie respondió.

Maria, sin embargo, no se quiso separar y prefirió ir en segunda clase con su marido.

—Os he preparado un bonito programa de festejos —anunció el anfitrión antes de partir—. Como no recibo muchas visitas que se diga, volcaré toda mi ciencia hospitalaria sobre vosotros. Estáis hasta mañana por la tarde, no?

—Uf. Oye, Fred, ¿tú crees que llegaremos a dormir hoy en el barco? —dijo Giovanni en tono festivo.

—Si Stan sigue siendo el mismo, por supuesto que no.

Las Rylands, viendo el panorama, empezaron a reír y dar muestras de alborozo. Al parecer, las soporíferas sesiones de discusiones literarias iban a convertirse en actividades lúdicas en compañía de tres

bulliciosos y —según su criterio— atípicos literatos.

Se pusieron en marcha hacia un día largo, en el que el cicerone les fue enseñando los pueblos y rincones de la costa que a él más le gustaban. Recorrieron casi toda la isla entre calas poco concurridas, pequeños pueblos y sombras de cafés y tabernas, envueltos en un aire de verano apacible. También pasaron por esos lugares «que debe conocer todo turista para luego contrastar con sus amistades al regreso». Los amigos se veían a sus anchas, dando rienda suelta a su natural afectuoso y su mejor sentido del humor, y las mujeres se sentían encantadas con tales extravagancias humanas como escoltas.

El periplo del día acabó en Petriti, donde Stanfill había fijado su residencia: una casa de una planta, a semejanza de una villa romana, emplazado en una leve prominencia del terreno con vistas al mar, con su enorme buganvilla en la fachada mediodía, jazmines y dondiegos en el resto, higueras y limoneros alrededor y un emparrado que filtraba con dureza el sol para dar sombra en el patio. Allí descansaron y se refrescaron con agua dulce. David organizó junto a los limoneros, donde ya había una mesa grande con siete sillas, una cena fría a base de numerosos platillos de mezés y dos botellas de ouzo con jarras de agua dispuestas para rebajarlo.

—Cada vez que te veo me sorprendes con algo nuevo, Stan —dijo Giovanni al ver la cena dispuesta—. Ahora te has convertido en un gastrónomo de primera.

—Vamos, Gianni, esto son cosas muy sencillas que no exigen más que un poco de tiempo para arreglarlas —rebatió su amigo.

—Bueno, no sé... —dijo Luigina— Estas cosas envueltas en hojitas tienen su trabajo. ¿Qué son, por cierto?

—Dolmades. Son hojas de parra rellenas de a...

—¿Hojas de qué? —preguntó Erica alarmada.

—De parra —aclaró su hermano.

—Estas en concreto llevan arroz, cebollas, piñones, unas gotas de limón y alguna otra especia —continuó David.

—Mejor no pregunto por lo demás, que tengo hambre —concluyó Erica.

Después de otros festivos intercambios sobre la comida, Frédéric

desvió la conversación hacia algo más interesante.

—Al grano, Stan. ¿Nos vas a contar algo de ese secreto que tienes entre manos?

—¿Secreto? ¿Qué secreto? Ah, qué tonto soy. Gianni, te has ido de la lengua, ¿no?

—Por supuesto. Pero sólo con nuestro único amigo común.

—La discreción en persona —concedió David—. Pero es cierto, sois los únicos en quienes podría confiar.

—¡Esos son mis chicos! —dijo Luigina apretando contra sí a su hermano y a Frédéric.

—¿Y cómo vas? ¿Lo llevas avanzado? —preguntó Giovanni después del achuchón.

—No como quisiera, pero últimamente voy a buen ritmo. Con un poco de suerte habré terminado para finales de año.

—Estaremos más que atentos —dijo Giovanni.

—Pero yo no quiero preguntar ni saber nada más —dijo Frédéric—. Prefiero sorprenderme y disfrutar cuando abra la primera página.

—Esa es la forma ideal de afrontar un libro, ¿verdad? Es lo que hago con los vuestros —dijo Luigina.

—Los nuestros no tienen nada que ver con lo que escribe David —opinó Frédéric—. Él es un maestro, y nosotros no sé si pasaremos de aprendices alguna vez.

—No digas tonterías —protestó Stanfill—. Yo sí que daría algo por poder conectar y concentrar ideas e imágenes, transmitir sensaciones como lo hacéis vosotros. No termino de sacudirme de encima demasiadas ideas cruzadas, que se me complican entre las manos, que a veces se embrollan entre palabras. Todo me sale demasiado largo y me cuesta mucho ser conciso o escribir con sencillez.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Maria— ¿No es más fácil escribir sencillo? A mi Gianni le sale con facilidad, ¿no es así, querido? O al menos eso dices.

—Bueno, yo...

—Y eso es lo que envidio de él, precisamente —interrumpió David—. La facilidad con que encuentra palabras y simplifica, concreta ideas.

—¡Calla, por Dios! No me avergüences —protestó Giovanni—. Yo hago historias simples, romances para lectores poco exigentes, eso es todo. No engrandezcas sin motivo lo que es demasiado pequeño de por sí.

—A ver, sin motivo es como te haces de menos. Y también Fred tiene esa mala costumbre. Mira, a mí se me complican las historias y las ideas cada vez que me pongo a juntar palabras, y resulta que eso le encanta a algunos críticos. Pero...

—Y a muchos lectores, entre los que nos incluimos —le interrumpió Frédéric.

—Sólo Dios sabe por qué. Pero sí, es cierto que hay unos cuantos por ahí, aunque ya me gustaría tener los mismos lectores que vosotros.

—En número, pero no en calidad —dijo Giovanni.

—No me líes. Siempre acabamos igual. Ya sabéis que yo escribo como escribo porque me sale así, no porque sea algo tan elaborado como dicen los suplementos.

—Ahí está tu genialidad —dijo Frédéric.

—Claro —le apoyo Luigina—. Tengo que reconocer una cosa. Leí hace poco tu última novela, y tenía que releer dos o tres veces algunas frases para comprenderlo, pero todas ellas estaban cargadas de... sentido. De un sentido que a veces no pillaba, la verdad —añadió claramente avergonzada.

—Luigina, acabas de señalarte como mi mejor lectora —dijo Stanfill tras un breve y risueño silencio—. Mi más sincera y admirada lectora.

Ella dejó escapar su risa cantarina y contagiosa.

—Pues ponme a mí la segunda en la lista —dijo Maria riéndose también.

Un sorbo de ouzo más tarde, el anfitrión puso los ojos en Anna para preguntar:

—Veo que la joven Wellesley es una gran observadora, pero apenas ha pronunciado palabra. ¿Qué opinas sobre todo esto? ¿Quién crees que

tiene razón?

—Bueno, yo... —titubeó ella— En realidad opino que todos habéis conseguido lo mejor. Habéis alcanzado un objetivo donde estáis cómodos. Vuestros estilos son diferentes. El de Gianni es más fresco y sencillo, sus historias son emotivas y románticas pero sin melindres y con dosis de verismo, por eso llega a más gente. Y esa gente le pide más de lo mismo porque está muy bien escrito y les gusta. El de Frédéric es quizá más... impresionista, su trazo es más grueso pero muy concentrado, y hay que distanciarse para apreciarlo y valorarlo. Sus historias tienen más vericuetos y sus finales son más abiertos, por eso llega aunque a un público menos amplio y no coincide del todo con el de Gianni. Y el tuyo es el más difícil. No porque sea complicado en cuanto al lenguaje ni las historias en sí, pero las elipsis, el nivel de conocimientos que previamente se supone en tus lectores reduce más el público, aunque se valora mucho más por la crítica y los expertos. Que crítica y expertos no siempre coinciden, por cierto.

David estalló en una afable carcajada, seguida moderadamente por Giovanni y una sonrisa comedida por parte de Frédéric.

—Cuidado con los dardos de esta mujer —dijo Stanfill—. No me extraña que observe y analice tanto y tan bien. ¡Y además me ha leído!

—No, por favor —se ruborizó Anna—. Sólo quería decir que cada uno ha llegado al mejor punto de los posibles. Cada cual tenéis vuestras fortalezas, vuestros talentos, pero cada uno de vosotros habéis llegado a un punto de reconocimiento envidiable para cualquiera. Por eso ninguno debería envidiar al otro.

El silencio de la noche se hizo reflexivo y bonancible, bajo el cricrí de los grillos, el dulzor del ouzo y el aroma de jazmines e higueras.

—Creo que mi hermana os ha dado una lección —rompió Maria—. Pero no de humildad, sino de todo lo contrario. Y la estabais mereciendo desde hace tiempo.

—Es verdad, yo misma se lo venía diciendo a Fred todos estos días —dijo Luigina.

—Bien hecho, Anna —se unió Erica—. No sé de dónde han salido estos especímenes. Si no fuera por quienes les rodeamos, se echarían a perder de mala manera.

Frédéric notó en Anna un brillo especial en su piel y en sus ojos, un

reflejo que recordaba de sus horas felices. De algún modo la seguía conociendo, la reconocía entre tanta gente, sabía lo que pasaba por su alma, para bien o para mal. Ella, por tanto, no había cambiado.

—Esto merece un brindis —propuso David—. Me habéis sacado de mi hurañía, y me siento feliz.

—Hurañía. Qué raro habláis —dijo Erica—. Cómo se os nota.

Volvieron las risas y brindaron por su amistad.

—Me alegro muchísimo de verte mucho mejor que en ocasiones anteriores, Stan —dijo Giovanni—. Mejor en aspecto y mejor en ánimo, amigo mío.

—Te lo agradezco mucho, Gianni. No te equivocas, gracias a Dios.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos —dijo Frédéric—. Y opino lo mismo que Gianni.

—Gracias. Sois unos grandes amigos, los mejores.

—Nada de gracias —replicó Giovanni—. Si fuera al revés también te lo haríamos saber.

—Por eso lo digo. Por esos sois grandes amigos.

—Dime, Stan... —se arrancó Frédéric, pero se detuvo.

—¿Sí?

—¿Es cierto que el tiempo tiende a curarlo todo? —se decidió— ¿O al menos tapona las heridas?

—No. El tiempo sólo no —dijo Stanfill sin dudar—. Pero creo que otra persona sí. Sólo un alma especial puede volver a llenar, o todo o al menos en parte, el enorme vacío que crean las heridas.

—Otra persona —repitió Frédéric.

—¿Así que hay alguien? —preguntó animado Giovanni.

—No, por desgracia no —dijo Stanfill—. Pero sé que si hubiera alguien especial podría estar mucho mejor todavía. Creo que una ausencia sólo se puede curar con una presencia. Al menos en mi caso.

—Bueno, el caso es que mientras aparece esa alma especial estás

volviendo a ser el que eras, y eso es lo más importante.

«El tiempo no, pero quizá otra persona sí», pensaba Frédéric ensimismado y aislado del resto de la conversación, impactado por esa idea, a la que dio vueltas vertiginosamente entre el carrusel de sensaciones en que se había enmarañado durante las semanas pasadas. Una ausencia, un vacío, un reencuentro, un cambio de vida, otra persona... demasiado vaivén entre el que encontrar una determinación por la que guiarse. A lo mejor el propio David podría aclararle un poco más las cosas, pero tendría que confiarle todo desde un principio, a solas, con tiempo. Siempre cuesta arriba. Le despertó la voz de Luigina.

—Fred, ¿me echas una mano?

Estaban recogiendo la mesa, dispuestos a volver al movimiento del día. El último paso que había previsto el anfitrión para ese día era acabar entre los bailes y cócteles de Boukaris, una zona playera cercana donde se reunía lo más bullicioso de la isla. Pero el tiempo, como siempre que impera un espíritu confortante, había pasado volando.

—¿Os habéis fijado en la hora? —advirtió Giovanni— Son más de las once y media.

—¿Qué quieres decir? —saltó Luigina.

—¡Ah, no, por favor! —protestó Erica— No se puede viajar con un hermano mayor, está claro.

—Hay planes para mañana, ¿no es así? —dijo Giovanni— No se puede tener todo.

—Hay que reconocer que Gianni tiene razón —le apoyó David—. La verdad es que si vamos a Boukaris seguro que no terminamos hasta las tantas, y mañana perderíamos el día.

—Claro que sí, chicas —se sumó Maria, como siempre, a la idea de su esposo—. Tenemos que aprovechar el tiempo.

—¡Aprovechar el tiempo! Qué horror —protestó Erica.

—¿Y no podemos ir al menos un ratito? —intentó negociar Luigina.

El tira y afloja se mantuvo mientras recogían la mesa y hasta el momento de partir. Pero se impusieron las tesis de los más adultos,

para lo que fue determinante la opinión de Frédéric, que al final se inclinó por la retirada.

—¡Traidor! —le acusó en bromas Luigina— Te haré pagar por esto, ya verás. Con dosis masivas de escándalo y acción.

***

Se distribuyeron en los vehículos de forma diferente a la de la mañana. Esta vez Giovanni y las Wellesley se subieron con Frédéric, y las hermanas Rylands se subieron al Q5 como duro acto de protesta.

Por el camino, Anna, que iba sentada en el asiento del copiloto, preguntó con cautela mirando a Frédéric a los ojos, mientras los de atrás se entretenían en arrumacos y comentaban el paisaje nocturno.

—Antes le habéis dicho a vuestro amigo que está mejor, que le veis recuperado —hizo una pausa titubeante—. Y tú le has preguntado si el tiempo cura las heridas. ¿A qué os referís? Si es que se puede saber, claro, no quiero ser indiscreta.

Frédéric lanzó una mirada expresiva antes de fijarse de nuevo en la carretera y contestar.

—Se trata de un fracaso amoroso.

—Oh, ya, claro.

—Un fracaso traumático, especialmente doloroso.

David Stanfill se había enamorado perdidamente de una amiga de la infancia. En realidad era incluso más que una amiga. Habían nacido con meses de diferencia, se habían criado y habían crecido juntos, habían sido educados del mismo modo y habían estudiado en el mismo colegio y la misma facultad. Sus respectivas familias eran amigas y residían en fincas campestres vecinas en Buckinghamshire, cerca de Aylesbury. Eran tal para cual, en todos los aspectos de la vida. Una de esas parejas que el destino reúne de forma casi irreal de tanta perfección. Se podría decir que habían sido novios desde la infancia, desde que tenían uso de razón.

Frédéric y Giovanni le habían conocido durante su paso por Oxford.

Aunque Stanfill era un año mayor, coincidieron en el Trinity College, en estancias contiguas. Y, a pesar de las diferencias de criterio, y hasta de ideas —incluso literarias—, consiguieron arrebatarle durante algunos ratos de los brazos de su amada para compartir alguna de sus correrías y afianzar una amistad verdadera y perdurable. Según fueron creciendo en talento y fama, y a pesar de la distancia, cada uno se alegraba de los éxitos del otro casi como propios.

—Una rareza, algo casi increíble, lo sé, pero así ha sido siempre.

Aunque Stanfill era el que menor número de lectores congregaba en torno a sus obras, se podía permitir el lujo de vivir como quisiera y escribir lo que le viniera en gana, porque su familia le facilitaba una asignación mucho más que suficiente para no tener ninguna traba económica, habiendo cumplido con la única condición impuesta: completar sus estudios universitarios.

Pero su vida, que iba camino de la perfección, cambió de la noche a la mañana. Nunca se supieron a ciencia cierta los motivos, pero un mal día su eterna y adorada novia rompió la relación. A pesar de los ruegos, las súplicas, de todo lo que intentó de todas las formas posibles e imaginables, ella se fue; se fue, literalmente, con una maleta y sin rumbo conocido, ni por ella misma. Si alguna imagen pudiera representar lo que es la desesperación más absoluta, sería la de David Stanfill en aquel momento. Además, por si no fuera suficiente, pocos meses después sus padres fallecieron en un accidente de automóvil. No tenía hermanos y sólo vivía un tío paterno, recluido en alguna parte de la Costa Blanca española, que apenas fue al funeral y se volvió de la misma. Se quedó solo. De la plenitud al vacío in ictu oculi.

Para entonces había publicado ya su tercera y mejor novela, consagrado por la crítica y por parte del público, pero personalmente de nada le sirvió; incluso llegó a renegar de ello. Renegó de todo, hasta el punto de irse por el mundo él también sin destino fijo. Durante meses se dedicó a vagar de país en país y ciudad en ciudad, como si escapara de todo y de todos, en especial de sí mismo. Y, contra todo pronóstico, esa mala solución dio resultado. De todos los rincones por los que pasó, uno de ellos le atrapó de manera muy especial; así que regresó a su casa, arregló todos los trámites testamentarios de sus padres y organizó todo lo demás. Con una gran fortuna en sus cuentas corrientes compró una villa, obtuvo un permiso de residencia, y se estableció en aquel pueblecito de pescadores en la costa sureste de Corfú, poco frecuentado por turistas, a la usanza más puramente griega. Allí había permanecido durante más de seis años, tratando de cicatrizar sus heridas a base de lectura, sol, mar, nada que

hacer, nada de qué preocuparse, nada por qué sufrir. Y, al parecer, últimamente había retomado la pasión irresistible de trazar, narrar, describir y recontar, la mejor cura para un alma como la suya.

—Me alegro de haberle conocido en este momento y no en esa época pasada —dijo Anna—. Es lo más triste que...

A Frédéric un hervidero de ideas cruzadas le atravesó el pensamiento. Ella le miró de refilón, como si lo hubiera advertido y continuó con voz algo más insegura.

—Se ha mostrado muy equilibrado, muy maduro. Sí, muy discreto, incluso bastante alegre. Y muy contento de corazón por estar aquí vosotros, sobre todo. Se nota que os aprecia y quiere mucho. Es una persona muy interesante.

—Lo es, sin duda —contestó Frédéric—. Todo lo que has dicho. Y bastante más que sus amigos.

—¿Quién habla así de mí? —intervino Giovanni ya atento a la conversación delantera y provocando leves risas— Quizá exageran un poco.

—Tú sigue a lo tuyo —bromeó Frédéric—, dándonos un poco más de envidia.

Llegaron a la terminal marítima antes de lo que pensaban, donde aparcaron debidamente el Land Cruiser.

—Lo dejamos aquí para mañana —dijo Stanfill—. Y en cuanto salgáis, partimos de inmediato hacia Paleokastritsa. Hay unas calas magníficas para hacer snorkel, y está sólo a unos minutos de aquí. Es lo que había planeado para mañana antes de que os despidáis de la isla, si os parece bien.

Les pareció de maravilla, sobre todo a las más jóvenes. Concretaron la hora de partida y se despidieron hasta el día siguiente.

Mientras se dirigían al crucero, las hermanas Rylands intercambiaban su entusiasmo por el reciente conocimiento de David Stanfill, ese personaje hasta entonces tan misterioso del que a veces hablaba su hermano, y que había resultado ser aún más interesante de lo que habían imaginado. Luigina lanzaba indirectas a su hermana («Ya le has oído, “el tiempo no cura, pero otra persona sí” —dijo con retintín —, y sin dejar de mirarte»), que ésta rechazaba complacida. Mientras, Giovanni y su esposa reían en silencio ante tales ocurrencias.

Por su parte, Anna y Frédéric iban por delante, a pesar de su lento paso, en silencio. Poco antes de embarcar, Anna lanzó una pregunta que llevaba un tiempo mascando.

—Frédéric, he visto los camarotes de los demás. Bueno, el tuyo no, pero sabiendo en qué puente está puedo hacerme a la idea.

Él hizo un gesto ambiguo, sin saber —pero sí intuir— a qué se refería.

—¿Por qué tengo ese privilegio? —continuó ella—. Es un camarote de lujo, una suite. Y los demás estáis en camarotes muy normales. Me da... me da mucha vergüenza. Creo que Maria y Gianni tendrían más derecho a tenerlo, lo disfrutarían como matrimonio mucho mejor que...

—Anna, saca las tarjetas —le interrumpió su hermana—. Llevas las nuestras en tu bolso, ¿recuerdas?

Obedeció y se las repartió a su hermana y a sus cuñadas, que la envolvieron en naderías hasta dividirse en los ascensores.

Lo cierto es que Frédéric no hubiera sabido qué contestar. Ni él mismo sabía por qué en su momento había hecho ese reparto. Fue rumiando esa falta de respuesta mientras llegaba a su camarote y hasta que entró en su habitual sueño largo y profundo.

***

Todos estuvieron puntuales al día siguiente para la excursión a Paleokastritsa. Aunque había numerosos lugares para bucear en la isla, éste era el favorito de Stanfill: una cala rocosa, de difícil acceso y con unas aguas cristalinas, esmeraldas y turquesas según las sombras del día y la profundidad.

Después de realizar el breve trayecto y dejar aparcados los vehículos, bajaron entre rezongos y risas diversas («Pues ya veréis al subir...») por unas largas y empinadas escaleras hasta una cala designada en los postes señalizadores como “La Grotta”.

El anfitrión trajo equipos de snorkel, pero no suficientes para todos, así que harían turnos.

—Sólo he conseguido cuatro en buen estado —explicó David—. Como me gustaría hacer de guía y enseñaros los mejores sitios y las pequeñas cuevas que hay por aquí, podemos hacer dos grupos.

—Estupendo. Yo voy la primera —saltó Luigina entusiasmada.

—Pues yo prefiero tomar el sol un rato antes —dijo Erica.

—Mira que eres perezosa, Eri —recriminó en broma Luigina.

—¡Qué! El mar no se va a mover de su sitio, ¿no? —replicó, y ante un guiño de su hermana, añadió—: Y el guía tampoco se va a escapar. Espero.

—En fin. Entonces vienes conmigo y con Fred, Anna —sentenció Luigina.

—¿No puedes dejar de ser tan mandona aunque sea a ratitos? —dijo Giovanni.

—No. Es que, si no, ni os movéis, vagos.

—Mientras traemos los equipos podéis daros un chapuzón —dijo David—. Pero cuidado con aquellas rocas del fondo, si queréis saltar.

Fue dicho y hecho. Con su impaciencia briosa, Luigina se desprendió con rapidez de la ropa hasta quedarse en bikini y se lanzó al agua de cabeza desde una roca alta de las del fondo de la cala, sin esperar ni pensar. Anna también saltó, pero desde una plataforma mucho menos alta y con prudencia.

En cuanto estuvieron preparados, Frédéric y David acercaron hasta el lugar desde donde se había lanzado al agua Anna, el mejor para acceder sin problemas. Para entonces, Luigina había salido del agua y se había subido a una roca más alta que la anterior.

—¡Fred! ¡Fred! —le atrajo su atención, dispuesta a lanzarse de nuevo — ¡Aquí, mira!

—Ten mucho cuidado ahí, Gina. Cuidado con ese fondo —le advirtió David.

—¡Gina, ten cuidado, por Dios! —exclamó Maria.

Frédéric se lanzó al agua sin el equipo, para indicarla dónde lanzarse sin problemas, pero ella saltó de nuevo sin esperar a nada. Él siguió nadando hacia el lugar donde se había zambullido Luigina, pero no la

veía emerger; miró en todas direcciones sin ver nada, empezando a alarmarse. Sólo vio a los pocos instantes cómo Anna se sumergió de repente, tardando en salir a flote de nuevo y cargando con mucho esfuerzo a Luigina, inconsciente y con una herida en la parte superior de la cabeza.

Los gritos desde la orilla le hicieron despertar de una especie de letargo surrealista producida por esa escena. Acudió de inmediato para ayudar a Anna, y David se unió para relevarla. La sacaron del agua con ayuda de Giovanni y comprobaron su estado.

—¡No respira! ¡Por Dios, no respira! —clamó Erica.

En cuanto salió, Anna la dispuso en horizontal, comprobó que realmente no respiraba y pidió hacerse cargo.

—Sujeta su cabeza hacia atrás y ladéala un poco — ordenó a Frédéric —. Así. Sujeta fuerte. ¡A ver quién llama a una ambulancia, rápido!

Colocó ambas manos sobre el tórax de Luigina y empezó a realizar compresiones mientras contaba en voz baja.

—Insufla aire cuando te diga —ordenó de nuevo—. Treinta. ¡Ahora! Dos veces.

Él obedeció y Anna reanudó de nuevo el masaje cardíaco.

—Cuando te diga, déjame a mí y tú haz las compresiones como lo hago yo, ¿de acuerdo? Fíjate bien, mano sobre mano. Fuerte.

Los demás, alrededor, contenían el aliento al ver que la joven Rylands no reaccionaba. David hablaba algo en griego a través de su teléfono.

Después de las compresiones Anna insufló de nuevo aire en la boca de Luigina mientras Frédéric ocupaba su puesto.

—Ahora, ya, hasta treinta —ordenó ella y él comenzó—. Un poco más fuerte, sigue.

Cuando Anna insufló aire por tercera vez, Luigina sufrió una convulsión, repetida y empezó a expeler agua por la boca.

—Ya está, Frédéric. ¡Ladéala un poco más para que no se ahogue! — indicó Anna, quien, ante la falta de destreza, tuvo que ayudarle.

—Ya viene de camino la ambulancia —anunció David—. Es cuestión de minutos que llegue. ¿Cómo está?

Luigina seguía expulsando algo más de agua, tosía, se agitaba y jadeaba, tratando de respirar con dificultad, mientras Anna y Frédéric la sostenían

—Tranquila, Gina, tranquila —la calmaba Anna—. Puedes respirar, tranquila. Ya ha pasado lo peor.

—Gracias a Dios —dijo Giovanni—, gracias a Dios. Gina, mi pequeña, ¿cómo estás?

—No la agobiéis, necesita mucha calma ahora —advirtió Anna—. Dejadla que se recupere poco a poco. Traedme una toalla, por favor.

Debatiéndose entre la admiración y la consternación, Frédéric miraba a Luigina y a Anna de forma alterna, ajeno a cualquier otra cosa.

—No he llegado a tiempo, no he podido evitarlo —murmuró dejando escapar su angustia—. Tenía que haber estado más atento.

—Tú no tienes la culpa de nada —rebatió Anna, mientras colocaba la toalla que le había traído su hermana doblada bajo la cabeza de Luigina, a modo de almohada—. Gina es demasiado impulsiva. David se lo advirtió, pero no hizo caso. Tú no tienes la culpa. Que repose la cabeza, así con cuidado.

Él retiró las manos de la cabeza de Luigina, y se las vio manchadas de sangre.

—No has podido hacer nada, Frédéric, no te culpes, por favor —insistió Anna al fijarse.

Él movía la cabeza, abatido, sin consuelo, aunque las palabras de Anna supusieran un ligero bálsamo para su ánimo.

—La ambulancia ya debe de estar arriba. Voy a buscarles —dijo David mientras subía rápidamente por las escaleras de acceso.

De repente, Luigina abrió los ojos, parpadeando. Recobró la consciencia poco a poco. Los Rylands estallaron en exclamaciones de alegría, pero Anna se mantuvo tratando de tranquilizarla, y de tranquilizar los ánimos de los demás, no dando nada por sentado.

—Anna, eres un ángel —dijo Giovanni, arrodillado junto a Luigina, sin poderse contener—. ¿Cómo sabes tantas cosas? Menos mal que estás aquí. Le has salvado la vida a mi hermana.

Ella sonrió en silencio, negando con la cabeza para quitarle importancia a lo ocurrido.

—¿Verdad que sí, Fred? —continuó Giovanni— Es una mujer excepcional, valiente y decidida.

Frédéric la contemplaba, y cruzó sus ojos admirados con los tímidos ojos de Anna, que volvió su atención a Luigina haciéndole preguntas en voz baja.

—Gina, Gina, ¿puedes oírme? ¿Me reconoces?

La accidentada hizo un leve gesto afirmativo. Anna prosiguió:

—Viene ayuda en camino, ¿de acuerdo? Te vas a poner bien, ha sido sólo un susto. Ahora debes estar tranquila.

—¡Ahí vienen! —exclamó Maria al divisar a David acompañado de varios sanitarios, con equipos médicos y una camilla.

En cuanto llegaron los sanitarios realizaron un reconocimiento a fondo y rápido a Luigina, que seguía consciente aunque con mal aspecto. La depositaron con mucho cuidado y bien sujeta en la camilla y la subieron hacia la ambulancia. Uno de los que la reconocieron se identificó como médico y les explicó en inglés a Giovanni y Erica que debían examinar todas las consecuencias de su golpe así como las posibles dificultades respiratorias. La llevarían al Hospital General lo más rápido que pudieran. Podrían acompañarla hasta dos familiares en la ambulancia. Se discutió el asunto. Frédéric propuso que fueran Erica y David; éste sería más idóneo que cualquiera de los demás, incluido Giovanni, por conocer el idioma y para poder entenderse mejor con las indicaciones que fueran precisas. Tendrían los móviles a punto y estarían en contacto permanente.

—Regresad al barco. En cuanto lleguéis a Corfú sabréis localizarlo porque hay indicaciones hacia el puerto. Cambiaros de ropa y estad atentos, pero tranquilos, que os llamaré y os diré dónde localizar a Gina, o yo mismo os llevaré, ¿de acuerdo? No os preocupéis tampoco de Eri, yo me encargaré de que esté bien atendida —fueron las indicaciones de Stanfill justo antes de marcharse.

El resto del grupo quedó consternado durante un buen rato; casi inmóviles, como atenazados por la desgracia. Sólo por iniciativa de Anna se pusieron en marcha hacia el barco y actuaron conforme a lo que les había recomendado su amigo.

Después de analizar la situación, Frédéric retomó su capacidad de decisión en cuanto llegaron al buque: propuso hacer las maletas y gestionó el abandono del viaje por parte del grupo, exponiendo la situación. Antes de que zarpara el barco, la encargada de relaciones públicas del crucero les ayudó a tramitar una reserva de habitaciones en el hotel Corfu Palace. Allí se trasladaron y acomodaron en espera de noticias más concretas que les transmitiera David, que hasta entonces sólo había enviado algunos mensajes de tranquilidad pero sin novedad alguna. Al parecer, seguían a la espera del resultado de las pruebas que estaban practicando a Luigina.

***

Al cabo de pocas horas David regresó con noticas, pero no eran las mejores precisamente. Si bien Luigina parecía no haber sufrido daños irreparables, se hallaba inconsciente y allí no tenían los medios necesarios para evaluar su situación o las posibles secuelas de manera concluyente.

—¿Y qué quiere decir eso, exactamente? —preguntó Giovanni.

—Han recomendado que sea trasladada a un hospital con más medios en Patras o en Atenas —dijo Stanfill.

—Bien, pues que sea cuanto antes.

—Pero habrá que tener en cuenta una cosa —prosiguió Stanfill—. Las cosas en Grecia no funcionan muy bien últimamente. Todo va de mal en peor a causa de la maldita crisis, especialmente lo público. Así que yo recomendaría acudir a un centro privado. Y mejor en Atenas. Así que el traslado tendrá que ser en helicóptero

—Bueno, lo que haga falta —acordó Giovanni—. Nos ayudarás a encontrar la forma, ¿verdad?

—Ya está buscado y encontrado. Y por los gastos no os preocupéis en absoluto.

—No, por los gastos no nos preocupamos ni te preocupes tú lo más mínimo. Sólo por mi hermana. ¿Cuándo saldremos? ¿Mañana mismo?

—Mañana saldréis vosotros. Luigina sale dentro de una hora —

aseguró David, que, ante la sorpresa de los demás, prosiguió—: Veréis, no sólo han recomendado que sea trasladada a un hospital en condiciones, sino que se haga urgentemente. Aunque está bien, podrían surgir complicaciones de manera súbita que... bueno, que complicarían mucho las cosas.

—Entiendo.

—¿Y puede acompañarla alguien hoy mismo? —preguntó Erica.

—Por partes —respondió Stanfill—. He tenido tiempo y me he permitido organizarlo todo, si no os incomoda. En el helicóptero pueden acompañarla hasta dos personas, como antes. Por otra parte, tengo un pequeño apartamento en Atenas donde se pueden alojar tres personas cómodamente, y hasta cuatro pero de forma apretada. El resto tendría que regresar a Venecia.

De nuevo los Rylands empezaron a discutir por quién se iba a quedar y quién se iría. Frédéric propuso que se quedaran Anna y él, y que los demás regresaran a casa tranquilamente, lo que le valió una reprobación severa del matrimonio; pero —con una pequeña variante — se impuso esta idea con el apoyo de David. Éste, con buen criterio, acompañaría a Luigina durante el traslado en helicóptero, y Erica le podría acompañar como familiar. En el apartamento habría sitio cómodo para una persona más, que podrían ocupar Anna o Frédéric; Giovanni y su esposa regresarían para tranquilizar al resto de la familia y ocuparse de sus hijos, y «estaréis informados minuto a minuto de cómo evoluciona Gina, que sólo será para bien, y además tendrá a su hermana velando por ella». De mala gana le hicieron caso, pero Maria exigió que Anna les acompañara en el viaje de regreso; necesitaría todo el apoyo moral y material por lo que pudiera pasar. A Frédéric le pareció muy mal que obligaran a marcharse a quien había salvado la vida a Luigina en primera instancia y, en cambio, se quedara Erica, a quien no le reconocía capacidad alguna, y menos en tal situación. Pero no se atrevió a decir nada por no contrariar a los Rylands.

Aunque era tarde, con la ayuda de los recepcionistas del hotel realizaron las reservas de vuelos y hoteles para el traslado. Giovanni y Maria se desplazaron junto con Erica y Stanfill al hospital para ver cómo se encontraba Luigina («Fred, te dejo al mando, y es una pena que ella no se pueda quedar», se despidió su amigo por considerarlo el más templado entre los nervios que dominaban al resto del grupo). Pero apenas fueron unos instantes, porque el helicóptero estaba ya preparado y éstos partieron al poco de llegar.

En el hotel permanecieron solos Anna y Frédéric, que creyeron lo más conveniente descansar todo cuanto pudieran.

Al día siguiente, los cuatro se hallaron de nuevo en el aeropuerto con destino a Atenas. Pero Frédéric se quedó en la capital, mientras que los demás lo hicieron como escala.

—Fred, me consuela mucho que Gina se quede en las mejores manos —dijo Giovanni al despedirse—. Sé que Stan, Eri y tú la cuidaréis mejor que nadie. Mantenme informado, por favor.

—Por supuesto, amigo mío. Ya me he instalado ese milagroso WhatsApp en el móvil, y Gina me enseñó a usarlo. Te abrasaré a mensajes. Y todos ellos buenos, a cada cual mejor, ya verás.

—Que Dios te oiga.

Se despidió de Maria con un abrazo silencioso y dejó a Anna para el final. Se sinceró como lo venía deseando desde el día anterior: le manifestó su admiración sin límites por haber reaccionado como lo hizo; por su sangre fría, su valor, su preocupación y su fuerza para sacar a flote a Gina como lo hizo, mientras que él había sido incapaz de nada, ni siquiera de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se sentía muy culpable de lo ocurrido, de no haber impedido a Luigina comportarse alocadamente ni de evitar el accidente.

—No, nada de eso, Frédéric —negó ella con firmeza—. Yo sólo hice lo que debía, lo que sé. Y tú no tienes la culpa de nada. David le advirtió del peligro varias veces, pero Gina no hace caso nunca a nadie. Además, tú ibas a ayudarla, pero no pudiste impedirlo. Tampoco te esperó a ti.

Notó un fondo de acritud en las palabras de Anna. Era siempre moderada y comprensiva para con todo el mundo, pero esta vez había un reproche poco encubierto en sus palabras. Un reproche merecido, ya que con su actitud Gina se había puesto en peligro a sí misma y había trastocado la vida de los que le rodeaban, incluido a su anfitrión, que se había esforzado en hacer agradable su estancia en la isla y ahora se estaba desvelando por solucionarlo todo. Y, como solía ser habitual, Fred reconoció con un silencio explícito que ella tenía razón.

Inesperadamente, Anna le dio un abrazo impetuoso y fugaz.

—Cuídala, y sé feliz —le dijo en voz baja.

Y, antes de marcharse por el pasillo hacia el embarque, añadió:

—Sólo espero que algún día me perdones.

Frédéric no supo qué decir ni hacer. Hubiera tenido demasiado por decir y tenía demasiado por hacer, pero en ese momento permaneció tan quieto como inquieto. Había perdido cualquier atisbo de rumbo y no tenía ninguna idea clara de lo que debía y no debía hacer. Y, si escarbaba un poco más en su espíritu, tampoco encontraría ninguna de las bases que creía haber sostenido su vida durante los últimos años. No había otra aspiración ni disposición por la que dejarse llevar. No poseía timón alguno con el que guiar su vida, sino que tan sólo iba a la deriva, arrastrado por una corriente sin destino.

IX

Durante las casi dos semanas que llevaba en el hospital Metropolitan, Luigina no empeoró, pero tampoco había experimentado la mejora que esperaban después de haberla operado con urgencia poco después de llegar. Frédéric estaba tan confundido que, a pesar de las explicaciones de Stanfill, que se ocupaba del enlace directo con los médicos, apenas se enteró de lo que ocurría. Eso sí, le alarmaron tanta urgencia y las caras largas de los médicos. Tras la operación, que al parecer salió lo mejor posible, se pronosticó la entrada en una notable aunque lenta mejora; pero ésta no terminaba de llegar, y Luigina seguía postrada en una unidad de cuidados intensivos.

Los tres compañeros de cuidados daban un contrapunto a la situación: Erica actuaba como una zombi para todo lo que no fuera estar junto a su hermana en las horas en que se permitía visitarla, y se peleaba por ser la única en permanecer a su lado; David era todo serenidad y racionalidad, sin que por ello dejara de actuar racionalmente cuando le tocaba cuidar de Luigina; y Frédéric, desde un término medio, se ocupaba en su mayor parte de la intendencia del apartamento, ya que rápidamente tomó el pulso al barrio de Plaka (que conocía de viajes anteriores), a sus tiendas escondidas y a las gentes que aún vivían en la zona, y también era el principal transmisor a la familia de las escasas noticias que se iban produciendo.

Estableció rápidamente una rutina en su nueva vida, que esperaba fuera provisional. Se levantaba muy temprano para preparar los desayunos de todos y arreglaba el apartamento mientras los demás se iban para el hospital. Después tomaba una escúter alquilada para desplazarse; atravesaba las callejuelas de barrio, circulando como un lugareño más —es decir, igual de anárquico—, y se acercaba hasta el hospital, donde se prestaba para hacer lo que fuera menester, que casi siempre era esperar. Pasaba las horas con las páginas de un libro y con las palabras de David en la sala de espera más cercana. Muy pocas veces le tocaba estar junto a Luigina, a la que, a pesar del vendaje en la cabeza y las sondas, veía con buen aspecto e incluso semblante sereno —lo que, ciertamente, no era lo más normal en ella—. La mayor parte del tiempo de estancia lo acaparaba Erica; y casi siempre su amigo David se adelantaba a relevarla.

El caso es que se sentía inútil. Lo único que mitigaba su sensación de ociosidad e ineficacia era enviar mensajes continuos de tranquilidad a

los Rylands; mensajes en los que no decía nada, porque nada había que decir, pero daban buenas sensaciones. También hablaba cada dos días con Giovanni, al que conseguía insuflar optimismo venciendo a su propia incertidumbre. Era su único consuelo.

Y después de una de las llamadas, su vida se tornó más confusa.

—Ah, y Anna te envía mucho ánimo y fuerza —le dijo el veneciano antes de despedirse—. Me ha dicho que va cada día a Santa Sofía a rezar por Gina y por ti. Como también lo hacemos todos nosotros, por otra parte.

Al principio esas palabras le descolocaron por completo. Le dio vueltas sin saber qué significaban, hasta que cayó en la cuenta. Como él mismo no lo creía, pensaba que los demás tampoco le darían importancia, pero la realidad no siempre se adapta a los propios pensamientos como tantas y tantas veces lo suponemos tontamente; todos los que le rodeaban, todos aquellos con quienes se relacionaba desde que se trasladó a Venecia pensaban que había una relación seria entre Luigina y él. Todos daban por hecho que ambos estaban enamorados, eran una pareja a los ojos de los demás. Y, por tanto, todos suponían que el accidente sufrido por ella le habría llevado a un estado de postración anímica. De ahí los ánimos que tanto Giovanni, su propia hermana, Guido e incluso el mismo David, cada vez que lo saludaba por las mañanas, le intentaban proporcionar. Y, en efecto, su ánimo se hundió, pero por efecto de ese espejismo que él mismo había creado, en el que —por fuerza debía reconocer— se había propuesto caer y al que había conducido a los demás.

Era muy fácil enamorarse de una mujer como Luigina con las virtudes que poseía: alegría, entusiasmo, fuerza, frescura, ímpetu y curiosidad por todo; incluso era fácil desentenderse de sus carencias en cuanto a su buen juicio, ingenio y sensibilidad. Carencias para su criterio exigente que, según su familia, le llevaba por las calles de la amargura y del fracaso permanente en sus relaciones personales, particularmente con las del sexo opuesto. Aunque se lo había propuesto, no terminaba de sentir una atracción interior irresistible, no encajaban sus cabezas, corazones, espíritus y formas de ser como un puzle perfilado, nítido y completo. No sentía ni asomo de tal sentimiento. Y, tras el accidente, claro que se sentía consternado e intranquilo por el estado de Luigina, pero no como alguien angustiado por el estado de la persona amada, sino del mismo modo que alguien sensible se preocupa por un amigo al que no ha podido socorrer en un accidente.

Al contrario, otras ideas y emociones atravesaban su pensamiento; lo hicieron de forma subconsciente al principio, y de forma consciente después. Le asaltaban una y otra vez las imágenes de Anna cuando la dejó en la puerta de su casa, en la borda del buque, en la Zattere ai Saloni mirando al infinito o sacando del agua a Lugina en La Grotta; y las palabras de Anna, enigmáticas (¿o no tanto?) en las despedidas temporales, sus "gracias", su quiebro al hablar de Stanfill y su fracaso amoroso o cuando preguntó por el camarote que le había asignado. Su entendimiento, uno de los pilares en que había cimentado la mayor parte de su espíritu, se hallaba tan enmarañado que no sabía cómo ni por dónde empezar a ordenar sus ideas.

Entró en una etapa de vida demorada, alargando los minutos y acortando los días. Durante una buena parte de las numerosas y largas horas en que la ociosidad le amenazaba cambió los libros y las conversaciones por la escúter, para deambular por la ciudad sin rumbo definido. Unas veces acababa en el mercado, donde entraba a curiosear entre el bullicio de los puestos; otras veces llegaba más allá, a la zona del cementerio del Cerámico, para disfrutar la silenciosa armonía que reinaba en el lugar de reposo de los antiguos prohombres atenienses; o en alguna ocasión terminaba entrando en la capilla de San Jorge en la colina Licabeto, mirando sin ver la ciudad a sus pies y el mar en la lejanía. Una vida de improvisar sin pensar, relajarse sin descansar, respirar sin vivir; una vida de días sin solución de continuo, todos iguales a pesar de la perseguida diferencia.

Una vida que terminó el día en que Luigina empezó a mejorar realmente. Todas las pruebas que le hicieron señalaban que su situación se había estabilizado y pasaron de ser esperanzadoras a ciertas en cuanto a su restablecimiento. De hecho, al día siguiente recuperó la consciencia plena, dando señales de plena normalidad: reconocía, razonaba y tenía la memoria aparentemente intacta, excepto en lo referente al momento del accidente. Pocos días después los médicos concluyeron que estaba totalmente fuera de peligro, si bien precisaría de una buena etapa de reposo y tranquilidad, pues tan sólo los nervios parecían más alterables e inestables de lo normal. No había señales de otras secuelas. En unos días le darían el alta; después debería permanecer varias semanas de reposo casi absoluto, y le darían una cita para pasar una revisión definitiva. Pero nada de viajes largos ni alteraciones durante esa etapa de reposo.

Fue un enorme alivio para todos. Erica recuperó la vitalidad y empezó a dejar de ser un mero cuerpo ambulante y cuidador. David se mostraba tan alegre y jovial como cuando se encontraron el primer día en Corfú. Y los Rylands estallaron de alegría en cuanto Frédéric les

comunicó por teléfono la noticia.

Lo que pareció demostrarse de forma patente fue la alteración de los nervios de Luigina. Parecía cambiada, su ánimo no era ni mucho menos el mismo que el habitual; ni emoción, ni alegría contagiosa, ni bromas. Ni siquiera mostró entusiasmo al ver a Frédéric durante los minutos en que estuvo a su lado, a solas o acompañado.

Y, curiosamente, a él le ocurría lo mismo que a ella. Sus nervios estaban alterados. Ahora, con la nueva situación, y a pesar de la mejora, Frédéric no sólo se sentía inútil, sino incómodo. No pintaba nada allí, era un apéndice sin validez, ni oportunidad, ni sentido. Habló con David y le confesó sus sensaciones. Cedería su espacio a Luigina, de forma que podrían estar cómodamente en el apartamento durante el tiempo de reposo de aquélla. Además, actuando con hechos consumados, adquirió un billete de avión, ida sólo, para partir dos días después, justo antes de que dieran el alta a Luigina. El caso es que lo hizo de tal modo que David ni siquiera tuvo argumentos con que rebatirle y se mostró muy comprensivo; era normal que estuviese muy afectado y que, estando su hermana acaparando toda la atención y cuidado, se viera desplazado y prefiriese esperar a que todo volviera a la normalidad. No era ésa la idea exacta, pero Frédéric no quiso entrar en matices innecesarios. Así que el día de la partida se despidió de Luigina: una despedida sin emoción por ninguna de ambas partes, algo que hubiera sido impensable apenas unos días atrás.

Se marchó dispuesto a pasar página una vez más. Su ofuscación tratando de enamorarse de Luigina, la inseguridad y la torpeza en su trato reciente con Anna, la falsa impresión creada en los demás... Eran demasiadas equivocaciones como para seguir adelante sin más. Necesitaba un cambio radical, un rumbo distinto en su vida, más constante y recto. Y optó por lo que en ese momento pensaba que era el cambio necesario en su vida. Tomó el vuelo directo en el ateniense Eleftherios Venizelos, pero no llegó al Marco Polo veneciano, sino que aterrizó en Heathrow. Volvía a casa, de donde no debía haber salido. O eso pensaba.

Ya hablaría con Fanny —o con Guido, según encajara ella la noticia— para liquidar el arrendamiento del apartamento, para enviarle su ropa y todo lo que fuera necesario que había dejado en Venecia.

***

Regresó a casa con la intención de empezar de nuevo. De empezar no sabía muy bien qué, pero con la idea de hacer tabla rasa de los errores cometidos en las últimas semanas, y quizá para abrir una nueva etapa de su vida.

Llegó de noche a su apartamento tras el vuelo y el traslado hasta Hampstead; sin ganas de nada, con un cansancio más psíquico que físico, se fue a dormir de la misma. Al día siguiente se embebió en el correo postal (circulares de los clubes de que era miembro, facturas, extractos de bancos, publicidad), se entretuvo en las tiendas con el pan, la leche y la fruta, y por último con docenas de correos electrónicos de toda índole. Pero se enredó especialmente con uno de ellos: la invitación de Henry Elliot, un buen amigo desde la infancia, a su boda. La invitación incluía la estancia en Belmont Hall, la mansión familiar en Berkshire, cerca de Windsor, durante los días previos y posteriores al enlace, junto con la fiesta de despedida en la noche previa; un tipo de invitación reservada sólo para familiares cercanos y amigos muy especiales. Respondió sobrepasado con creces el plazo que se rogaba responder, porque no había leído el correo desde poco después de llegar a Venecia, pero su amigo le aceptó de todos modos. A Frédéric le apetecía asistir, pasar unos días de dolce vita en plena campiña: una pequeña temporada de poco pensar y mucho disfrutar, un buen motivo para romper con su inercia mental. Desempolvó su chaqué y fue a comprar algo de ropa veraniega, ya que la mayor parte se había quedado en el apartamento veneciano.

Esperó un día más para llamar y pasarse por la casa paterna; una breve visita. Poco después celebrarían el cumpleaños de su madre y cenarían juntos. También tomó fuerzas antes de llamar a su hermana.

—¿Pero cómo puedes tener tan poca vergüenza? —se enfureció Françoise— Dejar allí tirada a tu novia.

—Te lo repito: no es mi novia. Nunca lo ha sido, ni siquiera lo he pretendido.

—No mientas. Es lo único que te faltaba.

—Lo que tú digas. Está claro que no te voy a convencer de nada.

—¡Pues claro que no! Alguien que sale huyendo después de que ocurra una desgracia no me puede convencer de nada, aunque sea mi propio hermano.

—No he salido huyendo. Gina se está restableciendo y está todo controlado en manos de Erica y de Stan. Yo no me sentía bien en esa situación. Y sólo quiero pasar página.

—¿Pasar página? ¿Con quién te crees que estás hablando? No he oído disparate más grande en toda mi vida. Pareces el personaje de una de esas novelas de tu amigo Rylands. A ver, dime en serio qué es lo que piensas hacer.

—No pienso hacer nada. Me quedaré aquí y ...

—Deja de decir bobadas. Haz el favor de volver aquí y comportarte como debes. Vergüenza me da. Te quiero ver aquí de inmediato, ¿me oyes? ¡De inmediato! Ya me contarás todo despacio y con la cabeza puesta en su sitio.

Tenía que retroceder muchos años en la memoria para recordar a Françoise tan enfadada como lo estaba en ese momento. Y la dureza de los términos que ésta había empleado le zarandeó con fuerza el espíritu; dureza que, muy a su pesar, contenía fuertes dosis de lealtad y verdad. Desde esa conversación perdió todo atisbo de entusiasmo por los planes que se había trazado a corto plazo. Un orgullo mal entendido y una percepción distorsionada de su agudeza emocional le impedían reaccionar de modo que ese espíritu dolido por la verdad se sintiera a gusto; pero, curiosamente, empezaba a vislumbrar por dónde podía estar el camino correcto, empezaba a reconocer de dónde provenía esa distorsión en su capacidad de apreciar y aprehender la naturaleza de sus emociones.

En esa condición anímica no pudo disfrutar tal como había pensado su estancia en Belmont Hall. Durante los tres días que estuvo antes de la boda recibió mensajes esperanzados e incluso entusiastas de Stanfill sobre el estado de Luigina, que se recuperaba mejor de lo previsto, los cuales le alegraron sinceramente y tranquilizaron un poco más su corazón. Poco antes de acudir a la fiesta de despedida le llamó Giovanni para darle las mismas noticias con el mayor de los entusiasmos, y le envió por WhatsApp una fotografía enviada por Erica en la que Luigina y David aparecían sonrientes y abrazados por los hombros. Era una sonrisa bonancible, de tranquilidad anímica; una sonrisa que, para alguien que no los conociera, podría dar lugar a equívocos.

También Giovanni desaprobó «esa huída que puedo comprender por lo que me dijo Stan, pero no entiendo en absoluto», y —eso sí, con mucha mayor delicadeza que su hermana— le apremió para regresar a

Venecia y retomar esos lazos que habían vuelto a unirlos después de tanto tiempo y que tanto bien le había hecho a él y a su familia. «Bueno, dame un poco de tiempo» es todo lo que concedió un avergonzado Frédéric, cuyo pensamiento real iba por otros derroteros.

«Ellos preocupados por una hermana convaleciente y yo a punto de entrar en una fiesta». El trasiego abundante de cabernet sauvignon y Bulldog apenas sirvió para velar ligeramente ese aturdimiento interior.

Aunque la invitación incluía unos días posteriores a la boda, al mediodía siguiente a la ceremonia se despidió de los padres de su amigo y regresó al apartamento londinense. Descansó un día entero para presentarse en las mejores condiciones en casa de sus padres, la casa familiar de toda la vida en Kilburn. Fueron a la misa dominical, pasearon y almorzaron ligeramente en Grange Park y al final fueron a compartir la cena que la maravillosa cocinera —según el criterio adulador pero no exagerado de Frédéric— había preparado para la ocasión. El día había transcurrió apacible, entre bromas y veras sin mayor trascendencia, tal como quería él que fuera y como necesitaba su ánimo. Pero, tras los postres y el oporto, la conspiración universal volvió a hacer acto de presencia.

—¿Te hemos dicho que han llamado Fanny y Guido? —dijo su madre acomodándose en un sofá junto a su marido después de que éste sirviera las copitas.

—Ah, no. Pero me lo imaginaba. Sería imposible que se olvidara de tu cumpleaños. Y si no se han plantado aquí por las buenas será por algún motivo serio.

—Sí, algo me ha dicho de no sé qué acto importante y que se pasarán por aquí en septiembre, pero no la he entendido bien. Guido ha dicho que la intentó convencer, pero no hubo manera. No me canso de repetir que es un amor ese chico. Fanny ha tenido mucha suerte al encontrarse con él, porque mira que cualquiera no sigue a tu hermana...

—Es un tipo excelente, es verdad —ratificó Edward—. Mira que para caerme bien a mí tiene que ser el no va más.

—El no va más no, lo siguiente —bromeó Frédéric—. Pero de suerte, nada. Si están juntos es gracias a mí, que conste. Me deben la felicidad que tienen.

—No digas eso —replicó Françoise—. Se lo han ganado ellos solitos. Y hablando de felicidad conyugal, Fanny nos ha hablado de una amiga

muy especial que te hace algo más que gracia. ¿Qué hay de eso?

—No... no hay nada de eso —titubeó él—. Se han empeñado en colgarme una novia que yo no he buscado en absoluto. Simplemente nos llevamos bien, eso es todo.

—Creo que es muy guapa, graciosa y lista —dijo su madre, dejando llevar su acento francés—. Y es hermana de ese amigo tuyo escritor, ¿no?

—Sí, es la hermana de Gianni Rylands.

—Pues tiene muy buen ojo, de eso no cabe duda —insistió ella.

—¡Mamá!, que no hay nada entre los dos.

—Pues ya va siendo hora de que haya algo con alguien —intervino su padre—. Vas para monje, a este paso. Acabarás escribiendo, sí, pero códices de esos en algún convento.

—Eso es verdad, hijo —añadió ella—. Se puede vivir solo, si es lo que quieres, pero mira a tus hermanos, son muy felices viviendo con una pareja ideal para ellos. Y teniendo hijos como en el caso de Édouard.

—También te habrá llamado, me imagino. ¿Cómo van esos piratillas?

—Perfectamente, están preciosos —contestó la madre—. Pero cambias muy mal de conversación, Freddy. Quiero que me digas una cosa: Fanny también nos ha contado que te fuiste sin la menor explicación, sin motivo aparente, como si huyeras de algo. ¿Es eso cierto?

Frédéric se sintió muy incómodo ante una descripción de sus actos mucho más acertada de lo que hubiera querido aceptar y tan ajustada a la realidad como no hubiera querido reconocer.

—Verás, no huyo de nada. Ocurrió algo en el crucero que nos obligó a suspenderlo.

Buscando las palabras y evitando en lo posible el dramatismo, empezó a explicar las circunstancias del accidente de Luigina, así como las circunstancias posteriores a éste.

—Pero ella querría que estuvieses a su lado en estos momentos —dijo Françoise.

—Te digo que no pienses lo que no es, mamá —replicó Frédéric—. Ni ella está enamorada de mí, ni yo de ella. Había una cierta atracción

entre ambos, no lo niego, pero ahí se quedaba todo. Gina se ha quedado en las mejores manos, con mi amigo Stanfill, ¿te acuerdas de él?, y con su hermana Erica.

—¿Y por qué no volviste a Venecia? —preguntó Edward— Está tu hermana, y está la familia de esa chica según has dicho. Y estabas decidido a pasar una temporada concentrado en tu novela.

—No lo sé —dijo tras unos segundos de duda—. Después de lo ocurrido me sentía mal. Pensé que lo mejor era cambiar de aires y volver a concentrarme aquí de nuevo.

—Bueno, tú sabrás lo que haces, hijo —concluyó su padre—. Ya sabes que dirijas como dirijas tu vida, tienes y tendrás siempre nuestro apoyo para todo lo que necesites, para lo que quieras. Estamos muy orgullosos de ti, y sólo te pedimos que te comportes con honor y con buena fe.

Frédéric agradeció sobremanera ese aliento de vida que tanto echaba en falta. Se despidieron con emoción contenida, estrechos un poco más todavía esos lazos de amor incondicional que con el tiempo no sólo no se aflojaban, sino que se hacían más fuertes.

Pero, justo antes de marcharse, su madre le preguntó de forma reservada:

—Freddy, allí en Venecia has visto a esa joven que fue tan especial para ti en su día, ¿no? Fanny no me ha dicho nada, te lo aseguro. Sabes que no es nada cotilla. Pero por otras cosas que nos ha contado lo he deducido.

Sorprendido una vez más por la perspicacia de su madre, no pudo sino reconocerlo.

—Sí... Sí, al parecer se ha trasladado a vivir allí. Yo no lo sabía, pero ahora vive allí con su familia.

Françoise se limitó a asentir con la cabeza, sin decir nada durante unos instantes. Luego sólo dijo:

—Nunca nos has contado qué ocurrió, por qué acabó esa historia, o por qué dejó de ser tan especial para ti, pero sé que desde entonces no has vuelto a ser el mismo en tus relaciones con las chicas. Ni en tus relaciones con los demás, en general.

Frédéric no sabía qué decir. Y su madre continuó.

—Pero no hace falta que cuentes nada si no quieres. Sólo haz lo que debas hacer, hijo. Haz lo que debas. Haz lo que te diga el corazón sin que tengas que arrepentirte algún día. Si tienes que arrepentirte, que sea por algo que hayas hecho, no por lo que no te atrevas o renuncies a hacer. Te lo digo por propia experiencia. Yo tomé en su día una decisión muy difícil: cambiar de país, de familia, de vida, por completo. Y si no la hubiera tomado, si no lo hubiera hecho, estoy segura de que hoy estaría amargamente arrepentida.

Le dio un largo y sonoro beso en la mejilla y le condujo hacia el hall para despedirse definitivamente.

***

Al día siguiente le despertó una llamada en su teléfono fijo.

—¡Fred! Buenos días, dormilón.

Era la voz campechana y siempre satisfecha de Ian Musgrove, su editor.

—¡Virgen Santa! ¿Cómo demonios me llamas aquí?

—Es que no respondes al móvil.

—Quiero decir a este número, al fijo. ¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Yo lo sé todo. Ya deberías estar acostumbrado a mis poderes.

—¿Y qué es lo que quieres?

No le gustaba nada despertar de esa manera, así que Frédéric no mostraba la menor amabilidad.

—Saber cómo estás, nada más.

—Bien. Estoy bien, gracias.

—Y, de paso, saber si ya hay algo en pista, como insinuaste antes de irte.

—No me jodas, Mus. Hace sólo unos días de eso.

—Hace más de mes y medio, en realidad.

Sólo en ese momento se dio cuenta del tiempo que había transcurrido. Y tenía que ser su editor quien lo pusiera de manifiesto. Lejos de aquietarse, Frédéric se enfureció con la nada.

—Pues no, no hay nada todavía. Ni visos.

—Bueno, pues ya saldrá. Me llamas cuando quieras, ¿de acuerdo?

—Hablamos, sí.

—No te enfades, hombre.

—No. Adiós.

Colgó el teléfono bruscamente apenas oyó al otro decir algo, probablemente una despedida; o una nueva petición de paciencia al Altísimo para seguir tratando con escritores. Y eso que Frédéric había sido siempre el más comprensivo y respetuoso.

En cuanto se despertó definitivamente y tuvo algo más de conciencia de sí mismo, llegó a una conclusión: el universo entero estaba conspirando contra su actitud y la vida no le iba a dejar en paz hasta que afrontara todo lo que había dejado pendiente de mala manera. Y es que no estaba hecho para huir. Efectivamente, como su hermana, como Giovanni y como su madre habían dicho, había huido. Ellos no sabían de qué, pero él sí lo tenía cada vez más claro; y no podía huir de la realidad ni de su destino.

Empezaba a reconocer que había actuado como un cobarde ignorante y se había obstinado en mantener esa actitud. Pero no sólo durante las semanas pasadas, sino quizá durante casi ocho años. Siete años y diez meses, para ser exactos, es demasiado tiempo para esconderse de uno mismo, para mantener una actitud cobarde con los propios sentimientos y ante los sentimientos de los demás. ¿Por qué, por ejemplo, no se había sentido atraído realmente por ninguna mujer durante todo ese tiempo? Tan sólo habían surgido espejismos fugaces, nunca nada con un mínimo de raíz, ni una chispa de pasión; nada de corazón, ni siquiera de mente admirada. Había aplicado todo lo que llevaba dentro en el acto de escribir, el sumidero de todas sus aspiraciones vitales, de todos los sueños arruinados o a medio construir. Y la vez que más se había empeñado en enamorarse había sido precisamente cuando había vuelto a su vida la presencia de Anna. ¿Era eso tan sólo una casualidad? No parecía serlo, y menos para un fanático de la causalidad.

Quisiera reconocerlo o no, había visto en Anna la misma elegancia emocional que le cautivó desde el momento en que se abalanzó —literalmente— sobre su vida. La inteligencia, la sensibilidad, la modestia y la entereza que fue reconociendo en ella día a día eran las mismas, e incluso fortalecidas por la madurez de espíritu. Tan sólo echaba en falta en su semblante la sonrisa habitual o la risa cristalina; como tampoco había divisado en su actitud un genio agudo que conducía con frecuencia al humor alegre, al optimismo, a la exaltación ante aquello que le llevaba a ensanchar su alma. O quizá nada había que le llevara a ensanchar su alma. Incluso en su aspecto, aunque desmejorada y demacrada respecto a la jovencita sugestiva y rozagante que le embelesó cada día de forma irresistible, él apreciaba todavía los rasgos trazados con primor en su esbeltez y en su rostro por la naturaleza. Aunque en algunos destellos de sus ojos había detectado el fondo de su espíritu, predominaba en su expresión una melancolía indefinible y una especie de introspección permanente, rasgos de una personalidad que no reconocía.

Ella tampoco se había casado, ni ennoviado; y, según su hermana Maria, no había tenido una pareja siquiera ocasional durante muchos años, nadie había sido capaz de satisfacer lo más mínimo «un gusto demasiado exigente y un espíritu demasiado exquisito». ¿Podría ocurrir que sintiera el mismo vacío que él en cuanto a la existencia de alguien que encajara en su forma de aprehender la vida? Durante el tiempo que duró su relación fueron conscientes en todo momento de su rareza, de la excepcionalidad de haber encontrado un perfil simétrico en el que ambos encajaban a la perfección, como piezas de un mismo ser animado que estuvieran hechas a medida. Heterogéneos y complementarios. Juntos habían formado un ser nuevo que les envolvía en una mezcla de sentimientos, emociones, ideas o incluso reacciones que escapaban por cada uno de sus poros; un simple roce, un abrazo o un beso formaban coreografías adaptadas a su nueva alma. Cuando estuvieron juntos su vida era una creación continua, ellos mismos creaban el amor momento a momento.

Salió a dar una caminata que imaginó larga a pesar de la llovizna del día. Con un barbour de verano y un sombrero impermeable arrastró su murria atravesando el barrio y llegó hasta el extremo del Heath. Apenas unos días antes absorbía con deleite la calidez del sol mediterráneo y ahora vagaba como alma en pena bajo una lluvia gris. El escenario de su vida, de sus pensamientos y de sus emociones no había mejorado, precisamente. Y en su interior reconocía que no era cuestión de mala suerte.

«Haz lo que debas», le había dicho su madre. No eran palabras nuevas,

desde luego. Había sido educado con la máxima del “deber ante todo” siempre presente. Llevaba toda la vida haciendo lo que debía, cumpliendo siempre primero el deber, obedeciendo a su mente, y dejando para después el placer o lo que le dictara su corazón. Pero no era exactamente ese «haz lo que debes» marcado a fuego durante su infancia y su primera juventud, que respondía al empleo del máximo esfuerzo en su instrucción y su educación; era un «haz lo que debas», que claramente respondía al cumplimiento de las pulsiones de su conciencia y su alma. Conciencia y alma que habían sufrido una sacudida considerable y de un carácter desconocido en los días precedentes.

Todo apuntaba en la misma dirección: dejar de ir a contracorriente de su vida, seguir el camino que le trazaba su alma, obedecer a su espíritu rebelde.

X

Era difícil encontrar en pleno agosto asientos disponibles en un vuelo para Venecia, aunque fuera con escalas. Pero tuvo suerte con las cancelaciones de última hora y en sólo dos días pudo embarcar; eso sí, desde Stansford y aterrizando en Treviso, con las consiguientes molestias de desplazamiento en un caso y en otro.

Llegó de madrugada a su apartamento cannaregiano, seguro de encontrar las llaves en el hueco estratégico de la entrada donde se las dejaba la signora Cristiana, eficaz y maternal gobernanta. Tomó como un buen augurio el escuchar a solaz cada uno de sus pasos nocturnos resonando como latidos en los callejones de su barrio.

Por la mañana, después de dormir tranquilamente, llamó a su hermana mientras daba cuenta de la cafetera y las tostadas. No había avisado a nadie más que a sus padres de ese viaje repentino, por lo que contaba con el efecto sorpresa.

—Supongo que llamas para decirme que vas a venir.

—Pues no —contestó Frédéric—. Pero no desesperes, porque no lo descarto del todo.

Françoise le endosó una filípica de las suyas, larga y tendida. Él, entre sorbo y sorbo de café, se regocijó pinchándole de diferentes maneras y con el ingenio en plena forma. Ella se fue relajando a lo largo de la conversación, aunque sin dejar de mantener cariñosamente las distancias. Al final, Frédéric le preguntó casualmente por el plan de la noche.

—Hay una cena en el Gritti con un grupo de esos condes, vizcondes o bizcos amigos de Guido —le informó—. Son majos, pero un tanto insustanciales.

—Ah, es lo que tiene ser la consorte del jefe de una de las familias más antiguas de Venecia.

—Repite lo de consorte y te quedas sin cara.

—¿Es de gala?

—No, al menos es informal. Ya sabes, elegante pero informal.

—Pues nada. A divertirse —concluyó Frédéric riendo.

—¡Ya verás cuando te pille! En cualquier momento me planto allí y te traigo de los pelos, si es preciso.

—Bueno, inténtalo —se rió aún más él—. Un beso, gruñona.

Pasó tranquilo la mañana, ordenando sus papeles de escritura, poniéndose al día con la lavandería y con su libro de lectura y almorzando algo en el castizo bàcaro de Alberto, al final de la fondamenta donde estaba su apartamento. Por la tarde se dedicó a vagabundear, a desorientarse por el ovillo veneciano, dejando que las calles, los soportales y los puentes decidieran el trayecto. Sólo perdiéndose había encontrado siempre los sitios que realmente merecían la pena en las ciudades. Y Venecia, lejos de ser la excepción, era la regla misma.

Cruzó el traghetto Santa Sofia para zanganear por los barrios que menos frecuentaba y en los que siempre encontraba algo nuevo en que ocupar su curiosidad. De algún modo, una vez más acabó frente a la brisa de las Zattere, más despejadas que nunca en esas vísperas de otoño. Paseo relajante, sol de atardecer. Como si fuera algo casual, llegó al pequeño embarcadero donde se encontró casi un mes antes y a esa misma hora, con el perfil de Anna y ese mismo brillo estelado del agua; se acercó al borde y se sentó con las piernas colgando hacia el agua, dejándose llevar por el espectáculo hipnótico de embarcaciones de todas clases surcando con pereza el Canal de la Giudecca. Fue un conjuro absurdo del pasado reciente —enlazado con otro mucho más lejano— del que desconocía significado y efectos, pero que sintió impuesto por algo interior e irresistible. Sólo una pregunta medio infantil le cruzó la mente durante el buen rato que permaneció allí: ¿qué hubiera hecho Anna en la situación inversa, si fuera ella quien le viera ahora de espaldas, perdido en la maraña de la memoria?

Con el sol apagándose regresó a su apartamento para reponer el cuerpo —como buen epicúreo—, intentar reponer el alma y cambiarse de ropa. Llamó a un taxi: la mejor forma para llegar a la Terraza del Club del Doge en el Hotel Gritti y ser atendido en condiciones. No tardó en divisar a su hermana y su cuñado en una animada mesa donde sus varios comensales ya disfrutaban del café.

—¡Virgen Santa! ¡Fred! —exclamó Françoise.

—¡Válgame...! ¿De dónde sales, muchacho? —dijo Guido casi al mismo tiempo.

—Hola, Fanny —pudo decir antes de que ella se levantase y le abrazara con fuerza—. ¿Cómo estás, Guido?

—Es verdad, ¿cómo es posible? —dijo ella aún abrazada, antes de soltarse con vehemencia y darse cuenta— No sé ni por qué te hablo. Eres un mentiroso y un cínico.

—Lo intento, lo intento —contestó Frédéric—. Pero no creas que es fácil.

—Vamos, siéntate —le invitó Guido colocando una silla vacía junto a la suya—. ¿Has cenado? Bueno, seguro que no te niegas a un café. Te presentaré a nuestros amigos.

Después de las presentaciones —y la tanda de vaciedades en un modélico "italglish"—, los Gauli fijaron toda su atención en él.

—No quiero ni saber cuánto tiempo llevas aquí —dijo su hermana.

—Llegué ayer, de madrugada. Comprenderás que no eran horas de avisar.

—¡Pero no me has dicho nada esta mañana!

—No era posible. Ha sido descolgar y empezar a ametrallarme a quemarropa. Ni siquiera me has dado la oportunidad de poder invitaros a almorzar.

Guido rio abiertamente y hasta a Françoise se le escapó una sonrisa. Ésta le preguntó qué había estado haciendo desde que se marchó de Atenas, y Frédéric lo resumió procurando darle un aire más alegre de lo que había sido.

—Entonces yo tenía razón —dijo ella.

—¿Razón en qué?

—En que no estabas enamorado de Luigina. Todos se empeñaban en darlo por hecho, tu cuñado incluido por cierto. Incluso tú mismo querías creerlo.

Él calló. Con su silencio y con su mirada nocturna admitía esa verdad por dentro.

—Por cierto, ¿has visto ya a los Rylands? —preguntó Guido, desviando en parte la conversación.

—Todavía no. Necesitaba descansar, y antes quería estar con vosotros. Sobre todo para que tu esposa no me descuartice.

—Te echan mucho de menos, ¿sabes? —dijo Françoise ignorando la broma—. Lo han pasado muy mal con el accidente de Gina, y tú has sido una especie de... ¿Cómo dicen los políticos? Sí, una especie de revulsivo para ellos. Sobre todo para Giovanni.

—Bueno, no creo que sea para tanto. Pero ahora ya están mejor, supongo— dijo Frédéric.

—Sí, desde luego. Las noticias no podían ser mejores —confirmó ella —. Pero no están recuperados del todo. No son muy fuertes anímicamente, como ya habrás podido notar.

—Son una gente excelente, pero tienen ese punto débil —añadió Guido.

—La joven Wellesley, la hermana de Maria, les ha ayudado mucho en ese sentido —dijo Françoise.

—¿Quién? ¿Anna?

—Sí —confirmó ella—. No podía ser otra. Casi no se ha separado de ellos desde que regresaron de aquella manera. Sobre todo ha estado atendiendo mucho a su hermana, que era un puro manojo de nervios histéricos. Ha cuidado de los niños más de una vez, incluso un fin de semana entero para que pudieran tomarse unos días de descanso absoluto por el Lido. En fin, unos tanto y otros tan poco, como siempre en la vida.

—Por nuestra parte también les hemos apoyado en todo lo que hemos podido —dijo el marido—. No sólo porque sabemos que os une una gran amistad y por tu relación con Gina, sino porque siempre nos ha parecido muy buena gente. Es muy difícil no llevarse bien con Gianni y con sus hermanas.

—Creo que he dado lugar a un equívoco y tengo que deshacerlo de algún modo—dijo Frédéric pensativo.

—¿Equívoco? —se extrañó Guido.

—Sí. Fanny tenía y tiene toda la razón —prosiguió él—. No tengo ninguna relación con Gina, ni la he llegado a tener. Me gustaba, me gusta mucho, sin duda. Tiene muchas cualidades para enamorar a cualquiera, no sólo por su belleza. Y yo creía que podría enamorarme

de ella, que tenía todo lo que podría buscar en alguien con quien compartir la vida. Pero no ha sido así.

—Es una chica que deslumbra —intervino su hermana—. Y ella también quedó deslumbrada por ti. Y ya sabemos que deslumbrarse no es ni mucho menos enamorarse. No es por nada, pero lo intuí desde el principio. O visteis deslumbrados, nada más.

Con su silencio, Frédéric volvía a asentir.

—¿Y ella es consciente de todo esto? —prosiguió Françoise— ¿O sigue deslumbrada?

—Sí, creo que ella también es consciente.

—Sobre todo ahora, claro, que la has dejado sola.

—No, no la he dejado sola —repuso Frédéric—. Cuando recuperó la consciencia no le preocupó ni le interesó verme.

—¡Pero hombre de Dios! —terció Guido— Estaría con los efectos del choque. Habría que esperar a que reaccionara.

—No. Estaba perfectamente. Tenía la memoria y la capacidad de razonar en perfecto estado. Y a su hermana sí que le mostraba afecto y necesidad de atención. Creo que fue ese choque precisamente el que le aclaró las ideas. Cuando me despedí no mostró ninguna emoción, nada.

—Los demás tendrán que saberlo, porque si son así las cosas están en un error —dijo Françoise—. Sabes a quién me refiero.

—Sí, lo sé. Pero a poco perceptivo que sea, habrá sacado sus conclusiones. Lo único que me importa es que sepa que no he querido jugar con los sentimientos, que ha sido un error de dos inconscientes, sin mala intención por ninguna de las partes.

—Eso lo sabrá perfectamente, a poco que te conozca —dijo Guido—. Si eso es lo que te preocupa, puedes ir olvidándolo.

—Pues sí, sólo me preocupa eso, la verdad —dijo Frédéric.

—Ahora pasemos a cosas más alegres —giró la conversación el cuñado y cediéndole su copa balón y sirviéndole de una botella—. Mira este armañac. Quince años. A ver si has probado algo igual en tu vida.

La buena compañía, los placeres de la mesa y la ligera brisa adriática

del viaje de regreso a casa dulcificaron la corriente de sus pensamientos de una manera que no había sentido en mucho tiempo. No lamentó, como le había ocurrido en las últimas semanas, que llegara la noche y otro día más se fuera de vacío.

***

Al día siguiente se decidió a visitar a los Rylands después del almuerzo. Debía esa visita por varios motivos, pero sobre todo por el gran afecto que le habían demostrado en todo momento.

Su encuentro produjo una previsible sorpresa y una gran alegría al matrimonio. Como era lógico, tras el arrebato inicial y los parabienes todas las palabras se centraron en torno a Luigina. La última novedad es que se estaban preparando para ir a pasar una pequeña temporada en Corfú. Estarían en la casa de Stanfill durante unos días, ya de reposo tranquilo y relativo, antes de regresar.

—La verdad es que este hombre es admirable —dijo con entusiasmo Giovanni—. Se ha volcado en ayudarnos, y sobre todo a Gina. Se ha desvivido por que haya tenido toda la atención médica necesaria y todos los cuidados. Nos ha salvado la vida. Y ahora la lleva a su casa antes de regresar, para que esté más tranquila que en Atenas y mejor atendida todavía.

Todo fue un panegírico incesante hacia su amigo común, que se hacía llevadero sólo por la afabilidad sincera con que era expresado. Le enseñaron varias decenas de fotografías que les habían enviado durante los días anteriores. En casi todas ellas salían David y Luigina juntos, ambos con una sonrisa beatífica; en unas pocas salía Luigina sola y tan sólo en una salía con Erica. A Frédéric ese dato le llamó la atención, pero ante la actitud de los demás pensó que estaba siendo demasiado alambicado en sus pensamientos.

El tiempo pasó inadvertido, dada la buena conexión de las dos partes, y Giovanni insistió en que se quedara a cenar.

—Hace tiempo que no compartimos estos momentos, Fred, y los echábamos de menos.

—Es verdad —añadió la esposa—. Serás la mejor de las compañías. Y sobre todo hoy, que ni siquiera viene Anna. ¿Sabes?, viene casi todos

los días, pero hoy no puede.

—¿Ah, no?

—No, la han invitado a cenar los Contarini.

—¿Otra vez? Ya van varias en poco tiempo —dijo Giovanni, que añadió dirigiéndose a Frédéric—: Últimamente han recibido varias invitaciones de diversa índole los Wellesley al completo, o mejor dicho casi al completo, por parte de los Contarini y de algún que otro condeduque o granduquesa y todo eso, con quienes alternan. Y creemos que se debe a que Anna y ese joven Bondumier parece que se han hecho muy amigos.

Frédéric no pudo evitar una punzada de disgusto que pasó por una mueca de extrañeza.

—Sí, al parecer después de terminar el crucero decidió venir a pasar una temporada en la ciudad antes de reintegrarse a ese mundo enloquecido de los negocios —explicó Giovanni.

—Y Anna no le es en absoluto indiferente, porque han aparecido juntos en público varias veces —se apresuró Maria a terminar la explicación.

—Bueno, pero siempre en compañía de tus padres y la madre de él, todo hay que decirlo.

—Además —ignoró ella la precisión—, en estos últimos años Achille apenas había aparecido por su tierra natal, y qué casualidad que este año haya decidido venir después del crucero.

—También está lo de su aniversario, que era también motivo de la invitación a sus amigos, ¿no es así? Le apetecería también celebrarlo con su familia.

—¡Me alegro tanto por ella! —siguió Maria en sus trece— Lo necesitaba para recuperarse de esa racha tan mustia por la que ha pasado. Por fin se ha fijado en ella alguien con grandes méritos y como debe ser.

Giovanni no quiso contradecirla abiertamente, pero sí relató algunas cosas que había oído sobre la ascensión meteórica del aristócrata ejecutivo; en poco tiempo el patrimonio de los Contarini parecía haberse recuperado de una forma espectacular, con la rehabilitación de su palazzo y la adquisición de un gran inmueble en la Giudecca así

como de dos espectaculares lanchas, sin contar con otros gastos en cenas y fiestas desconocidas que apenas organizaban desde mucho tiempo atrás.

—Tanta ambición... Esas cosas no invitan a fiarse de las apariencias, y casi siempre acaban mal —remató Giovanni—. Conste que no sé nada con total seguridad, y ojalá me equivoque.

—Tonterías —refutó Maria—. En cuanto alguien tiene éxito con más rapidez que otros ya se empieza a decir que hace algo turbio o que está metido en negocios sucios.

—No, ya he dicho que no sé nada con seguridad. Pero vivimos unos tiempos en que la codicia y la ambición se han sobrepuesto a cualquier otro valor de los que antes teníamos en estima. Esta crisis que nos ha caído encima es una crisis de valores, no una mera crisis económica. El dinero rápido, la corrupción, el tiburoneo, la estafa ya no son algo despreciable y que apesta, y para qué vamos a hablar de pecados. Cualquier medio, todo vale con tal de alcanzar el éxito y la admiración sociales.

—¿Te has vuelto laborista o te has convertido al catolicismo? —preguntó Frédéric en tono burlón.

Su amigo rio con ganas antes de responder.

—Ni se me ocurriría. El mundo ya tiene bastante con un solo Fred Heywood.

—Has dicho exactamente lo mismo que hubiera dicho yo.

—Pues que sepáis que no tenéis por qué pensar mal... al menos de Achille Bondumier —intervino Maria.

—¿Porque es guapo y simpático? —replicó Frédéric.

Ella adoptó una actitud indignada para velar cierto rubor, mirando levemente de soslayo a su esposo; pero éste la abrazó desde su sillón y le dio un beso leve en los labios.

—Uy, creo que tengo que ir a darme una vuelta y ya vuelvo más tarde —bromeó Frédéric haciendo el ademán de ponerse de pie.

—Bueno, si insistes mucho —le siguió la corriente Giovanni.

—Pero... pero... —se sofocó ella— ¡Groseros!

—La has liado, Gianni. A veces se te olvida que es una Wellesley.

—Pero si ha sido él —se defendió el marido entre risas, besuqueando a su esposa, que jugaba a defenderse, hasta que ambos rieron abrazados.

—Dais envidia —les dijo Frédéric, ocultando su melancolía bajo una sonrisa.

Al anochecer, de regreso a su apartamento, fue mascullando el reconcomio que le produjo saber de Anna y esa especie de noviazgo que mantenía con el presuntuoso señorito que en mala hora habían conocido en el crucero. Recordó los rumores que había oído Giovanni sobre la repentina fortuna alcanzada por esa familia, que durante décadas había sobrevivido de mala manera y a base de apariencias, y le fue acusando mentalmente de toda suerte de infamias y delitos. Hasta que se dio cuenta de que esa punición íntima carecía de sentido, era ridícula y, sobre todo, tenía una causa muy clara.

Tendido sobre la cama, antes de morder los anzuelos de Morfeo, que siempre le atrapaban con enorme facilidad, le vino la idea con total claridad: tenía que rendirse a la evidencia. El afecto que sentía por Anna, la atracción irresistible que producía su naturaleza, su forma de ser, sus actos y hasta su mera presencia seguían latiendo en su interior; seguían latiendo con más intensidad, si cabe.

***

Se acababa de despertar cuando recibió la llamada de Giovanni. Le invitaba a un concierto que se iba a celebrar esa noche en la Scuola Grande di San Teodoro.

—Bueno, no es exactamente una invitación, sino una llamada de socorro, Fred —reconoció el otro—. El asunto es que vamos con los Wellesley, que quieren agasajar a unos invitados, una familia británica que está de vacaciones, de las poquísimas que todavía les hablan. Y no se les ha ocurrido mejor cosa que invitarles a un concierto. Se lo han comentado a mi santa esposa y de pura santa que es se ha agenciado entradas para nosotros y una para ti por ser tan buen amigo.

—Pues les ha tenido que costar una pastaza el asunto —dijo Frédéric todavía sin terminar de conectar todas las neuronas—. No sé cuántos

serán los invitados esos, pero a pocos que sean le volarán tres dígitos en libras.

—Pues sacarán algo del asunto, no lo sé. Pero no me dejes sólo con toda esa pajarería, por favor. Además, es esa música de pelucones que a ti te encanta, de Vivaldi y no sé quién más. Al menos mientras dure el concierto te lo pasarás bien, y a mí me echarás una mano a dármelas de entendido con el gran jefe Wilson.

—Está claro que no tienes a Maria por ahí delante.

—Fred...

—Vale, vale. Gianni, apúntate otra en la cuenta.

Concretaron la hora y el lugar para encontrarse y cenar algo ligero («Sí, mejor coger fuerzas antes»). Frédéric decidió tomárselo a bien; al menos era algo distinto y agradable, aunque no le gustaba nada ir a ciegas a los conciertos. O quizá eso era ya algo del pasado. En su día fue un gran aspirante a melómano; desde pequeño estudió música y en su hogar se escuchaba casi a todas horas música clásica como fondo, gracias a su madre, que hacía lo mismo en su trabajo. Tenía una buena biblioteca de clasicismo y de barroco, y durante años adquirió abonos de temporada y series de conciertos en St. Martin-in-the-Fields, especializados en su música favorita. Incluso llegó a asistir a uno de esos conciertos con Anna en aquel maravilloso verano; no se olvidaría nunca de la expresión fascinada, casi sobrecogida, que mantuvo todo el tiempo que duró la interpretación by candlelight del Requiem mozartiano. Revivía esa imagen con la mirada perdida cuando fue interrumpido por Giovanni.

—Fred. Otra vez en las nubes. Venga, coge las vueltas y salgamos. Sí, es lo mejor, si queremos ir tranquilamente.

Salieron del bàcaro donde habían cenado y pasearon tranquilamente hacia el Campo San Salvador. Llegaron frente a la Scuola, pero no vieron a nadie conocido.

—Los demás habrán entrado ya para asegurarse buenos sitios —pensó Giovanni en voz alta—. Así que entremos.

—¿Asegurarse buenos sitios? —se extrañó Frédéric— ¿Es que no están numerados?

—No, no están numerados —respondió Giovanni.

—¿Ni por zonas siquiera?

—Por zonas sí, pero no numerados.

Extrañado, Frédéric se fijó mejor en los carteles de I Musici Veneziani y en el programa de conciertos.

—¡Joder, Gianni! —protestó sin pensar en voz baja— Perdón, Maria. Pero esto es para turistas. Vaya embolados en los que me metes. Esto va a ser penoso. ¿A esto le llama agasajar? A esto se le llama dar gato por liebre a esos ignorantes y ahorrarse una pasta. Eso sí, quedando como un vizconde.

—A mí no me culpes —se excusó bajando aún más la voz—. Díselo al melómano de mi suegro. ¿Y por qué dices ahorrarse una pasta?

—Esto cuesta la mitad o la cuarta parte que una buena entrada para un concierto en la Fenice o en el Goldoni. Pero a sus amigotes les parecerá de lo más pintoresco, todos disfrazados de Casanova y sus amantes. ¡Madre mía! ¿Te dije que te apuntaras una en la cuenta? No, apúntate tres.

—Fred, ten compasión.

—La tendré sólo por el amor que tienes a tu esposa. Pero vete pensando en alguna forma de resarcimiento. Por mi parte te aseguro que os llevaré a un concierto de verdad, a vosotros y a la tropa de tu suegro. Tú sí que vas a quedar como un mariscal.

Al entrar comprobaron que, efectivamente, los Wellesley habían ocupado una de las primeras filas junto con un matrimonio y —presumiblemente— su hija. Anna se encontraba en el grupo. Era la única que permanecía sentada en silencio, leyendo el folleto informativo del grupo musical y sus conciertos, mientras los demás departían incansablemente. Frédéric no había contemplado la posibilidad de que ella estuviera presente, aunque lo cierto era que su amigo le había dicho que iba la familia al completo. Sintió una sacudida interior al verla, una aceleración del pulso, pero no dijo nada; tan sólo se limitó a contemplarla leyendo de espaldas.

Para el intermedio del concierto, Frédéric, si bien estuvo la mayor parte del tiempo engolfado en recuerdos y en pensamientos sobre Anna, había cambiado algo de opinión. La representación respondía a lo esperado: la puesta en escena de un supuesto concierto dieciochesco en una estancia y con indumentarias de la época; pero los músicos tenían muy buen oficio, algo histriónicos los hombres y con mayor

refinamiento las mujeres. Aunque lo esperado en buena medida, no era ni con mucho el desastre que había presupuesto.

No obstante, Wilson Wellesley, hinchado como un pavo, predicaba las excelencias del grupo musical y del concierto como si se tratara de un acontecimiento único e irrepetible en el panorama musical universal. Los invitados, o muy tolerantes o absolutamente ignorantes en lo que a música se refiere, asentían alegres y satisfechos. Por deferencia a los Rylands, Frédéric se vio obligado a acercarse al erudito grupo, saludar y ser presentado a los invitados, oyendo las reiterativas ponderaciones del vizconde y los "claro, claro" y "ciertamente" de los demás. Pero su atención se centraba únicamente en Anna, quien, a paso lento pero decidido, rodeó al grupo para acercarse a él.

—Frédéric, me alegro mucho de verte de nuevo —una frase corriente que contrastaba con sus ojos chispeantes y vivos—. Me dijeron que habías regresado, pero no he tenido oportunidad de saludarte.

Él se limitó a sonreír.

—Dime, ¿cómo estaba Gina? —preguntó ella con interés manifiesto— Todos dicen que está ya bien, y que mejorará hasta restablecerse por completo. Tú que has estado con ella, ¿crees que es cierto?

—Yo soy el que ha propagado esa noticia —dijo riendo ligeramente.

—Pues me alegro de corazón —dijo ella, que añadió sin demasiado sentimiento—: ¿Irás a verla pronto?

—Pues no, no tengo ninguna intención. Está en las mejores manos.

Anna pareció sorprendida por la respuesta y tardó algo en reaccionar.

—Ah, claro. Su hermana es un gran apoyo. Y David las ayudará en lo que haga falta, es una gran persona.

—Sí, lo es realmente.

La conversación pareció agotarse, sin nada más que decir. Pero se miraron a los ojos lanzándose preguntas en ambas direcciones, todas ellas sin una respuesta clara.

—Entonces nos veremos por aquí —se decidió ella por fin.

—Sí, eso espero.

—Yo también. Tengo desatendidos últimamente a Maria y Gianni.

Espero que podamos coincidir y volver a pasar esos momentos tan agradables como antes del viaje.

Frédéric asintió con la cabeza. Y también con una leve sonrisa, reflejando la de ella.

El grupo se disolvió para regresar a sus asientos y disfrutar de la segunda parte del programa. Ellos se separaron.

Si en la primera parte Frédéric estuvo atento a duras penas, ni se enteró de lo que se interpretaba en la segunda. La actitud de Anna le había descolocado. No era la mujer retraída y callada, la personificación del desaliento que venía siendo desde que se encontraron al llegar a Venecia. Era la primera vez que se había dirigido a él expresamente, que había ido hacia él, que le hablaba con animación, con brillo en los ojos, con silencios expresivos y no incómodos. Sin duda algo había cambiado en su intimidad que la acercaba a la Anna que conoció ocho veranos antes. Y, como entonces, esa Anna con su espíritu, su pensamiento, su viveza, con la chispa de alma que se reflejaba en sus ojos, le atraía con una gravedad que no podía eludir. No, aunque quisiera, no podría eludir. Sintió latir en su pecho la emoción del afecto naciente, o más bien renacido. Un latido que se mantuvo al terminar la función, descender las escaleras cerca de ella, salir de la Scuola e incluso cruzar una sonrisa ya en la calle; y que cesó cuando, poco más tarde, se encontraron con otras personas.

La jornada de los Wellesley terminaba con una cena tardía junto con la signora Falier y la contessa Contarini, casi omnipresentes en el círculo familiar. Y a ese círculo se había agregado de manera permanente el hijo de la contessa, que no había tardado en acercarse a Anna y entablar conversación. Frédéric recordó las palabras de Maria: «Lo necesitaba, por fin se ha fijado en ella alguien con méritos y como debe ser». Un golpe de... sí, un golpe de celos le sacudió hasta tornar malhumorado semblante. Perdió todo atisbo de locuacidad y simpatía mientras miraba fijamente a Bondumier, sin perder detalle de sus gestos y su actitud para con Anna; y ella lo notó, pero tampoco supo cómo actuar ni a qué atenerse.

Se sentía solo, en minoría absoluta, perdedor, frente a esa muralla de seres que ya fue infranqueable en el pasado, y que ahora contaba además con un serio refuerzo. Prácticamente sin despedirse dio media vuelta y al poco fue seguido por los Rylands. Giovanni se sentía verdaderamente extrañado por el cambio de humor tan repentino de su amigo.

—Fred, ¿ha ocurrido algo? ¿Te ha dicho alguna inconveniencia alguno de esos pijos? —le preguntó procurando que no le oyera su esposa.

—No, no, en absoluto. No ocurre nada.

—Es que te he visto... no sé, contrariado.

—No pasa nada, sólo que me aburren con su cháchara —se justificó Frédéric, bajando también la voz—. Un rato se puede aguantar, pero llega un momento que se hace insoportable.

—Cierto, muy cierto —convino Giovanni, no queriendo prolongar en ese momento una conversación que podría incomodar a Maria.

El matrimonio se enlazó en una charla sobre el concierto y sobre algunas insustancialidades que había comentado con las amistades de su padre. Por su parte, Frédéric iba masticando su desconsuelo y su torpeza emocional.

¿Tenía que haber esperado a verla con otro hombre y sentir esos celos? ¿Tenía que haber llegado esa situación para darse cuenta de que la amaba? Sí, para darse cuenta de que nunca había dejado de amarla. Desde el mismo momento en que se encontraron en el aeropuerto, que fue casi una réplica de su primera colisión en el metro, tenía que haberse dado cuenta de esa atracción irremediable, de esa mitad de sí mismo, de esa imposible casualidad, de la causalidad de semejante sincronía. Lejos de sentirse molesto, contrariado o enfadado, como siempre había supuesto en su imaginado reencuentro, se sintió enternecido y —ahora lo reconocía— de nuevo fascinado por su presencia.

Por mucho que se hubiera empeñado en forjar un sentimiento contrario, o en forjarlo en otra persona, no podía negar que su afectividad se sustentaba sobre sentimientos, emociones y pasiones constantes, indestructibles, que se engarzaban en su alma para siempre; podrían ignorarse, esconderse, tratar de negarse, pero nunca se desvanecerían. Pero estaba claro que ella sí había perdido el amor, o al menos el afecto que una vez sintió por él. Su actitud a lo largo del tiempo transcurrido desde su encuentro, aunque a veces confusa, lo daba a entender con claridad. Y su manifiesta inclinación por ese otro hombre acababa con cualquier posible duda. Demasiado tiempo, demasiadas diferencias, demasiada distancia, demasiadas emociones confundidas.

Declinó, intentando poner la mejor de sus caras, toda propuesta de distracción —bellinis incluidos— que le hicieron los Rylands,

alegando un cierto malestar de cabeza. Giovanni jamás le había visto quejarse de la menor dolencia física, pero lo dejó pasar; sabía que le ocurría algo, pero también que prefería digerirlo solo en ese momento. Con una mirada ambos se entendieron a la perfección, y una sonrisa era una firma para retrasar las explicaciones a su momento más conveniente, si es que existía tal momento.

XI

Por supuesto, Frédéric no se olvidó de la promesa hecha a Giovanni de asistir a un concierto de verdad, «a uno de los buenos». Miró a fondo en la programación cultural que publicaban la Comune y otras instituciones hasta que encontró lo que buscaba: un concierto programado por la Filarmonica del Teatro de la Fenice a base de Mendelssohn, Bach y Tchaikovski. Sólo tenía una pega: se celebraba en una fecha muy próxima, el segundo lunes de septiembre, y a buen seguro sería difícil encontrar buenas entradas. Una condición indispensable a la hora de asistir a un concierto era poseer buenas entradas, si no las mejores; de lo contrario, ni se molestaba en ir. El siguiente estaba previsto para dos meses más tarde, lo que para él en esos momentos de su vida era pensar a muy largo plazo. Así que acudió a su fuente de recursos vitales en esa ciudad.

Guido no le prometió nada, «pero probablemente podré encontrar algo digno», palabras que en él eran prudentes y por esa misma razón suponían un éxito seguro. Y, en efecto, a las pocas horas su cuñado devolvió la llamada anunciando que tenía a su disposición un paquete de seis entradas de platea.

—Pero no necesito tantas. Me conformo con la mitad —alegó Frédéric.

—No te andes con remilgos, que son de gañote —respondió Guido—. Y no hagas preguntas.

—Sabes que nunca las hago.

—Lo sé, mejor así. Fanny y yo estamos invitados a un palco central, por cierto. Así que reparte las que te sobren entre tus amistades. Cuanto antes te pases a por ellas, mejor.

Después de recoger las entradas localizó a los Rylands en la terraza de un café cercano a San Marco. Les comunicó la invitación, que acogieron con entusiasmo, y les repartió sus entradas.

—Qué vergüenza —se autoinculpó Giovanni—. Que tenga que venir un londinense para entrar en La Fenice, y además me invite. No he estado desde antes del incendio, así que echa cuentas. Pero te lo agradecemos en el alma.

—Hay otras tres para repartir —comentó Frédéric—. Supongo que

tendréis alguna idea al respecto.

Tal como había previsto, Maria entró al trapo de lleno.

—Seguro que a mi padre y mis hermanas les encantaría. Adoran la música clásica, sobre todo mi padre.

—Sí, me consta —alegó Frédéric con sorna disimulada, lo que le granjeó un puntapié de Giovanni.

—Ya visteis cómo disfrutaron la semana pasada en el concierto de la Scuola. Daba gloria verlos —prosiguió Maria.

—Entonces aquí tenéis el resto de entradas —continuó entregándoselas a su amigo—. Pero que conste que esto es cosa vuestra, ¿de acuerdo? Vosotros sois los anfitriones. Por cierto, estaremos repartidos en dos filas, pero no importa. Las damas tendréis las mejores, por supuesto.

—Las más adelantadas, ¿no? —presumió Maria.

—Hum. No, las más atrasadas, para que podáis dormir con más discreción —jugueteó Frédéric, quien, sólo por etiqueta, no sufrió las consecuencias de la broma; salvo en el caso de Anna, el sentido del humor no era el fuerte de la sangre Wellesley.

—Me vas a buscar la ruina y el divorcio como sigas así —le dijo Giovanni en voz baja cuando se levantaron de la mesa y antes de proseguir ya en voz alta, aprovechando que su esposa hablaba por el telefonino—: ¿Entonces nos acompañas a cenar? Habíamos pensado algo sencillo por tu zona. Seguro que nos llevas a algún bàcaro que merezca la pena.

—Puedes estar seguro.

Apenas doblaron la calle y entraron en el Campo Santo Stefano cuando se toparon de bruces con el vizconde y sus dos hijas.

—Demasiada casualidad para no ser una encerrona —rezongó Frédéric —. Gianni, está muy bien que ames con locura a tu esposa, pero intenta que no sea demasiado descarado por su parte.

Maria se adelantó para dar la buena noticia a su padre y sus hermanas. Casualmente, sir Wilson comentó que tenía una oferta de un miembro de la Junta Directiva del teatro para compartir dos asientos de un palco. Pero, antes de que se pudiera perder esta

invitación, rápidamente adujo:

—Ahora bien, según los expertos, desde la reconstrucción la mejor acústica, indiscutiblemente, se da en la platea y no en los palcos, que sólo sirven para ver y dejarse ver. Así que será un placer aceptar esa invitación. No podrían ir a parar a mejores manos esos asientos, ¿verdad, Lesa?

Anna, quien de alguna manera había ido a parar junto a Frédéric, se mostró entusiasmada cuando éste le detalló el programa. A ella realmente le encantaban los tres músicos, especialmente Chaikovski, porque «hace sentirme romántica, consigue sacarme de este mundo cuando más lo necesito».

Las dos familias se enredaron en opiniones sobre gustos musicales durante un buen rato. Pero, como no resultaba muy edificante, Anna y Frédéric no tardaron en desentenderse.

—A ti te habrá atraído sobre todo la obra de Bach, ¿no? —dijo ella— El barroco era tu debilidad.

—Y lo sigue siendo.

—A pesar de golpes bajos como el de la semana pasada —siguió Anna con expresión risueña.

Ambos rieron levemente.

—Por suerte, no estuvo tan mal, porque al principio me temía lo peor. Lo cierto es que este programa me gusta por entero, no sólo por el viejo peluca.

—¿Sigues abonado a los conciertos de Saint Martin?

—Por desgracia, no. No tengo tiempo, o al menos no soy capaz de encontrarlo —dijo como excusa, aunque por dentro sabía que era cuestión de mera desidia, de simple dejadez; lo había dejado de lado como tantas otras cosas que habían imprimido alma a su vida y ahora estaban en un desván de memorias olvidadas.

—Tengo unos recuerdos muy bonitos de los conciertos a los que fuimos —dijo ella en tono evocador—. Especialmente de aquel al que me llevaste en Saint Martin. El aire nocturno de verano, la luz tenue, aquella música... No te miento si te digo que es uno de mis recuerdos más hermosos.

—Fue una noche muy especial, es verdad.

Le volvió a impresionar sobremanera la nueva coincidencia: días antes él también había recordado aquel concierto con la nostalgia de lo bello y valioso que se encuentra en la vida pero se escapa de las manos sin saber cómo, de forma inexorable. Sin embargo, ahora tenía la sensación de estar abriendo uno a uno los pétalos del recuerdo de aquellas vivencias, evocando la emoción agitada en la que se sumergió durante los meses que estuvieron juntos; y, por primera vez en mucho tiempo, se preguntaba si acaso podría revivir esa flor, si podrían renovarse los afectos, las ideas; si podría recobrar la sensación de estar realmente vivo a través del amor.

«Estar contigo es ver el mar, ver el mar entero, en toda su extensión. Perderse en la inmensidad viendo la vida a tu lado, llena de paz, aislada de todo lo hostil, dando color a lo gris. Un beso tuyo es mi mar». Aquella declaración había brotado de la boca de Anna a través de su corazón mientras sostenían un abrazo sentados en los guijarros de la playa de Brighton, adonde fueron un día sin preverlo ni pensarlo, como tantas otras cosas. Una declaración que regresó a su memoria de repente, golpeando su vida con un cataclismo tan imprevisible en su origen como en sus consecuencias. O quizá no, ya no habría nada imprevisible en su encarrilada vida. Quizá era ya demasiado tarde. Habría tenido esa oportunidad tan sólo unas semanas antes, si hubiera interpretado como una señal del destino su encuentro en el aeropuerto veneciano. Pero había despreciado todo, cegado por una sensatez abstrusa, empeñándose además en crear una relación con otra mujer; una relación que apenas había llegado a nacer pero que casi todo el mundo daba por hecha y derecha. Y, por si fuera poco, Anna también estaba uniendo sus días con otra persona, un hombre mucho más cercano a su familia y a su condición social que él.

Él solo, con la inestimable ayuda de su torpeza emocional, había desbaratado una de esas segundas oportunidades que muy rara vez concede el destino.

***

Al entrar en el piano nobile, el corazón de su residencia, Guido Gauli, seguido por Anna, preguntó a su esposa, aun conociendo la respuesta:

—He invitado a almorzar a nuestra vecina más joven. ¿He hecho bien, cariño?

—No podías hacerlo mejor, tesoro —respondió Françoise.

Ambos, Guido y Anna, habían coincidido hojeando los tochos de novedades en la librería Acqua Alta. Él, como siempre, andaba engolfado con sinopsis, reseñas y portadas, sin medida del tiempo ni del espacio, cuando ella se le acercó sosteniendo su última novela, El latido de los pasos, que acababa de adquirir para que se lo firmara. Le tuvo que tocar en el hombro varias veces para que se diera cuenta, hasta que la reconoció y entendió qué quería. Empezaron a charlar sobre los libros que Guido había publicado y Anna había leído con fruición, y se les fue el tiempo.

—¿Sabes, cariño? Me ha llegado a decir que le encanta cómo escribo —bromeó Guido mientras ella se ruborizaba—. Qué menos que invitarla a almorzar. Y a cenar y a desayunar durante un mes.

—El agasajo en exceso tampoco es saludable —templó Françoise y sonrió Anna.

—Tenías que haber visto el entusiasmo y el claro azul que se ha abierto en esos ojos cuando ha empezado a demostrarme lo bien que lee y comprende a los escritores oscuros comme moi. Posiblemente cambiarías de idea.

—Posiblemente —concedió ella.

—Y no estaría nada mal proseguir la conversación. Pero no sólo para adularme, porque tendrás que sacar también lo peor de esas líneas —añadió él dirigiéndose a la invitada.

—Bueno, lo intentaré —dijo Anna sonriendo.

—No tendremos problemas para añadir un plato a la mesa, ¿verdad? —preguntó Guido a su esposa.

—En absoluto. Como diría mi madre, donde comen tres comen cuatro.

—¿Cuatro? —se extrañó él.

—Sí, tenemos un gorrista. Fred está en la biblioteca, hurgando como un ratón —y añadió dirigiéndose a Anna—: El pobre pierde la noción de la existencia cada vez que la ve.

—Es que no es para menos —dijo Guido en tono cortés—. Menudo detallazo el de su señor padre al dejar la biblioteca donde estaba, en esta planta. Es formidable, en fondo y en forma. Tiene unos volúmenes excelentes y la librería de caoba del siglo pasado es para quedarse pasmado.

—Era lo mejor. Está donde debe estar —respondió Anna, traduciendo a palabras más suaves un «a mi padre bien poco le importa una biblioteca, por desgracia, y ni siquiera se acercaba a ella».

Al poco entró Frédéric por la puerta que comunicaba con el comedor principal, y se sorprendió al ver a Anna sentada en un pequeño sofá al lado de su hermana. Fue una sorpresa confortante: verla en la casa de dos de sus seres más queridos y en una actitud amigable, expresiva, incluso afectuosa, era un bálsamo para su maltratada conciencia.

—Hola, Frédéric —saludó Anna—. Coincidimos de nuevo.

A él le pareció en un primer momento que ese saludo estaba cargado de intención, aunque rápidamente desechó la idea. Pero respondió dejándose llevar por el afecto

—Hola, Anna. Sí, se están convirtiendo en una costumbre agradable estas coincidencias.

—¿Hola, Frédéric? —dijo Françoise— Eres la única persona que le llama así. Qué curioso.

—Me gusta el nombre, siempre le he llamado así —dijo Anna.

—¿Siempre? —replicó la hermana.

—Sí... —dudó Anna— Nos conocemos desde hace tiempo.

—Sí, lo sabía. Y lamento que no hayamos coincidido más, cosa de la que Frédéric —recalcó el nombre con retintín— tiene la culpa.

Guido, voluntariamente o no, soltó a reír, desembarazando a su amigo y relajando aún más el ambiente con sus palabras:

—El caso es que siempre acaba igual la cosa, Fred —dijo alegre—. Haga lo que haga uno, siempre tendrá la culpa de algo. Y qué culpa tan deliciosa, ojalá fuera eterna.

—Si fuera eterna te acabarías aburriendo —replicó su esposa.

—Pues, sinceramente, mi querida Fanny, me gustaría comprobarlo.

—Calla, hereje —Françoise no pudo evitar una sonrisa complacida, tan insólita en ella.

—Si molestamos, podemos volver más tarde —repitió Frédéric su broma, y Anna rio espontáneamente y con ganas.

Contempló a placer su risa, que en ella también había pasado a ser poco habitual. Había varios dones en Anna que le atrajeron sin remedio desde un principio, y entre ellos estaba esa risa transparente, contagiosa y arrobadora. No cabía duda que estaba cambiando, que estaba regresando a su estado de siempre, que no era la flor mustia con quien se había topado en los meses anteriores, sino la Anna capaz de enamorar al alma más dura y fría. Desde los días del crucero esa mujer había vuelto a la vida, pero Frédéric estaba muy lejos de celebrar lo que debería ser una gran noticia para él, porque no podía dejar de asociar ese regreso a la persona con quien ahora estaba emparejada. Al parecer, la relación con el tal Bondumier le estaba sentando muy bien, demasiado bien.

—Venga, vamos a la mesa, que está lista —concluyó la anfitriona.

Disfrutaron de un almuerzo más abundante de lo normal. Mientras daban cuenta de ensaladas, salmón, frutas y dulces, con prosecco de por medio, charlaron muy animadamente de libros y escritura.

—Yo creo que, en el fondo, escribir lo puede hacer cualquiera —opinaba Guido—. Es cuestión de saber un tanto de ortografía y gramática y tener alguna idea o una historia interesante que contar. No hay otro misterio. Yo cuento historias sin estridencias, ya lo sabéis. No me importa el estilo porque, entre otras cosas, no lo tengo. Me importan las personas, sus circunstancias y cómo se desenvuelven, o evolucionan, o se superan. Me importan las relaciones entre las personas, el amor, los afectos, o la enemistad, los malentendidos... Ahí es donde centro las historias, nada del otro mundo, en el fondo.

—Bueno, eso no te lo crees ni tú —objetó Frédéric.

—Claro que no se lo cree. Pero ya sabes que lo suelta cada vez que puede y allí donde va —comentó Françoise—. Es modestia excesiva.

—Pero llegas a la gente —opinó Anna—. Puede que no sean cosas del otro mundo, pero por la forma de contarlas y por la forma de profundizar en esas relaciones consigues llegar al corazón de tus lectores. Ahí está el misterio, la diferencia con los que sólo saben ortografía y gramática. Y eso los que las saben, que no son demasiados.

—No sé si llego al corazón o al cerebro —replicó Guido—. Yo creo que llego más bien al cerebro. Al corazón llegan otros como Gianni Rylands. Aunque cuenten historias trilladas una y otra vez, consiguen llegar a un millón de corazones.

—¡Jesús! Ya estáis a vueltas otra vez con Rylands —exclamó Françoise —. Yo no sé qué os da que le admiráis como si Shakespeare a su lado fuera un simplón. ¡Pero si sólo hace historietas para jovencitas sin seso!

—Y no tan jovencitas —matizó su marido.

—Lo cierto es que las historias de Gianni están muy bien escritas, se nota que domina el oficio —dijo Anna—. Pero hay que reconocer que son para gente no muy exigente en su nivel de lectura. Tiene mérito, pero no es en absoluto comparable con vosotros. Es un romanticismo algo empalagoso, historias previsibles.

—Anna, vas a tener que venir todos los días por aquí —bromeó Guido —. A la hora que quieras. No, mejor antes de ponerme a escribir.

Ellos rieron y ellas menearon la cabeza.

—Pues a mí ya me gustaría tener el mérito de Gianni a la hora de escribir —dijo Frédéric—. Se podrá decir lo que se quiera de sus historias, y hasta cierto punto estoy de acuerdo, pero hay que valorar su estilo y su delicadeza. Él sí que tiene un estilo claro y limpio.

—Lo que envidiáis es la cifra que le ingresan en la cuenta por los derechos de esas calenturas —dijo Françoise, que rápidamente reaccionó ante el gesto de los otros—. ¡Que es broma! Ya sois tontos. Se os engaña como a niños.

—Los que tenéis un estilo claro, limpio y muy propio sois vosotros — terció Anna—. Cada uno el suyo. Igual que lo tiene vuestro amigo Stanfill, por ejemplo. Tenéis un tono definido y propio, que se hace inconfundible.

—Anna tiene razón. Y en el fondo lo sabéis —ratificó Françoise.

—Creo que llevo tiempo sin tener contacto con buenos lectores — pensó Guido en voz alta.

—En eso sí que estoy de acuerdo —dijo la esposa—. Pero es algo a lo que se puede poner fácil remedio. Por cierto, el café lo tomamos fuera. Vamos a disfrutar este magnífico sol que todavía tenemos en lo poco

que queda del verano.

Salieron en lancha y cruzaron el Canale hasta San Polo. Caminaron por parejas, a lo largo de algunas fondamente y en los campos de Frari y de San Tomà. Anna y Frédéric charlaron sobre libros, cine y música —evitando él que saliera a relucir el pasado "concierto"— con normalidad, incluso con cierta animación. Era como haber regresado a los días conjuntos, aunque él notaba una última barrera que impedía llegar a ese estado. No podían jugar de nuevo a ese "a ver hasta dónde llegamos" sin límites; la conexión confiada y abierta, con la vida por delante y el mundo por montera le parecía inalcanzable. Pero, al menos, habían recobrado una naturalidad que pocos días antes también le hubieran parecido imposibles. En su infancia y su juventud los términos imposible o inalcanzable no aparecían en su vocabulario, y los sustituía por tenacidad o constancia. Quizá era el momento de retomar esa juventud que llevaba tanto tiempo en modo de espera.

Luego encontraron una terraza a su gusto, y con la misma tranquilidad y aire apacible de las horas previas conversaron sus cafés hasta la caída de la tarde.

***

Al día siguiente se despertó muy temprano, con un alba septembrina fresca y encapotada. A las siete ya estaba a punto de revisar lo escrito en el día anterior. Seguía afianzando su rito: primer café, siempre cargado, sin azúcar, muy largo, con un poco de leche, humeante, al tiempo que empezaba a mover el lapicero sobre la cuadrícula del cuaderno. Al cabo de dos horas, preparaba el segundo café y esgrimía de nuevo el lápiz... pero en esa ocasión no llegó a completar una línea.

Sonó el teléfono móvil (fallo: no se había acordado de silenciarlo). En un tono algo alterado, Giovanni le rogó que acudiera a su casa cuanto antes. Frédéric, intrigado por esa inflexión nerviosa, le preguntó qué ocurría, pero su amigo insistió en que prefería hablarlo en persona; le dijo que, como acababan de sonar las sirenas de acqua alta, iría a buscarlo con su lancha en unos minutos, a lo que Frédéric se opuso alegando querer retocar unos párrafos y tener entre manos un montón de notas que llevaba mucho tiempo queriendo ordenar. Cuando estuviera listo, iría con sus propios medios o con la lancha de su cuñado; en todo caso, no tardaría mucho.

Si alguien no era dado al desasosiego, ese era siempre Giovanni Rylands, prototipo de la flema que tópicamente se atribuye a sus medio compatriotas. Por eso la extrañeza de Frédéric fue creciendo a medida que pasaban los minutos. Cambió su atuendo de estar en casa por otro más adecuado al día lluvioso, llamó a un taxi, se calzó las botas de agua y salió, caminando despacio con el agua hasta más arriba de los tobillos en un par de calles cercanas al Canale.

Fue recibido por los Rylands con la misma agitación que notó en la llamada telefónica. Le aposentaron en el salón favorito de la familia, con café en abundancia. Maria mostraba una ilegible cara de circunstancias

—No sé ni cómo empezar —dijo su amigo después de las trivialidades —. No lo sé, porque todavía lo estamos tratando de digerir.

Frédéric dio un sorbo a su taza esperando a que continuara.

—Ayer por la noche nos llamó Gina. Sigue mejorando, si es que eso es posible, porque se encuentra ya perfectamente. Su hermana nos lo confirma día a día.

En esas últimas palabras parecía que Giovanni encontraba algo más de tranquilidad. Frédéric sonrió y asintió con la cabeza.

—Pero antes había llamado a mis padres. O, mejor dicho, llamó a mis padres pero quien más habló con ellos fue Stan —hizo un alto ante el cambio de expresión de su amigo, ya de extrañeza, y prosiguió—: Muy formal, llamaba para pedir la mano de Gina. Quiere casarse con ella.

Soltó esas palabras con más rapidez de lo normal, como quien suelta de sus manos una bomba a punto de explotar, y escrutó la expresión de Frédéric. Éste, desde luego, no podía disimular su expresión de asombro, pero acertó a preguntar afirmando:

—Y Gina está de acuerdo, claro. Ella también lo querrá.

A Giovanni le costó mucho responder.

—Sí. Ella también —dijo cariacontecido—. Más que él, incluso.

Volvió a mirar a los esposos, como si fuera una última comprobación, antes de dar su opinión.

—Pues... aunque me sorprende, me alegro mucho y muy sinceramente por ambos. Son dos personas extraordinarias a las que prefiero y

distingo por encima de muchas otras, y les deseo toda la felicidad del mundo —dijo, y continuó tras una breve pausa reflexiva—. No se puede negar que es sorprendente. Lo es, y mucho. No es una pareja que se pudiera uno imaginar a priori porque son muy distintos.

—Y tanto que son muy distintos. Es que por más que lo pienso, no lo consigo entender —rompió su silencio Maria.

—El amor no es algo que se entienda fácilmente en muchas ocasiones —repuso Frédéric, arrepintiéndose en el acto de esa frase hecha y vacía, y pensando en la pareja tan dispar que formaba ella misma con su amigo Giovanni.

—No hay verdad más grande —dijo éste, asintiendo con la cabeza melancólicamente.

—¿Pero cómo ha surgido todo esto? —preguntó Frédéric— Si os soy sincero, durante el tiempo que estuve allí no llegué a notar ni el menor indicio. Hablo de cuando Gina ya estaba recuperándose, claro.

Giovanni, más centrado, terminó por relatar lo que le había dicho su hermana desde el principio, de forma más coherente. Al parecer, durante el mucho tiempo que pasaron juntos, Luigina se empezó a sentir atraída por Stanfill poco a poco. Al principio era simple curiosidad: nunca se había topado con una persona tan tímida, tan abierta, tan sensible y tan valiente al mismo tiempo (esto era elaboración de Giovanni, interpretó, ya que jamás la hubiera imaginado a ella expresarse en esos términos). Después de que Frédéric se marchara, Erica se dedicaba más al sol, el mar y el ambiente de Plaka que a los cuidados cada vez más innecesarios hacia su hermana; esos cuidados se los procuraba Stanfill, desviviéndose por cualquier comodidad que pudiera hacerla sentirse mejor. Incluso, a petición de ella, le leía fragmentos de sus libros, que explicaba con detalle, o de otros libros a los que ella se iba aficionando. Le empezó a atraer esa vida sosegada, entre letras y paz, en detrimento de la actividad alocada que había dominado su vida hasta entonces.

Y la atracción fue mutua desde el principio, porque él, también por primera vez, había descubierto una mujer capaz de remover su espíritu con una fuerza irresistible. El espíritu impetuoso y alegre de Luigina le capturó desde un primer momento, y si además era capaz de sosegar el ansia desmesurada de movimiento y de actividad frenética, adaptándose a su placidez anímica, estaba atrapado para siempre. Sus heridas anteriores habían cicatrizado y hasta casi desaparecido con la presencia de quien consideraba el verdadero amor

de su vida. Un amor que en apenas unas semanas había erupcionado de forma arrolladora, llevándose por delante cualquier circunstancia de presente y pasado de sus vidas.

—Siento mucho todo esto, Fred —acabó Giovanni su relato—. No sé cómo ha podido cambiar tanto Gina de un día para otro. Pensaba que era más constante en su afecto, sobre todo con una persona como tú. Ni tampoco...

—No pasa nada, créeme —replicó Fred.

—Ni tampoco entiendo la actitud de Stan, sinceramente, no lo entiendo —prosiguió el otro—. Tan afectado que estaba por su fracaso, por el amor de su vida. Y nada más aparecer Gina resulta que es ella su verdadero gran amor. No es nada serio, es muy confuso todo y no me parece bien.

—Escucha un momento, Gianni —dijo Frédéric e hizo una pausa más larga de lo normal—. La verdad es que entre Gina y yo no había más que una amistad especial. No hemos llegado a tener una relación como creéis todos, o casi todos. Nos atraíamos, sí, es innegable. Es una mujer llena de vida, atractiva, entusiasta, arrolladora incluso, es muy difícil no sentirse atraído por ella, no sentir afecto por ella. Y ella también sentía por mí una atracción... que se debía más a la admiración y al parecido contigo en cuanto a nuestra condición, que a un verdadero amor.

No era una idea fácil de asimilar por los Rylands, que desde antes de zarpar el crucero daban por cierta y creciente la atracción amorosa entre Luigina y Frédéric. Por eso trataron de contrarrestarla con diversos argumentos, con situaciones que habían juzgado como irrefutables.

—Pero, Fred, yo he visto cómo os besabais, como paseabais enlazados, las miradas, los juegos de chiquillos...

No podía negar lo innegable, pero sí decir la verdad de sus sentimientos, dejar salir lo que su corazón y su mente le dictaban al unísono, a pesar de que él mismo hubiera intentado engañarse. Ellos le confesaron que se habían forjado ilusiones con esa relación entre dos de sus seres más queridos y hasta soñado con proyectos de futuro, y él lamentó mucho haber dado pie a esa ilusión pasajera y a ese desengaño firme.

—Pensándolo bien —razonó Giovanni después de unos minutos reflexivos—, me alegro de que todo sea así. Hubiera sido mucho más

duro que... Bueno, de esta forma nadie sale malparado. Si te soy sincero, no sabía qué pensar de Stan, porque tenía que haberse dado cuenta de que había algo entre vosotros. Sí, ahora ya lo sé, pero fuera lo que fuera estaba claro que algo había.

—Y cuando salí de estampida se dio cuenta de que no había nada real que se interpusiera.

—¿Tú conocías entonces sus intenciones? —preguntó Maria.

—No, no, en absoluto. Pero es de suponer que cuando me fui pensaría que no había nada que se opusiera a tales intenciones. Supongo que todo surgió a partir del momento en que pasaron juntos más tiempo, una vez que Gina salió del hospital y empezaron a compartir el paso de las horas.

—¡Pero ha sido tan rápido! No sé qué pensar —replicó Maria.

—Tendremos que asimilarlo, sin más —zanjó Giovanni.

Aunque no era lo que más le apetecía, por el ligero aire melancólico que se respiraba en la casa, Frédéric aceptó la invitación a un pequeño almuerzo y a estar con ellos hasta la hora del té, en que vendrían los padres de Giovanni para hablar más despacio de todo lo sucedido. No volvieron a hablar de ello, pero tampoco de otras cosas más interesantes.

***

Estaba a punto de llegar a su casa cuando Frédéric encontró la imagen de Anna, con su melena de nuevo trenzada y calzada con unas botas altas de goma, caminando hacia el portal. La marea había subido y se hacía difícil dar cada paso, por lo que tardaron en encontrarse junto a la puerta, taponada en su parte inferior con un tablón de madera.

—Hola, Frédéric. ¿Cómo estás?

Tanto su presencia como ese saludo le sorprendieron y, por tanto, le restaron capacidad de recobrarse. Parecía ser que el día iba de sorpresa en sorpresa.

—Hola. Bien, gracias.

—Me dijiste que te podía visitar cuando quisiera, y conmigo ya sabes que no se puede hablar en vano.

—Sí, sí, ya lo sé. Aunque no has elegido el mejor día.

—Esto es parte de la ciudad, ya sabes. Eso sí, es una suerte que hayamos llegado al mismo tiempo —mintió Anna, que llevaba veinte minutos esperando verle aparecer; su hermana le había dicho que estaba de camino, pero se había retrasado más de lo normal al decidirse a venir andando.

—Podías haberme llamado para avisarme —ahí reaccionó más vivo—. Tienes mi número, creo que te lo di.

—Es verdad, no se me ha ocurrido, qué tonta.

—No importa —vaciló un momento y, ante la mirada silenciosa de ella, que parecía escrutarle, prosiguió—: Pero no nos quedemos aquí, que nos va a salir verdín. Subamos y preparo café en un momento.

—Bueno, yo sólo... Si no es un momento oportuno... —Anna se interrumpió ante la falta de caso que le hacía él, ya dentro del portal.

—Ven, pasa con cuidado —la tomó de una mano lo justo para sortear la tapa de madera y se dirigió escaleras arriba.

Entraron al apartamento. Frédéric se quitó las botas de goma y recogió ambos impermeables. Ella se mantuvo quieta en el pequeño hall hasta que él le facilitó unas zapatillas e invitó a quitarse las botas; luego la condujo a un salón y palmeó en un pequeño pero cómodo sofá antes de encaminarse a la cocina a preparar la cafetera. Ella, mientras, examinó el apartamento, que consideró de carácter y decorado muy ajustado a la forma de ser de Frédéric, tal como le recordaba; después fue a relajar su cansancio en el diván que le había indicado, cómodo, cálido... Sí, como su forma de ser.

—¿Me equivoco si digo que esta no es una visita de cortesía? —bromeó él al regresar al salón.

Ella asintió con una leve sonrisa.

—Pero me alegro mucho de verte aquí, de verdad —prosiguió él, ampliando la sonrisa de Anna. Después le concedió unos segundos para que ella arrancara.

—Yo venía para saber si... o cómo... —titubeaba— Verás, esta mañana

he llamado a María por un vestido que quería pedirle prestado para ir al concierto, pero casi ni hemos hablado de ello. Me ha contado algo tan sorprendente que no podía ni creerlo. Ayer por la noche debió de llamar Gina a sus hermanos para comunicarles que... bueno, para decirles que David y ella han decidido casarse.

—Sí, lo sé. Precisamente acabo de estar con los Rylands —dijo Frédéric, y añadió en tono algo jocoso—: Esta mañana me ha llamado Gianni todo alterado, con aire de agente secreto. Y me han hecho ir hasta su casa para contármelo. Con pelos y señales.

—Oh, ya lo sabes entonces —dijo ella algo confundida.

—Sí. Como ves, tengo unas fuentes de información envidiables.

—¿No te parece sorprendente?

—Sorprendente, asombroso, increíble, no encuentro calificativo. Dos personas tan distintas, con circunstancias tan diferentes y que se hayan enamorado perdidamente, según palabras de Gianni.

Anna volvió a hacer una pausa antes de proseguir.

—¿Y tú cómo... estás?

Él estuvo tentado de hacer una broma. «Eso ya me lo has preguntado», pensó. Pero había algo más. Por eso optó por demandar a su vez.

—¿A qué te refieres?

Ella hizo una nueva pausa.

—Bueno, Gina y tú teníais una relación muy especial. Supongo que habrá sido un disgusto. Una sorpresa muy desagradable.

—Una sorpresa sí, pero en absoluto desagradable, ni mucho menos un disgusto. Me alegro muy sinceramente por ellos.

—Es una actitud muy noble, muy propia de ti, pero te habrá dolido.

—¿Por qué? No, de verdad. Creo que entre ambos forman una relación muy peculiar, pero cada uno podrá beneficiarse mucho del otro, si lo llevan bien.

—¿Me quieres decir que no te afecta?

—No, en absoluto.

—¿Ni siquiera por tu amigo? Quiero decir, ¿no se resentirá tu relación con David?

Esta vez Frédéric hizo la pausa. Fue a la cocina: el café ya estaba listo. Regresó con una bandeja portando la cafetera, dos tazas y un azucarero. Sirvió en las dos tazas: ella sólo y con una cucharadita de azúcar; él sólo y sin azúcar.

—Te acuerdas —dijo ella.

Frédéric sonrió levemente. Pero no le dio importancia, y se dispuso a deshacer el equívoco.

—Verás, sé que casi todos lo dabais por hecho, pero no ha habido ninguna relación entre Gina y yo. Por eso no tengo nada que lamentar ni me afecta en absoluto esa noticia.

—¿No? —la voz de Anna se quebró levemente— Pero estabais muy... unidos, se os veía tan compenetrados, tan juntos.

—Sí que pudo haber cierta atracción, una cierta... afinidad, no lo niego. Pero en modo alguno teníamos una relación, no ha habido nada entre nosotros.

—Entonces tampoco tu relación con David se va a ver afectada, ¿verdad?

—De ninguna manera. Salvo que él me retire el saludo por no haberle avisado de dónde se ha metido, seguiremos siendo buenos amigos.

Anna no pudo contener una risa entre nerviosa y sofocada.

—Pues me alegro mucho, de verdad. Estaba preocupada.

—Ya ves que no hay motivo. Pero muchas gracias, Anna. Es todo un detalle.

Ella no contestó, ruborizada, ocultando su rostro en la taza. Frédéric se acercó al ventanal que daba al río Priuli, invitando con su actitud a que Anna hiciera lo mismo. Estuvieron contemplando la fina lluvia sobre el río, las lanchas surcándolo con gran lentitud y las escasas personas que caminaban despacio por la fondamenta con botas de todas clases. Se habían asomado al sueño de una Venecia otoñal y envolvente, tan fría como viva, hipnotizados por una escena entre surreal y fantasmagórica. Permanecieron en silencio, con sus tazas en la mano, bebiendo a sorbos la calidez del panorama y del café.

Durante unos minutos tuvo Frédéric la sensación de rescatar —o de poder rescatar— un pasado vivificante, en el que lo más sencillo, como un simple mano a mano silencioso con dos tazas ante un ventanal asperjado, se convertía en un refugio anímico o en un aliciente para el corazón.

Pero su mente pronto le trajo a la realidad. Aunque él tuviera esa sensación, ella no tenía por qué compartirla, y lo más probable es que no la compartiera nunca. Tenía que hacerse a la idea de que ella estaba ahora envuelta en una relación que su entorno alentaba día a día y contra la que no veía armas para oponerse. Y la placidez del momento pronto se tornó en incomodidad.

—¿Ibas a alguna otra parte? —preguntó de repente, procurando suavizar su tono.

—No, no tenía ninguna intención.

—Entonces te acompaño a casa.

—¿Con este día?

—Sí, con este día. Ninguno otro mejor.

Vio en ella la sonrisa sincera capaz de atrapar al más frío. No una sonrisa amable, sino el gesto hondo y emocionado que regresaba al presente desde sus recuerdos, como ocurría con otros detalles. Y esos fugaces instantes en los que demoraba su mirada memoriosa imprimían en ella un azoramiento radiante.

Frédéric llamó a su hermana para comprobar que estaba en casa y después de nuevo al taxi habitual para ir hasta el palazzo Memmo Sorzi —y cada vez menos— Wellesley. Entraron en la residencia de los Gauli por el Canale («la entrada a tu casa por ese callejón aterrador estará inundada hasta que no baje la marea o el nivel del agua») al tiempo que oscurecía a paso de cuasiotoño. Había un pasadizo, lógicamente cerrado de forma permanente pero que se podía abrir, para que Anna pudiera acceder al piano de su familia.

—Me he encontrado con ella en la Strada, y no me parecía bien dejarla sola sin poder entrar en su casa —mintió Frédéric a su hermana en un aparte, pero sin querer dar más explicaciones ni ahondar en el asunto.

Los Gauli, como era de esperar por ser quienes eran los visitantes, les agasajaron invitándoles a té, a cenar y a conversar en la acogedora

salita adamascada de un extremo del piano nobile. Anna parecía sentirse especialmente cómoda junto al matrimonio vecino; más que con cualquier otra gente, incluidos los Rylands, y mucho más que con su propia familia. Tanto Françoise como Guido la hacían sentirse apreciada, escuchada, y ciertamente la tenían en alta estima como una joven afectuosa, culta y muy inteligente. Era un tanto parecida en carácter a la hermana de Frédéric, por eso conectaba bien con ella y le resultaba muy agradable al marido.

Ya de madrugada terminaron de conversar entre cafés y licores reservados para las mejores ocasiones; y terminaron no por ganas de mente y corazón, sino por el cansancio del cuerpo. Antes de marcharse por el pasadizo a la entrada de su casa, Anna se dirigió a Frédéric en voz baja:

—Gracias, gracias de nuevo, por todo.

Dio media vuelta sin esperar la menor respuesta y se dejó conducir por Guido hacia la salida.

Tenía para muchas horas de pensamiento con ese nuevo agradecimiento de Anna. Pero Françoise no le dejó empezar siquiera.

—Es demasiado tarde, y ni sueñes que te vamos a dejar marchar. El dormitorio de enfrente está preparado. Siempre lo está, ya lo sabes. Te dejaré un cepillo y un pijama. En seguida vengo.

Cuando regresó con los enseres, ella se dirigió de nuevo a su hermano:

—Anna es una mujer encantadora, ¿verdad? Es de esas raras personas con las que el tiempo pasa demasiado rápido. Nadie diría que es una Wellesley —y después de una breve pausa concluyó—. Fred, ahora que la estoy conociendo, no puedo dejar de atar cabos y empiezo a comprender. Espero no tener que recordarte que puedes contar conmigo y con Guido para lo que quieras, para desahogarte o para pedir cualquier favor o ayuda que esté en nuestras manos.

Un beso de buenas noches de hermana mayor y un sincero buenas noches de su cuñado cerraron el día y su mente. Aquello era dejarse llevar por el bienestar y aprender a vivir como realmente debía, como cuando llegó a la ciudad dos meses atrás: mejor palabras cálidas que pensamientos melancólicos.

XII

Los Gauli se habían citado con Frédéric en la terraza de un caffè de Sant'Anzolo una hora antes del concierto. El ambiente de postrimerías del verano confería una luz dorada al campo y una temperatura agradable con la que disfrutar los macchiati que conversaban con la jovialidad de las familias bien avenidas. Con antelación suficiente se dirigieron a La Fenice, que se encontraba a pocos minutos caminando.

Según se acercaban al foyer del teatro, Guido y Françoise se fueron encontrando con varios conocidos a los que saludaban con efusión propia de los admirables admirados. También se encontraban los Wellesley —cómo no— en el centro del espacio, bajo la enorme lámpara de cristal, con el vizconde a la cabeza.

—Indudablemente, desde la reconstrucción la mejor acústica se recibe desde los palcos centrales, por mucho que digan que la platea es mejor y blablablá —predicaba en ese momento, para todo aquel que le quisiera oír.

Anna, en cuanto vio a Frédéric, se acercó a pequeños y rápidos pasos, con expresión emocionada. Y, casi por instinto, se retiraron del grand monde hacia unas columnas geminadas en una esquina. Recuperando sus modales, Frédéric elogió la elegancia del vestido y el peinado que lucía para la ocasión. Ella expresó el placer que sentía al poder disfrutar de una música que figuraba entre sus favoritas y en un teatro al que había entrado por primera vez a pesar de haber pasado muchas temporadas en la ciudad.

—En eso estamos a la par. También es la primera vez que vengo a La Fenice, y tampoco por falta de ganas —dijo él.

—Sí, pero yo he pasado muchas más temporadas que tú. En todo caso es una bonita coincidencia —dijo ella, cuya sonrisa se apagó un poco al proseguir—: Lástima que al final no estemos juntos en los asientos que nos ofreció Gianni. Los Contarini insistieron y convencieron a mi padre para que los acompañáramos a su palco, y bueno, ya sabes...

—Lo entiendo, lo entiendo. Además debe de ser un palco central, ¿no? Tendrá una perspectiva fenomenal del escenario.

—Eso valdría para el teatro o una ópera, pero sabes que no cuenta para un concierto —replicó ella.

—En eso llevas algo de razón.

Anna rompió a reír contenidamente y Frédéric la acompañó con una amplia sonrisa. Luego en poco tiempo comentaron cosas sobre el concierto, sobre música en general y sobre otras naderías con sustancia. Hasta que apareció Achille Bondumier, plantándose ante ambos y acaparando la atención con todo tipo de preguntas de respuesta sabida y comentarios galantes sin contenido que tensaron el ambiente, extinguieron la animación de Anna y nublaron el ánimo de Frédéric, que —después de vacilar— decidió no marcharse. Sólo con la señal acústica de inicio de la actuación se pusieron en movimiento, dirigiéndose cada cual a su zona sin mediar palabra. Justo a la entrada de la platea él se encontró con los Rylands y con un matrimonio amigo de éstos, a quienes habían cedido dos de las tres entradas que los Wellesley habían dejado vacantes.

Ya sentado en su asiento, hacia el mismo centro de la platea, Frédéric no pudo dejar de mirar hacia atrás y los costados, hasta que encontró la mirada solitaria de Anna, sentada —para disgusto de él— en la primera fila de un palchetto del primer piso, cerca del palco real, entre Bondumier y la signora Falier. Sostuvieron la mirada, con una corriente de entendimiento que duró los segundos que tardaron en apagarse las luces.

Durante la primera parte del concierto Frédéric no figuró entre los asistentes más atentos al buen hacer de la Filarmonica. Percibía varias impresiones felices llegando hasta las honduras de su interior. Su pensamiento se ocupaba solamente de la última media hora, repasando cada detalle. Las frases dejadas sin terminar, la risa cómplice, las miradas cruzadas incluso delante de su familia y de las inefables amistades, todo aquello le invitaba a pensar que los motivos por los que en su día quiso evitar su compañía habían desaparecido. Y sus sentimientos no eran simplemente amistosos, porque llevaban dentro la ternura y el calor del pasado. Sí, podía verlo y sentirlo. Y ese cambio no podía significar otra cosa: ella debía sentir, como sentía él, un afecto renovado, renacido, un amor que había resistido el paso de tantos años.

En la pausa intermedia trató de calmar su ansiedad, o al menos disimularla, pero su semblante le traicionaba y sus ojos la buscaban entre el gentío agolpado en pasillos y vestíbulo. Sin embargo, no la encontró por ninguna parte y terminó el tiempo de descanso sin llegar a poder verla. Cuando regresó al asiento volvió la vista sin disimulo alguno hacia el palchetto y se encontró con la mirada preocupada de ella. No supo a qué atenerse. Probablemente la habrían retenido entre

unas y otros en el primer piso; quizá no tenía derecho a haberla visto, y se había dejado llevar por una impaciencia absurda.

Trató de concentrarse en la música de la segunda parte, más ajustada a sus gustos y a su genio, pero lo consiguió sólo en parte. Al terminar, los Rylands esperaban un veredicto sobre el concierto, ya que le consideraban con criterio muy superior en lo referido a la música y otras artes. Pero no pudo dar una opinión muy concreta más allá de un artificioso y decepcionante «me ha gustado mucho, sí».

—Eso quiere decir que no te ha gustado —dijo Giovanni según enfilaban las escaleras de salida.

—Sí, me ha gustado, de verdad —trató de justificarse.

Se enlazaron amistosamente en una especie de diálogo de besugos sobre la veracidad de la opinión dada por Frédéric hasta la salida del teatro. Éste, por su parte, prestaba más atención a la concurrencia, o en localizar a una persona concreta de la concurrencia, que a cualquier otra cosa.

—Hemos quedado con Fanny y Guido a la salida —informó innecesariamente Giovanni cuando llegaron a las columnas de la fachada principal—. Él se encargaba de reservar mesa en Antico Martini.

—¿Para cuántos ha reservado? —preguntó Frédéric.

—Eso ya no lo sé.

Se interrumpieron para despedir a los amigos de los Rylands y casi acto seguido aparecieron los Gauli envueltos en un pequeño enjambre de amistades y conocidos de los que se desprendieron con soltura. Enfilaron todos hacia el restaurante Antico Martini, a un costado de La Fenice.

—He pedido la mesa para las nueve y media —dijo Guido—. Con un poco de suerte hasta podríamos no ser demasiado impuntuales.

—¿Para cuántos? —volvió a preguntar Frédéric.

—He reservado para ocho personas, porque los Wellesley no me han contestado nada al final. Y si sobra algún asiento no importa, lo malo sería que faltara.

Llegaron junto a la terraza del restaurante y no se decidían a sentarse

en la mesa indicada, esperando que aparecieran los Wellesley. Cuando estos llegaron, rodeados de la habitual corte de amistades, alegaron que estaban invitados por la contessa y su hijo en el mismo lugar, «pero en la sala Casanova, que es la más exclusiva» les instruyó sir Wilson. Frédéric cruzó una mirada desafiante con Achille Bondumier, que parecía escoltar a Anna, según pasaron hacia el interior del restaurante. Ella casi se detuvo, y él estaba decidido a pedirla que se quedara a cenar con ellos, pero en ese momento la signora Falier la conminó:

—Vamos, Anna, no hagamos esperar más al servicio, que ya llegamos más tarde de lo normal.

—Sí, por cierto, y para mí la impuntualidad es algo que no debe tolerarse —dijo sir Wilson.

—Seguro que no nos lo tendrán en cuenta, y mucho menos a usted, señoría —aseguró Bondumier en tono informal, tomando a Anna por los hombros y casi empujándola.

Ella buscaba los ojos de Frédéric intentando disculparse con la mirada, pero no los encontró despejados, ni acogedores, ni tampoco por mucho tiempo.

Guido los vio entrar en el local meneando la cabeza con un gesto burlón, habló con el maître para que retiraran dos cubiertos y tomaron posesión de su mesa en la terraza.

Mientras se sentaba, todas las ilusiones que se había forjado antes y durante el concierto saltaron por los aires hechas añicos.

—¿Te ocurre algo, Fred? ¿Te sientes mal? —le preguntó Françoise al notar su expresión despechada.

—No, no, nada en absoluto.

Había sido un espejismo. Sí, parecía que Anna quisiera normalizar la relación tan rígida que habían mantenido desde su reencuentro o incluso retomar una amistad, el aprecio mutuo que corresponde a dos personas con gustos y pensamientos tan afines. Pero nada más. O no. Sólo sabía que debía recomponer sus ideas, los esquemas que había trazado después de sus últimas coincidencias, sus conversaciones. La preocupación por sus sentimientos, que demostró al plantarse en su apartamento en plena acqua alta, el tono de su voz, los gestos llenos de afecto, el humor compartido le habían llevado a pensar que el amor no había agonizado, sino tan sólo estuvo sumido en una especie

de coma del que podía salir si fluyeran libre y conjuntamente los sentimientos de ambos.

Se mantuvo más callado todavía de lo normal durante la cena, aunque tratando de aparentar normalidad y un tono de buen humor. Françoise notó que algo no iba bien en su interior, pero no le dijo nada, dejando si acaso las preguntas para otro momento.

Pero, cuando estaban conversando las infusiones, se acercaron inopinadamente Anna y Achille, pidiendo permiso para compartir con ellos un segundo café. Se sentaron junto a Françoise y Guido.

—Yo hubiera querido quedarme con vosotros a cenar, pero ha venido mi familia y los demás a presionarme, y por no airarles he tenido que ir con ellos —le dijo Anna a Françoise sotto voce, al margen de la conversación general, sin que su compañero de mesa lo pudiera oír—. Quería, al menos, compartir algo, pero se me ha pegado este petimetre que sólo sabe hablar de fusiones de empresas y millones de euros, y no ha habido manera de largarlo.

Según terminaba ella de hablar, Frédéric se levantó de la mesa y no se exprimió la cabeza para excusarse.

—Me tenéis que perdonar, pero estoy excesivamente cansado y me voy a casa. Esta mañana he madrugado algo más de lo habitual y me puede el sueño.

—Oh, venga ya —protestó Giovanni—. Espera un poco, ahora que han venido estos chicos. Ya te llevaremos dentro de un ratito hasta la puerta de tu casa.

—Te lo agradezco mucho, amigo mío, pero no es necesario, de verdad —insistió Frédéric—. Vosotros quedaos y seguid disfrutando de esta noche y este magnífico ambiente. Y cuidado con los bellinis que vengan luego, ¿eh? Buenas noches a todos.

Françoise se levantó para darle dos besos y vituperar su actitud discretamente.

—No entiendo ese cambio tan repentino. Ha sido incluso de mala educación y más propio de esos a quienes tanto criticas. Haz el favor de quedarte por lo menos un poco más como te ha pedido Gianni.

—A vosotros y a los Rylands os puedo ver cuando quiera y cada día. Por lo demás, no hay nada por lo que merezca la pena que me quede.

Anna, que estaba sentada detrás de Frédéric, llegó a oír esta última frase a pesar del tono bajo en que fue proferida, y supo que era la única capaz de conocer su verdadero sentido y reconocerse como su destinataria. Françoise, por su parte, quedó sorprendida en un principio y dejó que su hermano se alejara por la calle Veste; en dirección desconocida, porque era la contraria a la que debería tomar para dirigirse a su apartamento.

***

Transcurrieron algunos días de nubes y lluvia. Cuando renació el sol, Frédéric aprovechó para salir de su encierro y su mutismo; se decidió a comprobar si el mundo seguía en pie —ya que su ánimo no— y a dejarse perder un buen rato en la maraña de Cannaregio hasta acabar con sus libretas en el caffè habitual de la Strada Nova. Ojeó las noticias del Gazzettino, y le llamó la atención un suelto de la ya habitual sección "económica-criminal" consolidada después de un largo trienio de crisis. Se refería a la investigación que se estaba realizando a algunas personas del patriziato veneciano en relación con la comisión de algunos delitos fiscales, amén de otras actividades fraudulentas como lavado de dinero o intercambio de información privilegiada; al parecer, los nombres de dichas personas aparecían en una lista de clientes de bancos suizos sospechosos de evasión fiscal que circulaba entre los gobiernos de varios países. En principio sólo era una más de las incontables noticias del mismo carácter que aparecían en los últimos tiempos; pero le parecía curioso que se hiciera relación no sólo a profesionales de las finanzas, sino también a algunos «artistas, aristócratas e incluso catedráticos». Tenía material para cotillear con Guido, que seguro tendría alguna información más concreta a través de sus contactos en la Prefettura. Y, de paso, desviar la atención de otros posibles asuntos más personales.

Después de almorzar se dirigió al palazzo de los Gauli sólo como un entretenimiento más. Si estaban disponibles, podrían comentar esa noticia; si no les encontraba en casa, regresaría tranquilamente a su apartamento.

Les encontró en actitud de relajada indolencia y silenciosa lectura después de dos días de imparables actos sociales y de compromiso.

—Ostìçia! —exclamó Guido en dialecto— Si estás vivo todavía.

—Todavía sí —replicó él—. No pienso darles ninguna alegría a algunos críticos que yo me sé.

—Para eso siempre hay tiempo —acordó su cuñado.

—Las alegrías resérvalas para los que te quieren —dijo Françoise—. Si es que te decides a dar alguna.

—No desesperes.

Besos y abrazos después, acomodados en la salita con ventanales abiertos a la brisa y a los ruidos del Canale, Frédéric fue al grano.

—¿Habéis leído el Gazzetino?

—No, todavía no —dijo Guido—. Está ahí con los demás, sin abrir.

—Hoy hemos preferido libros —añadió ella.

—¿Hoy? Tú siempre los prefieres —alegó Frédéric—. Siempre los has preferido.

—Conoces a Fanny como si fuera tu hermana —bromeó Guido—. Bueno, ¿y a quién despellejan hoy?

—A nadie en concreto y a unos cuantos sin nombre ni apellido.

—Traduce, que no he leído lo suficiente a Conan Doyle —replicó su cuñado.

Frédéric contó lo que había leído sobre la investigación a ciertas personalidades, añadiendo algún dato que se deducía de lo meramente publicado, y le preguntó:

—¿Tú has oído algo de esto por ahí en las alturas?

Guido, medio sonriente, tardó algo en responder.

—Siempre se oyen cosas. Pero si empiezan a ponerse en negro sobre blanco es que van a dejar de oírse y se van a empezar a ver.

—A ver, cuenta, cuenta —le instigó Frédéric mirando a su hermana en busca de apoyo.

—No mires a Fanny, que ya sabe de lo que hablo.

—Pero yo no —replicó él—. Bueno, aunque no me des nombres,

porque yo no conozco a ninguno de esos casanovas de tres al cuarto con los que alternáis, sabrás qué hay de todo eso.

—Pues hay bastante de verdad —aclaró el cuñado—. Además, si sale el asunto a la luz, habrá muchas bocas abiertas por la sorpresa. No sé por qué hay gente que se mete donde no debe, donde no tienen ninguna necesidad de meterse.

—Codicia, vanidad... —murmuró Françoise.

—Son ya muchos años de esa especie de desenfreno con el dinero y el poder —filosofó Guido—. Desde que el dinero y todo lo demás que trae consigo, ya sabes a qué me refiero: inversiones, préstamos, pagos y cobros, balances... desde que todo ello se ha convertido en un conjunto de meros apuntes informáticos, a toda esa gente sin juicio le parece una especie de juego más de esos que se descargan en los móviles y en los ordenadores. Un juego del que dependen muchas vidas, mucho trabajo, demasiadas ilusiones, demasiados delirios. Y es gente que no tiene ninguna necesidad de enfangarse por un cero más en sus cuentas corrientes, que vende su dignidad y su consideración social por un plato de lentejas

Se abrió un silencio meditabundo pero relajado, que rompió de nuevo Guido con cierto aire de preocupación.

—Y ya que hablamos de este tema, debo decirte algo que tienes que tomar con mucha reserva. Es un tema muy delicado, que afecta a nuestros vecinos.

—¿La ha vuelto a liar el inefable... quiero decir el honorable vizconde? —bromeó Frédéric.

—Sí, o mejor dicho, se la quieren liar —replicó su cuñado—. El asunto es un tanto turbio. Se rumorea, por no decir que es un secreto a voces, que algunas de sus selectas amistades tienen montada una empresa pantalla para desviar fondos que han adquirido de manera poco legal, por decirlo finamente. Me han dicho hasta el nombre de esa sociedad limitada.

—¿Y qué papel juega Wellesley en todo eso?

—Le quieren nombrar administrador único de la sociedad patrimonial que han constituido esos buenos amigos, entre ellos ese tal Bondumier, el hijo de la contessa.

—¿Ese patán? —se dejó llevar Frédéric.

Françoise levantó la vista del libro que leía al mismo tiempo que escuchaba y sonrió. Cruzó la mirada con su esposo, pero no dijo nada.

—Sí, ese patán —continuó Guido—. Su posición en la multinacional donde trabaja le ha abierto muchas puertas, pero él ha abierto por sí mismo otras a las que no debiera haberse asomado. No entiendo a esos tipos que se pringan sin ninguna necesidad. Ganan dinero a manos llenas, tienen influencias en todas partes, viven como quieren, pero nada les satisface. No entiendo esa codicia sin límite. Pero a lo que iba, al parecer han pensado en el viejo Wilson como testaferro de esa sociedad. Firmará todo lo que le pongan por delante con tal de decirle "qué elegante viene hoy vestido, sir vizconde".

Frédéric y su hermana rieron abiertamente, sobre todo con la imitación de los gestos y voz de Wellesley.

—Pero el tema no es para reírse mucho —prosiguió Guido—. Ya sabes lo que ocurre en esos casos. Si las cosas van mal, le colgarán el marrón de lleno. Y los demás con deshacerse rápidamente de las participaciones se libran, al menos por un tiempo. Con los antecedentes que tiene nuestro vecino y con las ganas que le tienen algunos que no le pudieron cazar en su día, no sólo será sospechoso número uno, sino que se le endosarán una prisión provisional así, de entrada, con varios años por delante. Son temas que se están endureciendo cada vez más.

—Y él en la inopia, claro —dijo Frédéric.

—Pavoneándose allí por donde va —añadió Françoise.

Abrieron un nuevo silencio reflexivo que, nuevamente, rompió Guido.

—Fanny y yo nos preguntamos si sería procedente advertir a nuestra amiga Anna, que así la consideramos ya. Por supuesto, con la mayor delicadeza posible.

—No sé si a ella le harían el menor caso —opinó Frédéric.

—¿En un asunto tan serio? ¿Cómo es posible? —se extrañó Guido— Seguro que su padre se pone las pilas por muy envanecido que esté. No son cosas para tomarse a broma.

—Anna es el último mono entre los Wellesley —repuso Frédéric—. Nunca la han tomado en serio, ni la han tenido la menor consideración, ni cariño. Seguro que no harían ni caso al patito feo de la familia.

—No creo que sea para tanto.

—Lo es, créeme.

—Bueno, si tú lo dices... —se rindió Guido— Espero que alguien le dé alguna pista al vizconde de marras, si es que se lo merece.

—En todo caso, no creo que vaya a ser su hija menor —concluyó Frédéric—. Primero habría que demostrarle a ella que su novio le está haciendo la cama a su padre. Y convencerla.

Apenas dio tiempo Françoise a una pausa en la conversación para desviarla en otro sentido.

—Hablando de esa hija menor y de su novio, creo que a lo mejor deberíamos tener alguna explicación. Si es que nos consideras dignos de tenerla.

A pesar de sus propósitos, Frédéric fue pillado por sorpresa y sin argumentos. Su único recurso era distraer y pensar a toda velocidad.

—¿Explicación?

Su hermana se limitó a mirarle de soslayo en lugar de reconvenirle con palabras.

—Tanto como una explicación no sé, pero tienes que reconocer que la espantada que diste el otro día fue, como dirías tú, un tanto chocante —intervino Guido.

—Chocante, dice el otro —saltó Françoise—. Fue una grosería barriobajera. Si yo fuera Anna ni te volvería a mirar a la cara.

—No era mi intención —trató de justificarse Frédéric—. Lo cierto es que me encontraba cansado, mal, y no estaba como para quedarme hasta las tantas.

—Nadie te pidió que te quedaras hasta las tantas —replicó su hermana —. Y estabas perfectamente hasta que apareció ella con el novio ese, o lo que sea. Vamos a ver, Fred, soy tu hermana y te conozco algo más que de refilón. Y también soy mayor que tú. Esa reacción sólo se tiene cuando una persona te repele o te atrae mucho. O te atrae más que mucho.

No imaginaba que su hermana sacaría a relucir el asunto de esa manera. Cuando aquella noche se marchó del restaurante no imaginó

que llamara demasiado la atención, porque tampoco estaba siendo la alegría de la fiesta; pero, al pensar más detenidamente en lo que hizo, se dio cuenta de que había enviado —¿involuntariamente?— un mensaje a la propia Anna con su actitud. Y ese mensaje, al parecer, no le había pasado inadvertido a Fanny, ni tampoco, por extensión, a Guido. Pero no se veía en condición de dar explicaciones.

—No quiero hablar de eso ahora. Acabarás liándome —se excusó Frédéric.

—Yo no te lío nada, si acaso eres tú quien se lía, y bien.

—Reconozco que no actué correctamente, y le pediré excusas. Pero ahora no quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque... porque tampoco tengo nada que decir —dijo Frédéric titubeando.

Françoise suspiró mirando al cielo, meditó unos instantes y después rompió el silencio incómodo.

—Mira, aquí estamos tu hermana y tu mejor amigo. Probablemente somos las personas que más te queremos, aparte de nuestros padres. Somos las que mejor te conocemos y las que podemos hacer por ti lo que sea, incluso comprenderte, que ya es difícil a veces. Puedes sincerarte, puedes decirnos lo que te pase por la cabeza o dentro de ese pecho cada vez que lo necesites, o cuando quieras.

Con los sentimientos aturdidos y el pensamiento bloqueado, Frédéric no se sentía capaz de expresar nada inteligente ni sensible, o al menos coherente. Ni siquiera pudo dar a entender ese bloqueo anímico porque él mismo no lo entendía.

—Lo sé. Os lo agradezco en el alma —se limitó a decir.

—Déjate de agradecimientos —contestó Françoise—. Solo te queremos ver bien, en condiciones, como eres tú, sin esas huidas, esos bandazos ni esas actitudes alocadas.

Emocionado, Frédéric respondió con la misma calidez y el mismo afecto que había en las palabras de su hermana y en los ojos de su amigo.

—Así me verás, te lo aseguro.

Cada vez era más consciente de la cadena de errores que había venido enlazando durante meses, incluso años, dejándose guiar por una razón nublada y un corazón doliente. Anna había regresado a su vida y el último de sus errores había sido evitarla, incluso apartarla de él. Ahora sabía que, ocurriera lo que tenía que ocurrir, su afecto sería de ella para siempre; sabía que unirse a ella le alejaría de todas las demás mujeres tanto como separarse de ella.

XIII

El mes de octubre entró de manera tristona tanto en la vida de la ciudad como en la de algunos de sus habitantes. Cielo y agua reflejándose en el gris húmedo que cada año cierra el telón del verano eran también reflejo del estado de ánimo de Frédéric. Pero no se debía esa murria al otoño, una estación a la que siempre se había ajustado su ser emocional, sino a una sensación de pérdida, de vacío, que se afianzaba con el paso de los días.

Buscó refugio en la soledad de su escritura, en la lectura y en vagabundeos por entre las islas más apartadas. Tomaba prestada la Aquariva de su cuñado y se adentraba por los canales de la laguna, pasando lentamente junto a los brìcole que los señalizaban, hasta atracar sin rumbo definido en una isla cualquiera. Paseaba por las calles populares de Murano, por las extensiones solitarias de Torcello, incluso entre las tumbas de Brodsky, de Pound o de Stravinski en San Michele. A veces encontraba al azar sorpresas como San Servolo. Navegaba por la plata vieja, el azogue arrugado por la brisa en que se convertía la laguna: dulce salitre frío, una marca de agua irreal, siempre surcada como en forma de sueño; plagada de estacas que señalan pero confunden la vista y disuelven todo horizonte. Sus habitantes-navegantes, incluido él mismo, se deslizaban como espectros pausados o frenéticos, según su razón de ser.

En aquellos paseos en agua y tierra se dedicaba a reflexionar sobre su vida, sobre su futuro... Y sobre Anna: los sentimientos, los comportamientos, las emociones que sentía junto a ella. A reflexionar en pasado, cuando se grabaron en el alma las vivencias de una primavera londinense y un verano veneciano. Juntos formaron notas disonantes que armonizaban a la perfección. En su ser encajaban como en un puzle completo la mirada profunda de Anna, la gracilidad de sus manos sobre una copa de vino, su fragancia verdemar y salitre, su ingenuidad sabia y su recia dulzura, tan lozana y natural, abierta al mundo, entregada a la vida con fervor, siempre distinta en mil detalles por descubrir cada día, sus gestos elegantes y sutiles. Y también sus pasos rodeando el mercado de la Pescarìa, la última vez que la vio en aquellos aciagos días: ella de espaldas, llorando; él con el corazón desgarrado por las palabras que acababa de oír: «No puede ser… ¿Es que no me entiendes? Se acabó».

Pero también a reflexionar en presente, al ritmo del eco de los pasos

en las calles a lo largo del camino. En las pinceladas de penumbra que el verano había dejado en la piel de Anna para resaltar el azul oscuro de sus ojos tan vivos; su perfume de mañana cálida y serena; la certeza de su ingenio y su gracia; su perfil recortado en el canal de la Giudecca; su madurez mental y emocional adelantada desde siempre en su razón y en sus sentidos. En ella todos los matices de su genio seguían siendo naturales, siempre nuevos y diferentes, de elegancia abierta, de una delicadeza radical.

Aunque llevara el libro más interesante entre las manos para distraer su mente, ésta se obstinaba en volver sobre todo lo que habían vivido juntos y sobre todos los detalles que habían surgido entre los dos en los últimos meses. No podía evitarlo, y reconocía en lo más hondo de su ser que se dejaba llevar por esas corrientes de pensamiento porque alimentaban su esperanza. No padecía de impaciencia, no tenía esa debilidad, sino que confiaba en la fuerza de la constancia.

***

Esa nublada tarde de domingo había confiado su rumbo a los paseos alejados del ruido y del turismo en Torcello, uno de los rincones de su Venecia particular donde podía perderse sin cuidado entre sendas desiertas y orillas de ríos que la cruzan de parte a parte. Después de vagar sin medir el tiempo regresó al embarcadero situado frente a la basílica de Maria Sunta. Entró en la lancha, ya no tan limpia ni tan bruñida después del uso intensivo al que la estaba sometiendo. Se tumbó en los asientos de popa y comenzó a leer. El largo paseo le había sentado bien, puesto que se dejó mecer por las páginas sin interferencias mentales ni emocionales. El ambiente sereno y fresco ayudaba a mantener la quietud y la templanza de ánimo; su actitud y su expresión así lo confirmaban. Se hallaba completamente atemperado.

Y así es como lo veía Anna, desde el otro extremo de la fondamenta en que estaba el embarcadero. Para ella esa isla era otro de los lugares enganchados en el tiempo compartido con Frédéric y al que también acudía de manera inconsciente en sus momentos de soledad. Había escapado casi literalmente de su casa, enganchada a los auriculares de su MP3, como estaba tomando por hábito cada vez más frecuente, con la única compañía de Vivaldi, el cielo nebuloso y la brisa adriática en la popa del vaporetto. Nada más desembarcar los auriculares cayeron

de sus oídos porque no había música capaz de competir con el silencio de las sendas y campas torcellani.

Era la única lancha atracada, así que no tardó en reconocerle. Dudó en acercarse, porque dudaba mucho de sus sentimientos hacia ella, y las reacciones que había mostrado eran tan contradictorias que la confundían: ella le veía oscilar del resentimiento —que le presumía durante todos aquellos años— a la amabilidad; sin embargo, en ocasiones veía transformarse esa amabilidad en simpatía cómplice y el resentimiento en lo que se diría celotipia de una persona enamorada. En sus acciones mostraba torpeza indiferente, pero de sus ojos sólo se desprendía afecto anhelante. Por eso, mientras se acercaba lentamente dudaba entre saludarle o pasar inadvertida. Pero no dudó mucho, porque él levantó la vista, como si intuyera que alguien le observaba, y se encontró con una mirada sentimental que le saludaba con una sonrisa.

El ánimo templado que hasta entonces disfrutaba ayudó a que Frédéric no se viera arrastrado por el galope de sus latidos. Cerró el libro sin dejar de mirarla y devolvió la sonrisa. Desembarcó al mismo tiempo que Anna llegaba a su altura.

—En realidad no es una sorpresa —dijo él a modo de segundo saludo.

—¿No? ¿Acaso me esperabas? —dijo ella siempre conectada al sentido del humor compartido.

—No, pero estando ambos en la misma ciudad, no es una sorpresa encontrarnos en ciertos lugares —aclaró él, recreando la imagen de ella sentada de espaldas en el muelle de la Zattere.

—Cierto —concedió ella la cabeza moviendo la cabeza y sonriendo—. Cada uno con sus vicios a cuestas.

—Aún más cierto —dijo Frédéric con los ojos puestos en los auriculares que colgaban elegante y descuidadamente entre las solapas de su chaqueta, y prosiguió como pudo, no queriendo caer en otro de los silencios impenetrables—: Pero te veo despistada. Ni siquiera has traído impermeable.

—Sigo tu ejemplo —replicó Anna con rapidez—. Los dos sabemos que no va a llover con ese gris blanquecino ahí arriba.

—Touché! ¿Son así los otoños venecianos?

—No, son mucho más tristes. Y más fríos.

—Pues no me importaría que siguieran así los días, aunque prefiera el sol por encima de todo. Son días pacíficos, inspiradores.

—A mí me parecen melancólicos. Yo no tengo esa vena poética como tú, de escritor.

—Bueno, sin ofender. Eso se lo dices a Guido o a Gianni. Yo soy más escribano de oficio.

—Calla, no digas eso. Por cierto, ahora que lo mencionas, nos veremos pronto para felicitarle. Habrás previsto un regalo especial.

—¿Felicitar a quién? ¿Un regalo?

—Vaya amigo que estás hecho. A un tal Giovanni Rylands, al que me parece que le conoces bastante bien. Mañana cumple treinta y cinco.

—Vaya, ni me acordaba. Menudo viejales.

—Y tanto. Dentro de poco tú cumples treinta y cuatro, ¿no?

—Eso dicen. Unos siete meses antes que tú, por cierto.

Anna transformó la sonrisa en «sonoro cristal» (así llamó él una vez a su risa cantarina) antes de proseguir.

—Cualquiera diría que tenemos algo en común.

—Pura coincidencia. Como encontrarnos aquí. Por cierto, ¿cómo es que llevas cuenta de los años que cumple Gianni? Memoria prodigiosa la tuya.

—No, hermana insistente, más bien. Ya me ha dicho tres veces que mañana es el cumpleaños de su amado esposo y que me quiere ver allí el sábado, ya sabes, en la cena de celebración que está preparando.

—No es que me guste llevarte la contraria, pero no sé nada de eso, la verdad.

—No habrá coincidido. Además darán por hecho que vas a estar, va a ser sólo una cena con familiares y amigos íntimos.

—Pues familiar no soy, así que no estaría tan seguro de estar entre los invitados.

Ella se limitó a mirarle con expresión irónica y él prosiguió.

—¡Qué! No sé cómo me puede considerar amigo con el poco caso que le hago y con... —se detuvo sin encontrar palabras demasiado duras para consigo mismo por su comportamiento con Luigina.

—No hay nada de eso, Frédéric. Es un privilegio para Gianni y para cualquiera tenerte como amigo.

Esta vez no evitaron el silencio, en modo alguno incómodo, nostálgico por entero. Así lo percibieron, dejándolo prolongar a la par que sus miradas.

«Pero sólo un amigo», pensó él y deshizo el pequeño arrobamiento.

—Bueno, me parece que te he estropeado el paseo. No me gustaría...

—No, no, en absoluto —le interrumpió ella—. Llevo en pie toda la tarde. Si algo he hecho ha sido pasear.

—Entonces no te negarás a que te lleve de vuelta —dijo antes de saltar a bordo de la Aquariva y volverse hacia ella esperando la respuesta—. Saqué el coastal skipper[5] hace un par de años, y le tengo cogido el truco a esta lancha. Por si no te fías.

Por toda respuesta, Anna sonrió y saltó a bordo con agilidad.

—No necesito títulos ni trucos. Avanti — remató manteniendo la sonrisa.

***

El camino de regreso fue pausado. Se deleitaron en la visión casi onírica de mar y tierra, de dulzor salado, de islas que se dirían espejismos. Preservaron su silencio plácido entre el ruido del motor y de las manos de la laguna que tamborileaban contra el pantoque marcando un compás irreal. Y por segunda vez en poco tiempo contemplaron juntos el horizonte formado por la lámina de agua enmarcada entre San Giorgio y la Riva degli Schiavoni; un espectáculo de belleza inaprensible, altivo, ingrávido pero firmemente asentado en el tiempo y en el espacio.

—¿Te acerco a casa? —preguntó Frédéric.

—No. No tengo ganas de ir a casa ahora.

Él comprendió su actitud, pero sólo a medias, porque no sabía exactamente la causa de tal desgana. Así que se decidió a invitarla.

—Yo he quedado con Guido en Florian para tratar de un asunto muy aburrido, la renovación del alquiler del apartamento. Si no te importa...

—¿Entonces te vas a quedar? —preguntó Anna con viveza.

—De momento ha conseguido que la renovación sea por seis meses. Pero no he pensado cuánto tiempo estaré. Si fuera por ellos, por Fanny y Guido, tendría que nacionalizarme veneciano —bromeó.

Con exasperante lentitud y cuidado, Frédéric maniobró entre góndolas, taxis y vaporetti hasta arrimar la Aquariva a un precario amarradero junto al Ponte della Paglia. Era un pequeño espacio junto a la parada de taxis donde le permitían amarrar a Guido de vez en cuando («esos envidiables enchufes de mi cuñado»).

Atravesaban el Molo della Piazzetta cuando, de repente, Frédéric volvió la vista hacia el palacio del Doge como si hubiera recordando algo.

—Ven un momento, vamos a comprobar una cosa. Sígueme.

La condujo hasta la esquina del palacio. Contó las columnas con una mano y en silencio.

—Esa, la cuarta —dijo caminando hasta situarse frente a la indicada, y añadió al llegar—: Es verdad, está desalineada respecto de las otras. ¿Ves? No mucho, unos centímetros.

Anna lo comprobó también y se le quedó mirando expectante. No podía tratarse sólo de eso. Y él adivinó su pensamiento.

—Es una especie de juego que leí hace unos días en un libro de Tiziano Scarpa. ¿Le conoces? Es un escritor veneciano —explicó—. Verás, hay que pegar la espalda a la columna y tratar de dar la vuelta alrededor de su circunferencia exterior. Eso sí, pisando sólo ese minúsculo escaloncito de mármol que tiene en la base, sin caer en los adoquines grises.

—¿Cómo? —no entendió ella.

—En una palabra, rodear la columna con la espalda sin pisar las piedras grises del pavimento, sin caerte del escaloncito. Al parecer es

prácticamente imposible.

—Eso es una tontería, lo puede hacer cualquiera —rio ella.

—Por algún motivo no debe de ser tan fácil.

—A ver, mira —se decidió ella.

Pegó su espalda a la columna y empezó a dar la vuelta pegando todo lo posible los tacones a la base, pero al llegar a la parte exterior perdió el equilibrio y tuvo que poner los pies en el pavimento gris de la plaza.

—Esa no ha valido, espera —dijo rápidamente.

Volvió a colocarse en la columna con la misma postura, esta vez empezando por donde se había caído. Pero cayó al primer paso. Lo intentó por tercera vez, pegando la espalda todo lo que pudo y estirando la pierna lateralmente para lanzarse más allá del punto crítico, pero fue inútil. Y lo mismo ocurrió en el cuarto intento.

—Es increíble —dijo riéndose como una niña—. Venga, inténtalo tú.

—Bah, después de verte y con lo torpe que soy no voy a poder.

Se colocó de la misma forma que Anna y dio minúsculos pasos laterales tratando de rodear la columna, pero también se desequilibró. Lo intentó otras dos veces con distintas formas de moverse, pero tampoco lo consiguió.

Se rieron ambos como niños traviesos.

—Qué manera más rara de divertirse —dijo Anna—. Es verdad que lo de esta ciudad no tiene nombre.

—Al parecer en su día no era tan divertido —contestó él—. Según dice una leyenda, siempre cierta a medias, antiguamente a los condenados a muerte les ofrecían esta última posibilidad de salvarse, como una especie de juicio de Dios.

—Cielo Santo...

—Si conseguían dar la vuelta a la columna sin apoyar los pies en los adoquines grises se les concedía el perdón.

—Es cruel.

Frédéric asintió con la cabeza.

—Pero, si lo piensas, es todo un símbolo —continuó Anna después de reflexionarlo un momento—. Todo lo importante de la vida está a un solo escalón. No hay abismos en que caer, ni cimas que escalar, sólo un pequeño escaloncito de mármol. Un pequeño paso, sin peligro, sin que nadie te ayude ni te empuje, y ya está, todo o nada. La vida o la muerte. Un pequeño paso, un instante.

—Pero la muerte ya estaba sentenciada —dijo él—. La prueba del escalón era sólo un refrendo, el último paso.

—Último, pero un paso a dar. Tú lo has dicho, era como un juicio de Dios. ¿Y si un ángel llegara en ese último momento para salvar al condenado? O pon otra cosa, si prefieres. El azar, el destino... En todo lo importante de la vida no dependemos de nuestra voluntad. Ni siquiera la propia vida es una opción. No venimos por propia voluntad, nos tienen que traer.

—Es cierto. Sin embargo, sí podemos marcharnos por propia voluntad. Es curioso.

—Pero si lo haces contravienes todas las leyes naturales o divinas. Tú que eres creyente, ¿acaso no es el pecado más grave?

Después de reflexionar un momento, Frédéric contestó:

—Creo que el pecado más grave es no atender al corazón y a la mente que se nos ha concedido. Despreciar la vida, el juicio, el amor, todo lo que nos hace criaturas de origen divino.

Ella se le quedó mirando con los ojos más abiertos que nunca, reluciendo, levemente humedecidos. Finalmente le tomó de un brazo, con una expresión que Frédéric no sabía interpretar.

—Vamos —le instó, y comenzaron a caminar cruzando el largo soportal bajo el edificio de la Procuraduría Nueva hasta la entrada al caffè.

***

Dos días después, el segundo sábado de octubre, la animación en el

Palazzo Corner Belloni era ostensible. Las casi centenarias lámparas de Murano llenaban de luz todo el piano nobile, especialmente el comedor principal, en el que todo estaba preparado para la cena de celebración del trigésimo quinto aniversario de Giovanni Rylands. Tras la llegada de los Wellesley, con el habitual retraso, se completó la lista de invitados, que comprendía, amén de los rezagados, a los padres del homenajeado, los Gauli y Frédéric. Una celebración «siempre en petit comité», como le gustaba repetir a Giovanni.

Sin embargo, la atención estaba absorbida por una asistente inesperada y no por el cumpleañero: su hermana Erica, que esa misma mañana había regresado de Corfú con más antelación a lo previsto. La alegría de los Rylands era enorme y perfecta con este regreso. Todo fueron preguntas y repreguntas, exclamaciones de júbilo, parabienes y buenos deseos. Claro está, no por igual en todos los sectores de los invitados: sir Wilson y su hija Lesa apenas participaron de tales muestras de contento, limitándose a sonreír con cierto desmayo; Anna y Frédéric se mantenían en un término medio, con alegría sincera pero sin aparato; y el matrimonio anfitrión, junto con los mayores Rylands, tiraban sin freno de espíritu alegre.

Aprovechando un pequeño receso en la atención hacia Erica, Corfú y todo lo ocurrido, el vizconde contraatacó haciendo gala de su inagotable —y cada vez más fantasiosa— inmodestia. Los éxitos que cosechaba sin cesar entre la sociedad veneciana «y de otras partes de Italia» le estaban proporcionando, a su parecer, una posición cada vez más destacada entre la gente influyente a diversos niveles.

—Me complace anunciar que, gracias a esas influencias, empiezo a ser requerido para pilotar nuevas empresas de muy alto volumen y a nivel internacional —dijo ante una concurrencia un tanto escéptica—.

—¿Alguna multinacional? ¿Una consultoría? —preguntó Guido más por chanza que por interés.

—Ah, no puedo desvelar nada por el momento —replicó Wellesley—. Mis asociados me han pedido discreción ante todo. Ya sabe de qué manera más torticera y denigrante se maneja la información en estos tiempos.

—Algo absolutamente comprensible —ratificó Giovanni desde otro sofá, justo antes de que su esposa se aferrase a su brazo.

Frédéric contemplaba la escena con semblante inexpresivo aunque francamente divertido por dentro. Su hermana acuchillaba con la

mirada a Guido, que siguió lanzando puyas encubiertas al vizconde; Giovanni, con menos mordacidad, también enjabonaba a su suegro, ganándose de paso los mimos de su esposa; Lesa se ufanaba con las peroratas del cabeza de familia y Erica se ausentaba de toda conversación que no estuviera directamente relacionada con ella o con Luigina. La nota melancólica del cuadro la producía Anna, a todas luces mortificada con el insustancial envanecimiento de su padre. Su aspecto era de tal desamparo y desánimo que Frédéric, aun sabiendo que por dentro no funcionaban para ella tales epítetos, se decidió a tener un gesto inmerecido para con su padre.

—Me imagino que tomará todas las precauciones posibles al abordar esos negocios, ¿verdad, señor? —le lanzó ese mensaje indirecto, aun sabiendo que había muy pocas posibilidades de que fuera bien interpretado.

Y, en efecto, sir Wilson se encargó de torpedear el mensaje sin la menor reflexión.

—Ah, ¡precauciones! A estas alturas de la vida ya sabe uno manejarse perfectamente en la jungla financiera.

—Pero el peligro muchas veces está más cerca de lo que uno piensa, no ahí lejos, en la jungla —insistió Frédéric.

—Muchacho, comprendo que desde el mundo de los artistas se vea como algo tremendamente complicado y lleno de peligros, pero los que llevamos toda la vida entre cifras, proyectos, estadísticas, acciones y reacciones sabemos de sobra vadear esa corriente —replicó Wellesley con creciente suficiencia.

Al tiempo que la gobernanta de los Rylands anunciaba que ya estaba todo dispuesto para la cena, Frédéric reconoció la imposibilidad de prevenir de nada a quien no sabe escuchar ni ver.

Los asientos estaban ya cuidadosa y tácitamente distribuidos por rangos familiares y tradicionales, y así lo fue indicando Giovanni. El de Anna estaba situado a la derecha de Frédéric, pero en el último momento Erica se interpuso alegando que «me ha tocado con los padres de la patria y yo quiero estar con la gente de mi edad, o al menos parecida». Él se contrarió, aunque resignado a lo que tenía toda la traza de ser una conspiración por la que se quisiera evitar a toda costa la cercanía de ambos; pero le llamó la atención que Anna revelara desagrado en su expresión, sin disimulo alguno, aunque, como siempre estaba lejos de toda atención, el gesto pasó

desapercibido. Durante la cena, si bien suavizó su expresión, se mostró retraída y taciturna, contrastando con el aire alegre que se respiraba en el resto de la mesa.

Después de ella era Frédéric quien menos satisfecho se encontraba de los presentes. Aunque sin ser muy consciente, le afectaba la actitud de Anna porque no era nada frecuente en ella. La había visto melancólica, reservada, incluso anhelante, pero no recordaba en ella, ni cuando estuvieron juntos, esa estela de disgusto que podía percibir en detalles de su lenguaje verbal y corporal. Arrancando valor de donde antes no lo hallaba, se decidió a no dejar pasar por alto esa vez su preocupación por ella, a no dejar de indagar en su corazón las razones de su insólita actitud. Habían vuelto a conversar, a compartir sus personas-refugio, incluso a jugar entre sentimientos, y tenía que haber alguna razón, una razón que deseaba confirmar. No estaba dispuesto a permitir que terceras personas o terceras casualidades volvieran a confundirles.

Después de los dulces, pasaron al imponente salón principal y se renovó el regocijo con los regalos. Desde la corbata lisa del vizconde («Es de seda popelín, no cualquiera de esas moderneces») hasta el ordenador portátil de Maria, todo fue recibido con la más sincera y calurosa gratitud que expresaba el rostro de Giovanni. Curiosamente —o no tanto—, había dos regalos repetidos: tanto Anna como Frédéric habían tenido la misma ocurrencia de regalarle un cuaderno forrado en piel con papel pautado, conociendo la costumbre del homenajeado de escribir siempre en papel y no directamente con un procesador de textos. Tan sólo se diferenciaban en el tamaño.

—Es que no soy capaz de concentrarme debidamente delante de una pantalla —explicó Giovanni—. El papel en blanco me inspira, hace que las palabras me fluyan, y la pantalla me bloquea. Primero tengo que escribir a mano y después lo paso al ordenador.

La coincidencia entristeció ligeramente el rostro de Anna, que se ofreció para cambiar el regalo:

—El de Frédéric es más bonito —dijo sinceramente—. Yo puedo cambiarlo sin problema por...

—No, no, ni hablar —le interrumpió Giovanni—. Me quedo con los dos, que buena falta me hacen. No sabéis lo que me gustan, además. Son preciosos.

—Y, en todo caso, lo hubiera cambiado yo, que lo he comprado más

tarde —le dijo Frédéric en voz baja acercándose a ella por detrás y retirándose hacia un rincón opuesto del salón.

Ella liberó una sonrisa por esa pequeña travesura recuperada de los días felices: él se acercaba por detrás sigilosamente, susurraba un piropo cerca de su oído y desaparecía como por ensalmo.

Después de abrirse el último regalo, el cabeza de familia Wellesley decidió que ya había concedido a esa velada una porción más que generosa de su precioso tiempo. Inapelablemente, habían de retirarse.

—Pero si todavía es muy pronto, sir Wilson —protestó Giovanni—. Quédense un poco más, que todavía no he sacado un tawny de treinta años que guardaba para una ocasión como ésta.

—Te lo agradezco, Gianni, pero el cansancio de un día con tanto ajetreo no se vence ni con la mejor botella del mundo —replicó el suegro—. He concertado con el taxi que nos recoja a esta hora y puede que esté ya esperando en la entrada.

Tan sólo Maria se sumó al ruego de su marido, ya que los demás daban por descontado los motivos de la retirada. Sir Wilson y Lesa enfilaron la salida tras despedirse, pero Anna se mantuvo sentada en un sofá junto a Françoise.

—Anna, ¿a qué estás esperando? —le conminó Lesa— Siempre en las nubes.

—Yo, si no os importa, me quedo un poco más.

—Pero mujer, ¿luego cómo vas a volver? ¿Y de noche? — objetó su padre.

—Por eso no se preocupe, sir Wilson, nosotros la llevaremos de vuelta a casa —dijo Guido.

Sin argumentos, pero tampoco sin importarle demasiado, el vizconde se marchó acompañado sólo por su hija mayor. Giovanni y Maria les acompañaron hasta la salida, mientras Françoise renovó el interés por lo que Erica les contaba sobre Corfú y sobre la relación entre Luigina y David.

—¿Cómo es que todavía no hemos ido allí, querido, y más teniendo un conocido tan amigable? —dijo Françoise medio en serio medio en broma.

—Un fallo imperdonable por mi parte, cariño —respondió Guido de la misma guisa.

5. Título británico equivalente a patrón de embarcaciones de recreo.

XIV

Cuando los Rylands regresaron tras dejar a los Wellesley embarcados en el taxi, la conversación se hizo general.

Guido y Frédéric se levantaron para hacer los honores a ese tawny tan especial que trajo de la bodega su amigo con gran cuidado. Contemplaron cómo decantaba la primera botella en una licorera de Murano y servía tres pequeñas cantidades en sendas copitas a juego para comprobar su estado. Anna, un tanto aburrida con el monotema de Erica-Luigina, se acercó a ellos, prefiriendo con mucho el mimo del oporto que el cotilleo, y con la segunda botella le asignaron otro pequeño murano para que diera su parecer. Con la buena opinión unánime sirvieron ya nueve cumplidas copas para degustar en un ambiente relajado y animada charla. Además, el anfitrión repartió su reserva de Cohíba Behike con su padre y Guido, lo que obligó a abrir algunos ventanales.

Aprovechando que estaban de pie, Frédéric pensó en acercarse a Anna, pero no tuvo que esforzarse mucho porque fue ella quien se le acercó primero, quedándose solos junto a la gran mesa de pared en que habían servido el oporto, cerca de uno de los ventanales.

—Me parece que voy a ser muy repetitiva, pero tengo que darte las gracias —le dijo reservadamente, y ante la mirada interrogante de Frédéric, prosiguió—: Gracias por no haberte cebado con mi padre y sus delirios de grandeza. Cuando has hablado, los demás han comprendido y se ha cambiado de tema.

—No tienes por qué darme las gracias. Es un mínimo de educación y respeto. Y estamos en la fiesta de Gianni, que es quien menos atención ha recibido a cuenta de su hermana.

—Es verdad. ¿Ha vuelto un poco subida de humos, o es cosa mía?

—No, no es cosa tuya. No sé si es por el recibimiento apoteósico que le han dado hermano y cuñada o es por alguna otra razón. Quizá porque ahora es el centro de atención y ya no tiene que competir con Gina.

—Supongo que es así. Gina es capaz de hacer mucha sombra sobre quien esté a su lado.

—Sobre quien no esté a su altura.

—Pero ella es muy... alta —dijo Anna recalcando la última palabra—. Tiene una especie de alzas que la elevan muy por encima de muchas otras.

—Quizá de muchas, pero no de todas. Hay quienes tendrían que bajar la vista para mirarla, a pesar de esas... alzas —recalcó también Frédéric.

—No desde el punto de vista físico, desde luego.

—Hay otros puntos de vista.

—¿Y desde esos otros también habría que bajar la vista?

—Sí, desde el punto de vista emocional y desde el punto de vista intelectual. Al menos esa es mi opinión.

—Sin embargo, parece ser que está cambiando mucho.

Frédéric hizo un gesto de reconocimiento, aunque lo creía dudoso. Pero concedió:

—Puede que tuviera que llegar un Stanfill a su vida para cambiar de ese modo.

—Quizá son cosas del destino. Creo que ninguna persona sabe dónde y cómo va a acabar.

—Porque muchas personas ni siquiera saben hacia dónde ir. Si se lo preguntaras, comprenderías que ni siquiera saben dónde y cómo querrían acabar porque ni ellas mismas se lo plantean. Y creo que Gina es precisamente un ejemplo.

—Y ahora ha podido encontrar esas respuestas.

—Eso parece, por lo que dicen. O al menos ha podido hacerse esas preguntas.

Como si estuvieran sincronizados, dieron un sorbo a su copa al mismo tiempo, envueltos en un silencio conectado. El resto del grupo, unos de pie y otros sentados, escuchaba algunas anécdotas que contaba el patriarca John Rylands sobre la ardua restauración del palazzo del tipo «ahora nos reímos, pero qué mal lo pasamos en su día, ¿verdad, querida?».

—¿Tú tienes las respuestas? ¿O al menos las preguntas? —deshizo Anna el silencio.

—Sí, tengo las respuestas —dijo él casi con rapidez, refrenándose después—. Y desde hace mucho tiempo. Aunque alguna es imprecisa.

—¿Puedo preguntar cuál?

—El dónde, por ejemplo. Es imprecisa porque no le doy mayor importancia. No estoy arraigado en ninguna parte. Lo que me importa de verdad es el cómo.

—Te entiendo, porque yo pienso lo mismo. Hay cuestiones que me parecen insustanciales, que son lo de menos. Lo realmente importante es saber de qué manera y con quién. Incluso el cuándo. ¿Sabes?, no hace mucho había un horizonte que nunca llegaba, el tiempo era ilimitado, pero ya empieza a no parecerlo. Al menos en mi caso, las vueltas que da la vida lo han ido consumiendo casi sin darme cuenta.

A Frédéric le parecía que Anna —con el azul de los ojos cada vez más intenso y urgente— leía su mente y traducía a palabras sus pensamientos firmes aunque diluidos.

—Tienes toda la razón. Yo tengo la sensación de haber perdido el tiempo de una manera absurda, de haberlo derrochado sin sacar nada en claro. Nada realmente sustancial.

—Ya no se puede perder el tiempo, Frédéric —Anna hablaba con un tono levemente entrecortado, como si le faltara el aliento—. Ya no tenemos ese lujo. Si tenemos las respuestas habría que ir adonde nos lleven. Salvando los obstáculos y no enredándonos en menudencias.

Trabados como estaban en su conversación, no habían visto acercarse a Guido con su copa en la mano y el habano en la otra.

—¿Qué hacéis aquí, tan aparte? Os estáis perdiendo unas historias fabulosas. El padre de Gianni es un cofre de tesoros andante.

Le miraron entre la sorpresa y la incomodidad por haber roto el hilo que estaban tejiendo.

—Y no hay duda que eligió muy bien dónde asentarse —prosiguió Guido, pensando que estaba socializando a los dos insociables del grupo—. Estáis al lado de este ventanal y ni siquiera os habéis fijado en la vista. Mirad.

Con un gesto les invitó a asomarse desde la balconada abierta a la perspectiva del Rio del Megio avanzando hacia el Canalazzo y dijo después de una bocanada:

—Mirad qué vista. Ésta es la imagen. Sólo venecianos y lanchas del día a día, agua y adoquines, casas colgadas sobre el laberinto. Esta es la imagen auténtica de Venecia, este es el verdadero aspecto de la ciudad, el que debería perdurar, no el teatro de cartón piedra que se ha montado desde hace tiempo para turistas que no entienden nada de lo que ven.

Sólo Anna respondió al gesto de Guido, porque Giovanni reclamó a Frédéric para que resolviera una duda sobre el argumento de uno de los libros de Stanfill, discusión en la que se estaban envolviendo los demás. Nunca hubiera imaginado que entrar en una conversación sobre un buen libro le resultaría tan poco apetecible, ni tampoco que la calidad y cantidad de sus argumentos resultara tan poco controvertida por estar de acuerdo con la opinión general.

—Hoy estás desconocido, Fred. Ni un pero, ni un en modo alguno, ni nada por el estilo —le hizo notar Françoise.

Pero estaba dispuesto a no pasar un día más en la zozobra que le atenazaba desde hacía demasiados días, demasiados años. No iba a renunciar ni a huir, como había hecho en el pasado. Decidido: todas las vueltas que habían dado su mente y su corazón, como si hubieran vagado por el dédalo veneciano, acabarían en el punto de partida. Había dejado de existir el pasado, sólo habría presente.

***

Pasando de ventanal a ventanal en el centro del piano nobile, Guido y Anna seguían conversando sobre las impresiones que la ciudad les producía. O más bien era él quien, como veneciano de nacimiento y miembro de una de las familias más antiguas, hablaba sobre el sentimiento, la percepción que sus sentidos transmitían a su alma desde la tierra firme e infirme de la ciudad.

—Es un peso enorme, incalculable, lleno de historias de todo tipo, de fantasmas, de leyendas el que soporta esta ciudad tan liviana —apreciaba Guido.

—Y el peso de la historia, de muchos siglos, ¿no es así? —opinó Anna.

—En efecto, viene a ser lo mismo. Todo lo que ha generado su historia tan peculiar es lo que ha dado pie a ese peso invisible, incorpóreo, que soportan los hombros de esa alma tan intrincada.

—Y todas esas alarmas permanentes sobre la ciudad, sobre su hundimiento en el mar, tanto Save Venice, tanto Venice in Peril, ¿es realmente cierto ese peligro? ¿Crees que podrían acabar sus días? Todos estos edificios, tanta belleza, me parece tan imposible...

—No, la alarma real sobre el posible peligro que corre la ciudad no se refiere a la resistencia de sus estructuras, de los millones de estacas que la soportan, creo que eso tiene solución. Pero el peligro de hundimiento es, precisamente, el peso de tantas historias y visiones que inspira, de su gloria muerta hace siglos y revivida de forma permanente. Si Venecia se hunde, será ahogada en su propia ficción.

Retirándose discretamente como foco de atención de los demás, Frédéric dirigió la suya a la conversación entre Anna y su cuñado, parados ante el ventanal más cercano a su posición, de pie aunque de espaldas a ellos.

—En todo caso, es una ciudad que se deja amar intensamente, que se entrega intensamente a quien la ama —parecía concluir Guido, que al punto giró la conversación—. Y, hablando de amar, ¿qué te parece todo ese asunto de Stanfill y la mayor de los Rylands? No he oído tu opinión.

Anna tardó unos segundos en reaccionar.

—Qué me va a parecer. No entro a valorar los sentimientos ajenos.

—¿Conoces la historia de él? Me refiero a la historia de amor que mantuvo con su antigua novia.

—Sí, me la contó Frédéric allí mismo. Al menos lo esencial.

—¿Y qué opinas de ese cambio de actitud? ¿No es, por decirlo suavemente, chocante?

—Sí, puede ser —no se aventuró ella a ir más allá.

—¿Puede ser? Llevaba casi diez años sin levantar cabeza. Cuando su novia rompió la relación había dejado arrasada toda su vida sentimental, o así parecía ser a todas luces. Y casi de la noche a la

mañana se enamora perdidamente de otra mujer.

—Bueno, mejor para él, para su vida, ¿no es cierto?

—Sí, sí, por supuesto. No pretendo decir que debería seguir hundido en la miseria, ni mucho menos. Sólo me llama la atención ese cambio tan repentino, tan radical, el surgimiento de un afecto al parecer irresistible, después de haber amado tan intensamente y haberse consumido en tanto amor.

—Eso va en la naturaleza de las personas. Y me temo que, especialmente, en los hombres.

Frédéric retrocedió imperceptiblemente para acercarse algo más a ellos y escuchar mejor la conversación. Por su parte, Guido hizo un mohín de sorpresa antes de replicar.

—En la naturaleza de las personas, no cabe duda. ¿Pero nos atribuyes esa especie de veleidad a los hombres?

—Quizá no sólo a los hombres, pero sí especialmente.

—Me parece injusto.

—No sé si es justo o injusto, pero es así. No quiero ofenderos, ni ser injusta, pero los hombres olvidáis, cambiáis, dais vueltas con más facilidad. En la vida en general, y en los afectos más concretamente. Si ama de verdad, una mujer no puede olvidarse tan pronto de un hombre como el hombre se olvida de una mujer.

—No estoy de acuerdo con esa idea. El caso de Stanfill no puede ser representativo de todos los hombres. Tenía una vida demasiado solitaria, había tocado fondo en sus circunstancias personales, por lo que entiendo que sus sentimientos estaban dispuestos a desbordarse en cuanto se diera una situación como la que se produjo en aquella isla.

—Sí, puedo aceptar que el caso de Stanfill no sea representativo, porque se encontraba en una situación anímica muy particular. Pero no por ello dejo de opinar lo mismo. Y, pensándolo bien, ni siquiera ese caso es especial.

—¿No te parece suficientemente especial?

—Las circunstancias podían ser especiales, pero a fin de cuentas fue la naturaleza de él, su condición impetuosa, lo que le llevó a enamorarse

de Gina de una manera tan súbita. Debió de ser como un vértigo emocional. No deja de ser también representativo de la naturaleza masculina.

—No puedo aceptar eso. De acuerdo que hay diferentes naturalezas, eso es innegable, incluso de carácter emocional, pero yo creo que hay una analogía en el fondo, en nuestras almas.

—En esas almas las raíces son diferentes. En los hombres son más cortas, y permiten que el tallo del cuerpo y la energía crezca más, pero los sentimientos, los recuerdos, la fuerza de los afectos es más dada a caer cuando el viento es duro o no es favorable. Y en las mujeres ese tallo no es tan alto y robusto, quizá, pero las raíces son más fuertes y más hondas, tan fuertes como las emociones o los afectos. Por eso cuando amamos, amamos con más fuerza, con todo nuestro ser, y nos cuesta mucho más olvidar o borrar las huellas de ese amor, si es que se pueden borrar. Porque hay veces en que no se pueden borrar y perduran por mucho que pase el tiempo, aun después de perdida toda esperanza.

—Me temo que no vamos a poder estar ...

Un ruido de golpe seco interrumpió a Guido, e hizo que los dos volvieran la cabeza hacia Frédéric, que en su empeño de acercarse poco a poco a ellos, de espaldas, había golpeado con un tacón la pata de una mesilla auxiliar hasta casi derribarla. Alterado, con un rubor ostensible, volvió la vista y cruzó una mirada con los ojos inquietos y ligeramente humedecidos de Anna.

—Ten cuidado con lo que haces, Fred —le asaltó la voz jovial de Guido—. Aquí no hay cachivache que no tenga al menos un siglo y medio a las espaldas.

—No exageres, no exageres —dijo Giovanni desde su sillón—. Pero debe de ser que no le gusta demasiado este oporto, porque se aleja cada vez más de su copa.

Superando su vergüenza, Frédéric sonrió pero no hizo demasiado caso. Se acercó a la mesa de centro del grupo para tomar su copa y dar un sorbo, pero volvió a retroceder disimuladamente mientras proseguían las conversaciones.

—Está claro que en ese punto no vamos a llegar a un encuentro, porque ambos estamos cerrados en banda —oyó decir a Guido.

—No es que estemos cerrados en banda, sino que opinamos de distinta

manera, quizá dejándonos llevar más por nuestros sentimientos que por la razón —puntualizó Anna.

—Puede que así sea. Las experiencias personales cuentan mucho en estos casos, más que los razonamientos, que las teorías de psicólogos o expertos charlatanes.

—En mi caso así es, desde luego. Hablo desde situaciones que he visto de cerca, pero sobre todo desde la experiencia propia —dijo ella con la voz y la respiración algo entrecortadas.

—Ah, en tal caso es cierto que tienes un argumento irrebatible. Desde un punto de vista muy personal, todo hay que decirlo, pero irrebatible.

Con la vista fija en el suelo y los ojos brillantes conteniendo lágrimas, Anna enmudeció. Guido la observó preocupado e intentó suavizar la conversación.

—Creo que hemos llegado a un punto inconveniente. He ido demasiado lejos en...

—No, no, en absoluto —reaccionó ella, intentando forzar una sonrisa —. Además, la diferencia de criterios siempre enriquece una conversación.

Frédéric, que de nuevo podía escuchar la conversación, había vuelto la vista hacia ellos sin disimulo e intentó descifrar la humedad en los ojos de Anna. Guido le vio y aprovechó la ocasión para desviar la atención hacia algo más trivial.

—Fred, tenemos la copa vacía —le dijo en tono animado—. Hoy te veo muy parado, ¿eh?

Obedeció y fue a por la licorera. Al regresar, sólo pudo dejar de contemplarla lo justo para servir una medida en cada copa. Ella le devolvió la mirada con una expresión de incertidumbre, quizá preguntándose si él había escuchado toda la conversación, en la que había revelado no sólo sus sentimientos, sino su más íntimo temor. Pero Guido se encargó de entablar una conversación sobre próximos conciertos, conferencias, exposiciones y otros actos de la Bienal de ese año para los que, cómo no, tenía posibilidades de acceso. «Mañana os pasaré los datos de los saraos para los que tengo invitaciones».

Después Giovanni les reclamó su atención y se fueron integrando todos en la misma charla casual y plácida hasta entrar en las primeras

horas de la madrugada con la licorera vacía, los cohibas apagados y síntomas de sueño en los ojos.

Las despedidas de los invitados se demoraron efusivamente los encomios de la magnífica residencia, las muestras de afecto y las invitaciones de vuelta. Guido puso en marcha su Aquariva, pero fue su esposa quien se hizo cargo de los mandos

—Quita, quita, que a estas horas vas a confundir el agua con el oporto del que has abusado y nos vamos a pique.

—Cariño, vaya confianza que tienes en mí —protestó Guido.

—La misma que tú en la botella. Vamos, a ver si te serenas un poco con el fresco.

Condujeron a Frédéric hasta la altura de su apartamento antes de regresar al palazzo común.

***

Durante el trayecto, Frédéric pensó en confesarle a Anna lo que sentía por ella, en liberar ese corazón que pugnaba duramente por salir de su pecho, que galopaba más que palpitaba cada vez que estaba con ella o pensaba en ella —que ya era a todas las horas del día—. La presencia de Guido y Fanny, el ruido del motor, el ligero frío de la noche del que ella se protegía con una larga bufanda hasta el punto de que sólo se veían sus ojos, todo ello le inhibía. Incluso hubo un momento en que se decidió a hacerlo, pero al volverse hacia ella para declarar sus sentimientos la encontró mirando hacia la orilla opuesta y replegó su intención. Al final, se despidió con una mirada inacabable de entrega, pero de contenido oculto.

Ya en su apartamento, mientras se cambiaba de ropa y se aseaba no dejó de dar vueltas a su falta de iniciativa. Por una parte quería pensar que no había encontrado realmente un momento adecuado, pero al punto le asaltaba la idea de haber sido un cobarde, de no haberse atrevido a sincerarse de una vez por todas, fuera cual fuera el resultado. Y, a su pesar, esta última idea era la que se imponía: el miedo a ser rechazado nuevamente, a estar equivocado sobre los sentimientos de Anna, a que ella se dejara llevar por otros amores de carácter bien distinto que la rondaban tan de cerca. Ese miedo le

impedía proclamar el amor al que seguía entregado ocho años después de haber nacido, declararse ante ella con ese mismo amor, intacto y sin condiciones.

Con la luz apagada, la cabeza recostada sobre las manos cruzadas en la almohada, con sus ojos abiertos a las luces nocturnas que entraban por el ventanal del dormitorio, su mente giraba como un carrusel en varias direcciones, pero en todas ellas encontraba consternación. Su única idea fija era vencer la desconfianza en sí mismo, eliminar su encogimiento inaceptable ante la idea de manifestar el sentimiento más grande, hondo y limpio que había sentido por nadie, por nada de este mundo. No tenía nada de qué avergonzarse, nada por lo que sentir el menor reparo. Quizá ella había dejado de mantener su afecto, y, si así fuera, sentiría un dolor intenso por esa pérdida, pero en modo alguno debería por ello sentirse humillado.

Al cabo de un largo rato, se decidió: al día siguiente, fuera como fuese, de una manera u otra, se confesaría ante Anna. Iría a buscarla a su casa lo antes posible, por la mañana, y dejaría a su corazón explayarse sin medida. Lo que ocurriera después ya no dependía de él. Pero los miedos no desaparecieron. ¿A qué hora debería ir? ¿Y si no la encontraba? Debería entonces llamarla antes por teléfono. Pero, ¿si le preguntaba el porqué de tanta urgencia? Debería refrenarse. Pero no podía. Había perdido tanto tiempo que el perder unas horas más le avispaba, le producía una ansiedad difícil de soportar. El azar, a veces, jugaba pasadas muy crueles. ¿Y si justo se adelantara por unas horas ese...?

«El teléfono...» Le sobrevino una idea: quizá podría declarar sus sentimientos en el mismo momento en que ella abriera los ojos, o quizá incluso en cuestión de minutos si por alguna casualidad aún se hallaba despierta. Esa mensajería, ese WhatsApp que ella misma le enseñó a utilizar durante el crucero, y al que se había acostumbrado a manejar diariamente mientras Luigina estuvo en el hospital, iba a ser su guindola en esa terrible marejada. Le expresaría sus sentimientos en ese mismo instante, sin esperar a nada más.

Se levantó de un salto, encendió la luz y localizó su móvil. Localizó con nervios la aplicación y el contacto de Anna, en cuyo perfil contempló una fotografía de la isleta del lago en el parque St. James que realizaron juntos y retocaron difuminándola como si fuera un cuadro de Renoir. El corazón casi se le paró de la emoción. Esa foto no llevaba ahí más de dos o tres semanas, porque la última vez que vio su perfil había una singular imagen de El paron de casa (el campanile de San Marco). ¿Significaba eso realmente lo que creía? Los dedos le

temblaban al teclear. Realizó varias respiraciones prolongadas con los ojos cerrados para relajarse y concentrarse. Cuando lo consiguió en buena medida, tomó el teléfono de nuevo en sus manos y comenzó.

Las palabras le vinieron de una forma tan natural que parecían estar suspendidas sobre él, como si estuvieran dispuestas a que tan sólo las tomara y las volcara por escrito.

Tecleó durante varios minutos, más por impericia que por la extensión de sus palabras. Cuando vació su corazón en ese aparatito electrónico sintió quitarse de encima el peso de varios años de apatía plomiza sin sentido. Pero no se calmó su inquietud: se arrepintió a los pocos minutos. «¿Qué he hecho? Y además por escrito... ¿Cómo puedo ser tan imbécil?» Incluso se le ocurrió la absurda idea de eliminar el mensaje. Hasta que, definitivamente, aceptó lo hecho. Y, para rubricarlo, tomó de nuevo el móvil y añadió un nuevo mensaje:

Mañana estaré en el Cafè Venezia (¿recuerdas?) por la tarde, a las 4, en el velador de siempre. Si no puedes acudir, házmelo saber y estaré donde tú me digas. Si no quieres, nunca volveré a importunarte, y lo entenderé.

Volvió a apagar la luz y se acostó de nuevo. Los ojos no se le cerraban; su mente y su imaginación seguían dando vueltas de un lado para otro, viajando en el tiempo y en el espacio. Pero, al final, cansado de tanto y tan largos viajes, a punto de despuntar el alba se quedó dormido.

XV

Cayó en un sueño a medias plácido, a medias agitado. Siguió viajando a través de ese mundo inconsciente influido por su agitada consciencia; hasta tal punto que, al despertar, cegado por la intensa luz que atravesaba el ventanal, le costó situarse dónde estaba y reconocer que regresaba a la vigilia. Y fue también un sueño largo, porque al mirar el reloj de la mesilla vio que pasaban de las dos y media.

Recordó la cita al punto y se levantó para acicalarse a conciencia después de echarse al coleto con rapidez un café y una tostada. Consultó varias veces el teléfono, pero no había respuesta alguna de Anna. ¿Lo habría leído? ¿Acudiría a la cita? Al menos no había recibido una negativa, un rechazo; nada indicaba que el mensaje hubiera sido mal acogido. Y a esa esperanza quiso aferrarse. Localizó la tarjeta del Venezia, que unos días antes le había entregado el dueño mientras conversaba varios cafés con Guido, para reservar la mesa que daba a la ventana junto al tranquilo Rio dei Scoacamini.

Salió de casa con tiempo más que suficiente para llegar a la hora propuesta, así que optó por desenredar la maraña caminando. Se dejó llevar por los continuos letreros indicativos “Per San Marco” cuando llegaba a alguna encrucijada que no dominaba, porque desde el entorno de la Piazza sabía llegar al café donde hubieron compartido tantas palabras, silencios, manos enlazadas y miradas inacabables.

Había en él un detalle insólito, y es que llevaba el teléfono móvil en la mano, comprobando cada pocos minutos si había algún mensaje nuevo. Como iba a llegar con demasiada antelación, se dedicó a deambular por los alrededores de Bacino Orseolo. La temperatura, el cielo sin amenaza de lluvia y una hora en que la presión de los turistas disminuía invitaban a pasear con calma, sin apretujones ni agobios.

A las cuatro en punto entró en el café y accedió al velador que había reservado, un espacio recoleto y acogedor, con sus sillones Luis XVI junto al ventanal. Le indicó al camarero que encargarían los cafés más tarde, cuando la otra persona llegara.

Contempló las góndolas deslizarse con pereza y la perpetua marejadilla que lanzaban contra los edificios sin dejar de atender la pantalla del móvil cada pocos instantes y sin querer ser consciente de

lo que ocurriría en cuanto llegara. Le daba vértigo pensar que en cuestión de minutos su vida podría cambiar por completo en un sentido o en otro, dependiendo de lo que ella le dijera. Sus esperanzas tan pronto caían en picado como remontaban, según llegaban a su cerebro las razones por las que ella podría rechazar o aceptar de nuevo su intacto y crecido amor.

Al cabo de un buen rato sin que Anna apareciese y sin recibir mensaje alguno, se decidió a pedir el habitual macchiatone para aligerar su inquietud, que iba creciendo minuto a minuto. Y es que en eso también se diferenciaba de casi todas las mujeres que había conocido: ella era siempre puntual en todo tipo de citas. El tiempo discurrió con pesadez y el contenido de su taza desapareció entre continuas miradas a la entrada del café, a la pantalla del móvil y al reloj. A las cinco menos cuarto pidió otro de lo mismo bajo la mirada titubeante del camarero, que tenía órdenes de su jefe para sacar más rentabilidad a la mejor mesa del establecimiento, y no se decidió a desalojarle porque le constaba que era un buen amigo del escritor Gauli. Pero el tiempo siguió su curso sin que nada ocurriera. Ninguna presencia, ningún mensaje. Y, al cabo, ninguna esperanza. Anna no iba a acudir.

Esperó unos pocos minutos más, pagó la cuenta con generosa propina y salió del café. Permaneció junto a la entrada, confuso y desalentado, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Lo cierto es que no había afrontado la posibilidad de que ella no se presentara. Se había preparado para el rechazo, para la duda, pero no había pensado en la ausencia; no concordaba con su forma de ser un silencio absoluto por respuesta. Si tuviera que decirle «no», se lo diría a la cara como hizo en su día.

Pero era lo que había, y en ese punto acababa todo. Además, en modo alguno podía achacarle nada, ni siquiera ese silencio. A ese punto final había llegado él solo, por sus medios, sus acciones y omisiones, su rencor, su cobardía. Era él quien, en el fondo, la había rechazado nada más acontecer el prodigio de su reencuentro; ella sólo respondía de la forma más natural y lógica a ese rechazo. Se sentía incluso ridículo por haber enviado un mensaje en que le confesaba sus sentimientos; ridículo por la indignación, si no el desprecio, con que ella lo habría leído. Él, que siempre tenía a gala no precipitarse en sus decisiones, que siempre hacía guiar sus actos y pensamientos por la razón y la prudencia, se había dejado llevar por una irreflexión que le había conducido a esa situación tan mortificante. ¿Cómo podría volver a verla sin morirse de vergüenza? Tendría que aprender a vivir con esa losa, con esa pesada mancha en su interior; aprender a vivir sin el amor que la fortuna le había regalado, sin la persona que encajaba a la perfección con su forma de ser, de sentir y de pensar. Si es que eso

era vivir.

Pasadas las cinco y media volvió a mirar el móvil por última vez: sólo encontró el aviso de que su batería estaba a punto de agotarse. Lo guardó en un bolsillo de su chaqueta y se puso en movimiento sin saber hacia dónde ni por qué. Los pasos le fueron llevando sin rumbo, con la mente enredada y el ánimo roto. No le apetecía ver a nadie, ni tampoco ir a ninguna parte, ni siquiera a su apartamento. No quería hacer nada, preferiría no hacer, prefería no sentirse vivo.

Ya empezaba a anochecer cuando desembocó en la calle Vallaresso, que conocía bien y reconoció por sus tiendas de lujo. Entonces se le ocurrió dirigirse hacia el final de la calle, que desembocaba en Bacino San Marco. En la parada del mismo nombre embarcó en la línea 1 del vaporetto, la de los turistas, aunque a esa hora no iba ni mucho menos lleno; se acomodó en un asiento junto a la ventana y se dispuso a que el tiempo le llevara adonde quisiera. Tenía toda la noche por delante. Pero más allá de esa noche no acertaba a ver nada.

***

Ese día Anna se despertó mucho más tarde de lo habitual. Regresó de la velada en casa de los Rylands a una hora avanzada de la madrugada. Y las emociones que vivió, las conversaciones con Guido, con el propio Frédéric, o el viaje de regreso en que notó a éste pendiente de ella pero con palabras atascadas cuando poco antes habían fluido de manera tan natural, todo ello la dejó agotada mental y emocionalmente. Por eso había dormido como un bebé, disfrutando un sueño largo y profundo que la había dejado relajada por completo.

Se levantó y encontró vacío el enorme piano. Estaba sola porque su padre y su hermana Lesa habían salido para almorzar en casa de la contessa y acudir después a algún otro acto de los que poblaban sus días invariablemente; pero ella no lo sabía, nadie la había avisado. Después de la ducha y un café se vistió de modo casual, dispuesta a disfrutar de la soledad palaciega.

Pero conocía bien a su familia; quizá le hubieran dejado algún mensaje pidiendo que fuera más tarde, y regresó al dormitorio para buscar su teléfono móvil y comprobarlo. No le agradaba mucho esa labor, porque diariamente recibía mensajes indeseados que muchas veces eliminaba sin siquiera haber leído. Buscó y rebuscó en su bolso,

en otro bolso, en la mesilla de noche, en el hall, en el salón, por todas partes, pero no pudo encontrarlo. Hizo memoria y cayó en la cuenta de que quizá lo había dejado olvidado en el salón de los Rylands: después de quitar el sonido y leer unos mensajes que habían sonado con estridencia lo tuvo jugueteando entre sus manos, pero no recordaba qué hizo o dónde lo guardó.

Llamó por la línea fija a su hermana Maria y confirmó que, en efecto, habían encontrado su teléfono sobre el sofá donde había estado sentada antes de marcharse.

—Pasaré a recogerlo esta tarde, ni no os importa —dijo Anna.

—Pasa cuando quieras, mujer —contestó Maria—. Esta tarde no estaremos Gianni y yo, pero estará Erica o en todo caso estará Gaetana. Las pondré sobre aviso para que no te entretengan.

La hora del almuerzo había pasado de sobra, por lo que se dedicó a ordenar algunos cuadernos y libros que iba a llevarse al empleo de becaria añosa que un contacto de su padre le había conseguido en la Universidad Ca' Foscari como si fuera el no va más. Más tarde hizo un té algo adelantado y se desplazó hasta el Corner Belloni. Como había imaginado, la recibió Gaetana, la gobernanta del palazzo, que le entregó su móvil con una amabilidad fría y distante.

Tenía previsto dar un paseo distendido por las Zattere antes de la cena, pero al salir de nuevo a la calle e intentar encender el móvil, se encontró con que estaba descargado. Había pasado noche y día encendido, y la batería se había agotado. Como tenía tiempo de sobra (quizá lo único que le sobraba, a su pesar) decidió postergar el paseo y regresar antes a su casa para cargar el teléfono. Entre el ir y venir de los vaporetti demoró el tiempo para pensar y repensar su vida, para intentar encontrar un orden, buscar la forma de mitigar el caos.

Pero en el fondo no quería mitigar ni ordenar nada. En los últimos años había venido manteniendo un precario equilibrio anímico, y lo que había producido el caos era un verdadero soplo de vida. Su corazón latía desacompasado desde que Frédéric había vuelto a aparecer. No podía dejar de discurrir sobre la actitud que él mostraba y a ella no se le escapaba, y la llenaba de esperanza; pero no quería romper esa especie de hechizo, esa esperanza real o ilusoria, porque al menos estaba en su vida de nuevo. No quería dar un paso en falso y perder de nuevo su presencia, su delicadeza, su genio; si no el tesoro de un amor igualable, al menos el bálsamo de una amistad limpia y sin trabas. Lo único que le impedía disfrutar y conservar ese bálsamo

era su corazón, que una y otra vez la traicionaba, la ponía en evidencia, se desbocaba ante una mirada intensa, una mano estrechada o una palabra afectuosa, esos gestos que a él siempre le salían de forma natural, sin apenas darse cuenta.

Al entrar de nuevo en su casa puso el móvil a cargar y lo mantuvo un buen rato mientras se entregaba a la agradable lectura del último libro de Guido Gauli, que le ayudaba a conocer un poco más el alma de esa bizantina ciudad. No supo cuánto tiempo transcurrió, pero cuando estimó que era suficiente se echó de nuevo la parka y el bolso encima, desconectó el cargador y se lanzó de nuevo al pretendido paseo.

Encendió el teléfono por el camino y cuando estaba llegando a la parada de vaporetto de Sant'Angelo empezó a comprobar las llamadas perdidas y mensajes pendientes. Tenía varias llamadas perdidas de Lesa y Achille Bondumier. Y en WhatsApp unos cuantos mensajes pendientes de un grupo de amigas, varios más de los mismos, hermana y pretendiente. Pero sus pasos se pararon, y casi también el corazón, cuando vio dos mensajes pendientes de Frédéric. Nunca le había enviado un mensaje, ni siquiera le había llamado por teléfono a pesar de que se habían intercambiado los números desde antes del crucero.

Un mensaje de Frédéric... Su casi infalible intuición le decía que en el contenido de esos mensajes podría estar el camino por donde transcurrirían sus días en lo porvenir. En ese instante todo era posible, lo mejor y lo peor, lo posible y lo que creía imposible. Pero tenía que decidirse, no podía ni quería mantener por más tiempo la duda. Se retiró hacia el inicio de la estrecha Fondamenta del Teatro, de cara al Canalazzo, y abrió el primer mensaje.

No dejo de darle vueltas a la misma idea. ¿Por qué nos hemos vuelto a cruzar? Casi del mismo modo que la primera vez, en sincronía. La sincronía que nos unió desde el primer minuto. Creo que no ha sido una simple casualidad.

No era consciente de que te he recordado cada día durante los últimos ocho años. Por eso pienso que no se trata de un pasado que retorna, sino un presente que no pasa, que no se pierde en el transcurso de la vida. Un presente que no quiero perder. Después de tanto tiempo apareces de nuevo en mi vida, y en cuestión de días despejas mi oscuridad y abres un horizonte de sentimientos, de emociones que creía olvidadas y muertas. Pero, a pesar de ese milagro, yo me he comportado como un rencoroso, ciego y cobarde, como si pretendiera echarlo a perder.

Por eso me debato entre la agonía y la esperanza. No quiero creer que sea demasiado tarde para mantener vivo ese amor tan puro, innato en nosotros. Por eso necesito romper este silencio cobarde para decirte que te quiero con toda la intensidad con que te he amado en mis sueños durante tu ausencia. Jamás he amado a nadie ni podría amar a nadie como a ti. Te amo con toda la inmensa fuerza y pasión que sólo puedo darte a ti, la única dueña de todo ese amor, la dueña de ese inmenso mundo que sólo nosotros sabemos y podemos vivir.

Tuvo que recostar la espalda en la fachada del edificio junto al que se había detenido para recobrarse del aturdimiento que le produjeron semejantes palabras. Tuvo que leerlas dos, tres veces para convencerse de que eran reales, de que iban dirigidas a ella. La sensación que traspasó y colmó todo su ser, y que reconoció como felicidad, le hizo perder la noción de todo.

Poco a poco, aún recostada sobre la pared y con el móvil en su regazo, fue recobrando la consciencia. Pero un último resorte del inconsciente la alarmó y la trajo de golpe a la realidad. Había un segundo mensaje que no había llegado a leer.

Mañana estaré en el Cafè Venezia (¿recuerdas?) por la tarde, a las 4, en el velador de siempre. Si no puedes acudir, házmelo saber y estaré donde tú me digas. Si no quieres, lo entenderé, y nunca volveré a importunarte.

¡No, eso no, jamás! ¡Cómo no iba a querer! Pero miró su reloj: las cinco y media pasadas. Y, aunque no estaba muy lejos ese café, tardaría al menos diez minutos en llegar. No podía ser...

Se puso en marcha a paso ligero, corriendo en algunos tramos. Sólo aminoró un instante para buscar el contacto de Frédéric y llamarle. Lo hizo dos, tres veces, mientras continuaba su paso rápido procurando no despistarse en el dédalo. Pero no obtuvo más contestación que «el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura». Al llegar al Campo San Luca se confundió de bocacalle y tuvo que desandar un trecho, deprisa y mirando el reloj.

Cuando llegó al Cafè Venezia eran casi las seis menos diez. Entró para ver ocupada por cuatro turistas escandalosos la mesa que le había indicado; recorrió con la vista el resto del local, pero no estaba. Un

camarero se dirigió a ella para ofrecerle una mesa, y le preguntó si había estado un hombre solo en la que daba al río, y terminó de caérsele el alma a los pies: «Sì, un amico del signor Guido, ma è andato lungo». Era una broma del destino demasiado macabra.

Al salir del café volvió a marcar el número de Frédéric y obtuvo la misma respuesta. Llamó a Maria para saber si estaba con ellos o habían previsto verle, obteniendo también una respuesta negativa. No tenía el número de los Gauli, por lo que llamó de nuevo a su hermana para que se lo facilitara.

—No, no hemos tenido noticias suyas, querida —dijo Françoise cuando pudo contactar con ella—. Pero con lo dormilón y zoquete que es seguro que ha estado durmiendo hasta las tantas y está holgazaneando en su apartamento. ¡Mira que tener el teléfono apagado! Qué desastre de hombre.

Ante el silencio consternado de Anna, la intuición llevó a Françoise a tirarle de la lengua:

—Pero si es algo urgente podemos tratar de localizarle. Vamos en lancha hasta su casa y le...

—No, no, no es nada urgente —se justificó Anna—. Es que tenía un mensaje suyo y no he podido responderle. Ya... ya verá la contestación cuando tenga el móvil abierto.

Después de lanzar esa verdad a medias, porque no se atrevió a revelar la verdad completa, no le quedaba otra que intentar encontrar a Frédéric en su apartamento, pero ella sola. Ella sola debía arreglar lo que había estropeado. Por segunda vez en poco tiempo fue hasta las puertas de la casa de Frédéric sin previo aviso. Sólo esperaba y rezaba por que no fuera demasiado tarde.

Llegó casi al oscurecer. Llamó varias veces, pulsando el timbre exterior y golpeando la puerta, pero no obtuvo respuesta. Como en aquel otro día que vino a buscarle, quiso encontrarse con la suerte dando tiempo al tiempo. Esperó: de pie junto a la entrada al edificio, dando vueltas alrededor y sentada en el escalón aledaño a la puerta; se levantó para dar vueltas de nuevo, pero, desgastada por el cansancio, volvió a sentarse en el escalón, apoyándose de costado en una de las jambas de la puerta. Esperó hasta desesperar durante un tiempo que se le hizo eterno.

La suerte no quiso esta vez encontrarse con ella. El mundo se le había puesto en contra, como si quisiera obligarla a rendirse. Frédéric

parecía no estar en ninguna parte, o al menos no aparecía para ella. ¿Se habría marchado de nuevo sin previo aviso? El presentimiento de que lo había perdido crecía a cada minuto hasta tornarse insoportable. Se estremeció de pies a cabeza mientras el mundo se desvanecía.

***

Dejándose llevar en el tiempo por su mente y en el espacio por el vaporetto, Frédéric consiguió amortiguar el dolor que se había infligido a sí mismo al provocar el rechazo de Anna. Se había portado con un nivel de torpeza tal, que ella ni siquiera se había molestado en contestarle. Llevaba en sí un amor ilimitado, sin condiciones, entero para ser vivido con toda la intensidad de un corazón entregado, y lo había arrojado a la nada, a un vacío irreversible.

Fue rumiando su pesar, repasando su forma de ser y actuar, reconociendo tantas faltas y errores durante el trayecto inacabable hasta Santa Chiara. Pero nada más plantarse en Piazzale Roma, entrar en ese otro mundo, esa ciudad tan distinta y alejada —con vehículos, docenas de personas acarreando sus maletas, edificios modernamente feos, ansiedad, luces estridentes y ruido— se sintió en la más dura soledad, se vio minúsculo. No tardó en embarcarse a toda prisa en el batèlo de regreso.

Acabó llegando hasta el Lido, al final del trayecto, y consiguió lo que quería: acabar aburrido. El hastío acabó con la espiral de aturdimiento mental y espiritual en que se había encerrado desde esa infausta media tarde. No era la cura, ni la solución, sino tan sólo una anestesia temporal. Había conseguido mirar sin pensar, ni siquiera captar lo que veía; concentrar sus sentidos en la mera forma, en meros órganos corporales, sin sustancia ni fondo. Triste, pero cómodo; vacío, pero indoloro. Al menos mientras durase el efecto de ese estupefaciente vital.

Una ráfaga de aire frío y húmedo le hizo volver de algún modo a la realidad, atarse un botón más de la chaqueta y subirse las solapas y el cuello buscando un poco más de abrigo. Al escuchar las campanadas de Santa Maria Elisabetta se le ocurrió mirar el reloj: eran las once. Aunque no tenía motivos, empezó a notar muy cansado ese cuerpo sin alma, y decidió que una cama y una buena ración de silencio era lo que más necesitaba, más que cualquier otra cosa, incluso que la cena

—nunca perdonada y hoy olvidada—. Desanduvo la parte de la Riviera por la que había ido arrastrando los pies y llegó a punto de entrar en el primer vaporetto de la línea nocturna para regresar a su apartamento.

La laguna envuelta en la noche le producía una sensación amniótica, de flotar en un mundo paralelo sin avanzar hacia ningún destino, en ninguna dirección. Sin duda, esa noche acabaría de forma apacible. Al día siguiente, al despertar, ya afrontaría la vida de otra manera, como se afronta la realidad. Se apeó en la parada de Ca' D'oro, y poco después se deslizó por la estrechísima pero iluminada Calle Priuli para llegar a su apartamento. Escuchó las campanadas de la media noche en contrapunto con el sonido de sus pasos, remarcando su soledad.

Según se acercaba a la puerta del edificio la luz de la farola más próxima fue iluminando una figura que para él era capaz de irradiar más luz que mil estrellas. Le pareció una visión mágica, de puro irreal. Se acercó lentamente, como si no quisiera espantar esa visión, como si pudiera desaparecer con cualquier movimiento rápido o brusco. Al llegar a su lado Frédéric se agachó y, con el corazón terriblemente acelerado, acarició con suavidad y ternura el rostro de Anna, que se había quedado dormida esperándole, apoyada en la puerta y la cabeza reclinada en una jamba. Pasó los dedos por sus cabellos, más oscuros que nunca a la luz de la noche, atusando su flequillo; acarició su mejilla, en la que una estela vertical resaltaba sobre su leve maquillaje. Hubiera permanecido fascinado de esa manera durante siglos, de no encargarse la propia Anna de aumentar el hechizo abriendo repentinamente sus ojos como lunas llenas, primero alarmada y al punto maravillada, notando que el corazón se le salía por una boca apenas capaz de susurrar: «Frédéric, Frédéric». Aún sentada se abalanzó sobre él, que tuvo que apoyar en el suelo una rodilla para no caer y fundirse en un abrazo apasionado e inacabable.

La resistencia emocional de Anna decidió que era el momento de liberar su ánimo rompiendo a llorar de forma incontenible en brazos de un Frédéric entregado sin límites a cuidar y mimar esas lágrimas de consuelo con ternura y afectos que se dirían acumulados durante toda su vida. No hubo tiempo ni espacio, ni noche ni frío, nada; no había nada más allá de sí mismos, ninguna medida más allá de sus abrazos, sus besos humedecidos por las lágrimas y entorpecidos por la emoción. Ni verdad ni consciencia. Sólo ellos, enredados en sí mismos, restaurando las redes de su interior compartido, como si acabaran de renacer.

En un minuto de lucidez Frédéric sopesó conveniencias y moralidades,

y decidió que el cansancio físico y la extenuación anímica de Anna eran motivo suficiente para entrar en el apartamento y descansar toda la noche si era preciso. Y así lo hizo, la condujo al interior, al mismo sofá cálido y cómodo en que se hubo sentado la primera vez, mientras encendía la calefacción y preparaba café, que ella agradeció al recibir su taza humeante y confortadora.

Luego, quietos, mirándose a los ojos después de un beso inextinguible y de abrazarse sin medida, intercambiaron los mismos sentimientos, las mismas intenciones que una vez parecieron firmes, invulnerables, pero que tantos años de lejanía y distanciamiento parecían haber ahogado. La constancia en su afecto había mantenido su entereza en contra de toda fatalidad y sobreponiéndose a la más negra desesperanza. Más aún, la felicidad que se había demorado en esa distancia era ahora en su reencuentro mucho más intensa y prometía una fortaleza aún mayor que en el pasado porque tenían más ternura y más vehemencia, percibían la verdad más absoluta en su amor.

En sus corazones surgió la impaciencia por recuperar todas las vivencias ya compartidas y por compartir; desaparecieron las fatigas y los cansancios de cuerpos y espíritus, deseosos de recomponer la maraña de hilos de vida que los unían, no cabía ya duda alguna, para siempre, en medio de una noche que simbolizaba toda una vida por delante.

XVI

Las palabras llegaron más tarde, y se prolongaron a lo largo de la noche. Sentados en el sofá, con sus tazas, frente a frente, devorándose y vaciándose con la mirada, destaparon y compartieron todas las agitaciones por las que habían pasado desde su reencuentro.

Empezaron coincidiendo en la angustia que ambos habían padecido en las horas anteriores, cuando él creía que había sido despreciado «con toda la razón», y ella pensaba que le había perdido por una mala pasada del azar. Confesaron el vértigo de haber estado a punto de perderse el uno al otro de manera absurda, y esa vez para siempre. Se contaron todo lo que habían hecho y deshecho en cada caso, compartiendo el asombro, los sentimientos más tiernos y hasta el buen humor. No dejaron de hablar de los días anteriores, en que caminaron por el filo de su unión o de su separación definitiva. Y poco a poco se remontaron hasta su encuentro en el aeropuerto para recrear paso a paso cómo se fueron envolviendo en la trama de sus afectos.

Retornaron a las lágrimas que a ella se le escaparon y él no vio contemplándola de espaldas sentada en Zattere; lágrimas por la pérdida de toda esperanza. También recrearon su encuentro en Torcello, lo que ambos tomaron por una nueva ilusión, el día más feliz que habían vivido en mucho tiempo. Evocaron detalles que habían interpretado de formas distintas o con el mismo tempo anímico, que los alejaban o acercaban con un sentido que sólo ahora eran capaces de comprender. Y es que, a fuerza de descubrir y compartir pequeños detalles de grandeza emocional, se habían anclado el uno en el otro con una amarra —ahora sí, lo sabían— irrompible desde el mismo día en que se conocieron.

La conmoción, la ignorancia del pensamiento de cada cual, la delicadeza discreta de Frédéric, la adorable sencillez de Anna, todas aquellas sensaciones y emociones juntas habían acabado por despejar su camino y llegar a ese abrazo infinito.

—Ese mensaje... Frédéric, todo lo que escribiste en ese mensaje, ¿todo eso es cierto? —preguntó ella con alma y ojos abiertos como cielos.

Con todo el ardor de su corazón, Frédéric confirmó que era cierto hasta la última coma. Nadie podría compararse a ella en elegancia y belleza interior, nadie podría ocupar ni una pizca de su corazón

porque le pertenecía a ella por entero. Cierto que había sufrido hasta el punto de haber pretendido olvidarla y que había sido injusto deliberadamente con sus méritos a pesar de haber tenido la oportunidad de valorarlos de nuevo. Pero sólo después de lo ocurrido en Corfú había empezado a ver de nuevo, a verla a ella de verdad y a verse a sí mismo por dentro. Allí empezó a tener conciencia de la enorme y esencial diferencia entre la apacibilidad y la resolución de espíritus serenos y la obstinación y el aturdimiento de la voluntad exaltada. Todo empezó a señalar en la dirección del carácter de Anna como la misma perfección, la conjunción de ternura y fuerza, de atrevimiento y serenidad. Allí empezó a darse cuenta de la estupidez del rencor y el orgullo mal entendido que habían decidido rechazarla cuando volvieron a encontrarse y de la torpeza cometida al pretender huir de sí mismo, renunciar a su verdadera condición sin enfrentarse a la grandeza de su destino y renunciar al inmenso favor que le había sido otorgado por la vida.

Había huido —o había intentado huir— marchándose a casa; intentó retomar rutinas inanes y vacías, como también intentó pasar unos días de olvido y tranquilidad en Berkshire. Pero todo fue inútil. La ceguera de espíritu no se puede curar escapando de uno mismo.

—Cuando regresaste ya no eras el mismo —dijo Anna—. Fue lo primero que me llamó la atención.

—¿No? ¿De verdad?

—En absoluto —prosiguió ella moviendo la cabeza—. Tu actitud era tan distinta, eras casi de nuevo el Frédéric que me enamora, divertido y mágico. No rehuías la mirada, volvía a ser tan intensa como eran intensos tus esfuerzos por controlarte. Al principio me confundiste, porque no sabía interpretar bien lo que querías decir, lo que significaba esa actitud.

—Porque yo tampoco sabía a ciencia cierta qué decir. Había vencido a mi estúpido rencor, pero tenía miedo de que tú ya no conservaras el menor afecto, sobre todo después de haber vuelto a desaparecer. Y ese miedo... —hizo una pausa para dejar su taza vacía y acariciar una vez más el rostro de Anna— Ese miedo fue lo que más me costó vencer. Lo estuve rumiando durante días y días, pero sólo conseguí decidirme el día del concierto.

Fueron capaces de compartir en silencio y mirada todas las impresiones, la exaltación y el sinsabor de aquella noche, desde el momento en que ella fue a su encuentro en el foyer de La Fenice hasta

el momento en que apareció Bondumier para llevársela. Un vaivén de sensaciones marcadas por la esperanza o el desaliento y que acabó de la peor manera posible.

—Hasta aquel momento no supe discernir que estabas realmente celoso, muy celoso —dijo Anna en una pausa de él—. Pero no debiste dudar de mí.

—¿Cómo no dudar? Verte en medio de toda esa gente que me desprecia, ver a ese mequetrefe de Bondumier a tu lado, pavoneándose y sonriendo, pasando de largo. Además... Además, pensar que los que te rodean, la gente que tiene ascendiente sobre ti, todos querrían verte casada con él. Tenía todos los apoyos posibles. Y yo sólo un miedo paralizante y unos celos espantosos.

—Unos celos que me dolieron doblemente desde el momento en que los pude ver —afirmó ella, retirando también su taza y con expresión más inquieta—. Sí, es como si te hubiera pagado con la misma moneda. Me horrorizó la idea de que pudieras pensar que me estaba vengando o algo parecido.

—¿Vengando? —la extrañeza duró muy pocos segundos— Ah, claro.

Para vergüenza de Frédéric, Anna le reveló que, mientras duró su affaire con Luigina, no pudo reprimir unos celos lacerantes.

—Pero no fue, en realidad, nada... —quiso justificarse él.

—Pues fuera lo que fuese, me sentí ahogada en celos. Era una competidora contra la que nada podía hacer. Es arrolladora, bellísima, atrevida, alegre, y todo el mundo os consideraba la pareja perfecta, todos vuestros amigos se felicitaban por esa unión y todos la apoyaban.

—Todos menos Fanny —objetó él.

—Lo que dice mucho de ella —dijo Anna tornando su expresión con una sonrisa.

Cuando se enteró del enamoramiento de Luigina y Stanfill, a ella la invadió un torbellino de emociones y pensamientos contradictorios.

—Primero me volví loca de alegría, mi corazón empezó a saltar de contento —confesó—. Volvía a tener esperanza. Pero luego pensé en tu dolor, en tu resentimiento no sólo con ella, sino con tu amigo David, y me avergoncé de mí misma.

—No fuiste la única. Pero todo eso fue culpa mía. Consentí que todos pensarais que teníamos una relación seria, profunda, que nuestros caracteres encajaban, cuando no era más que una ofuscación, sobre todo por mi parte.

—Era lógico pensarlo. Pero sólo me preocupaba tu estado de ánimo. Quería... necesitaba verte para saber realmente cómo estabas.

—Y viniste hasta aquí en plena acqua alta sólo para verme —casi exclamó él abrazándola y después tomando la cara ruborizada de ella entre sus manos—. Qué ciego y cobarde... Aquel día tenía que haber terminado todo, teníamos que haber terminado así, como estamos ahora, sin tantos malentendidos ni tan malos tragos que te he hecho pasar.

Anna negó con la cabeza:

—No, tú no...

Frédéric la silenció posando suavemente un índice en su boca, dejando a sus ojos toda explicación. Después se recostó en el sofá y la atrajo hacia sí; ella se abrazó y recostó la cabeza en su pecho. La penumbra, el silencio, el contacto, el latido acelerado, su mundo. Se dejaron mecer por el tiempo, que después de aquellos años de separación por fin corría a su favor, liberados del peso de temores y arrepentimientos. Por fin estaban juntos, como ansiaban, como debían haber estado desde un principio sin final.

—Anna, si poco después de haberme ido de aquí en aquel momento te hubiera rogado poder regresar contigo, ¿qué habrías contestado?

—Te habría rogado yo que volvieras —contestó ella rápidamente.

—¿Qué? —preguntó él desconcertado.

—Te habría suplicado que volvieras, y si no lo hice fue por estar tan avergonzada y tan humillada que no me atreví. Te había echado de aquí, te había empujado fuera de mi vida, y ya no creí merecer nada más de ti nunca, ni siquiera que me dirigieras la palabra.

—¡Santo Dios! Lo estuve pensando, día tras día, durante mucho tiempo, y al final no lo hice por un estúpido orgullo, por un resentimiento inútil. Todos estos años de separación y de dolor podían haberse evitado con una llamada, una carta, algo tan sencillo, y no lo hice. Y ahora que te he vuelto a encontrar... casi vuelvo a arrojarte de mi vida.

—No, por favor, no pienses más en eso. Y no fue por tu culpa en absoluto. Fui yo quien lo estropeó todo —dijo Anna en un susurro tan sincero como somnoliento.

—Soy mucho más feliz de lo que merezco, porque todo ha sido cuestión de buena suerte, no de merecimiento. Es una lección de humildad por la que tengo que dar gracias de todo corazón.

Ella no respondió, porque ya había caído en las redes del sueño, vencida por la fatiga más feliz de su vida. Al darse cuenta, Frédéric, procurando no despertarla, alcanzó una pequeña manta que reposaba en un brazo del sofá y la desplegó para arroparla. Pensó que ya se le había pasado la hora del sueño, y se dispuso a velarla durante el tiempo que permaneciera dormida; pero, al recostar la cabeza y cerrar los ojos, cayó en el pozo del sueño más profundo y que disfrutó desde la realidad.

***

Despertaron a las pocas horas, no por haber satisfecho su necesidad de descanso, sino por la incomodidad de su postura. Anna salió del sueño sobresaltada, con el subconsciente aún agitado por todo lo vivido y por no saber al principio dónde se encontraba. Él se despertó por el movimiento brusco de ella.

Pasada la reacción inicial, se acomodaron mejor pero no quisieron volver a cerrar los ojos; deseaban intensamente aprovechar cada segundo de esa nueva vida a la que habían amanecido. No sólo derrocharon ternezas y besos, aislados de cualquier otra noción de vida, sino que volvieron a su sentido del humor, burlándose de su aspecto demacrado y compartiendo su primer café del día en un silencio preñado de tierna pasión. Y un montón de risas, palabras y caricias más tarde resolvieron retornar al tiempo y el espacio.

—Debería darte vergüenza pasar la noche de esta manera en casa de un hombre soltero —bromeó él según bajaban las escaleras para salir a la calle—. Espero que no haya ningún paparazzo por aquí cerca. Si no, la hemos liado.

—Sí, me abruma la vergüenza —replicó ella—. No sé ni qué hago aquí. Mejor no vuelvo, y así dejamos de dar que hablar.

Frédéric acompañó a Anna hasta el Memmo Sorzi en un estado de felicidad que ni ellos mismos podrían imaginar. La acompañó hasta la puerta, donde, sin despegar los labios, sus labios se despidieron con una promesa de retorno permanente. El temor a que esa felicidad se truncara de nuevo, que podrían haber albergado con toda lógica, se disipó con la intensidad de sentimiento que compartían en cada gesto, en cada demostración de cariño en forma de arrebato verbal, de caricia o de mirada insondable.

Como los Gauli no estaban en ese momento y no regresaban hasta la media tarde, Frédéric se acercó a la iglesia más cercana para dar gracias por esa dicha recuperada y descargar toda pena y lastre de su espíritu. Al salir de Santo Stefano trató de recuperar algo de su mente, invadida y saqueada por su corazón, vagando sin rumbo durante un buen rato, aterrizando en callejones sin salida, pasando bajo sotoportegos con paredes desconchadas, yendo a parar a calles cortadas por ríos, todo ello con la sensación de estar flotando fuera de sí.

Cuando empezó a recuperar la conciencia y el sentido del tiempo llamó a su hermana para saber si habían regresado ya. Estaba deseoso de compartir su felicidad.

—Vamos de camino —le dijo ella, oyéndose el rumor de la lancha de fondo—. ¿Dónde estás?

—La verdad es que no lo sé —contestó Frédéric dándose cuenta de que no sabía dónde se encontraba y tratando de ver el nombre de la calle para orientarse—. Espera un poco. Acabo de salir a Campo Manin.

—Campo Manin. ¿Podemos recogerle cerca, cariño? —preguntó a su marido— Ah, vale. Me dice Guido que te recogemos en la Riva del Carbon, junto a la Comune, ¿sabes dónde está?

—Creo que sí.

—Pues date prisa, que estamos llegando.

Se dio prisa, siguiendo las indicaciones del traghetto cercano. Le recogieron y llegaron a casa justo cuando empezaba a llover ligeramente.

Ya acomodados, con un café sobre la mesa del saloncito diario, Frédéric decidió abrir su alma.

—Os quería preguntar una cosa. ¿Qué opináis de Anna?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —se extrañó Françoise.

—Es una persona fantástica —expresó Guido con sinceridad—. Tiene una claridad de ideas, una inteligencia y una sensibilidad excepcionales. Y hasta sentido del humor. Entre nosotros, impropio de una Wellesley.

Con cierto aire enigmático, Frédéric sonrió. Su hermana, en cambio, se mantuvo callada, mirándole fijamente, como expectante. Una expresión que conocía bien, así que no tardó un minuto más en dar la noticia.

—¡Muchacho! ¿Es eso verdad? —se alegró Guido—. ¡Fantástico! ¡Genial! Es que concordáis a la perfección. De hecho, lo estuve pensando y se lo comenté a Fanny. ¿Verdad, cariño?

Ella no respondió, y con una media sonrisa pensativa preguntó a su vez:

—¿Desde cuándo?

Frédéric no respondió de inmediato.

—¡Otra! ¿Qué pregunta es esa? ¿Jugáis a las preguntas absurdas? —bromeó Guido, aunque extrañado; extrañeza que aumentó al ver que nadie respondía.

No era un silencio tenso, pero sí se percibió una ligera nota retadora en las miradas de los dos hermanos. Françoise rompió de nuevo ese silencio.

—¿Quizá desde hace algunos años? ¿Desde que te enemistaste con el mundo y te volviste un antipático y un misántropo?

Si Frédéric se quedó asombrado por la perspicacia de su hermana, Guido se quedó perplejo porque no entendía nada. Pero aquél confesó finalmente.

—Sí, desde hace ocho años.

—Entonces yo también me alegro, de todo corazón —dijo ella—. No sé lo que habrá ocurrido ni por qué, pero si después de tanto tiempo estáis aquí, juntos, es que os amáis de verdad.

Se dirigió hacia su hermano y se dieron un abrazo largo y henchido de

afecto, de los que se echan de menos cuando dos personas que se quieren están separadas.

Después, Frédéric les relató el comienzo de su historia con Anna, tan relacionado con el de ellos.

—¿Así que debo mi enorme felicidad a esa adorable chiquilla? —

—Calla, pelota —dijo Françoise, siempre reticente a mostrase lo derretida que se sentía por su esposo.

—Pues sí —confirmó Frédéric—. Si no es por ella, por mi irresistible deseo de hacerme el encontradizo con Anna, no se me habría ocurrido echarte en brazos de Fanny para quitarte de encima.

—¡Ah, sinvergüenza! —Guido rió con ganas, prosiguió—: Pero bendita Providencia, ¿verdad, amor?

—Bendita Providencia —concedió ella.

Frédéric reveló los sentimientos que nacieron durante los meses que permanecieron juntos, la plenitud que sintió por primera y única vez en su vida.

—¿Y cómo es que acabó una historia que no tenía que acabar? —preguntó Guido dejándose llevar por su vena literaria.

Le asaltó un aire y un tono titubeantes y melancólicos antes de limitarse a contestar.

—Malentendidos.

—¿Malentendidos entre dos personas que se comprenden y se entienden a la perfección? —se extrañó Françoise.

—No supimos, o no supe afrontar algunas cosas... fue un error, quizá el único, pero nefasto.

—Pero tuvisteis que venir a Venecia y conocer a su familia para llegar a esos malentendidos —insistió la hermana.

—No... —dudó él, confuso— No tuvo... No fue ese el problema.

—Ya. En fin, lo pasado, pasado —prefirió cortar ella—. El caso es que estáis como debíais estar, y espero que sea de forma definitiva, que no vuelvan a surgir... malentendidos.

—No, no volverán a surgir, de eso estoy seguro. Y Anna también.

—Esto hay que celebrarlo —intervino Guido—. Mañana os espero a cenar a los dos, sin peros, ni excusas, ni nada.

—Excelente idea —dijo Françoise—. Pero tampoco Rylands, ni otros Wellesleys, ni nadie más.

—Bueno, puede ser que con una Wellesley hagamos una excepción —replicó Guido.

—Por supuesto. Y si se porta bien, dejará de ser excepción y la convertiremos en regla general —ratificó ella.

—Vaya dos, vosotros sí que sois toda una regla general —dijo Frédéric —. La mejor regla para medir.

—¡Que no seas pelota! —le contestó su hermana mirando el reloj— Y vamos a cenar, que seguro ni habéis probado bocado hasta ahora. No tengo nada preparado, así que llévanos a algún bàcaro de esos de alrededor del mercado que tanto te gustan. Hoy invitas tú, claro.

—Y de paso nos das detalles de cómo ha sido ese reencuentro —añadió Guido—. Seguro que da para una historia de las buenas.

—¿Se os ocurre algo más para sangrarme? —bromeó Frédéric.

—No te preocupes por eso —contestó Françoise—. Ya verás cómo por el camino se nos ocurre un puñado de cosas divertidas.

***

También los Rylands, especialmente Maria, se alegraron con un entusiasmo inferior al de los Gauli —como era lógico— pero fuerte y sincero. Recibieron la noticia no por boca de Frédéric, sino por una visita conjunta.

Giovanni le llamó porque quería pedirle opinión sobre el programa de conciertos de temporada en la ciudad.

—He decidido dejar de ser un analfabeto musical, ¿sabes? El concierto de La Fenice me abrió los ojos a mi ignorancia. ¿Por qué no te vienes por aquí a cenar y lo hablamos? Tu consejo sería decisivo para Maria

y para mí, nos ayudarías mucho a entrar con buen pie.

Frédéric quiso aprovechar la ocasión y le preguntó si podría llevar compañía.

—Amigo mío, me ofendes si pides permiso para venir acompañado. Además, creo recordar que Anna es hermana de Maria. La mejor hermana que podría tener, por cierto —fue la respuesta de Giovanni —. Si Maria te oye hacer esa pregunta te retira el saludo.

Les extrañó ligeramente que fueran juntos, porque no era nada habitual, pero no lo suficiente como para desbaratar la sorpresa. Fueron dando pistas a través de una alegría inusual en sus rostros, una cercanía continua de sus cuerpos, incluso sentándose juntos en el mismo diván, hasta el «hay algo que debéis saber» con que Frédéric empezó a darles la nueva.

Giovanni se alegró con toda sinceridad; reconoció que había pecado de una falta de perspicacia poco habitual en él, que nunca se le había ocurrido imaginarles juntos, pero, según iba conociendo poco a poco las verdaderas cualidades de Anna y confirmando las de su viejo amigo, le parecía lo más lógico del mundo pensar en una unión de mentes y almas tan excepcionales. Frédéric vio en esas palabras una franqueza incuestionable, pero también adivinaba que en el fondo hubiera preferido tenerle como cuñado directo, no por afinidad. Maria, sin embargo, no tuvo la menor reserva: acogió con la mayor de las satisfacciones a la nueva pareja, pensando, no sin acierto, que Frédéric la mantendría más cerca de ella que ese otro pretendiente con demasiado din y don como para seguir codeándose con unos sencillos Rylands.

A éstos no les confesaron que su historia empezó años atrás, porque no querían entrar en detalles y dar explicaciones que no venían a cuento. Pero la curiosidad no podía ser reprimida; las preguntas por los detalles se sucedieron y fueron respondidas con mayor o menor precisión según los casos, eso sí, en un ambiente distendido y alegre. No pudo resistirse Giovanni a abrir una de las botellas de Veuve Clicquot que tenía reservadas para la celebración de su décimo aniversario de boda.

—Pero Gianni, si no es necesario... —quiso quitar hierro Frédéric.

—Calla, calla. Mi cuñada favorita y mi mejor amigo juntos, ¿no es para celebrarlo? Y mejor cuanto antes, no sea que el hado pueda jugar en cualquier momento una mala pasada. No se puede desaprovechar

la menor ocasión para celebrar la vida. Eso que llevamos por delante.

Anna y Frédéric se miraron y no vacilaron en tomar sus copas con decisión para brindar y desearse una larga vida sin un solo día de separación.

La velada con la cena posterior fue un dechado de afectos espontáneos. Giovanni les comunicó que Luigina y David estaban pensando en casarse. Él había transigido a celebrar la ceremonia en la Venecia familiar de ella, pero a cambio habían acordado seguir viviendo en la paradisíaca villa de Petriti. Brindaron también por su felicidad y por un amor limpio y duradero.

—Válgame Dios, esto parece una de mis novelas, en las que todos acaban casándose con todos —dijo Giovanni tras ese último brindis.

—¿Casarse? ¿Quién ha hablado de casarse? Eso habrá que discutirlo —saltó Frédéric con expresión seria.

Se hizo el silencio, y todos se quedaron turbados por esa intención inesperada. Hasta que, sin poder contenerse, estalló en una carcajada incontenible que fue contagiando a los demás, según iban descubriendo la broma. Anna le pegó varias veces con el puño fingiendo una severidad imposible.

—Si crees que con ese pretexto te vas a librar de mí estás muy equivocado —le dijo frente a frente, con ojos ávidos.

—Si a una Wellesley se le mete en la cabeza que no te vas a librar de ella, puedes estar seguro de que así va a ser —ratificó Giovanni—. Tengo algo de información al respecto.

El tono festivo y ligero no decayó hasta que Anna y Frédéric se despidieron.

—Ni se te ocurra pensar en llevarnos con la lancha, Gianni. Queremos disfrutar esta noche sin lluvia. Exprimir cada minuto, diluirnos el uno en el otro paso a paso, comernos el presente a expensas del futuro.

—Ostras, Fred, qué labia tienes. ¿Me puedo quedar con esa parrafada? —bromeó su amigo— Anna, ten cuidado con este hombre, que es un peligro.

—Ah, si es así no lo tendré, tenlo por seguro.

—Sois tal para cual, no cabe duda —valoró Giovanni después de una

pausa sonriente.

***

Por supuesto, no encontraron el mismo calor y el mismo afecto en el resto de los Wellesley. La indiferencia de Lesa y el calculado pensamiento del vizconde, que podría presumir en lo sucesivo de contar también en la familia con "un prometedor literato", hicieron las veces de consentimiento —a falta de alabanza— de su unión.

En otro momento hubiera sido mucho más satisfactorio para sir Wilson dar su beneplácito al matrimonio o al noviazgo formal de su hija con un miembro de alguna de las familias destacadas en el Almanaque de Gotha, con un reputado hombre de negocios o, en el mejor de los casos, con alguien que reuniera ambas condiciones; incluso contaban con un candidato perfecto que las reunía. Pero ese candidato se mostró en realidad muy imperfecto, si no deleznable, algunas semanas después.

Achille Bondumier fue detenido por orden de un tribunal de Milán que llevaba algunos meses investigando una trama de fraude fiscal y blanqueo de dinero. Estaban implicados varios cargos públicos, artistas y, por supuesto, un buen número de altos ejecutivos de distintas empresas nacionales y multinacionales, entre los que se encontraba el futuro conte. Según tiraban del hilo los investigadores de tales delitos, se iba engrosando la lista de implicados; y el nombre de Wilson Wellesley sonó entre estos últimos. La pesadilla que vivió unos años antes parecía repetirse, la misma piedra que le hizo caer en su momento volvió a figurar en su camino y tropezó con ella del mismo modo denigrante. Fue llamado a declarar como imputado ante un tribunal milanés, lo que le supuso un disgusto familiar que duró varias semanas.

A través de Guido Gauli consiguió que le defendiera un reputado abogado penalista, quien, todo sea dicho, no tuvo que esforzarse demasiado en defender al vizconde: la suerte le había sonreído a éste una vez más, y no había llegado a ejercer de modo efectivo su cargo de administrador único de una de las empresas pantalla constituidas para cometer los delitos fiscales por los que se habían abierto los procesos. Si hubiera llegado a firmar el primer fajo de contratos inexistentes que tenía pendiente en la mesa del pequeño estudio

asignado como sede de la sociedad fraudulenta, no se habría librado de sentarse en el banquillo como acusado; como no había tenido la diligencia de suscribir los contratos tal como estaba previsto, no se pudo probar su implicación y fue exonerado por falta de pruebas en su contra. Quien no pudo librarse de una condena en toda regla fue Bondumier: acabó sentenciado a tres años de prisión después de negociar y colaborar con la fiscalía, que había pedido para él doce años. Aunque al final sólo estuviera unos meses en la cárcel, de su carrera y su reputación no quedó piedra sobre piedra.

Lo cierto es que la opinión de su familia poco le importaba a Anna en ese momento de su vida. Pero sí le preocupaba de verdad intentar que Paola Falier viera con otros ojos a Frédéric y cambiara su criterio sobre la relación entre ambos. Aunque en su día su opinión negativa fue crucial para rechazar a Frédéric, no dejaba de ser la única persona que la quería tal como era y que había ejercido prácticamente como una madre de verdad. Sus consejos, su cariño, su paciencia para con ella habían sido un pilar que la había sostenido en todos sus malos momentos. Pero, precisamente por no haber calificado bien a Frédéric y sus intenciones, había provocado también el dolor más agudo y continuado en su vida. Y no sólo le preocupaba el parecer de ella sobre Frédéric, sino también la opinión de éste sobre Paola, porque sabía que era quien más había influido en su desgarrada ruptura. De hecho, ambos habían cruzado miradas de auténtica hostilidad en las ocasiones que habían coincidido últimamente.

Sin embargo, Paola era una mujer de buen corazón, y su primer objetivo era ver feliz a quien consideraba su hija. No fue consciente del daño que había causado a su querida Anna al alejarla de Frédéric; a ella misma le dolió mucho verla sufrir en los primeros tiempos, después de la separación, pero tenía el convencimiento de que lo había hecho por su bien; y cuando la vio caer en una melancolía permanente, lo atribuyó a otras causas, como su nulo éxito profesional y la posterior caída en desgracia de su familia. Sabía que faltaba el amor en su vida, y ella se lo procuraba dar y compensar, lo que Anna sabía ver y apreciar, correspondiéndola con el mismo cariño. Nunca culpó a Paola de su dolor, ni siquiera en una pequeña parte, porque se consideraba a sí misma y a su debilidad como la única causa de todo aquel tiempo perdido.

Cuando recibió la noticia, sufrió un choque completamente inesperado, casi hasta el punto de no creer lo que estaba sucediendo. Pero las palabras de Anna, tan llenas de ternura y calor, acabaron por hacerle ver la realidad, y no le fue difícil disponer su ánimo para sentir un afecto creciente por el hombre que era capaz de llevar de

nuevo la felicidad a la vida de quien más quería.

Al descubrirse la trama delictiva en que estaba implicado el que hasta entonces había considerado candidato ideal, reconoció que, a pesar de su experiencia, se había equivocado de parte a parte en el discernimiento de los caracteres de uno y otro, y se había dejado llevar más por las apariencias, corrección y brillo de Bondumier que por la sinceridad y la incondicionalidad de los sentimientos de Frédéric. Y éste, por su parte, estaba dispuesto a borrar cualquier resentimiento que pudiera sentir por la signora Falier, a reconocer todo lo que había supuesto y suponía en la vida de Anna y, por tanto, a quererla como tal.

Sólo un pozo sombrío se ocultaba bajo la felicidad que empezó a colmar la vida de Anna, y era la absoluta desproporción en el intercambio de personas afectuosas de sus vidas. Mientras que sus futuros cuñados y suegros y los amigos de Frédéric la recibieron desde el primer minuto con todo el afecto posible, ella, con una familia indiferente y amigas que había perdido con el tiempo, no podía ofrecer más que una madre-amiga incondicional a cambio.

Anna era la ternura misma, y había encontrado en el amor de Frédéric algo capaz de realizarla por entero. Y Frédéric no podría encontrar un corazón más enamorado que el de Anna, un corazón más dispuesto a aceptar el suyo, capaz de disipar en su vida las brumas de la incomprensión y del desamor y de darle, sin la más ínfima reserva, la suprema certeza de ser amado.